

A. M. HOMES

---

# *Días temibles*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

Hermano dominical

¿De quién es la historia y por qué no se la puede sacar de la cabeza?

Días de ira

Hola a todos

Todo genial menos por la lluvia

Muestra Nacional de Pájaros

Tu madre era un pez

La última vez que lo pasó bien

Sé mía

Un premio para cada jugador

Punto Omega

Ella se escapó

Agradecimientos

Créditos

Notas

*Para Katherine*

## HERMANO DOMINICAL

Ella está al teléfono. Él la ve reflejada en el espejo del baño, el auricular enganchado a la oreja como si fuera una controladora aérea o una agente del servicio secreto.

–¿Estás segura? –susurra–. No me lo puedo creer. No me lo quiero creer. Si de verdad es cierto, es espantoso... ¡Te aseguro que no sabía nada! Si hubiese sabido algo, te lo habría dicho... No, él tampoco sabe nada. Si hubiese sabido algo, me lo habría contado. Juramos no tener secretos entre nosotros. –Se interrumpe y escucha un instante–. Por supuesto, ni una palabra. ¡Tom! –grita–. Tom, ¿estás listo?

–Dame un minuto –responde.

Él se examina el rostro en el espejo de maquillaje de ella. Alza las cejas, enseña los dientes, sonrío. Luego vuelve a sonreír, más violentamente, enseñando las encías. Inclina la cabeza a derecha y a izquierda, comprueba dónde se producen las sombras. Enciende la luz y le da la vuelta al espejo para verse en el cristal de aumento. Una delgada aguja plateada penetra en la imagen, la reluciente punta de la aguja, rodeada de un halo de luz. Parpadea. La aguja se introduce en la piel, la mano sostiene la jeringuilla con firmeza. Inyecta un poco aquí, otro poco allá, es solo un retoque, un pequeño relleno. Más tarde, cuando alguien le diga «qué buen aspecto tienes», él sonreirá y su rostro se curvará amablemente, sin arrugas. «Son órdenes del médico», dirá. Tapa la jeringuilla, la introduce en el bolsillo de la camisa, levanta la tapa del retrete y mea.

Cuando sale del baño, su mujer, Sandy, le espera en el dormitorio.

–¿Quién ha llamado? –pregunta él.

–Sara –responde ella.

Aguarda un instante, sabe que el silencio le hará decir algo más.

–Susie ha llamado a Sara y le ha dicho que sospecha que Scott tiene una aventura.

–De todas las personas que conozco, Scott es la última a la que creería capaz de tener una aventura –apunta él con sinceridad.

–No he dicho que esté teniendo una aventura, he dicho que lo sospecha. –

Mete el chal en su bolso de mano y le pasa la cámara—. No puedes salir sin esto –dice.

–Gracias –responde él—. ¿Estás lista?

–Mírame la espalda –dice, dándose la vuelta y alzando la blusa–, noto algo.

–Tienes un bichito –responde él, quitándose el.

En algún lugar de la casa de verano, suena un timbrazo.

–Ya están las toallas –dice ella.

–¿Llevamos vino?

–He metido una botella de champán y zumo de naranja. Al fin y al cabo, es domingo.

–Al fin y al cabo, viene mi hermano –dice él. Su hermano Roger les visita en la playa una vez al año, como una tormenta tropical que todo lo transforma.

–Hace un día precioso –dice ella. Y tiene toda la razón.

Tom se sienta en una silla baja, mirando hacia el mar, con los pies enterrados en la arena. Justo frente a él, colgando del puesto del salvavidas, ondea suavemente una bandera norteamericana. Sus gafas de sol son su escudo y su generosa capa de crema solar blanca una especie de armadura futurista que le permite imaginarse que es invisible. Le parece que en la playa está permitido mirar fijamente, es como si uno no mirara directamente a las personas sino a través de ellas, al mar que está más allá de esas personas, al horizonte que está más allá del mar, al infinito que está más allá del horizonte.

Mira cosas que de otra forma nunca se permitiría mirar. Mira fijamente. Está pasmado, fascinado por el cuerpo, por la gracia y la falta de gracia. Hace fotografías; «estudios», los llama. Es su costumbre, su hobby. ¿Qué busca? ¿En qué piensa cuando hace esas cosas? Es algo que se pregunta a sí mismo, percatándose de que con frecuencia piensa en sí mismo en tercera persona, un observador imparcial.

La playa se llena, se extienden las toallas y se abren las sombrillas como si fuera el decorado de una fiesta, y a medida que aumenta el calor los cuerpos van desnudándose. De entre todas las personas que están allí, solo él sabe qué es real y qué no. Los hay que se han matado de hambre y también quienes han extraído o reubicado sus grasas quirúrgicamente. Cada persona lo lleva

de una manera distinta, los hoyuelos de los muslos, los michelines, las caídas inevitables. No puede evitar percibirlo.

Sus amigos charlan a su alrededor. No está lo bastante atento como para registrar quién dice exactamente qué, simplemente tiene una impresión general de la charla. «¿Cenasteis pescado ayer? Yo hice pescado. Lo compramos. A su hermano le encanta pescar. Me compré un collar. Nos compramos una casa. Me compré otro reloj. Está pensando en comprarse otro coche. ¿No te compraste uno el año pasado? Quiero cambiármelo. Tu casa es preciosa. Su mujer era guapísima. ¿Te acuerdas de ella? Imposible olvidarla. Tom salió una vez con ella.»

–¿Solo una vez?

–No es la persona más sociable del mundo –dice su mujer.

Están hablando de él. Sabe que debería defenderse. Baja la cámara y se vuelve hacia ellos.

–¿Por qué siempre dices eso?

–Porque es la verdad –responde Sandy.

–Es posible, pero esa no es la razón por la que solo salimos una vez.

–¿Por qué no salisteis más entonces? –se interesa ella.

–Porque te conocí a ti –responde él, alzando la cámara de nuevo, como si pusiera un punto y aparte.

La intensidad de la luz es tan fuerte que para mirar tiene que entrecerrar los ojos, y aun así a ratos no puede ver nada, hay una sobreabundancia cegadora de luz y de reflejos. Piensa en una chica ciega que vivía en su barrio cuando era adolescente: Audra Stevenson. Era inteligente y muy guapa. Llevaba gafas oscuras y tanteaba la acera con un bastón que tenía una pequeña bolita en la punta. La veía bajar por la calle y se preguntaba si también llevaría las gafas en casa. Se preguntaba qué aspecto tendrían sus ojos. Tal vez eran muy sensibles: quizá vislumbraba algo, eso es al menos lo que pensaba él. Tal vez no era ciega en el sentido de que lo veía todo negro, sino ciega en el sentido de que veía demasiada luz, en el sentido de que veía todo como sobreexposto y cubierto de un blanco lechoso con algunos puntos de color aislados: un vestido rojo, una rama marrón, las sombras grisáceas de las personas. Una vez se lo preguntó. La asaltó en plena calle y se presentó.

–Sé quién eres –dijo ella–. Eres el chico que me mira cuando voy a casa.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque soy ciega –respondió–, pero no idiota.

La recogió en su casa y fueron del brazo hasta el cine. Durante la película le susurraba al oído una narración simultánea de la acción, hasta que al final ella le dijo:

–Ssshhh, si no paras de hablar no oigo lo que dicen.

Después de aquella cita Roger, dos años mayor, se burló diciendo que era tan tímido que nunca podría pedirle una cita a una «chica normal», aunque sin duda también porque había tenido una cita mucho antes que el propio Roger. Para Roger, ninguna chica era lo bastante buena: aquella tenía las cejas muy gruesas, la barbilla de Grace era demasiado afilada, los ojos de Molly demasiado grandes, la risa de Ruthie demasiado aguda. Todas las chicas estaban a un minúsculo paso genético de tener un síndrome de algún tipo. Roger no paraba de burlarse, le gritaba «Tom, el menor» cuando se alejaba Audra, y a Tom aquello le mortificaba hasta tal punto –la seguridad de que Audra lo había oído todo– que nunca más volvió a hablar con ella.

Siguen hablando a sus espaldas. «Salmón del ártico, dorada, lubina chilena, pez espada, atún rojo. Salsa mole, chile poblano, sazonar, marinar, pesto, ragú, reducción teriyaki.» Les encanta hablar de comida y deporte: correr, montar en bicicleta, tenis, pilates, zapatillas de deporte, dietas purificadoras. De la única cosa de la que ya no hablan mucho es de sexo; los que lo tienen no se imaginan sin tenerlo y los que no lo tienen recuerdan demasiado bien cuando lo tenían y no se imaginaban sin tenerlo. Así que ha quedado vetado. Tampoco se discute el hecho de que algunos de ellos tienen sexo con las esposas de otros, o lo que es lo mismo, se esconden a la vista de todos.

Se limita a escuchar a medias, piensa en las vueltas que da la vida. Si conociese ahora a estas personas no está del todo seguro de si sería amigo suyo, no está seguro de que quisiera salir a cenar con ellos todos los sábados por la noche, jugar al tenis con ellos todos los domingos, irse de vacaciones con ellos dos veces al año, ver las mismas películas que ellos, comer en los lugares en los que ellos comen, hacer todo el tiempo lo que hacen ellos juntos solo porque son una especie de club, todos preocupándose por qué pasará si él se aleja o hace algo distinto de lo que esperan de él. No se refiere al sexo, sino a otra cosa. Mira a sus amigos; sus mujeres llevan todas el mismo reloj, como si se tratara de un adorno tribal, un símbolo de estatus. Reflejos dorados bajo el sol.

Observa cómo agarran distraídamente puñados de arena y la dejan caer

entre los dedos y los imagina como a niños con gorritos de tela, pasando arena de un cubo a otro mientras sus padres charlan a su alrededor. Piensa en sus padres, ya muertos o abandonados, con sus ochenta años, atendidos por nuevos «compañeros» a los que conocen en rehabilitación o durante las vacaciones organizadas por los servicios sociales. Mira a sus amigos y se pregunta el aspecto que tendrán si consiguen llegar a los ochenta años. Los hombres parecen ajenos al inevitable envejecimiento, ajenos al hecho de que ya no tienen treinta años, al hecho de que no son superhéroes con superpoderes. Piensa en la noche, hace ahora un año, en la que fueron a un restaurante local y uno de ellos fue a coger algo del coche y cruzó la carretera corriendo como si pensara que brillaba en la oscuridad. Pero no brillaba. El conductor de un coche que se acercaba no lo vio. Su amigo voló por encima del coche y cuando alguien entró en el restaurante para que llamaran a la policía Tom salió, no porque estuviera pensando en su amigo sino por curiosidad, siempre la curiosidad. Una vez fuera, al darse cuenta de lo que había ocurrido, corrió hasta donde estaba y trató de ayudar, pero ya no se podía hacer nada. Al día siguiente, al pasar en coche por aquel lugar, vio uno de los zapatos de su amigo –se habían comprado los dos el mismo par el verano anterior– colgado de un árbol.

–¿A qué hora llega Roger? –pregunta alguien.

–No estoy seguro –contesta.

La esposa de un amigo se inclina y le muestra un punto rojo entre los pechos.

–¿Qué crees que es?

–Una picadura –responde.

–¿No es cáncer de piel?

–No es cáncer de piel.

–¿No es una infección?

–Una picadura –responde.

–¿Y esto de aquí? –Le enseña otra cosa, como si esperara una bonificación. El punto se encuentra en lo que su padre solía llamar de broma «el solomillo», la parte interior del muslo.

–¿No tiene gracia que tu padre fuera carnicero y tú te dediques al negocio de la carne humana? –pregunta otro de sus amigos.

–Somos carne y hueso –responde él, apretando el punto con el dedo–. Una espinilla.



–¿Seguro?

–Sí.

–¿No es cáncer de piel?

–No es cáncer de piel.

–¿No te parece una infección?

–Si no la tocas, desaparecerá enseguida –responde.

Le piden constantemente si puede entrar un segundo en el cuarto de invitados, en el baño, en la cocina, incluso en el vestidor porque quieren enseñarle algo. Es como si quisieran llevarle aparte para hacerle una confesión. La mayoría de las veces la respuesta es sencilla. Casi nunca es nada importante. Pero de cuando en cuando se lleva una sorpresa y le enseñan algo que le pilla desprevenido.

–¿Cómo has pillado eso? –pregunta.

–No lo quieras saber –contestan, pero al final siempre le cuentan mucho más de lo que le gustaría saber.

–¿En serio tu padre era carnicero? –pregunta la hermana de uno de sus amigos, que está de visita.

–Sí. Y hablaba de los cuerpos de las mujeres como si fuesen cortes de carne. «Chico, ¡qué buena carrillada de ternera! Esa chica tiene un asado de tira espectacular, relleno, firme y bien plantado.» Y luego se reía de un modo extraño. Mi madre se creía artista. Se apuntó a una clase de dibujo con modelo cuando yo tenía once años y me llevó con ella, porque pensó que me gustaría. Allí estaba yo, sentado, sin saber adónde mirar. Al final el profesor me dijo: «¿No quieres dibujar tú también?» Yo no había visto un pecho en mi vida. Dibujarlo me parecía casi como tocarlo. Y lo dibujé una y otra vez. Luego miré el caballete de mi madre y descubrí que ella había dibujado todo menos la mujer. Había dibujado la mesa con el jarrón, las flores, la ventana a lo lejos, las cortinas, pero no la modelo. El profesor le preguntó: «¿Y la chica?» «Prefiero las naturalezas muertas», respondió mi madre, «pero mire el de mi hijo, ¡a él sí que le parece guapa!»

–¿Y a qué vino esa maldad?

Él se encoge de hombros.

–Nunca debería haberte llevado a esa clase –dice Sandy–. Se burlaba de ti.

–Creo que a lo mejor llevo a Roger en barco esta tarde –dice uno de los amigos–, ¿te parece bien?

–Solo si vuelcas –responde enigmáticamente, y el amigo se ríe, porque

sabe que lo dice en serio.

Frente a él, en la playa, un muchacho le pone crema a una mujer mayor. Imagina el tacto viscoso de la crema caliente por el sol, deslizándose sobre esa piel, la fricción. Imagina al muchacho pintando a la mujer con crema y usando a continuación la uña para escribir sus iniciales en la espalda. Piensa en la isla de San Bartolomé, hace años, un día en que Sandy estaba tumbada desnuda en la playa y él pintaba, cogía su pincel y hacía espirales sobre su piel. Pintó su cuerpo y a continuación la fotografió mientras ella se alejaba de él hacia la orilla. Al entrar en el mar la pintura se deslizó por su piel con un hermoso color. Más tarde, uno de sus amigos, el del barco, le confesó: «Me empalmé con solo mirarla.» «Deberías intentarlo alguna vez», contestó él, «con tu mujer.» «Oh, lo hicimos esa misma noche, pero no teníamos pintura. Solo encontré un bolígrafo. No es lo mismo.»

–¿Algo de beber? –pregunta Sandy, devolviéndolo a la realidad.

–Claro –responde. Le sirve una mezcla de zumo de naranja y champán en un vaso de plástico y se lo ofrece. Puede olerla, su perfume, la sal marina. Mientras se lo bebe le salpica un poco al brazo. Lo lame, le cosquillea la lengua la efervescencia, el sabor del cítrico, el del vino mezclado con la sal y el calor. Le parece extraño, no recuerda haber probado el sabor de su piel. Recorre con la lengua el antebrazo y recoge una mota de sangre de un rasguño de esa mañana. El sabor es agradable, lleno de vida.

–¿Roger sigue con esa mujer? –pregunta una de las esposas.

–¿Con su dentista? –pregunta él.

–¿Era su dentista? –pregunta el amigo.

–Así es, dejó a su mujer para follarse a su dentista.

–Y sigue con ella –dice Sandy.

–Cuando termina se enjuaga y escupe. Doy por hecho que ella no se lo traga –dice él.

–No seas vulgar.

Se pregunta cuándo llegará Roger. Por un lado, teme la llegada de su hermano; por otro, empieza a pensar que es un poco maleducado por su parte no estar ya aquí y no haber llamado siquiera para decir que llega tarde. Tom cierra los ojos. El sol está alto ahora. Siente cómo le quema la piel y de

pronto, súbitamente, una sombra, como una nube, que cruza. Tiembla. Una de las mujeres, Terri, está frente a él con un plato de magdalenas.

–Proteínas y fibra, coge una.

Tuvo un cáncer de pecho el año pasado –una mastectomía– y seis semanas después estaban todos en su aventura anual de San Bartolomé. Cuando iban a la playa ella se quedaba en casa. Todos hablaban de ella a sus espaldas, preocupados por si hacían algo que la incomodara, hasta que al tercer día, justo antes del almuerzo, fue a la playa y se plantó frente a ellos. Él le hizo una foto. Ella empezó a desabrocharse los botones de la blusa. Él le hizo otra foto. Su marido se levantó para detenerla, pero una de las mujeres le agarró del brazo y le retuvo. Terri terminó de desabrocharse los botones y se abrió la blusa, dejando ver el pecho superviviente y la marca roja de la cicatriz. Clic, clic, clic. Él hizo fotos y más fotos. Al final lo que resultaba asombroso de esas imágenes no era tanto la cicatriz como su gesto: aterrorizado, desafiante, vulnerable, aquel rostro envuelto en una danza de sentimientos, imagen tras imagen. Hizo unas copias para ella; fue una de las raras veces que permitió que alguien entrara con él en su estudio. Cuando abrió el sobre se puso a llorar. «Por mil razones», dijo. «Por lo que había perdido, por lo que quedaba, por cómo fuiste capaz de ver lo que nadie vio... Todos estaban demasiado ocupados mirándome la teta.»

–Una comida entera en una magdalena –dice, dándole un bocado–. Perfecto.

Frente a ellos una mujer se quita unos pantalones cortos. El bañador se le ha metido en la raja del culo no muy elegantemente, dejando una nalga al descubierto, y ella se lo saca con un sonoro chasquido. Tiene el final del trasero «coagulado», como diría Sandy, un requesón de celulitis, y por debajo, unas varices que explotan en las piernas como fuegos artificiales.

–¿Cuando miras esas cosas no piensas en cómo podrías arreglarlas? –pregunta Terri.

–Lo más interesante es que a esa mujer no parece que le disgusten demasiado. A la gente que viene a mi consulta le disgustan sus cuerpos. No van a la playa ni se desnudan en público. Vienen a mi consulta con una lista de las cosas que quieren que les arregle, como un taller de chapa y pintura.

–Tal vez ni siquiera se da cuenta de lo desagradable que es.

–Tal vez –responde él–, y tal vez sea mejor así.

Piensa en Botox y Restylane y en tratamientos láser para las varices y el

rostro y a veces se siente como un comisario artístico, como el tipo que se sienta a tu lado en una cena y resulta que trabaja en el Metropolitan retocando obras de arte cuando se agrietan o les afecta una humedad del techo.

Piensa en la época en que fue como voluntario con un grupo de médicos a hacer el bien durante cinco días a un lugar muy pobre; una especie de recompensa espiritual por la fortuna que habían ganado con los modernos procedimientos estéticos. Arregló paladares hundidos, trató ronchas en la piel, puso vacunas comunes. «He oído hablar de eso», dijo su madre. «¿Cómo se llama, Médicos Sin Estudios? A lo mejor puedes llevarte a Roger la próxima vez, es un dentista excelente. Todo el mundo necesita un buen dentista, no importa que sean pobres o ricos. Estaría bien que hicieseis algo juntos.»

—¿No te parece que a lo mejor prefiere jugar al tenis? —pregunta el amigo—. ¿Qué le divertirá más a Roger, jugar un todos contra todos o salir a navegar?

—No tengo ni idea —responde él—. No soy Roger.

—Siempre se pone así cuando viene su hermano —dice Sandy.

—Roger lleva robándome los amigos desde los cinco años.

—Tus amigos son amables con él porque es tu hermano. Roger no te los puede robar.

—Roger piensa que son sus amigos. Le dice a todo el mundo que él era el favorito, que yo no fui más que un accidente, una ocurrencia de último minuto.

—¿Y lo fuiste? —pregunta alguien.

—Tienes que superarlo —dice Sandy—. No durará mucho.

—Ya está durando mucho.

—Tienes unos amigos agradables. ¿Quién no los querría? —dice la hermana, que está de visita. Al darse la vuelta se le cae la parte de arriba del bañador y él mira de manera automática; tiene unos pezones grandes y marrones, más bonitos de lo que habría podido imaginar.

—Hola a todo el mundo —dice una voz estruendosa que le cae sobre la cabeza como una bomba—. Ya decía yo que iba a encontrar aquí vuestros gordos culos. Si es domingo, seguro que están en la playa.

Roger sonrío con su sonrisa de un millón de dólares. Clic. Tom captura restos de semillas de amapola en sus encías. Clic. Roger lleva unos pantalones cortos color rosa con unas gafas de Martini bordadas. Clic. Roger lleva unos mocasines con borlas de piel de cocodrilo.

–Tommy, ¿no te importaría dejar la puta cámara un segundo y decir hola por lo menos?

–Hola, ¿vienes solo? Pensamos que traerías a tu dentista, como se llame. Justo estábamos hablando de ella ahora mismo.

–Tenía que cuidar a sus hijos este fin de semana. Gemelos.

–Roger, ven, siéntate a mi lado. –Sandy le ofrece su silla a Roger y le sirve una bebida.

–El desayuno de los campeones –dice Roger, dándole un trago a su mimosa.

–Nos preguntábamos cuándo ibas a llegar –dice Tom.

–He parado un segundo en el golf a golpear unas pelotas. Dios, ¿no es ese Blarney Stone?

–¿Quién es Blarney Stone? –pregunta la hermana de visita.

–Una estrella de rock..., ¿se llama así de verdad? –pregunta alguien.

–Sí, creo que sí –dice él, mientras todos entornan los ojos y miran a un tipo delgado con un bañador ajustado y extraordinariamente pálido.

–Seguro que le han hecho el bañador a medida –dice Terri.

–A pesar de lo delgado que es, tiene una pequeña barriga –dice Roger–. ¿Te acuerdas de cómo papá hacía mil abdominales todas las mañanas en calzoncillos?

–No eran mil, más bien cien.

–No importa. Se creía el espécimen perfecto.

–Sí, mamá solía decir: «Vuestro padre es un hombre muy apuesto.» Me ponía de los nervios –dice Tom, guardando la cámara en la mochila.

–¿Qué piensas que tiene ese tío? –pregunta Roger, señalando a alguien que está lejos, en la orilla.

–No señales –dice Tom, espantado.

–Poliosis –dice Roger.

–En realidad es piebaldismo, parches oscuros y claros en la piel, la poliosis es lo del mechón blanco.

–Como Susan Sontag –dice la hermana de la amiga.

–Roger, ¿qué te apetece más: salir en barco o jugar al tenis? –pregunta el amigo.

–No sé, la verdad. Tom-Tom, ¿qué dices tú?

–Barco –responde Tom.

–Si mi hermano dice barco, yo digo tenis. Un consejo: nunca hagas lo que

dice tu hermano. –Roger se ríe solo.

Tom se levanta.

–Me duele la cabeza. Tengo que volver a casa. Sal a dar una vuelta en barco, el mar está picado, seguro que resulta excitante, luego te veo.

–¿Quieres que vaya contigo? –pregunta Sandy–. ¿Estás bien?

–El champán me ha dado dolor de cabeza, no suelo beber para desayunar.

–Voy contigo –dice Sandy.

–No vengas –responde él con firmeza, odiándola porque sabe que duda de la sinceridad de su dolor de cabeza–. Luego te veo. ¿Está listo lo de la cena?

–Todo listo –dice Roger–. He hecho la reserva yo mismo.

Más tarde Tom y Sandy tendrán una discusión por ese motivo.

–Por supuesto que sabía que el dolor de cabeza era de verdad, por eso me he ofrecido a volver contigo.

–Te ofreciste a volver conmigo porque era lo que pensabas que tenías que hacer delante de los demás, pero no lo hacías de corazón.

–No voy a entrar ahí –dice Sandy–. No puedo demostrarte si dije o no de corazón lo que dije. Deberías confiar en mi palabra.

–Piensas que finjo un dolor de cabeza porque Roger está aquí, pero fuiste tú la que llevó el champán a la playa. ¿A quién se le ocurre? ¿A quién se le ocurre servir bebidas a la gente a las once de la mañana a pleno sol?

–Ahora me echas a mí la culpa de tu dolor de cabeza –dice Sandy–. Lo siguiente será que he intentado envenenarte.

Roger llama a la puerta de su dormitorio.

–Lo siento –dice, sabiendo a la perfección que es el peor momento posible–. Me he olvidado el hilo dental. ¿Te lo puedes creer, un dentista que se olvida del hilo dental? ¿No tendréis un poco?

–No –dice Tom.

Sandy va al baño y regresa con un poco de hilo.

–Gracias, cariño –dice Roger.

–No hay de qué –responde ella. Roger sale de la habitación–. ¿Podemos dejarlo ya? Arreglémonos un poco para cenar.

–Está bien eso de que Roger haya reservado en el mejor restaurante de la ciudad, ¿paga él?

–Ni idea –responde Sandy.

–Hazme un favor, no hagas eso de pedir dos entrantes para que al final acabe pagando lo mismo que si te hubieses comido una carnicería.

–¿Se supone que tengo que pedir algo que no me apetece?

–En este caso, sí. Pide algo especial, date el gusto. Prueba el pescado.

–¿Por qué no pides tú dos platos principales? En vez de pedir un entrante, ¿por qué no te saltas los prolegómenos y te pides directamente el filete y el pescado?

–Porque la gente lo notaría. Diría: «Deberías pagar más, has comido el doble.» Cuando comes menos nadie lo nota.

–Ese es el menor de tus problemas –dice ella, echándose perfume.

Tom se sienta en el otro lado de la mesa, dejando a Roger a sus amigos. Cuando la camarera les ofrece la carta de vinos, Roger la coge y la estudia con seriedad.

–¿Algo interesante? –pregunta Sandy.

–Esta carta de vinos es mediocre como poco –dice Roger–, pero ya encontraré algo. Esa es la prueba de fuego: encontrar calidad donde no la hay.

En la mesa de al lado, una pareja de ancianos cena con su hijo adulto; la pareja tiene ochenta años y se dirigen el uno al otro como «papá» y «mamá».

–Papá, ¿qué vas a pedir?

–No lo sé, mamá, ¿y tú?

–Yo tomaré pargo –dice el hijo, que debe andar por los sesenta.

–Yo creo que tomaré el lenguado, siempre y cuando no me lo traigan bañado en mantequilla...; no lo estará, ¿verdad? –pregunta mamá al camarero.

–Es perfecto para usted –dice el camarero.

Tras el primer plato, Tom se levanta para ir al baño; uno de sus amigos le sigue. Ya estamos otra vez, piensa, imaginando que el amigo le enseñará cualquier cosa, un hongo entre los dedos de los pies, algún puntito en el pecho. No se vuelve hacia él.

Cuando están el uno junto al otro en los urinarios el amigo le suelta:

–Voy a dejar a Terri.

–¿Qué estás diciendo? –responde Tom, realmente sorprendido.

–No puedo soportarlo más, me siento fatal.

–¿Es por el cáncer?

El amigo niega con la cabeza.

–Todo el mundo pensará que esa es la razón, pero no tiene nada que ver con eso. Ya estaba a punto de dejarla antes de que enfermara.

–¿Has conocido a alguien?

–Sí, pero esa tampoco es la razón.

–Esa es siempre la razón. Los hombres no dejan a sus mujeres a menos que hayan conocido a otra.

El amigo se encoge de hombros.

–Terri no lo sabe.

–Lo de la otra mujer.

–Lo de nada. Eres la primera persona a la que se lo cuento. No sé cómo decírselo. Llevamos veintiséis años casados.

–Es mucho tiempo.

–Estará bien después del primer impacto –dice el amigo.

Tom echa un vistazo a su rostro en el espejo.

–¿Cuándo se lo vas a decir? –pregunta sin dejar de mirarse a sí mismo mientras habla.

–No lo sé –responde el amigo–. Por favor, no se lo digas a nadie. Las mujeres no saben guardar un secreto.

–Ni una palabra.

Y regresan a la mesa.

–¿Todo bien? –pregunta Sandy.

–Todo perfecto –responde él, inclinándose para coger el vino.

–Si te duele la cabeza, tal vez no deberías beber –dice ella.

–Créeme, necesito un trago.

Al final de la cena, en la mesa de al lado, papá se ha quedado dormido. Duerme literalmente encima del escalope, con una mancha de nata en la corbata.

–Papá –dice la mujer, despertándole–, ¿quieres algo de postre?

Y papá levanta la cabeza como si hubiese estado buscando la servilleta debajo de la mesa.

–¿Tienen helado de vainilla? –pregunta.

–Tenemos –responde el camarero.

–¿Y cuánto vale? –pregunta papá.

–Seis con cincuenta –dice mamá, mirando el menú.

–Me lo tomaré en casa –dice papá.

–La cuenta, por favor –dice el hijo al camarero.

Roger paga la cena y todos se lo agradecen.

–No tenías por qué –dice Sandy.

–Ya lo sé.

–Puedes pagar la cena, pero no su amistad –susurra Tom al oído de Roger.



–¿Conduzco yo? –pregunta Sandy.

–Yo conduzco –dice Tom.

–Has bebido –dice ella.

–No tanto.

–Lo suficiente –responde ella, quitándole las llaves.

Ya en casa, Tom y Roger se toman una copa en el cuarto de estar, copa y puro. Sandy se disculpa un segundo y cuando regresa los dos hermanos están forcejeando en el sofá.

–¿Qué ha pasado? –pregunta.

Nadie dice una palabra.

Lo que ha sucedido es que Roger comentó: «Qué lástima lo de Sandy. Con lo guapa que era.» Tom, que no estaba muy seguro de si era cierto lo que había oído, le preguntó: «¿Qué quieres decir?» Roger contestó: «Ya sabes, que ha dejado de cuidarse. Me imagino que será deprimente para alguien como tú. A mí nunca me fue eso de una gran figura o una cara bonita. Ya sabes que a mí lo que me importa es la sonrisa..., tiene que seducirme la sonrisa.»

–Creo que deberías marcharte –dice Tom.

–Quedaría un poco raro, ¿no te parece? –dice Roger.

–No tanto.

–Si me marchó, no volveré..., nunca –dice Roger.

A Tom le cautiva la idea, pero no dice nada.

–Cuando mamá se entere de todo esto, se enfadará mucho –dice Roger.

–¿Tienes cincuenta y tres años y aún me amenazas con decírselo a mamá? –dice Tom.

–De acuerdo, pequeño cabrón, ¿qué tal si llamo a tu amigo Bobby y le digo que no puedo ir con él en barco mañana porque me has echado de la casa? Y puedo llamar también a tu otro amigo y decirle que has estado mirando la teta de su mujer.

Cuando dice eso, Sandy salta:

–Dale.

Y Tom le pega un puñetazo a Roger.

–Ingrato hijo de...

–Un carnicero y una artista –dice Roger.

## ¿DE QUIÉN ES LA HISTORIA Y POR QUÉ NO SE LA PUEDE SACAR DE LA CABEZA?

Ella va a la consulta del médico; una condición para su puesta en libertad.

–¿Las espinas? –pregunta él.

–Sí –responde ella. Sacaba las espinas del tallo de las rosas y se las clavaba en la piel, presionándolas como dientes de tiburón en una fila a lo largo de los brazos. Presionaba las espinas en la piel hasta que la piel cedía y la espina se hundía en la carne. Luego se quitaba los zapatos y se clavaba las espinas en los pies y se iba de paseo de un parque a otro, recogiendo cuidadosamente más espinas. «Especímenes», los llamaba ella. Las heridas se le infectaron y la infección se le pasó a la sangre. «Estuvimos a punto de perderte», dijo su madre. «Yo estuve aquí en todo momento, a la vista de todos.»

–Veo que cojeas al caminar –dice el médico.

–Piso con cuidado.

–¿Por qué espinas?

–Viene de familia.

Mira por encima del hombro para ver si el médico está escuchando y le pillas desprevenido.

Se cruzan sus miradas y ella desvía la suya.

–Continúa –dice el médico.

Ella se recuesta; acaricia con los dedos la tela azul oscuro del sofá del médico.

–Mi madre cambia los muebles de lugar constantemente. Intenta recrear algo que recuerda, pero no estoy segura de que existiera realmente. Dice que se está acercando cada vez más. Ya no es joven, pero consigue reunir fuerza suficiente para arrastrar el sofá por toda la habitación y cuando termina se pone a llorar. Nunca será igual. Siempre está a punto de conseguirlo, pero nunca del todo. No sabría decir exactamente qué es lo que falta..., ¿el silencio, la luz? Todos los días prueba con una nueva combinación, con la esperanza de que las piezas encajen como las clavijas de un candado, con la

esperanza de que se produzca una apertura y ella recupere o descubra algo. «¿Adónde vas con eso?», le pregunto mientras ella lleva una lámpara de una mesa a la otra. «Voy al lugar de donde vine», responde. «Pero ese lugar no existe», le digo yo. Hace naturalezas muertas, cuadros sobre cómo le gustaría que fuera. «¿Es el mismo sofá..., el de antes?», me pregunta confusa. «Eso es lo que me has dicho siempre.» «Ya no lo sé con seguridad», responde ella. «Tal vez ocurrió después del *episodio*.» A la guerra la llama «el episodio». El sofá de mi madre también es azul.

Se acaba la hora, se levanta con cuidado.

La siguiente vez que va a la consulta, ve un pelo. Lo ve mientras se acerca al sofá del médico, un pelo rubio como un hilo dorado que refleja la luz. No sabe qué hacer: ¿recogerlo, estirarlo entre los dedos y pellizcarlo como si fuera la cuerda de un arpa? Se imagina enrollándose el dedo con él, dando vueltas y más vueltas hasta que el dedo se pone azul, presionándolo contra su cuello como un cable de oro. ¿Qué hacer? Finge no verlo. Se echa sobre él, el pelo rubio bajo su pelo castaño, el pelo rubio forma parte del suyo por un instante. Pero no lo puede soportar. ¿De quién es ese pelo? ¿Acaso se ha acostado el médico con alguien en ese sofá?

—Mi madre nació el día antes de que terminara la guerra. Era una hija sin padre, un milagro. Se creyó aquello durante mucho tiempo, todos nos lo creímos. El hecho es que, durante la guerra, a mi abuela la dejaron en un internado católico. Sus padres la llevaron allí en plena noche, se dieron media vuelta y se largaron. Cuando ella les empezó a llamar a gritos las monjas le taparon la boca con las manos. La historia sigue con que él apareció en el jardín del internado. Ella fingió no saber lo que había ocurrido, aunque es posible que no lo supiera de verdad. Era una guerra. A ella le aterrizzaba que murieran. Lo único que la mantenía cuerda es que las rosas siguieran floreciendo. Allí es donde la encontraron, en medio de los rosales, enmarañada entre las ramas largas y punzantes de las vides. Él entró en el jardín, se inclinó para oler las rosas y la vio. La metió a empujones entre los rosales. Cuando se marchó ella seguía allí atrapada. Se quedó tumbada en el jardín toda la noche. Vio cómo se oscurecía el cielo, cómo salían las estrellas. Miró hacia lo azul, lo eterno, lo interminable, lo innombrable. Cuando la encontraron estaba dormida. La despertó la abuela, pero ella despertó solo a

medias, se sentía como si hubiese sido víctima de un encantamiento, como si estuviera rodeada por la niebla. Pensamos que acabaría volviendo en sí, pero más que nada parecía perpleja, como si nada de todo aquello tuviese sentido. Cuando era niña mi madre sabía que su madre la odiaba, pero ella no sabía el motivo ni qué era lo que había hecho mal. Mi madre se escondía, en cajas, debajo de la mesa, dentro de los armarios. Más tarde empezó a esconderse en el bosque, tras los árboles, o bajo los montones de hojas. Jugaba a ser un camaleón que mudaba el color de su piel para adaptarse a su entorno. Cuando venían otros niños para jugar, mi madre se escondía, y solo cuando se marchaban salía corriendo e iba hasta la ventana, apoyaba la cara contra el cristal y les miraba alejarse. Mi madre lo descubrió cuando tenía unos trece años, no recuerda cómo, pero decía que eso explicaba muchas cosas. Cuando lo descubrió, tuvo un episodio de locura nocturna y fue por todos los parques de Londres cortando las rosas. Regresó con cientos de rosas. Llenó la casa de mi abuela de rosas, desde capullos hasta rosas florecidas y ya mustias –rosas repollo, rosas comunes, rosas de té–, todas con pétalos tan delicados como la carne humana, todas con su perfume, un hermoso aroma que se volvió pútrido. El robo de las rosas era un delito, las rosas pertenecían a la ciudad, a la gente, no eran para beneficio exclusivo de una persona. La historia del robo salió en todos los periódicos. Su madre estaba espantada y amenazó a su hija con llevarla a la policía. «No puedo tolerar esto. Es demasiado. Estás volviendo a hacerme lo mismo. Eres igual que tu padre. Eres la prueba de que no se puede escapar de la propia historia.» Y juntas cortaron aquellas rosas con sus largos tallos llenos de espinas hasta reducirlas a su mínima expresión.

Se detiene.

–¿Acaso tiene alguien una vida propia? –pregunta.

El doctor no contesta.

Su tercera visita es distinta; hay algo en el sofá. Una especie de tapete o de servilleta que cubre el pequeño almohadón. ¿Estará aún el pelo debajo? ¿Lo habrán escondido para mantenerlo a salvo? Se recuesta y no dice nada. Mira la habitación, la luz que entra por las ventanas, una lámpara, el fragmento de un cuadro, una silla de más y una mesa con una planta. Piensa en su madre moviendo los muebles, en su abuela atrapada entre las rosas. Mira fijamente

la planta –una bonita orquídea blanca y violeta– y se pregunta si la habrá comprado el médico o si es un regalo.

–¿Es de verdad? –pregunta.

–¿Te parece de verdad? –responde el médico.

Cuando acaba la sesión, se sienta. La habitación da vueltas como un caleidoscopio, se nubla. Cae de nuevo en el sofá.

–Por hoy ha acabado el tiempo –dice el médico. Pero ella no se puede levantar. El médico parece desconcertado, no le había ocurrido nunca algo así. Va hasta su escritorio, revuelve el cajón y saca una lata de caramelos. Le ofrece uno; es rojo y tiene forma de rosa. Ella chupa el caramelo y su efecto hace maravillas. Sueña que camina sobre las aguas y que llueven pétalos de rosas.

## DÍAS DE IRA

Él es el corresponsal de guerra, ella la novelista transgresora. Les han convocado para el encuentro sobre Genocidio(S). Ella le ve en la zona de recogida de equipajes del aeropuerto y le saluda señalándole con la mirada al estudiante que sostiene un cuaderno de notas con su nombre escrito – incorrectamente– con un grueso rotulador negro.

–¿Quieres compartir el coche? –pregunta él.

A ella le pilla con la guardia baja y niega con la cabeza.

No quiere que nadie la lleve ni recoja, no desea la obligación de tener que entretener al joven estudiante/fan/profesor jubilado/agente inmobiliario a tiempo parcial durante los cuarenta minutos que se tarde en llegar a donde sea que tiene que ir.

Si dice que sí a ese tipo de cosas –congresos, lecturas, conferencias– es porque aún no ha aprendido a decir que no. Tiene la equivocada fantasía de que unos días fuera de casa le permitirán pensar un poco o avanzar algo. Lleva siempre el trabajo con ella: el cuento corto que no consigue resolver, la novela que se supone que tiene que terminar, el libro del amigo que necesita una nota para la contraportada, el periódico del último domingo...

–Me alegro de verla –dice el empleado de la oficina de alquiler de coches, aunque en realidad no se han visto en la vida. Le da las llaves de un coche con matrícula de New Hampshire y, en ella, el lema del estado, «VIVE LIBRE O MUERE». Ella conduce en dirección norte, hacia la pequeña ciudad universitaria en la que un grupo de expertos en terrorismo y violencia de estado, en compañía de neurocientíficos, académicos, supervivientes y otros tantos «invitados especiales» se reunirán en lo que se ha convertido en un repetido intento de poner cierto orden, como si tal cosa fuera posible.

Es septiembre –a pesar de haber dejado la escuela hace décadas, el calendario escolar sigue ejerciendo una poderosa influencia sobre ella– y se siente deseosa de empezar cosas nuevas. Es la estación de la abundancia; los manzanos están cargados de fruta, la hierba salvaje que queda junto a la autopista está crecida. La brisa mueve los árboles. Todo emana profundidad,

es el último esplendor del verano. Dentro de un par de horas, por la tarde, una tormenta lo barrerá todo, limpiando el aire.

La ciudad ha conseguido superar la crisis autodenominándose «El hogar de América». Hay banderas en todas las farolas. Unos carteles anuncian la celebración de la cosecha de otoño, un festival de cine y una serie de conciertos de música de cámara en la iglesia presbiteriana.

Ella aparca en la parte trasera del edificio de conferencias, se cuela por la entrada de personal y recorre un largo pasillo hasta que ve una puerta que dice ACCESO AL VESTÍBULO.

En la pared hay un gran espejo con un mensaje escrito en el cristal: «Sonríe y pregúntate: ¿puedo atender al público?»

El corresponsal de guerra entra por la puerta principal del hotel justo en el mismo instante en que ella se desliza por la puerta sin cartel alguno que queda junto a la mesa de recepción.

–Qué curioso, tú por aquí –dice él.

–¿Verdad?

Él se acerca a la mesa. Los densos rizos que solía llevar cortos son ahora más ralos; en compensación parecen también más largos y menos rizados.

Hace que se sienta incómoda, inusualmente tímida.

Se pregunta cómo hará él para tener tan buen aspecto. Se echa un vistazo a sí misma. Su blusa de lino está completamente arrugada, mientras que la camisa de él apenas tiene una marca.

La recepcionista le da un sobre de FedEx de aspecto imponente que ha llegado para él.

A ella le dan una caja marrón demasiado envuelta en cinta de embalar y una copia con el horario de las conferencias.

–¿Qué te ha llegado? –pregunta ella mientras él abre su sobre de FedEx.

–Las galeradas de un artículo para una revista, ¿y a ti?

Ella agita la caja.

–¿Palomitas Cracker Jack?

Él se ríe. Ella echa un vistazo al horario.

–Vamos seguidos en la ceremonia inaugural.

–¿A qué hora empieza?

–A las doce y media. –Ella piensa en estos eventos como si fuesen maratones, el ritmo lo es todo–. Tienes una hora.

–Tenía intención de darme una ducha –dice él.

–Su habitación aún no está lista –dice la recepcionista.

–¿Vienes de zona de guerra? –pregunta ella.

–De Washington –dice él–. Hubo una cena de la asociación de prensa anoche, y el día anterior estaba en Ginebra, antes de eso, la guerra.

–Vaya un cambio, de aquello a esto –dice ella.

–No te creas –responde él–. No importa dónde lo sirvas, el pollo es siempre pollo.

La recepcionista teclea en el ordenador hasta que localiza una habitación disponible.

–Le he encontrado una habitación muy agradable. Le va a encantar. –Le ofrece la tarjeta de ingreso–. Están juntos en la planta ejecutiva.

–Mejor que mejor –dice él.

Ella le conoce desde mucho antes de que ninguno de los dos llegara a ser alguien. Formaban parte de un grupo de recién licenciados de la universidad que trabajan en publicidad y se reunían normalmente en un bar. Él era muy serio, tenía el ceño permanentemente fruncido y estaba casado, eso era lo más raro de todo y lo comentaban en cuanto se daba la vuelta. ¿Quién se casa a los veintitrés años? Nadie había visto nunca a la esposa, la llamaban así, «la esposa». Ni siquiera hoy sabe el nombre de esa mujer.

Un anciano se acerca al corresponsal de guerra.

–Soy un gran fan –dice, poniéndole una mano en el hombro al corresponsal–. Tengo una historia para usted sobre un viaje que hice con mi mujer. –Hace una pausa y se aclara la garganta–. Fuimos a Alemania y decidimos hacer una visita a los campos. Cuando llegamos a nuestro hotel pregunté: «¿Cómo se llega hasta allí?» Y ellos nos dijeron que había que coger primero un tren y luego un autobús, y que cuando llegáramos alguien nos recogería. Al final fuimos y es aterrador, cuando íbamos en aquel tren escuchando el traqueteo en lo único en lo que podía pensar es que aquellas eran las mismas vías por las que mi familia se había dirigido a la muerte. Llegamos al campo, hay un café y una tienda de libros en la que venden



postales, no sabíamos qué pensar. Y cuando volvimos al hotel, la joven alemana que estaba en recepción nos preguntó con una gran sonrisa: «¿Han disfrutado de su excursión a Dachau?» ¿Qué le parece? ¿Cree que nos reímos o que lloramos? –El hombre hace una pausa–. ¿Qué cree usted?

El corresponsal de guerra asiente.

–Es difícil responder a esa pregunta, ¿verdad?

–¡Las dos cosas! –responde el hombre–. Nos reímos, lloramos y no volveremos nunca más.

El corresponsal la mira de reojo y sonrío. Tiene unas encantadoras arrugas en los ojos que no estaban allí hace años.

A ella le molesta. ¿Por qué tiene esa sonrisa tan dispuesta, tan perfecta?

Cuando se dirige hacia el ascensor, un voluntario del congreso la agarra del brazo.

–No se olvide de su bolsa de bienvenida.

El voluntario le ofrece una bolsa de lona, cargada con un botín genocida.

Va directamente a su habitación, cuelga en la puerta el cartel de «No molestar» y echa el pestillo. ¿Qué aspecto tendrá la habitación de él? ¿Tendrá el mismo tamaño, la misma ventana al aparcamiento o será más grande? ¿Será una suite con vistas al mar? Están a cientos de kilómetros del mar. ¿Hay una jerarquía para el alojamiento en Genocidio(S)?

–¿Descansas alguna vez? –oye que le pregunta la voz de su terapeuta.

La verdad es que no.

Abre la bolsa de bienvenida: una taza de café con el emblema de la universidad local, un cuaderno y un bolígrafo de una famosa empresa de tarjetas –«Cuando no encuentres las palabras, déjanos hablar por ti»– y una enorme tableta de chocolate de una compañía farmacéutica que hace un antidepresivo muy popular. La etiqueta dice: «A veces ser feliz no es tan difícil.»

Piensa en su terapeuta. Tiene con ella exactamente lo opuesto a la transferencia: nunca ha deseado que su terapeuta sea su madre ni su amante. Piensa en su terapeuta y le parece un alivio no estar casada ni ser pariente suya. Una decisión tan pequeña como resolver dónde ir a cenar o qué

almorzar a mediodía les llevaría horas de debate y cuestionamiento. Al final ella se acabaría desmoronando y haría cualquier cosa para acabar lo antes posible. A veces piensa en secreto que su terapeuta es una maltratadora pasivo-agresiva y que tal vez tendría que haber sido abogada.

–Has escrito un libro extraordinariamente fuerte en el que muestras las repercusiones multigeneracionales del trauma del Holocausto. Sabías que te iban a cuestionar. –Oye la voz de su terapeuta alta y clara en su cabeza.

–Es una novela. Me lo inventé todo.

–Tú creaste los personajes, pero las verdades emotivas son muy reales. Hay muchos tipos de conocimiento distintos.

Silencio.

–Has estado años viviendo la experiencia a todos los niveles. ¿Recuerdas cómo ayunaste, cómo bebiste agua contaminada, cómo te pasaste un mes sin bañarte?

–Sí, pero no estuve en el Holocausto. Soy una impostora, los críticos lo han dejado muy claro.

La terapeuta chasquea la lengua y niega con la cabeza.

La novelista se pregunta: ¿cómo es que no les enseñan a los terapeutas que no hay que chasquear la lengua nunca?

–Los críticos no son más que lectores, y los lectores piensan que has conseguido iluminar y dar palabras a los aspectos más complejos de su experiencia. Y además ganaste un premio internacional. –La terapeuta hace una pausa–. Resulta interesante lo que estás haciendo.

–¿Qué estoy haciendo?

–Subestimarte.

–¿Porque es lo que se me da mejor? –responde, sonriendo a su terapeuta.

La terapeuta tiene una expresión triste.

–Por lo menos soy sincera.

Sigue con la expresión triste.

–¿Lo dices en serio? –pregunta ella.

–Lo digo en serio –dice la terapeuta.

Dijo que sí al congreso Genocidio(S) después de haber hecho un pacto consigo misma en el que acordó decir que no a todo en un intento de empezar un nuevo libro. Se había pasado la mejor parte del año en la gira

promocional, viajando por todo el mundo dando charlas, haciendo entrevistas y contestando a preguntas que parecían interrogatorios. Era como si los periodistas pensarán que, si preguntaban lo suficiente y en las suficientes lenguas distintas, al final se le acabaría escapando algo, algún tipo de confesión tal vez, u otra historia, pero lo cierto es que no había nada más. Lo había puesto todo en el libro.

Se mira en el espejo de la habitación del hotel. «Sonríe y pregúntate: ¿puedo atender al público?»

Se pone colorada. Estaba pensando en él..., en el corresponsal de guerra.

Suena el teléfono.

—¿Ya estás ahí? —pregunta Lisa—. Quería asegurarme de que habías llegado bien.

—Estoy bien —contesta ella.

—¿Te han dado la caja?

—Creo que sí —responde.

—¿La has abierto?

—No.

—Bueno, pues hazlo.

No abre la caja, solo la nota que hay encima: «Siento lo de la pelea, espero que esto lo compense...»

—Pero si no nos hemos peleado —dice ella.

—Ya, pero como normalmente lo hacemos y tenía que hacer el pedido con diez días de antelación... —responde Lisa.

—Te podías haber esforzado un poco más.

—¿Qué me estás diciendo? —dice Lisa—. ¡Si lo planeé hace semanas!

—Quiero decir que si sabías que me ibas a mandar un regalo de reconciliación, al menos podías haber organizado una pelea —dice.

—No lo pillo —dice Lisa—. De verdad que no lo pillo.

—Es una broma. Te lo tomas todo al pie de la letra.

—¿Y encima me criticas?

—Déjalo —dice ella—. Gracias. Sabes que me encanta el chocolate.

—Claro que lo sé —dice Lisa, sin darse cuenta de que aún no ha abierto la caja.

Conoce a Lisa lo bastante para saber perfectamente qué hay dentro. En vez de abrir la caja, abre la tableta de chocolate patrocinada por el fabricante de

antidepresivos y le da un buen mordisco. El aire se colma del sonido consistente del chocolate mordido.

–Mucho mejor –dice Lisa.

–Tengo que dejarte –responde ella–. Estoy en la mesa de recepción.

Se mira en el espejo; ¿percibirá Lisa que le está mintiendo?

–¿Qué te pasa? –dice Lisa–. No te entiendo bien.

–No me hagas caso –dice ella–. Estoy ensimismada.

–Luego hablamos –responde Lisa, y cuelga.

Sirven el almuerzo de bienvenida: ensaladas frías como de menú de hermandad tras el bar mitzvá, de tres tipos: ensalada de huevo, ensalada de atún, ensalada de patata; pan con mantequilla, té o café.

Se sienta en la cabecera de la mesa entre los académicos, junto a los profesores universitarios de temas relacionados con tragedia y trauma. El corresponsal de guerra está a dos sillas de distancia.

El hombre al que quiere conocer, Otto Hauser, el especialista en objetos coleccionables, no está. Su silla está vacía. Su plato tiene un cartel que dice «vegano».

–¿Ha visto alguien a Otto Hauser? –pregunta ella una y otra vez. Lleva años obsesionada con Otto Hauser, ha leído las dos únicas entrevistas que ha concedido y le ha visto fugazmente en un documental. Más tarde se enteró de que había pedido que le sacaran de la película.

Alguien le dice que Otto se ha retrasado; ha habido un incendio en un almacén de su propiedad, cerca de Múnich.

El director del congreso, víctima también él de un ataque violento que le hizo perder la mitad de la lengua, pide silencio. No es fácil entender lo que dice y ella se descubre buscando pistas en el intérprete para sordomudos que traduce a cierta distancia del escenario.

–El programa de este año, *Del Genocidio(S) a la Generosidad: hacia un nuevo entendimiento*, reúne a distintas comunidades, entre las que se encuentran, aunque no de manera exclusiva, Camboya, Timor Oriental, Ruanda, Sudán, la antigua Yugoslavia, el Holocausto de la Segunda Guerra

Mundial, la historia de los genocidios coloniales y la primera respuesta a la epidemia del sida. ¿Por qué? ¿Por qué siguen produciéndose Genocidio(S)?

Agradece a continuación la ayuda de sus patrocinadores: una compañía aérea, dos buscadores de internet, una compañía de seguros, el fabricante de antidepresivos ya mencionado y una fábrica familiar de helados. Antes de pasar el micrófono a su compañero dice:

–El bar de la Suite Broadway estará abierto hasta medianoche. Se servirán allí unos zumos cortesía de Be My Squeeze. Este año disponemos también de una sala para la plegaria y meditación y un bono para un masaje gratis gentileza de Watch Your Back.

Tras la bienvenida del director del congreso, la directora del departamento de inglés local hace los honores y la presenta a ella. Las palabras de la directora de departamento son extrañas y apasionadas, elogiosas y denigrantes por igual, tanto desde el punto de vista personal como profesional. Sin hacer una sola pausa la directora de departamento menciona que la autora es bien conocida por su voluptuoso pelo oscuro, que ganó el premio internacional France Nyssen y que se sorprendió ante las ventas de su libro.

El corresponsal de guerra se inclina un poco sobre ella y le susurra:

–Creo que te quiere follar.

–Me siento como si lo acabara de hacer –le responde en un susurro antes de acercarse brevemente al micrófono–. Gracias, profesora –la llama profesora con toda la intención, en vez de directora de departamento–, no hay duda de que sabe más de mí que yo misma.

Se produce una risa en la sala.

Al corresponsal de guerra le presenta el entrenador de fútbol americano de la universidad.

–*Donde se funden la sangre y el fango* es el título de esta historia extraordinariamente personal de Eric Bitterberg sobre su experiencia en el frente de guerra junto a su mejor amigo del colegio, un sargento del ejército de los Estados Unidos.

–¿Se dice Biter-berg o Bitter-berg? –le susurra ella.

–Depende del humor que esté.

La sesión de la tarde empieza directamente después del almuerzo. Unos se dirigen a paneles como «Las generaciones perdidas de Australia» o «Repensar los campos de la muerte», ella a la Sala Americas para su primer panel: «El lugar desde el que hablo: la Alemania moderna y sus historias».

Entre sus compañeros de panel se encuentran un joven académico alemán, que a pesar de hablar inglés a la perfección insiste en hablar en alemán, y Gerda Hoff, una anciana local superviviente de los campos y más recientemente de un cáncer que acaba de escribir unas memorias tituladas *Viviendo para vivir*.

–No se parece a la fotografía de su libro –dice el moderador en cuanto la ve sentarse..., y no es un piropo.

A continuación, y directamente al grano, arranca:

–Alemania y su historia familiar. ¿Dónde estuvo su familia durante el Holocausto?

El participante alemán dice que lucharon y trabajaron en el negocio de la alimentación.

–Eran carniceros –dice el moderador. No es una pregunta, sino una afirmación.

–Así es –confirma el alemán sin añadir nada más.

La superviviente dice que su padre era maestro de escuela y que su madre era conocida por su bonita voz. Ella y sus hermanos fueron testigos de cómo dispararon a sus padres por la espalda y cayeron en unas grandes fosas comunes. Ella es la única que sigue con vida; sus hermanas murieron en los campos y hace dos años su hermano se tiró a las vías del tren.

–¿Y usted?

A la novelista le gustaría comprar una vocal, como en *La ruleta de la suerte*. Le gustaría pasar, evaporarse sin más o al menos explicarle a alguien que ha sido un error poner juntos estos paneles, porque ella no pertenece a esta mesa.

Hace una pequeña pausa para que haya un cambio de aires y explica que su familia no proviene de Alemania sino de Letonia. Llegaron a los Estados Unidos antes de la guerra y trabajaron en una granja lechera de Nueva Inglaterra.

Es como si se tratara de un concurso televisivo en el que se premiara la respuesta más auténtica. Ella es claramente la perdedora.

Echa un vistazo al público. No hay gente joven. Le recuerda a esos

conciertos de música clásica a los que solían llevarla sus padres: no importa los años que pasaran, ella seguía siendo siempre la más joven.

El moderador continúa y en cierto momento, cuando ya tiene la cabeza en otra parte, el debate regresa a ella con la pregunta: «¿Existe realmente la ficción del Holocausto? ¿Se puede decir que hay experiencias en las que los hechos históricos son tan problemáticos que no deberíamos hacer ficción sobre ellos?»

Ella se toma un segundo y a continuación se inclina hacia delante en la silla, acercándose al micrófono, algo innecesario considerando el tamaño de la sala. Es la misma pregunta que le han hecho por todo el mundo, el momento que todos esperan.

–Sí –dice con rotundidad, y hace una pausa–. Sí, existe una ficción del Holocausto. No me la he inventado yo. Hay muchas novelas que están situadas en el Holocausto o que hablan sobre él, entre ellas se encuentran obras de Elie Wiesel, Thomas Keneally, Bernhard Schlink, entre otros muchos. Con respecto a la pregunta sobre si hay hechos históricos tan problemáticos que no deberíamos tratarlos en la ficción, pienso que el sentido de la ficción es ilustrar e iluminar. Nos vemos a nosotros mismos con más claridad a través de las historias que contamos.

–Pero ¿cuál es su relación con el Holocausto? –insiste el moderador.

–Soy judía, los hermanos de mi abuelo murieron en los campos.

–¿Qué significa para usted ser una mujer transgresora que escribe libros intencionadamente escandalosos?

–«Transgresora» es una palabra que usted emplea para describirme; es su forma de etiquetarme para convertirme en algo distinto de usted. La misma historia que hemos venido a discutir aquí nos recuerda el peligro de las etiquetas y de separar a las personas en categorías.

Entre el público se produce un murmullo de aprobación. A pesar del hecho de que se supone que esos paneles son conversaciones, en realidad son una competición en la que el juez es el público.

–En cuanto al asunto de mi intención de escandalizar, no he escrito sobre nada que no haya salido antes en el periódico –dice, consciente de que tiene un periódico de la semana pasada en el bolso en ese instante–. Lo que es realmente escandaloso es lo poco que hacemos para impedir que estas cosas sigan pasando una y otra vez...

–La ficción es un lujo que no tuvieron nuestras familias –interrumpe Gerda

Hoff—. Nosotros no metimos en la maleta las lecturas de verano y nos fuimos a los campos felices y a comer perdices. Esa historia ni siquiera le ha ocurrido a usted. ¿Qué derecho tiene usted a contarla? Es un insulto. No soy más que una pobre anciana, pero represento aquí a seis millones de judíos que no pueden hablar por sí mismos.

El público aplaude. ¡Punto para Gerda Hoff!

Siente la tentación de replicar el comentario más frecuente de su madre: «A lo único a lo que tienes derecho es a tener tu opinión», pero no lo hace. En vez de eso dice:

—Y esa es exactamente la razón por la que escribí mi libro: para describir el impacto de esos seis millones de vidas en las generaciones subsiguientes. Escribí mi libro para que todos los que no estuvimos allí, todos los que ni siquiera habíamos nacido aún, pudiéramos entender mejor la experiencia de los que sí estuvieron presentes. Y para que no vuelva a suceder. Nunca más.

—De modo que el libro es una enorme mentira —dice la anciana.

—No muestra ningún amor por Alemania —dice el académico alemán, que se siente claramente fuera del debate.

—Mi novela no es sobre Alemania. Es la historia de la lucha de cuatro generaciones de una familia para reivindicar su historia y su identidad.

Termina el panel y aunque el público no alza carteles de puntuación, sabe que Gerda ha quedado primera, ella la segunda y el académico alemán en un lejano tercer puesto.

Nunca más, se dice a sí misma. Nunca más digas sí cuando quieres decir no.

Tras el panel se sienta frente a una pequeña mesa a firmar libros y responder algunas preguntas.

—¿Eres lesbiana? —le pregunta una anciana en un susurro, con el mismo tono de voz con el que su madre preguntaría: ¿son judíos?—. Eres lesbiana, ¿verdad? Yo creo que mi hijo es gay también. No me lo dice, pero las madres sabemos estas cosas.

Cuando acaba la fila ella compra una copia de su propio libro para dárselo a Gerda Hoff, que está a punto de marcharse.

—No lo quiero, gracias —dice Gerda.

—Es un regalo. Creo que le interesará.

—Tengo ochenta y tres años. Vi cómo disparaban a mis padres por la espalda. He enterrado a mis propios hijos y me estoy muriendo de cáncer. No



he llegado hasta aquí para tener que leerme por educación una porquería que a usted le parece que me resultará interesante.

–Lo siento –dice ella.

Gerda se inclina hacia ella.

–¿Quiere saber lo que me gusta? El helado de chocolate. Eso sí me parece un motivo para vivir. En cuanto a su libro, *a shaynem dank dir im pupik*, gracias por nada. Lo he vivido, no tengo necesidad de leerlo –dice, y a continuación se aleja tambaleándose por el pasillo.

Encuentra al corresponsal de guerra junto al ascensor, esperando.

–¿Qué tal te ha ido? –pregunta.

–Me han despellejado –dice ella.

–Yo no me lo tomaría muy a pecho.

Entran y él pulsa el botón de la cuarta planta.

–Puede que sean ciudadanos de la tercera edad, pero son boxeadores –dice ella–. No solo van a clase de zumba, también boxean, y te aseguro que saben dónde pegar. ¿Tú qué tal?

Le mira. Lleva los dos últimos botones de la camisa desabrochados y se le ve el oscuro pelo del pecho. Ella siente el deseo de arrancar ese pelo como si se tratara de un mechón mágico.

–Aparte del espectador molesto que me ha llamado mariquita, todo bien.

El ascensor se abre en la planta ejecutiva.

–¿Te veo en el cóctel? –dice ella al salir.

–No creo. Tengo una entrega. –Hace una pausa–. No recordaba haberte visto desde hace años, excepto en algún premio literario. Felicidades, por cierto. Yo jamás podría escribir un libro como el tuyo –dice, empezando a caminar por el pasillo.

–¿A qué te refieres? –replica ella.

–A la ficción –responde él, dándose la vuelta–. Yo jamás podría. No tengo imaginación.

Ella sonrío.

–No estoy muy segura de lo que quieres decir, pero me lo tomaré como un cumplido.

–¿Nos tomamos algo luego?

Ella asiente.

–En mi cabeza sigo llamándote el corresponsal de guerra. Hace años solía llamarte Erike, pero por algún motivo ya no te pega.

–Me llamabas Erike porque así es como me llamaba mi madre.

–Estabas casado. Estábamos todos muy impresionados; nos parecía muy adulto. Hablábamos de ti en cuanto te dabas la vuelta.

–Tiene gracia –dice él.

–¿Por qué?

–Era muy infeliz.

–Vaya –dice ella.

–Me parecía muy inteligente, tenerlo todo planeado –dice él, encogiéndose de hombros.

–¿Y por qué íbamos siempre al Cedar Bar? –pregunta ella–. ¿Nos creíamos artistas o algo así?

–Nos creíamos muy talentosos –responde él–. Pensábamos que íbamos a algún sitio.

–Y aquí estamos.

Hay una pausa extraña.

–¿Y qué piensas hacer ahora? Recuerdo que siempre ibas en bici a todas partes. Nunca en metro.

–Sí –responde ella–. Iba en bici a todas partes, hasta que me reventé la rodilla.

–¿Recuerdas que una vez te hice ir en metro?

–Lo recuerdo –dice ella sonriendo–. Fue en enero.

–El 17 de enero de 1991, la noche que empezó el bombardeo de Bagdad.

Ella asiente, sorprendida de que él se acuerde.

–Te hice coger el metro hasta la parte alta.

–Fue una gran noche –dice ella.

–Así es –responde él, y luego parece sumirse en sus pensamientos. Hay un silencio lo bastante largo para no ser agradable–. De acuerdo entonces –dice, y continúa su camino abruptamente, dejándola con la duda de si ha pasado algo.

Ella va a su habitación y se sienta a meditar. Durante la meditación piensa en él puntualmente. Toma plena conciencia de su cuerpo una y otra vez, de la respiración y del ritmo, hasta que se queda dormida. Tiene una pesadilla y despierta cuarenta minutos después, empapada en sudor y tan confusa como

si acabara de salir de una anestesia general. No tiene ni idea de dónde está y trata de analizar si el sueño ha sido real.

El antídoto: llamar a su madre.

–¿En qué andas? –pregunta su madre, el tono de su voz es un regreso instantáneo a la realidad.

–Me acabo de echar una siesta. He tenido una pesadilla horrible –dice ella–. Estoy fuera de casa, en un congreso.

–¿De qué va este?

–Genocidio(S). Acepté la invitación pensando en ti.

–¿Por qué en mí? A mí no me han matado en ningún genocidio.

–Por lo del Holocausto, por los hermanos del abuelo.

–Qué amable por tu parte –dice su madre.

–No se trata de ser amable –dice ella–, se trata de recordar.

–Está bien que te acuerdes –dice su madre–. Me había olvidado completamente de que estabas fuera. ¿Cuándo vuelves a casa?

–El domingo por la noche.

–¿Y cuándo vienes a verme?

–Quizá el próximo fin de semana.

–El próximo fin de semana no puedo, tengo entradas para el teatro.

–De acuerdo, el siguiente entonces.

–Estaría bien que vinieras antes. Ven durante la semana. Esos días no estoy tan ocupada.

–Durante la semana trabajo.

–¿Llamas trabajo a escribir novelas?

–Sí.

–Cuando mis amigas me dicen que les encanta lo que haces, yo les digo que tienen derecho a tener su opinión.

–Gracias, mamá. Me alegra trabajar tan duro solo para avergonzarte.

Saca el ordenador y pone el teléfono en manos libres.

–¿Estás escribiendo mientras hablas conmigo?

–Sí.

–Espero que no estés escribiendo lo que digo.

–No, mamá. Estoy mirando las sinagogas y mandándole un mail a uno de los organizadores del congreso para preguntarle si la cena es de pie o sentados.

–Soy una persona celosa de su intimidad. No me apetece que el mundo

entero sepa tanto sobre mí.

–Pero el libro no es sobre ti, mamá.

–Eso es lo que dices tú, pero a mí no me engañas. ¿Cuándo vienes a verme entonces?

–Tengo que irme, mamá. Te quiero. Te llamaré mañana.

El nerviosismo que le produce hablar con su madre la ha llevado a levantarse, lavarse la cara, abrir la maleta y pensar qué ponerse. Hay un espejo grande montado sobre la pared. Se ve distinta de lo que recuerda, más baja, más redonda. ¿Acaso está ocurriendo ya? ¿Está encogiéndose?

Lisa le manda un mensaje: «¿Has muerto? No te pega no llamar ni escribir.»

¿Dónde está el problema?, se pregunta. ¿Es Lisa el problema o se trata de otra cosa?

«Hablamos hace solo dos horas. Las llevo de color rosa», responde. Comenzó como una ocurrencia cuando empezaron a salir y se ha convertido en una broma recurrente. «Me lo he comido todo. El chocolate se me ha derretido en la boca», escribe.

«Jajaja, no en tus manos», escribe Lisa.

Se cambia para ir a la sinagoga, unos sencillos pantalones negros y una camisa. Al salir del edificio pasa junto a la «reunión». No lo llaman cóctel porque eso sonaría demasiado festivo, y entre los que no beben por motivos religiosos, los de Alcohólicos Anónimos, los que tienen las defensas bajas o toman medicación está haciendo estragos el cóctel sin alcohol Libertad y Unidad.

Uno de los organizadores la ve e insiste en que interactúe un poco con los demás. Interactúa buscando a Otto Hauser, pero no ha llegado aún. Le presentan a Dorit Berwin, una británica que rescató a cientos de niños de una muerte segura en Sudán. La propia Dorit adoptó personalmente a cincuenta y cuatro niños y habría adoptado a más, pero sus propios hijos biológicos empezaron a distanciarse de ella con una campaña pública a la que llamaron: «Son niños, no gatitos.»

Le parece extraño que sea viernes por la noche y ninguno de los conferenciantes de la reunión parezca haberse dado cuenta de que es sabbat.

Tiene la costumbre de ir a la sinagoga en cualquier lugar del mundo; es la única practicante de la familia.

–¿Qué quieres decir con lo de practicante? –dice su madre–. Somos judíos, ¿qué se supone que tenemos que practicar? ¿Es que no hemos tenido ya suficiente?

–Me hace sentirme parte de la historia.

Mientras conduce por las colinas en una carretera comarcal de dos carriles, el sol se oculta en el horizonte. Unas vacas regresan al hogar cruzando los campos y hay una granja autoservicio con huevos frescos, tomates, ramos de flores y calabacines gratis con cada compra. El cielo es de un azul profundo y espléndido.

Llega al pequeño pueblo tras el atardecer. Una estrella de David de madera y la mezuzá son los dos únicos signos externos del estrecho edificio. Llama tres veces a la pesada puerta de madera, como si fuera un personaje de Edgar Allan Poe. Vuelve a llamar, espera, llama de nuevo y finalmente...

–¿En qué puedo ayudarla? –pregunta un hombre a través de la puerta.

–Vengo al servicio del viernes por la noche –dice ella.

–¿Está usted segura?

–¿Llego tarde?

–Un poco.

–¿Puedo pasar?

–Supongo que sí –dice el hombre, abriendo la puerta–. Hay que tener cuidado. Nunca se sabe quién llama.

La sinagoga es pequeña y está como perdida en el tiempo. Además de ella y el rabino, hay unas treinta personas.

–¿Qué es ser judío? –pregunta el rabino al grupo–. ¿Ha cambiado a lo largo de los tiempos? Se nos recuerda que nuestros antepasados no fueron libres, que tuvieron que decir sí cuando querían decir no. Todos somos transgresores, exiliados, no hay ninguna persona entre nosotros que no haya pecado alguna vez. Pero no se trata del tamaño de nuestro pecado o de si nuestro pecado es mayor o menor que el de los demás, sino de que todos somos humanos y tenemos defectos, solo si reconocemos nuestros defectos conseguiremos conocernos a nosotros mismos.

Ella escucha, es una extraña en la última fila que contempla las nuca de los demás. ¿Iría Lisa al templo con ella? Nunca se lo ha pedido. Lisa y ella siempre están en un tira y afloja, siempre necesitan tiempo, aire, espacio. Lisa dice que están tanto tiempo juntas que es difícil saber dónde termina una y dónde empieza la otra. Pero ella sabe bien dónde termina: termina antes de que Lisa empiece. No es lo que ella misma denomina una «lesbiana clásica», alguien con ansias de fusionarlo todo que a la segunda cita ya está cargando el camión de la mudanza. Sufre frustraciones y decepciones constantes. Se pregunta: ¿ser judía es una cosa, una relación o sencillamente yo misma?

El llanto de un bebé la trae de vuelta a la realidad y cuando se marcha la mujer con el bebé que llora se da cuenta de que él está ahí, en las primeras filas. Le reconoce por el pelo, por la nuca. Está cuatro filas más adelante y muy concentrado, con la cabeza sumida en las ideas importantes.

Le sorprende pero le agrada, siempre que pensaba en él le consideraba un tipo serio, pero su éxito ha acabado con eso. Ahora se lo imagina más como un playboy de guerra, alguien que sale con gente como la intrépida reportera con un parche en el ojo a la que mataron en Siria. Se lo imagina apostando fuerte al póquer y teniendo sexo muy borracho con alguna mujer exótica que no habla inglés.

–Que se levanten los que vayan a hacer las lamentaciones del kadish – recita el rabino. Él se pone en pie, reza. Por la forma en que se agitan sus hombros ella se da cuenta de que está llorando.

Y acaba. Empieza el sabbat y se invita a la congregación a que tome un poco de pan jalá y un vaso de vino en unos vasos de plástico pequeños como dedales.

–No sabía que eras judía –dice él, brindando con su pequeño vasito como si fuese una medicina para la tos–. Pensaba que eras lesbiana.

–¿Te parece que están conectadas ser judía y lesbiana? Son categorías distintas. Yo pensaba que tú estabas casado.

–Divorciado, pero ahora vivo con alguien.

–Yo también –dice ella–. ¿Ves? Sabía que teníamos algo en común. ¿Qué ha pasado con tu entrega?

Él se encoge de hombros.

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

–En taxi. Treinta dólares. ¿Sabías que se comparten los taxis? Vas cogiendo a gente por el camino: una mujer sin dientes con la bolsa de la compra, un gordo que ya no puede dar un paso más...

–¿Vas mucho a la sinagoga? –pregunta ella.

–No –responde, secándose una lágrima.

Ella finge no darse cuenta.

–Estoy muerto de hambre –dice él–. Lo último que comí fue ese atún del almuerzo. ¿Habrá algún chino por aquí? En mi familia hacemos eso: ir al templo y luego a tomar una sopa agripicante.

Ella niega con la cabeza.

–No, pero aquí cerca hay una famosa tienda de helados, ganaron todos los premios de la feria estatal.

El puesto de helados está al final de una carretera, en mitad de la nada. Lo encuentran gracias a una larga fila de coches, furgonetas y monovolúmenes aparcados en la cuneta.

LO HACEMOS A NUESTRA MANERA PORQUE ASÍ ES COMO NOS GUSTA dice un cartel con las letras en forma de burbujas escritas con marcador. La larga temporada estival ha hecho sus estragos: los aguaceros y el goteo de los helados han corrido las letras. Es como si los carteles se hubiesen pegado una buena llorera.

Unas personas enormes salen de un monovolumen y se acercan al puesto bamboleándose.

–Lo que más me gusta de estos bolos es el color local –dice él, burlándose un poco.

Zumban algunas abejas.

–Sí –responde ella–. A veces es difícil salir del propio círculo.

–Creo que tomaré el trío de otoño, mediano –le dice el corresponsal de guerra al chico del mostrador.

–Uno pequeño de chocolate, en tarrina –dice ella.

Paga el corresponsal de guerra.

–Qué caballeroso.

–Por el servicio de taxi.

Las bolas de helado parecen salidas de una fantasía infantil sobre cómo debería ser un cucurucho, la escala es a la vez mágica y terrible.

–Este es el problema de Estados Unidos –dice él, hincándole el diente.

–Totalmente de acuerdo –responde ella.

Se sientan en una mesa de pícnic perdida en un pequeño bosque de mesas de pícnic.

–¿Tu familia es religiosa? –pregunta él entre lametón y lametón.

–No –dice ella–. ¿Y la tuya?

–Mi abuela y mis tías son practicantes pero mi padre no, se resiste con cabezonería.

–¿De dónde son?

–De una ciudad que ya no existe.

–Los míos vinieron en un tonel de pepinillos –dice ella–. Cuando lo pienso, me imagino el océano entero lleno de toneles de pepinillos y a mi abuela flotando en ellos desde Letonia hasta Ellis Island.

Al comer el helado parece un niño pequeño, un niño cada vez más feliz. Ella se inclina y le limpia unas gotas que le caen por la barbilla. Él sonrío y sigue lamiendo. Tiene tres sabores, es la especialidad de la casa: mantequilla de pacana, nueces con sirope de arce y café con brandy.

–¿Quieres probar?

Ella da un lametón con los ojos cerrados.

–Sirope de arce –dice.

–Prueba esta otra parte –dice él, dándole la vuelta al cucurucho.

–Brandy –dice ella. Ella desliza una cuchara llena de su tarrina en la boca de él, dándose cuenta de que hay una inmediatez del helado que se desliza con frialdad en el interior del cuerpo mientras el sabor permanece en la lengua.

–A *schitk naches* –dice él.

–*Naches*. –Ella ríe–. Mi abuela solía decirme eso cuando me cepillaba el pelo. Me cepillaba tan fuerte que durante muchos años pensé que significaba «nudos en el pelo».

–Significa «gran alegría».

–Eres un *yiddisher kop* –dice ella–. Un listillo.

Ella le da otro lametón a su helado y a continuación hay una pausa, un instante de comprensión.

–¿Todo bien? –pregunta él.



–El helado está delicioso y tú pareces tan feliz... –dice, pero se detiene–. Me perturban los supervivientes que se niegan a disfrutar de la vida porque les parece poco respetuoso con los que ya no están. Sienten la obligación de seguir sufriendo, para convertirse en recordatorios.

Le habla de Gerda y de su helado de chocolate y luego pregunta:

–¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué elegimos tú y yo vivir en el dolor de los demás?

–Es lo que somos –dice él–. *In di zumerdike teg zol er zitsn shive, un in di vinterdike nekht zikh raysn af di tseyen*. Llorarás en los días de verano y en las noches de invierno te torturarás.

–Pero ¿por qué?

Él se encoge de hombros.

–Porque estamos más cómodos cuando somos infelices.

–Tengo que acordarme de decirle eso a mi terapeuta el miércoles.

Él muerde su cucurucho.

–Nunca he hecho terapia.

Ella le mira como si se hubiese vuelto loco.

–¿Has sido testigo de un genocidio y nunca has hecho terapia?

–No –responde masticando.

Ella no puede evitar reírse.

–*Meshuga*.

–Tiene gracia que me llames loco por no haber hecho terapia.

Regresan caminando al coche.

–Todo el yidis que sé es gracias a mi abuela. No era exactamente una intelectual –dice ella.

–*Az dos meydil ken nit tantsn zogt, zi az di klezmerin kenen nit shpiln* –dice él–. La joven que no sabe bailar dice que es la orquesta la que no sabe tocar.

Entran en el coche y se abrochan los cinturones.

–Rakel, tú que eres tan organizada, ¿dónde están los *kinder* esta tarde?

–Ah, Erike –suspira ella–, me gustaría disfrutar al menos de un fin de semana como los que pasábamos cuando éramos jóvenes y jugábamos al pilla-pilla en el tonel de pepinillos, antes de tener tanta responsabilidad. Les he prestado los niños a tu hermano y a mi hermana. Ella necesita ayuda con sus hijos y él con la cosecha.

Sale a la carretera de dos carriles.

–Es cierto –dice él–. Nuestro hijo es un pequeño holgazán que no sabe lo

que es el trabajo duro y nuestra hija tiene muchos pájaros en la cabeza y debe encontrar un buen marido.

–Pero refréscame la memoria, ¿cuántos *kinder* tenemos? –pregunta ella.

–Diez –dice él.

–Son muchos –dice ella, sorprendida–. ¿Y los he parido yo a todos?

–Sí –responde él–. Aunque los últimos tres más que un parto fue como si hubiesen llegado a tiempo para cenar.

–Es cierto. Me acuerdo de que cuando nació el octavo estaba cocinando la sopa y que bañaba al quinto cuando empezó el parto de la décima; nació al amanecer mientras tenía un sueño maravilloso.

Se quedan en silencio. Pasa un camión con música heavy metal a todo volumen.

–¿Sabes qué? –dice ella–. Cuando tuve a la décima fui al médico y le dije: «He perdido por completo la noción de quién soy. Siento como si se me hubiese quedado fuera todo lo de ahí abajo.» El médico me dio unos golpecitos en la cabeza y me dijo: «Cuando los niños crezcan y se casen, volverás a saber quién eres. En cuanto al resto, te voy a poner una cosita.»

–¿Una cosita?

–Un pesario –dice ella, y a continuación se detiene y añade con voz normal–: Nunca había usado esa palabra, pero tenía ganas.

–¿Se puede tener sexo con un pesario?

–Ah, ¿entonces no lo has notado? –dice ella, interpretando de nuevo su personaje.

–Cuando el médico te lo puso, ¿cómo lo llamó?

–Lo llamó «cosita». Me dijo: «Te pondré esta cosita y te sentirás mejor.» Y yo le pregunté: «¿Me podré marchar entonces?» Y él me dijo: «Sí, te podrás marchar y todo volverá a ser hermoso otra vez.» –Y continúa–: Las mujeres hablan mucho de él, se preguntan si se excita o no cuando nos ve en la consulta. A Sylvie le metió el dedo en el culo.

–Estamos divagando –dice él.

–Estamos diciendo guarradas –dice ella.

Mientras se dirigen en el coche a la ciudad es como si regresaran de un lugar perdido en el tiempo.

En el hotel, la gente del congreso está en el bar y charla acaloradamente.

Al otro lado de la calle, en el centro de convenciones local, hay una exhibición de armas y algunos de los ponentes se plantean protestar. Hay sentimientos encontrados. Algunos intentan con desesperación que la gente no se eche a las calles y otros sienten que deben actuar. No hacer nada es permitir que la exhibición continúe a todos los niveles.

–¿Quieres saber cómo detener la violencia? Yo te diré cómo, organizaremos un grupo: Sin nada que perder. Entraremos disparando y seguiremos disparando hasta que se den cuenta de que las armas no sirven como defensa –dice alguien.

–¿Ha sobrevivido tantos años para convertirse en un idiota? –pregunta otro.

–Su mujer murió hace poco –dice un tercero–. Ha estado muy deprimido. Uno de ellos ve al corresponsal de guerra.

–¿Puedo invitarle a un trago? –pregunta completamente borracho.

Antes de que el corresponsal de guerra tenga tiempo de contestar ella le saca de allí, cruzan el recibidor.

–¿Te apetece un schnapps? –pregunta ella.

–*Makhn a shnepsl?*

–Del minibar –responde.

Cuando llegan a la puerta ella pone el cartel de «No molestar».

–¿Estás segura de que estaremos a salvo? ¿Y si se pone feo?

–¿Tipo qué?

Hay una pausa.

–Si intento besarte, ¿me pegarás? –pregunta.

–¿Eso es una pregunta o una petición? ¿Te apetece que te pegue si me besas?

Él no responde.

Ella lo hace, le besa. Nadie pega a nadie. Ella le acaricia la cara, siente sus patillas desaliñadas. Le gusta su tacto. Lisa es pequeña, su piel es muy suave. Es una porción de persona, como una rodaja de almendra.

Él abre la puerta, saca un whisky del minibar y se lo bebe como si fuera una medicina.

–¿Has estado con un hombre alguna vez?

–¿Es una pregunta o una petición?

Él no contesta.

–Sí –responde–. ¿Y tú has estado alguna vez con una lesbiana? Tal vez sea esa la verdadera pregunta.

–¿Quién empieza? Quiero decir, ¿es siempre la misma lesbiana o hacéis turnos?

Ella le desabrocha la camisa. Tiene la piel caliente, la superficie de piel de su estómago es amplia. Su cuerpo es suave y duro a la vez, está en forma, pero no musculoso.

–Eso no es lo que hacen las lesbianas –dice él.

–No tienes ni idea de lo que hacen las lesbianas –dice ella.

–Dímelo tú –dice él.

–Nos hacemos mamadas.

–Mamadas ¿de qué?

–Dildos gigantes y pollas de chocolate –responde ella, señalando la caja aún cerrada.

–Me estás excitando –dice él.

–Tú siempre me has excitado –dice ella–. Desde hace mucho tiempo.

–¿Cuánto?

–Desde la universidad.

–¿No te asusta?

Ella se ríe.

–Pensaba que me ibas a decir si no me parecía liberador.

Le baja la cremallera y se la agarra con la mano.

–Me encanta tu...

–¿Miembro? –sugiere él.

–Tu amigo –dice ella–. Lo digo en serio, es muy guapo.

–Gracias. ¿Vas a examinarlo sin más o...?

–No lo puedo evitar. Me gustan los penes.

Él se ríe.

–Eres muy distinta a lo que me había imaginado.

Ella le seduce con la boca, con las manos, con el cuerpo.

–Me estás matando –dice él.

–Estamos en un congreso sobre genocidio.

–No lo digo en broma –dice él.

–Compórtate –responde ella–. ¿Te resultaría más fácil si te ato?

Él suelta una carcajada.

–¿Qué tal si te tumbas y te relajas? –dice.

La relación con su cuerpo es lo otro, lo opuesto, lo distinto. Le parece delicioso su peso, su aroma a almizcle. Su boca sabe a whisky y helado.

–Apuesto a que follas mucho –dice ella–. ¿Debería preocuparme?

–No –dice él.

–¿Es eso cierto o es que no quieres que te distraiga?

–¿Quieres que me ponga un condón?

–No –dice ella–. La quiero sentir.

Tienen un sexo jugoso, casi combativo, sálvese quien pueda. Cuando él le da la vuelta y se acerca a ella por detrás su deseo resulta evidente. Ella se siente humilde y sobrecogida por el poder del cuerpo masculino. Quiere lo que quiere y lo toma hasta quedar satisfecho. Un pene conectado a un hombre es algo completamente distinto del consolador con correa o el eléctrico que Lisa arrastra desde su relación anterior. Son todos miembros artificiales, protésicos inhibitorios, pero esto, piensa, esto es increíblemente bueno.

–¿Esto es hacer el amor? –pregunta, sin darse cuenta de que habla en voz alta.

–Es follar –dice, pero de pronto pregunta, cohibido–: ¿Va todo bien?

–Sí –responde sin pensar en él, solo en lo mucho que está disfrutando.

Luego, a medida que se acerca lo bueno, ella no puede evitarlo y la ansiedad la saca del momento.

–¿Es cierto que cuando un tío empieza ya no puede parar hasta que se corre?

–No lo sé –responde él, molesto.

Su molestia exacerba la ansiedad de ella.

–Creo que es verdad –insiste ella.

Él baja un poco el ritmo.

–¿Y las lesbianas? –pregunta–. ¿Paran las lesbianas?

–A veces –dice ella–. A veces, cuando están en plena acción, paran y se dan por vencidas. No sube la intensidad, o una dice algo y la otra se enfría.

–¿Y habláis todo el tiempo?

–Sí –dice ella.

–Tal vez sea parte del problema.

Acaban cubriéndose el uno al otro.

Un polvo en sabbat es algo maravilloso, una bendición.

Hay un silencio y a continuación unos ruidos que provienen de la calle.

–Si quieres disparar a alguien, dispárame a mí –dice Gerda Hoff desde allí–. Os gustan mucho las armas, pero no sabéis nada. Las armas ya no protegen a nadie. Te sientes muy macho, ¿verdad? Pues dispárame si quieres.

–Te lo está pidiendo ella –dice un joven de la exhibición de armas–. Dispárale.

–No tiene gracia, Karl –dice otro.

–Karl. Menudo nombre, como Karl Brandt –dice Gerda.

–¿Quién es ese?

–¡Claro! –dice ella–. No tenéis ni idea ni de quiénes sois ni de dónde venís. Karl Brandt fue el nazi al que se le ocurrió la idea de gasear a los judíos.

El muchacho de la exhibición de armas parece impresionado, como si pensara que ese tal Karl es muy guay.

–Le ahorcaron por sus crímenes el 2 de junio de 1948. Le tendrían que haber ahorcado seis millones de veces.

La novelista se asoma a la ventana y el corresponsal de guerra tras ella.

–¿Gerda está bien? –pregunta ella.

–Sí –dice él.

–No se irá a convertir esto en la típica situación de mierda en la que matan a una anciana en la calle principal, ¿no?

–No –dice él.

–Acabará volviendo para pedir un helado de chocolate, ¿verdad? –dice ella, y se pone a llorar–. Hemos sido infieles.

–¿Lo habías hecho antes alguna vez?

–No –dice ella–. ¿Y tú?

–Sí –dice él.

–Eres gilipollas –dice ella, pegándole.

Él se ríe.

–¿Soy gilipollas porque lo he hecho antes?

–Sí –dice ella–. Solo se debería poner los cuernos porque es algo especial, no habría que hacerlo constantemente.

–Yo no he dicho que lo haga constantemente. *Noch di chupeh iz shpet di charoteh*. Después de la boda es tarde para las lamentaciones.

Hay una pequeña pausa.

–Ahora estás enfadada conmigo.

Ella no se ríe.

–No estoy enfadada, estoy decepcionada. Tengo que trabajar un poco – dice.

No puede imaginarse durmiendo ahí con él.

–¿Eso es lo que haces por las noches?

–Soy un ave nocturna –dice ella–, y me molesta que comentas lo que hago por las noches, ¡desde luego esto no es lo que suelo hacer!

Ella se vuelve de nuevo hacia la ventana. Se ha formado una pequeña multitud. Los muchachos de la exhibición de armas no tienen idea de qué es lo que pasa, aparte de que se está generando un enfrentamiento con un grupo de ciudadanos de la tercera edad. Llega un coche de la policía, la pequeña multitud se dispersa y Gerda y su banda regresan al otro lado de la calle.

Él recoge sus cosas.

–Te veo mañana por la mañana.

Ella se da la vuelta, él lleva el albornoz del hotel.

–¿Vas a salir así? –Ha sonado exactamente igual que su madre.

–Sí –dice él.

–Podrían verte.

–Les diré que se ha estropeado mi ducha y que he utilizado la tuya. Por cierto, te he visto desnuda.

Él abre la puerta y durante un instante se queda medio dentro medio fuera de la habitación.

–¿Quieres venir a coger manzanas mañana por la tarde?

–¿Qué?

Hace el gesto de coger manzanas de los árboles.

–Es la recogida, estamos en temporada, el chico que me trajo desde el aeropuerto me dijo que cerca de aquí hay un buen huerto.

Ella está a punto de echarse a llorar de nuevo.

–Sí, de acuerdo, cuando acaben nuestros paneles podemos ir a recoger manzanas y jugar a los judíos otra vez.

–¿Jugar a los judíos? ¿En plan concurso? ¿En plan elijo la Torá y apuesto doscientos? –pregunta.

–No tengo ni idea –dice ella, y cierra la puerta.

¿Quieres venir a coger manzanas? Es la cosa más agradable que le han dicho en la vida.

Enciende la televisión y llama a casa no porque quiera sino porque eso es lo que hace siempre.

–¿Cómo llamas tan tarde? –pregunta Lisa.

–Estaba husmeando por ahí.

–Tienes la voz rara. ¿Te encuentras mal?

Tiene la voz rara porque hace un segundo tenía una polla en la boca.

–Estoy cansada –dice–. ¿Y tú?

–Todo bien –dice Lisa–. Aquí en compañía del gato y machacando a tu madre por teléfono en el Apalabrados. Está orgullosísima porque acaba de sacar trece puntos con «bromear», pero no sabe que tengo un plan maestro oculto con una «x» y una «y».

–Genial –dice ella, y piensa en recoger manzanas.

Duerme mal. En un momento dado siente algo frío y resbaladizo que le sube por la pierna, pero luego se da cuenta de que es justo al revés, es «algo» que le baja por la pierna. Lo toca suavemente con los dedos, lo prueba.

En el desayuno lee el pósito que han puesto en la bandeja caliente con huevos revueltos y unas salchichas grises con aspecto de mojones:

PARA SU INFORMACIÓN: NO KOSHER

Hay cajas individuales de cereales y un plato de algo que parece un babka casero y que alguien ha cortado en trozos.

Coge un trozo de babka con el café. Recorre la sala con la mirada buscándole y se alegra de no verle, siempre y cuando no esté en otro lugar, evitándola. En una pizarra blanca alguien ha escrito: «La charla “Aceptar la responsabilidad” de Otto Hauser ha cambiado de hora a las 9.30 en el Salón B.»

Con el café y el babka en la mano localiza a Hauser, quien se describe a sí mismo como un ciudadano obsesivo-compulsivo a quien la culpabilidad por su propia pasividad durante la guerra llevó a recopilar y catalogar de manera incansable todos los efectos personales de los desaparecidos. Es «el»



especialista en objetos coleccionables del Holocausto, el hombre que no quiere ser conocido.

–¿Señor Hauser?

Él levanta la vista. Tiene unos bonitos ojos azules nublados por el blanco lechoso de la edad.

–Siento mucho molestarle...

Él da una palmadita en la silla que está a su lado.

–Siéntese.

–Estoy segura de que se lo preguntan constantemente, pero ¿podría contarme cómo se convirtió usted en un archivero accidental?

Él se sirve un poco de agua caliente en la taza.

–Mi madre era muy organizada –dice mientras sumerge una y otra vez la bolsita de té. Tiene el inglés propio de un alemán que ha aprendido la lengua con programas de radio–. No era una intelectual, pero sabía distinguir el bien del mal. Era muy alemana, muy organizada. Cuando detenían a la gente ella iba a sus casas y rescataba sus cosas antes de que llegaran los saqueadores, que casi siempre eran soldados. Poco a poco acabó siendo conocida en la comunidad judía y la gente empezó a llevarle las cosas para que se las guardara porque sabían que no iban a tardar mucho en llamar a sus puertas. Mi madre era muy astuta, se le daba bien esconder cosas. Las metía en cajas que luego marcaba como si fuera decoración navideña, suministros de costura o el uniforme militar de papá, y nadie miró nunca allí. Lo llevó todo a la granja de su padre y lo enterró en el campo aprovechando la cosecha. No tenía ningún cuaderno, pero diseñó un código. Hizo un registro de todo y esperó a que la gente regresara. Murió de pronto, hacia el final de la guerra. Yo era muy joven. Me hice cargo del trabajo de mi madre, para que se sintiera orgullosa. La guerra nos destruyó a todos.

–¿Y las familias regresaron?

Él niega con la cabeza, empieza a llorar y a ella le sorprenden sus lágrimas, como si fuera imposible llorar cuando han pasado tantos años.

–No –dice–. Y todavía hoy seguimos encontrando cosas en la granja de mi abuelo. Una tetera de plata, un puntero de la Torá, candelabros. He esperado muchos años. Ahora soy un anciano. No me he casado nunca, no tengo familia. Soy tan viejo que estoy menguando. –Se señala los pantalones, que lleva recogidos con tirantes–. Lo conservo todo, pero me he dado cuenta de que esas cosas deberían circular, no deberían estar en una caja, silenciadas.

He empezado a donarlas a escuelas, museos, sinagogas, a gente que necesita aferrarse a algo, que necesita un objeto para recordar.

–¿Y por qué quiso que le sacaran de aquella película?

–Porque no soy ningún héroe –dice–. No soy más que un hombre. –Otto se levanta, casi parece un elfo–. Lo que al final he acabado comprendiendo es que no tiene tanto que ver con el objeto sino con la cabeza. –Se da una palmadita en la cabeza para mostrar la revelación y se dirige tambaleándose hacia la Sala B.

–Qué bonito gesto –le dice una de las mujeres una hora más tarde cuando ella abandona la sala–. No ha venido solo a hablar, también ha venido a escuchar.

–Qué tarde –dice su madre–. Normalmente llamas a las ocho y media. Cuando no llamas no me despierto, no me lavo los dientes. Tu llamada es la que me hace empezar el día. ¿Qué ha pasado? ¿No has puesto el despertador?

–Te quiero –dice ella–. Tu llamada también es el comienzo del día para mí.

Piensa en lo que ha dicho Otto sobre la cabeza y la transformación del corazón y la forma en que uno pasa por la vida.

–Pues si soy la mujer de tu vida –dice su madre–, ¿para qué necesitas a Lisa? No sabe deletrear. Justo lo que le faltaba a tu dislexia: alguien que no sabe deletrear.

Ella se ríe.

–Te estoy hablando en serio.

Encuentra al corresponsal de guerra cuando acaba su panel y le espera mientras firma ejemplares de su libro.

–Sí, llevamos chalecos que dicen «Prensa» para que la gente sepa quiénes somos –le cuenta a un hombre–, pero dejamos de llevarlos cuando nos convertimos en objetivos demasiado valiosos.

¿Quién es uno cuando silban las balas o cuando aparecen hombres con machetes en mitad de la noche? ¿Cuál es el equilibrio entre lo excitante y el terror?

Cuando acaba, huyen hacia la luz del día. Ella le da las llaves.

–Conduces tú.

–Rakel, vivo en Nueva York –confiesa–. Soy el eterno pasajero. No tengo carnet de conducir.

Hasta Lisa tiene carnet.

El huerto está lleno de familias y niños y abejorros que zumban. Se debaten entre comprar medio bushel o uno entero, pero como coinciden en que medio es solo medio, compran una cesta de un bushel y se dirigen al campo.

–Erike, ¿cómo te ha ido hoy el día en la ciudad? –pregunta mientras se dirigen hacia las hileras del huerto y pasan el cartel que dice MADURAS POR AQUÍ.

–He comprado unas herraduras nuevas para el caballo y he visto a mi primo Heschl. Tiene problemas de los que no puedo hablarte.

–¿Su hija?

–No, su hijo.

Ella niega con la cabeza, emitiendo un sonido de desaprobación, y piensa en su terapeuta cuando chasquea la lengua.

Al coger manzanas buscan las más maduras, las que se sueltan con un pequeño tirón. Las limpian con la camisa hasta dejarlas relucientes y comen de la misma manzana al mismo tiempo: la piel cruje, el sabor es dulce, la textura carnosa y fresca. Dan unos cuantos bocados y luego la desechan para buscar la siguiente. Él la alza en brazos para coger la manzana perfecta de lo alto de un árbol y a continuación le pide que le espere, va hasta la granja y compra un tarro de miel.

Él echa miel sobre las manzanas que van comiendo. La miel le resbala por las manos; le mete a ella los dedos en la boca, están pegajosos.

Celebran anticipadamente el Año Nuevo. Rosh Hashaná es la semana que viene, el comienzo de los días temibles.

–Quiero hacerlo contigo aquí en el huerto –dice, alzándole la falda, bajándose la cremallera, con la camisa ocultándole el resto.

¿Les ve alguien detrás de ese árbol, ese folleto cómico que hace que la fruta les caiga en la cabeza?

Ella le aparta, riendo.

–Erike, guárdate eso. Te comportas como si tuvieras pepinillos en tu *keppe*. Estamos en público.

Él se sube la cremallera a regañadientes.

–Te voy a decir algo sobre los genocidas que la gente no suele comentar.

Ella aguarda.

–Follaban mucho. Follaban constantemente, necesitaban un respiro, necesitaban dejar de pensar aunque fuera un instante, necesitaban recordarse a sí mismos que eran humanos porque sabían que iban a morir.

–La gente muere igual cuando no hay guerras en el mundo –dice ella, cogiendo otra manzana y poniéndola en la cesta casi vacía. Hay un sonido de manzanas que se golpean entre sí, dejándose marcas–. Cuando nos veíamos en aquella época ninguno de los chicos me pidió salir.

Otra manzana a la cesta.

–Solo querían echar un polvo, no querían pelear con nadie.

–Por eso soy lesbiana –dice ella, cogiendo una manzana completamente verde.

–¿Porque no conseguías echar un polvo?

–No es que no consiguiera echar un polvo. No conseguía echar un polvo con un igual, la chica siempre tiene que ser inferior –dice ella, subiéndose a una pequeña escalera apoyada en el tronco de un árbol–. La chica tiene que decirnos que sois fantásticos y fuertes y todas esas cosas, pero ¿qué pasa con ella? ¿No es ella también fantástica y fuerte, o es solo la chica que os estáis tirando? No hablo de ti en realidad, tú estabas casado con tu mujer, no sé ni cómo se llamaba...

–Marcy.

–Tú estabas casado con Marcy y yo estaba ocupada follándome a Saul Stravinsky.

–¿Te follaste a Saul Stravinsky? ¿Lo llegó a saber alguien? Era mi héroe.

–Era el héroe de todo el mundo –dice ella–. Y también era un capullo. Lo único que le gustaba de mí es que todo me daba igual. Le trataba peor de lo que él me trataba a mí, y parece que eso le gustaba. Aunque es verdad que me enseñó un par de cosas.

–¿Sobre sexo?

–Sobre edición.

–Marcy y yo fuimos una vez a escucharle en el centro cultural 92nd Street. Con Philip Roth. Fue como un concurso de quién mea más lejos. Roth y él claramente se odiaban, lo que en realidad tiene todo el sentido del mundo, porque eran prácticamente la misma persona.

–Sí, lo sé –dice ella–. Yo estaba allí y le hice una mamada antes de la charla en el baño de la salita verde.

Él niega con la cabeza.

–¿Sabes entonces lo del vello púbico? –dice, negando con la cabeza de nuevo–. La segunda mujer de Saul escribió unas memorias sobre su matrimonio: *Con la puerta siempre abierta*. Hablaba de lo mucho que le gustaban sus pelotas por lo grandes que eran. «Más grandes que las de Brando», solía decir él.

–¡Basta! –grita de pronto Erike–. No puedo escuchar más... Hay ciertas cosas que deberían seguir siendo un misterio.

–Conservo un pelo de sus bolas –dice ella–. Lo hacíamos todas las mujeres que nos acostábamos con él. Le cogíamos un pelo, lo metíamos en una bola de cristal, como hace la gente con los dientes de león, y lo llevábamos colgado del cuello con una cadenita. Pelos de los huevos. Dos veces al año quedábamos para tomar el té, éramos entre ocho y diez mujeres.

Él la mira incrédulo.

–Búscalos en Google –dice ella–. Una de ellas es bastante famosa y escribió sobre el tema.

–Estamos sentados en un huerto de manzanos, hace un día precioso, hemos huido de un congreso sobre genocidio y ¿me estás hablando de los huevos de Saul Stravinsky? –dice él, realmente abatido–. Te lo digo en serio, estaba siendo algo increíble. Follábamos, comíamos manzanas verdes y celebrábamos la llegada del Año Nuevo... Estaba a punto de poner un imperio en tu boca, de atarte a la viña, ¿y tú te pones a hablar de Saul Stravinsky?

–¿No exageras un poco?

–No –dice él–. No.

Se sienta en el suelo, como un niño enfurruñado.

–¿Hablas en serio?

–No lo sé –dice él.

–¿Te importa que cambie de tema? Esta mañana he oído que un tipo te preguntaba sobre los chalecos de prensa y le contestabas que la gente de prensa se había convertido en un objetivo demasiado valioso.

Él asiente.

–¿Cómo de cerca estás cuando realmente suceden las cosas?

–Estoy allí mismo. Llevo un chaleco antibalas, un casco, una grabadora, un

cuaderno y un boli, y también una cámara, aunque soy un fotógrafo espantoso.

–Y si ves que está ocurriendo algo malo o que está a punto de ocurrir, ¿haces algo? Como por ejemplo decir: «¡Eh, que vienen los malos!» o: «¡Cuidado, hay un niño ahí dentro!»

–Soy un periodista, no un soldado.

–¿Y qué significa eso exactamente?

–Igual que le dije al tipo que me llamó mariquita, estoy ahí para observar e informar, no para interferir. Soy un testigo.

–¿Entonces te dedicas a esperar y ver cómo matan a la gente?

Él no responde.

–¿No podrías hacer algo más? –pregunta, y se da cuenta al instante de que ha sonado exactamente igual que su madre, le está reprochando no hacer nada.

–Aunque me implicara, eso no cambiaría las cosas.

–Pareces a la defensiva.

–Porque lo estoy –dice él–. Y por supuesto que me implico. Trato de poner un poco de humanidad en la situación. Siempre llevo los bolsillos llenos de cosas para los niños, caramelos Starburst y regalices Twizzlers, a todo el mundo le gustan los caramelos y no se derriten con el calor.

–¿Te implicas porque les das caramelos? ¿Eso es lo que acabas de decir?

Él se levanta y la mira como un gorila que hincha el pecho para intimidar.

–Sí, eso es lo que hago. Voy a frentes de guerra con Smarties de chocolate en el bolsillo. No tienes ni idea de lo que hablas –dice–. Lo que escribes ni siquiera es real, te lo inventas.

–¿Me estás provocando?

–Tú eres la que me está provocando.

–Mira qué listo, ahora juega al cazador cazado. Como es ficción eso significa que no es verdad. Lo que estás diciendo es que tus observaciones ahí parado viendo cómo matan a la gente son más importantes que mis siete años de trabajo en una narración de múltiples capas y generaciones que abarca décadas enteras y da voz a quienes no están aquí para hablar por sí mismos.

–La verdad es más poderosa que la ficción.

Ella está a punto de decir: «A lo único a lo que tienes derecho es a tener tu opinión», pero se reprime.

–La verdad no es sinónimo de historia. El motivo de la ficción es crear un mundo que los otros puedan habitar, iluminar y contar una historia que genere empatía y compasión. La ficción nos ayuda a comprender lo incomprensible, gilipollas.

–Te repito que no tienes ni idea de lo que hablas. –Su tono de voz es a la vez conciso y emotivo–. He visto cómo le explotaba una mina en los pies a una mujer mientras llevaba a su bebé, he visto cómo la mujer reventaba de cintura para abajo y el bebé se convertía en un proyectil que volaba por el aire, tal vez en otro contexto podría ser una visión mágica, pero la magia se convierte en asesinato cuando el bebé aterriza sobre un coche, inmóvil, con la mirada fija y sin pulso, una vida reventada, y la madre moribunda no para de preguntar por su hijo mientras el resto de la gente recoge las partes de su cuerpo que han quedado esparcidas. Aparece un hombre con su pierna y se la lleva como si fuera una ofrenda, como si se la pudieran pegar de nuevo. La sangre negra cubre todo el suelo. Esa misma noche enterraron juntos al niño y a la madre. Un cerebro no puede procesar todo eso, entender que un cuerpo ya no es un todo, que solo hay partes de una persona. Es como una destrucción del yo. Les ayudé a cavar la tumba –dice–. He ayudado a cavar muchas tumbas. ¿Cómo de incomprensible te parece eso? ¿Te parece eso ayudar? ¿Te parece eso hacer algo?

–Tú ganas –dice ella, dándose cuenta de que es igual que con Lisa. Provoca la pelea, pero cuando se produce no la puede manejar–. Viste cómo sucedía, lo escribiste, lo llevas contigo. Ganas por goleada. Es hermoso y devastador a la vez.

–No es una competición –dice él.

–Claro que lo es, por eso es patético. Hace solo un minuto me estabas diciendo que lo que yo hago no tiene peso suficiente, que no es lo bastante real. ¿Acaso el deseo de dominar y ganar es parte de la naturaleza humana? ¿Acaso uno de los hechos de la vida es que el hombre es siempre cruel? ¿Somos así de animales? Hay un orden y una clasificación que a medida que pasa el tiempo nos lleva inevitablemente a la extinción. La gran pregunta es: ¿en qué consisten las obligaciones de la conciencia? ¿Es posible educarnos para hacer las cosas de otro modo? Para eso estamos aquí, gilipollas.

–Me llamas «gilipollas» como si hubieses decidido que es mi nuevo nombre.

–No somos reales –dice ella–. Los verdaderos testigos son los que han

muerto, aquellos a los que desnudaron y gasearon, a los que acuchillaron los mismos vecinos que los habían visto crecer, los jóvenes cubiertos de llagas de sarcoma y consumidos a los que sus padres serían incapaces de reconocer. Nosotros somos los testigos de los testigos. Yo he venido a estas charlas para agradecerse, se necesitan entre sí, pero también necesitan que el resto del mundo les diga: «Os vemos.»

Silencio.

–Hay algo en mí que está mal –dice él–. Necesito volver una y otra vez.

–Yo soy igual.

–Viajo por todo el mundo para ver cosas que nadie puede ver. Necesito que tengan un efecto en mí, que se comuniquen conmigo y me despierten.

–¿Y luego qué? ¿En qué te convertirías si despertaras? ¿Te darías cuenta de que eres un impostor, de que no eres más que un hombre que sufre, no un héroe, un hombre sin más? ¿Qué harías entonces?

–No tengo ni idea –dice él–. Es como si necesitara que me castiguen. Vuelvo una y otra vez.

–Bueno, averígualo. Regresa a pie desde aquí –dice ella.

No tiene ni idea de dónde ha venido esa idea, le ha brotado directamente de los labios.

–¿Te ha poseído un dibuk? –responde él–. Estamos a kilómetros del hotel.

Ella agarra la cesta casi medio vacía de manzanas y el tarro de miel, va hasta el coche y arranca. No sabe qué ha hecho ni por qué, no tiene ni idea de lo que ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Realmente ha sido un dibuk. ¿Podría decir algo así frente a un tribunal? Conduce hacia la ciudad y cinco minutos más tarde da media vuelta de golpe y regresa, espera encontrárselo caminando por el arcén, pero no aparece por ninguna parte. Se siente fatal por haberle dejado tirado, conduce de un lado a otro buscándole. Nada. Se marcha diciéndose a sí misma que ya es un chico grande, que ha estado en zonas de guerra y no tendrá problema para regresar desde el huerto de manzanas.

Sea lo que sea que haya ocurrido, sea lo que sea lo que pudo haber ocurrido, ya está hecho. Se ha acabado. Fin.

Mientras conduce piensa en lo que han estado haciendo, en la forma en que han jugado el uno con el otro, en la libertad de su conversación cuando



imaginaban que eran otras personas. Su mente regresa a su encuentro de esta mañana con Otto en el desayuno.

–Los juegos de niños, la guerra, policías y ladrones, son siempre juegos de buenos y malos. ¿Hay algo ahí relacionado con el comportamiento humano? –Hace una pausa–. La última vez que estuve en Estados Unidos me sucedió algo terrible. Fui a dar una charla en una universidad de Virginia y di un paseo por la ciudad. Vi una tienda de antigüedades. Me entró la curiosidad de qué consideraban antiguo en los Estados Unidos, qué tipo de objetos conservaban, de modo que entré. Vi viejos cuencos de cerámica, pesados bancos de madera, una gruesa tetera negra que se podía poner sobre el fuego, banderas norteamericanas, un letrero de una tienda de alimentación. Y, casi al fondo de la tienda, vi una cosa colgando; al principio pensé que era un objeto de decoración, un fantasma de Halloween, una muselina blanca bordada a mano, luego me di cuenta de que se trataba de otra cosa. La forma de la cabeza era puntiaguda, con forma de cono..., era una sábana blanca con una capucha puntiaguda.

En el hotel lava las manzanas en el lavabo del baño. Luego escribe una nota haciendo una pausa para comprobar el número de año nuevo judío: «Feliz recién recogido 5778.»

Lleva las manzanas y el tarro de miel al bar y las deja en la mesa que hay junto a los zumos de Be My Squeeze. La filantropía es lo opuesto a la misantropía.

–Ves lo que ocurre, ¿verdad? –le dijo Otto esa mañana cuando comía el babka–. Se extiende de una generación a otra. La tarea del niño es lamentarse de aquello que no pueden lamentarse los padres. Consiguieron sobrevivir, pero se quedaron rígidos, aguantan el aliento durante cuarenta años, pero no están vivos en realidad. La labor de los niños es representar a los muertos.

Cuando regresa a la habitación llama a su madre de nuevo.

–Me ha engañado –dice su madre.

De pronto oye su propio pulso en la cabeza, una taquicardia.

–¿Qué?

–Lisa me ha engañado.

–Mamá, ¿de qué estás hablando?

Su madre empieza de nuevo, habla más lento, más alto.

–Tu novia, L-I-S-A..., y yo, jugamos ayer a Apalabrados por teléfono y creo que me ha engañado. «Exconyuja.»

–Te llamo luego –dice, y cuelga el teléfono.

Un descanso. Un instante. ¿Qué ha ocurrido? No es capaz de decir lo que acaba de hacer, no lo sabe. ¿Ha perdido la conciencia? ¿Ha tirado algo, se ha golpeado la cabeza contra la pared del cuarto de baño? ¿Ha vomitado? Lo único que sabe es que ha pasado el tiempo.

Llama a Lisa.

–Tu madre se ha enfadado conmigo porque le he ganado a Apalabrados.

Hay un silencio.

–¿Estás ahí? –dice Lisa.

–Mi madre dice que la has engañado –responde con demasiada calma.

–¿Te has vuelto loca? Tu madre no paraba de decir que mis palabras no existían, que «etc» era una abreviatura y que no valía... Y ese tono. El mismo con el que me estás hablando tú ahora, ese tono arrogante, como si estuvieras convencida de saber algo.

–Muy bien, dime que me equivoco entonces –dice ella.

–No hace falta que te diga que te equivocas, ya sabes que estás equivocada. ¿Y sabes qué además, señorita Eterna Sufriente? Así es como te llamo en mi grupo de punto, Eterna Sufriente. Eres la típica chica que va a todos los congresos sobre el Holocausto del mundo para sufrir por los demás porque en tu propia vida eres incapaz de sentir nada.

–¿Estás segura de que quieres seguir por ahí? –dice ella, asombrada. No va con el carácter de Lisa eso de explotar, ni ser malvada.

–¿Sabes qué? No quiero seguir por ninguna parte –dice Lisa–. Tú eres la que lo hace. Tú eres la que huye, nunca te involucras en nada, ni siquiera juegas a Apalabrados con tu propia madre. ¡Que te den! –dice.

–Esta es la pelea –dice ella.

–¡Mierda, sí! –dice Lisa–. ¡Esta es la pelea que pensé que íbamos a tener antes de que te fueras, pero supongo que la estamos teniendo ahora. Supongo que la tenemos cuando estás fuera porque sería demasiado duro si la tuviéramos al regresar: luego tendríamos que enfrentarnos a ello.

–Exactamente –dice ella.

–¿Exactamente qué? –dice Lisa.

–Es exactamente como lo acabas de decir, tienes toda la razón –dice ella–. Tú ganas. *Touché*.

–No quiero ganar, lo que quiero es hablar contigo, pero al parecer no es posible.

–También tienes razón en eso –dice ella.

–Para ya –dice Lisa–. Para de una vez.

–Lo único que digo es que tienes razón. Todo lo que has dicho es completamente cierto. ¿Y ahora qué? –Silencio–. ¿Qué quieres hacer ahora? –pregunta.

–No lo sé –dice Lisa–. ¿Se supone que tenemos que hacer algo? Yo solo quería hablar. ¿Por qué no lo retomamos cuando vengas?

–*Aroyslozn di kats fun zak* –dice ella.

–No tengo ni idea de lo que significa eso –dice Lisa.

–Una expresión yidis que significa «te has ido de la lengua».

–Siento lo de la pelea –dice Lisa.

–Eso es lo que dice la nota –apunta ella–. Me tengo que marchar.

–¿Y eso es todo? ¿Una pelea de órdago y ahora te tienes que marchar?

–Tengo un panel.

–No lo tienes. Tengo tu horario aquí delante. Tu último panel fue esta mañana.

–Es un panel de última hora sobre Gerda Hoff, una superviviente que ha escrito unas memorias de su cáncer, *Viviendo para vivir* –dice, sorprendida de su propia mentira piadosa–. Gerda es una mujer extraordinaria, una luchadora. Y le encanta el chocolate, además.

–Llévale una tableta –dice Lisa.

–No tiene gracia. –Hay una pausa–. Yo también lo siento –dice ella–. Lo digo en serio. Todo lo que has dicho es cierto. Odio hablar de esas cosas. Y sí, por alguna extraña razón, me siento profundamente atraída por el dolor de los demás. Es lo único que puedo decir: estoy de acuerdo contigo.

–Genial –dice Lisa–. ¿Me haces un favor?

–Cuál.

–Sé más amable con tu madre.

Se sienta, intenta meditar, la mente se le dispara en todas las direcciones. Piensa en Otto, ¿cómo es posible que sin conocerle estuviera tan interesada por él?, ¿por qué estaba tan decidida a encontrarle, a escuchar su historia? Y, sin conocerla a ella, también él sabía perfectamente quién era ella. Piensa en

Lisa y ve claramente que es ella misma la que se comporta como una niña. Espera que Lisa le exija algo que ella necesita exigirse a sí misma. Está deseando hablar con su terapeuta, a la que imagina muy impresionada o incluso más. Le responderá algo del tipo: Parece que te agrada esa idea, pero ¿puedes decirme qué significa eso para ti?

Oye la voz de Otto desde esta mañana:

–Hace poco leí un libro que acaban de traducir sobre una familia en la que cogieron a los tíos y los llevaron a los campos. Los niños, que nunca conocieron a sus tíos, crecieron jugando a los campos de prisioneros como otros juegan a las casitas o a la escuela. «Baila para mí», decía el guardián, y el niño bailaba. «Cuéntame un cuento», decía el guardián, y la niña pequeña le contaba un cuento. «Prepárame algo de comer», decía el guardián y el niño subía las escaleras, hacía unos sándwiches y los bajaba. «Nosotros también tenemos hambre», decían los niños. «Para vosotros no hay comida.» «Pero también es la hora de comer para nosotros.» «Comed gusanos», decía el guardián. «Estoy cansado», decía el guardián. «Cuidaos solos un rato, y mientras yo me echo la siesta quiero que saquéis a pasear al perro y me hagáis los deberes.»

–«Las reconstrucciones» –dijo ella–. Es una escena de mi libro.

–Es muy bonita –respondió Otto–. Por la forma en la que los niños manejan la caja sabemos que la han llevado de un lugar a otro durante años con mucho cuidado, sabemos que se ha convertido en un mito por el miedo que tienen cuando la rompen y todo queda esparcido por el suelo. Y ¿qué hacen luego cuando la caja se rompe, con todos esos tesoros que pertenecieron a sus tíos? Los incluyen en el juego. No los adoran, los devuelven a la vida.

Ella lo escribió. Lo vivió también, en el sótano de sus primos.

–Lo que tú entendiste –dijo Otto– es que la historia no puede encerrarse, no puede guardarse en una caja. Por mucho que queramos mantener el pasado donde estaba, el pasado es siempre presente. Lo llevamos con nosotros, no está en la plata de nuestra abuela, sino en nuestros cuerpos, en las células de nuestros corazones. Por eso estoy aquí. Soy la persona que tiene esos

contenedores y le dice a la gente: sácalo fuera, vuélcalo, espárcelo. Eso es todo, *bisl lam*, eso es lo que hay. Y también, si me permites añadir para los que creen en una vida futura, para los que piensan que hay un lugar al que vamos cuando ya no estamos aquí: no es en broma eso de que no podemos llevarnos nada.

Se sienta, intenta meditar, pero en vez de eso llora de manera inconsolable durante un buen rato. Lloro hasta que se queda sin lágrimas, y a continuación se queda allí, sentada en silencio, seca.

Él llama a su puerta con la cara enrojecida, empapado en sudor, la camisa sucia y oliendo como un bisonte.

–¿Qué te hace tan feliz? –le pregunta secándose los ojos–. Pareces eufórico.

–Al principio estaba furioso. Me dejaste tirado en la carretera como si me despreciaras, pero luego di un paseo maravilloso. Crucé un campo de batalla de la Guerra Civil con unas colinas ondulantes al fondo y por primera vez entendí de una manera física aquello por lo que lucharon nuestros ancestros. Cuando me cansé hice autostop. Me trajeron en la parte de atrás de una camioneta con un par de pastores alemanes gigantes, muy bien amaestrados.

Ella señala una mancha marrón de su camisa.

–Y eso qué es: ¿mierda?

–Creo que chocolate. Paré a tomarme un helado.

–Se supone que la caminata era un castigo, y ¿tú vas y te tomas un helado?

Él asiente, culpable, como un niño pequeño.

–Me he tomado uno de vainilla y chocolate. Lo bañan con un chocolate que se endurece. Se llama Vaca Marrón. Estaba increíble. No lo probaba desde que era niño, en Cape Cod.

–¿Fuiste al mismo sitio adonde fuimos ayer por la noche? ¿Te pusiste a caminar en dirección contraria? –pregunta ella, incrédula.

–No –dice él–. A otro sitio, uno que se llama Farmer's Daughter.

Está enfadada, casi celosa: se ha tomado un helado y le han traído de vuelta en camioneta.

–Para ti todo es una experiencia sublime.

–¿Qué has hecho tú?

–¿Yo? –Por un instante se siente tentada de decirle que ha estado en un panel de última hora de Gerda Hoff–. Me he peleado –dice–. Primero con mi madre y luego con Lisa.

–Vaya –asiente él–. ¿Sabes lo que está ocurriendo ahora ahí abajo?

Ella niega con la cabeza.

–Un monólogo humorístico –dice él.

–¿Humor del Holocausto?

–En realidad, un tipo negro de Sudáfrica y después de él un cabaret: «Canciones e historias de tierra lejanas.» ¿Te importa? –pregunta, abriendo su minibar–. No me siento muy bien, me duele todo.

–Has caminado mucho. Te ha dado mucho el sol. ¿Tylenol o Motrin? –pregunta ella–. ¿Tienes algún tipo de alergia?

–¿Ahora eres médico?

–Por lo menos no has dicho enfermera.

Da un trago de whisky para bajar el Motrin y la atrae hacia él.

–Apesta –dice ella, empujándole hacia el cuarto de baño y abriendo el grifo de la ducha. Él es incapaz de saber si está loca, ella también.

–¿Sabes que me pusieron el nombre por Harry Houdini? Creo que por eso consigo librarme de todo tipo de situaciones –dice desde la ducha.

–¿Qué?

–El verdadero nombre de Harry Houdini era Erik Weisz. Era hijo de un rabino.

Ella le mira a través del espejo del baño con una mirada fría. Piensa en lo que hacen los dos: ambos son testigos profesionales, se dedican a recordar a la gente que debe prestar atención, mantienen vivas las experiencias con la esperanza de que su recuerdo evite que sucedan de nuevo. Se pregunta qué es eso a lo que le tienen los dos tanto miedo y que les impide vivir sus propias vidas. No le hace caso. Él le tira un poco de agua. La camisa de ella se transparenta al instante.

–¿Quieres que todo el mundo vea mis intimidades?

–Sí –dice–. Quiero mirarte. Quiero mirarte como me mirabas tú ayer.

Comienza a quitarle la ropa.

–Para, la vas a romper.

–No importa. Mañana iré a Orchard Street y te compraré un sujetador nuevo.

–Te odio –dice ella–. ¿Has chupado una polla alguna vez?

Lleva la caja de Lisa hasta el cuarto de baño y la abre. Aparecen tres pollas de chocolate: una de color rosa, otra blanca y otra negra.

–¿Me vas a follar con eso? ¿Así es como lo hacéis las lesbianas?

–Las vas a chupar –dice ella.

Los dos están a punto de reír, pero se retienen.

–¿Tienes alguna palabra clave? –pregunta ella.

–¿Como una contraseña?

–No, una palabra clave para los juegos sexuales, como una forma de decir «me rindo» si quieres parar.

–Roth1933 también es mi contraseña –dice él–. Ahora me puedes robar lo que quieras. ¿Cuál es la tuya?

–Ovum –dice ella, metiéndose la polla de chocolate negro en la boca.

Sus manos tantean sus formas femeninas de una manera completamente distinta a la de Lisa. A Lisa le gustan sus brazos, el dibujo de los bíceps, sus hombros. Las manos de él buscan las curvas de sus caderas, le agarran el culo, la levantan hacia él.

Se hacen cosas el uno al otro que les dejan al borde de la histeria; ríen, lloran. Están fuera de sí, acto seguido son ellos mismos y al instante siguiente duermen.

Por la mañana hay un círculo en el pecho de él parecido al blanco de una diana.

–Tienes la enfermedad de Lyme.

–No sucede tan rápido –dice él.

–A veces sí.

Se besan. Es un beso profundo, lleno de miles de años de nostalgia, mil años de sufrimiento. Se separan para respirar, ríen, ambos lo saben. Ella le muerde fuerte en el hombro, hunde los dientes en el músculo, deja una marca.

Termina el congreso. No se dicen adiós. Si se dijeran adiós significaría que algo ha terminado.

–Lo que he aprendido de ser el guardián del dolor –le dijo Otto– es que dejarlo ir no significa olvidar, sino encontrar la libertad, el espacio necesario

para seguir avanzando. Existe el miedo al olvido, pero no ocurre. Uno aprende a vivir con el pasado, pero se permite un futuro y también se lo permite a los demás. No se olvida jamás.

Ella conduce hasta el aeropuerto, deja el coche y se sube al avión. Le gustaría que el avión fuese una máquina del tiempo, un portal a otro mundo. Le gustaría que le llevara a alguna parte.

Llega a casa antes de que Lisa regrese del trabajo.

–¿Qué tal ha ido el congreso? –pregunta Lisa.

–Bien –dice ella mientras preparan la cena–. Conocí a Otto Hauser.

–Tu héroe –dice Lisa.

–Mi héroe –responde ella.

¿Van a hablar? ¿Van a separarse?

Lisa no dice nada sobre la pelea y ella tampoco lo hace. Se ha traído de vuelta dos pollas de chocolate. Después de la cena se las ofrece a Lisa.

–¿Cuál quieres?

–Te quiero a ti –dice Lisa, dando una palmadita en el sofá que está a su lado. Ella se sienta junto a Lisa. El gato salta, la olfatea un buen rato y da un par de vueltas antes de pasarle por encima y acurrucarse en el regazo de Lisa.

Pasa el tiempo. Escribe un relato corto sobre el corresponsal de guerra. Le enmascara bajo un poeta budista y a ella bajo un cirujano cerebral. No tienen nada en común aparte de un kōan.

Ella se olvida de las pollas de chocolate hasta que un día las encuentra al fondo de la nevera. Las derrite, rosa y chocolate con leche, y hace con ellas una trenza de pan, una especie de babka.

Piensa en Otto.

–¿Sabes quién ha venido a mis charlas estos días? Gente que aún está en guerra. En Israel llaman a Gaza con anticipación y les dicen: «Tenéis cinco minutos. Vamos a bombardear vuestro barrio. Largaos de ahí.» Lo llaman «derribo de tejados». Parece educado y extraño. ¿Acaso se le dice a la gente con anticipación que los vas a matar? Me demuestra que hemos convertido en



una costumbre tratar a la gente de ese modo. Las viejas costumbres son difíciles de abandonar.

Luego le cogió la cabeza entre las manos y la besó en la frente.

–*Shepsela* –dijo–. *Du bist sheyn.*

## HOLA A TODOS

Ella oye cómo sube su coche colina arriba. Al final del camino de entrada el motor tiembla un poco, continúa así durante unos segundos y se apaga. Él toca el timbre de la puerta principal. Le abre la puerta Esmeralda, la criada. La puerta se cierra con un consistente sonido metálico.

–¿Dónde andas? –grita él.

–¡Aquí escondida! –grita Cheryl desde el jardín trasero.

Él entra por la puerta de la piscina.

–¿No tendría que estar cerrada esa puerta? –pregunta ella.

–Me acordaba de la clave –dice él.

–¿La clave de la piscina de los chicos: un-dos-tres-cuatro?

Él asiente.

–Hay cosas que nunca cambian.

–¿Y eso es bueno o malo? –se interesa ella.

–Difícil saberlo –responde él.

Ella está justo donde él la dejó, en una tumbona junto a la piscina.

–Estás pálido –dice ella, levantándose las gafas y entrecerrando los ojos para examinarle mejor.

Él se mira los brazos.

–Estoy normal –dice.

–¿Cómo consigues ver? Llevas unas gafas oscurísimas.

–Son para navegar –dice él–. Ya sabes, para evitar el reflejo del mar.

–Son envolventes, como las de los viejos con cataratas –dice ella.

–Cadillacs –dice él–. Siempre me he preguntado qué tiene de malo ser viejo y tener un Cadillac. Estoy ciego –dice él, quitándose las gafas–. En el este la luz es más suave, más amable, hay más sombras. Esto es como la luz de un foco, es igual que vivir en un set de rodaje. ¿Y tú? –pregunta–. ¿Cómo estás?

–Ciega también –responde–. Pero solo cuando estoy dentro. Cuando entro en la casa todo se oscurece y choco con los muebles.

Walter se sienta en la tumbona que está a su lado y vuelve a ponerse las gafas.

–Me alegra que estés en casa –dice ella, dándose cuenta en ese instante de lo mucho que le ha echado de menos–. ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

–Sí –dice él–. Yo te sonreí y tú vomitaste.

–Regurgité –dice ella–. Cuando tienes cuatro meses, se llama regurgitar. No te vomité encima hasta mucho después.

–Eso dicen.

–Fue en clase de Música en común –dice ella.

Él asiente.

–Mi madre tiene la teoría de que dentro de veinte años aterrizará una nave espacial, se abrirá la escotilla, sonará la canción de «Hola a todos» y toda nuestra generación marchará sin pensárselo dos veces hacia el interior de la nave nodriza.

–No me sorprendería –dice ella–. ¿Te sientes distinto? ¿Fue como habías pensado?

–En parte –dice él.

Él estaba en la universidad, y aunque no se haya dado cuenta hasta ahora, ella se ha sentido completamente abandonada todo este tiempo.

–Tengo el logo marcado en el culo –dice ella, inclinándose y bajándose los pantalones. Su «monograma» es una profunda cicatriz en la curva de su trasero–. Puedes tocarlo si quieres –dice.

Walter traza sus iniciales en cursiva con el dedo.

–¿Te duele? –pregunta.

–No –responde ella.

La piel está sorprendentemente insensible. Pensaba que sería aún más sensible, pero en vez de sentir más no siente absolutamente nada. Se sube el bañador y se da la vuelta. Él saca la lengua y le enseña el piercing. En el otoño, cuando se fue a la universidad, no lo llevaba.

–¿Qué se siente con eso en la boca? –pregunta ella.

–No sé –responde él, sonriendo–. Esperaba que me lo dijeras tú.

Ella se ríe. Tiene los dientes extraordinariamente blancos.

–Tienes una sonrisa alucinante –dice él.

–Ya –responde ella, sonrojándose–. Es que me hice una limpieza total la semana pasada.

–Genial –dice él.

Ella inclina la cabeza.

–¿Llevas maquillaje?

–Un poco –dice él–. Tiene protector solar.

Lleva el acné cubierto por un maquillaje denso y aplanado, como el de los actores de la televisión. Su piel parece un mapa topográfico de la adolescencia. Dos veces al día se pone sobre la cara paños húmedos para que se abran las erupciones duras y calientes. Piensa que es terriblemente irónico que le pase eso a un adolescente, tener que restregarse la cara, literalmente, en el pus de la pubertad. En la universidad hizo un trabajo sobre el asunto: «El acné y su expresión en la juventud contemporánea norteamericana». Todos se hacen marcas y se las quitan, como si fuera natural escribir cosas sobre sus cuerpos e igualmente natural borrar de ellos cualquier tipo de profanación o signo de uso, como notas en la palma de la mano. Tratan de que sus cuerpos sean suyos: los renuevan, los redecoran, el cuerpo no solo como obra sino como objeto de expresión, como relación simbiótica entre la imaginación y la realidad.

No son ni parientes ni vecinos, han crecido juntos, han sido testigos y confidentes el uno del otro. Él fue el primero en ver el resultado de su operación de nariz y también sus pechos, tanto los originales como los añadidos. Ella le vio la barbilla antes de que él mismo lo hiciera y también su piercing de la ceja.

–¿Qué tal la cabeza? –pregunta él.

–Normal –dice ella–. ¿Y tú?

–Abombada –dice él–. Los cambios son duros.

–¿Te estás medicando? –pregunta ella.

–Un poco. ¿Y tú?

–Moderadamente.

–Es duro estar deprimido en este lugar –dice él–. Esto es el paraíso.

–La medicación tiene que trabajar el doble. –Ella hace una pausa–. Me pregunto cómo será la terapia. ¿Se sigue haciendo todavía?

–¿Te refieres a si todavía va alguien a terapia o a si alguien la practica todavía?

–A las dos –dice ella.

–Creo que tienes que ser más viejo, tener más historia –dice él.

–Hay que ir cinco días a la semana, se convierte en el centro de tu vida –dice ella–. Creo que prefiero seguir aquí hablando sola.

–Seguramente tiene el mismo efecto –dice él.

–Fui a ver al terapeuta de mi madre –dice ella.

Él se sorprende de verdad. Llevan años diciendo que creen que ese psiquiatra está loco, se basan en las «citas» que repite su madre. También sospechan que su madre tiene una aventura con él. Después de tantos años de oír a su madre repitiendo *Dice el doctor Felt* y *Según el doctor Felt*:

–Sentí la necesidad de saber por mí misma de qué iba el asunto. Había llegado a un punto en que ya no lo podía soportar. –Toma un poco de aire–. La verdad es que no sé qué me llevó a hacerlo. Fue más bien un impulso. Necesitaba saber quién era.

–¿Y?

–Fatal –dice ella.

–¿En qué sentido?

–Era un despacho realmente raro, nada tipo Los Ángeles, moderno pero viejo al mismo tiempo; había un sofá de cuero negro, alfombras orientales, esculturas africanas muy bizarras con genitales gigantes y olía raro.

–¿A qué?

–Una mezcla de carne, sudor y tristeza.

–¿Y él qué aspecto tenía?

–Hiperhinchado –dice ella–. Le pregunté si me sentaba o me quedaba de pie. No me contestó, así que me senté sin más. No sabría decir si no me escuchaba o si es que simplemente no quería hablar. Luego hizo girar su silla, me miró y me preguntó: «¿Estás buscando novio?»

A partir de ese punto continúa con el diálogo, imitando al doctor Felt:

–Le dije: «Sí.»

»“En ese caso tendrías que perder cinco kilos”, dijo el doctor Felt.

»Y yo: “No ese tipo de novio.”

»“Igual eres lesbiana”, dijo el doctor Felt.

»Y yo: “Tal vez soy normal. Tal vez lo que quiero es un novio que me quiera por lo que soy y no por lo que usted piensa que debería ser.”

»“Lesbiana”, dijo el doctor Felt.

»Y yo: “No.”

»“Debe de ser duro para tus padres. Eres muy insolente. ¿Hay algo que te guste?”

»Y yo: “El cielo, la tierra, el viento, el mar. Y la comida, me encanta la comida.”

»“Lesbiana”, dijo el doctor Felt.

»Y yo: “¿No le parece interesante? Si una mujer desea que la aprecien, si quiere que la acepten por lo que es, usted piensa que es lesbiana. ¿Por qué no podría parecerle atractiva a un hombre?”

»“Los hombres quieren que las mujeres se parezcan a la gente que aparece en las revistas. Quieren que tengas buenas tetas y queden bien a su lado cuando pasean con ellas del brazo. No quieren que los cuestionen, no quieren cuidar a nadie. A los hombres lo único que les importa son ellos mismos.”

»Y yo: “Si eso es cierto, ¿cómo es que mi padre aguanta a mi madre?”

»“No seas ingenua”, dijo el doctor Felt.

»“¿Qué?”

»“El dinero es suyo.”

»“De acuerdo, entonces, ¿cómo es que mi madre aguanta a mi padre?”

»“¿A ti qué te parece?”, preguntó Felt, en plan loquero.

»“¿Qué le parece a usted?”, le pregunté yo al loquero. “La conoce desde antes de que yo naciera.”

»“¿Tanto ya?”, me preguntó Felt, sensible de pronto.

»Y yo: “Sí.”

»“Es muy duro acabar con un matrimonio”, dijo Felt regresando a su ternura de loquero. “Sobre todo cuando hay niños implicados.”

»“¿Me está usted diciendo que si mis padres siguen juntos es por mi culpa?”

»“¿Te parece que lo estoy haciendo?”, preguntó Felt.

»Y yo: “¿Está usted hablando conmigo o consigo mismo?” Puso una cara resentida y condescendiente. Yo me levanté: “Y debería *usted* perder diez kilos como poco. No sé qué ve en usted”, le dije, y me marché.

–¿Y qué ocurrió entonces? –preguntó Walt.

–Les pasó a mis padres una factura de seiscientos dólares por una extensión de la consulta. Intercepté la factura, escribí «QUE TE FOLLEN» y se la mandé de vuelta. Desde entonces, ni pío –dice ella–. No me importa sentirme paralizada. Creo que me he acostumbrado. Ni siquiera estoy segura de que lo que la gente llama estar paralizada sea algo sencillamente normal para mí. No me muevo mucho.

–Menos cuando estás en clase de spinning.

–Sí, claro, menos cuando estoy en clase de spinning, o de yoga, o de danza, pero cuando no estoy en clase, estoy bastante inmóvil.

–¿Te quedarás siempre aquí? –pregunta él.

–No sabría estar en otra parte.

Él les echa un vistazo a sus piernas, delgadas como brazos.

–¿Recuerdas cuando te llamaban «croqueta»?

–¿Cómo olvidarlo?

–¿Fue después de lo de los caramelos?

–Sí. Lo único bueno de la muerte de mi hermano es que ya no volvieron a llamarme croqueta.

–¿Cómo te recuperas de eso?

–No te recuperas –dice ella–. Puedes entrar a mirar su cuarto si quieres; está todo igual, como si fuera a volver a casa en cualquier momento.

–Tal vez tu familia debería mirar hacia delante –dice él.

–Eso es lo que hacemos cuando pasamos junto a su puerta; mirar hacia delante.

–¿No entráis nunca?

–Mi padre solía echar la siesta ahí, y Esmeralda da de comer a los peces.

–¿Son los mismos peces?

–Ni idea, solo sé que son peces.

–¿Y tus abuelos?

–Ya no nos hablamos con ellos.

–¿No estaba con ellos cuando murió?

–Sí –responde ella, ajustándose el bañador.

–¿Cómo se sentirán?

–Les dijo que le había picado una serpiente venenosa y ellos le dijeron: «Te ha picado un bicho, nada más, ponte un trapo húmedo encima.» Y al poco rato murió.

–¿Cuánto hace que ocurrió? –pregunta Walter.

–Casi tres años –dice ella.

–¿Y tus otros abuelos?

–Se mudaron a un barrio cerrado en Phoenix en el que hay señales que dicen «Cuidado con los peatones» en las intersecciones, en las que se ve a un anciano inclinado sobre un andador con medias pelotas de tenis cortadas en la base de las patas.

–¿Los vais a visitar?

–No mucho. No reconocen a mi madre. Le dicen que les recuerda a alguien, pero que no saben a quién, y luego le preguntan cuánto hace que trabaja allí.

–¿Y a ti te reconocen?

–Piensan que soy la hermana de mi madre, que murió hace años. «Estábamos preocupadísimos por ti», me dicen. «¿Te encuentras bien? ¿Cómo estás de salud?» Yo no sé qué hacer, de modo que finjo que soy ella y les hablo de mi hermana, refiriéndome a mi madre, y ellos me miran confundidos y preguntan: «¿Has tenido otro hijo? Qué raro que no nos acordemos...» –Hace una pausa–. ¿Sabes? Siempre me gustó tu abuela. En mi mente fingía muchas veces que era mi abuela. ¿Te acuerdas? Cuando éramos niños hacíamos galletas. Le salían muy buenas.

–Sí, muy buenas –dice él.

–En nuestra casa nunca había galletas. Mi madre decía que eran «peligrosas».

–¿Quieres darte un baño? –pregunta él.

–No me gusta mojarme –dice ella.

–¿Desde cuándo?

–Desde que me hice este corte de pelo. Si me lo mojo me lo tengo que volver a secar y es muy complicado que quede bien. Tengo que planchármelo. Tendría que haberme hecho un alisado brasileño. –Toma aire y luego suelta lo que la ha tenido más preocupada–. ¿Estás con alguien en la universidad?

–No es ese tipo de sitios.

–¿Qué tipo de sitio es?

–Todo tíos. ¿Y montar en bici?

–¿En una bici de verdad? ¿O en plan estática en el gimnasio?

–En una bici –dice él–. Como las que están en el garaje muertas de asco.

Ella arruga la nariz.

–Me sorprende que aún hagas eso –dice él.

Ella se echa a llorar.

–¿Acaso existo?

La luz, el sol, el reflejo de la tierra seca, las baldosas, el agua de la piscina. Todo es de un brillo cegador.

–Es difícil saberlo, ¿verdad? –dice, mirando hacia arriba–. Mira ese cielo, ¿no es increíble? Tan azul, tan abierto.

–Me saben las lágrimas a crema solar –dice ella.

Él se levanta.

–Tengo que mear.



Entrar en la casa se parece a hacerlo en un compartimento estanco. Han puesto una cortina de bandas de plástico sobre la puerta mosquitera, como la de la entrada de la cámara frigorífica de las carnicerías, para minimizar al máximo la pérdida de aire fresco del interior y que no entre el de fuera.

En el interior de la casa todo es blanco, todo es nuevo. La madre de Cheryl tiene «alergia» a las cosas viejas, un miedo profundo a todo lo que ha sido usado, incluidas las antigüedades, la ropa de segunda mano, los libros. Todo tiene que ser nuevo y oler a nuevo.

Usa el baño de invitados del vestíbulo principal y no puede evitar fijarse en los botes de plastilina deliberadamente abiertos que hay junto a la taza del inodoro.

La perra está tumbada sobre el suelo fresco de baldosas del vestíbulo, jadeando pesadamente. Agita la cola cuando se acerca.

—Ey, Rug, ¿cómo te va? —pregunta, inclinándose para saludar a la peluda perra blanca. La perra se llama Rug porque..., en fin, eso es lo que parece, una alfombra.

«Una alfombra especial», dijo la madre de Cheryl una vez. «Una que no pierde pelo. Su pelo es como el de los humanos, por eso hay que cepillarla, no pasarle la aspiradora.»

—¿Tienes calor? —le pregunta a la perra peluda—. ¿Necesitas un corte de pelo? ¿Tienes ganas de librarte de ese abrigo?

—¿Eres tú? —pregunta Sylvia, la madre de Cheryl. Está en el cuarto de estar, tirada sobre un sofá blanco en bañador, un bañador azul marino con un pareo atado holgadamente a las piernas. La piel bronceada de sus brazos está un poco flácida, como si estuviera perdiendo carne y el vigor que aún le queda se hubiese desprendido levemente del hueso.

—Soy yo —dice.

—Sabía que no tardarías en volver. No veo nada con este paquete en los ojos. ¿Cómo estás?

—Bien —dice él—. ¿Y tú?

—Bien —dice ella—. Excepto por lo de no ver.

—Parece que le está pasando a todo el mundo —dice él—. El médico me ha puesto unas gafas especiales. ¿Quieres probarlas?

Ella alza la mano y él le pasa las gafas. Ella se las pone bajo el paquete de hielo.

—Oh, gracias, Walter. Mucho mejor.

Ella es la única que le llama Walter. Todo el mundo le llama Walt o W.W.

–A lo mejor deberías quitarte antes el paquete de hielo –dice él.

–Por ahora es perfecto. Estaba entrando un poco de luz, eso empeoraba las cosas. He tenido un pequeño accidente –dice ella, pero no añade más.

–¿Quieres que te traiga algo?

–¿Como qué? –pregunta ella.

–Algo de beber.

–Eso sería estupendo. ¿Qué vas a tomar tú?

–No sé. Una Coca-Cola, quizá.

–Para mí un poco de agua con gas, con una rodaja de lima –dice ella.

–¿Con hielo?

–No, estropea las burbujas. Hay un cuenco lleno de rodajas de lima en la nevera pequeña que está bajo el fregadero –dice ella, y añade incongruentemente–: Dentro de nada van a hacer operaciones de corrección nasal en el útero.

Walter le lleva el vaso de agua sin hielo y con una rodaja de lima. Toda la familia de Cheryl, exceptuando su padre, se pasa el día en bañador, incluso en Navidad.

«Son “piscinistas”», le dijo una vez Walter a su madre. «Se pasan el día entrando y saliendo.»

«Eso es porque viven en lo alto de la colina», dijo su madre. «Allí te puedes pasar el día medio desnudo porque no te ve nadie.»

«Les da igual que les vean.»

«¿Me imaginas a mí en bañador todo el día?»

«No», contestó.

Cheryl solía decir que gracias al bañador se mantenía en un peso decente, en bañador sabía al instante si estaba engordando, en gramos.

–Y –continúa Sylvia desde el sofá– ¿sabías que el primer uso de la liposucción fue para mujeres a las que los muslos se les daban la vuelta?

–¿Se les daban la vuelta? –pregunta Walter.

–Se les metían hacia dentro –dice ella–. Es un asunto complicado, ¿sabes? He conocido a mujeres que han tenido pésimos resultados. La señora Lipmann perdió una pierna por culpa de una infección posliposucción.

–Eso suena fatal –dice él.

–¿Y qué hay de ti, Walter? –pregunta la madre–. ¿Qué tal te ha ido en el este?

Se lo pregunta como si el este fuera el Lejano Oriente, como si se hubiese ido hace mucho y se hubiese adentrado en tierras ignotas, en las profundidades de Hong Kong o Shanghái.

–Bien –dice él–. He visto el otoño por primera vez en mi vida. Las hojas se cayeron, bajó la temperatura, soplaban el viento..., es como cuentan en los libros.

–Nunca me gustó –dice ella–. Todo muere y cae, y luego el frío, todos esos días de frío. Odio pasar frío.

Él asiente, pero ella no puede verle. Hay un silencio.

–¿Sigues ahí? –pregunta.

–Sí –dice–. Iba a salir ya.

–Sal si quieres –dice ella, y él lo hace.

Empuja las pesadas bandas de plástico y sale al patio. El aire del exterior, al menos veinte grados más caliente y repleto de micropartículas de plástico, le cierra la garganta. Tose y da un trago a su refresco, la lata está empapada por la condensación.

–¿Has visto a mi madre? –pregunta Cheryl.

–Un segundo –dice él–. Estaba en el sofá.

–¿Y?

–No sé qué decirte –responde–. No tenía muy buen aspecto.

–Ha intentado cambiarse el color de ojos. No ha funcionado, le han quemado las córneas.

–¿En serio se ha quedado ciega?

–Va a ver borroso una temporada –dice ella.

Mientras Walter estaba ausente ella ha sacado los viejos G. I. Joes de su hermano de la piscina y los ha dispuesto en una escena poco bélica bajo su tumbona. No entra en su habitación, pero aún le gusta ver sus juguetes.

–La perra parece distinta –dice Walter sin percatarse de los G. I. Joes.

–La han operado y le han sacado unos tumores muy gordos. No eran peligrosos, pero resultaban poco atractivos.

–¿Por eso jadea?

–Se está recuperando. Mamá no la llevará a que le corten el pelo hasta que esté curada para no tener que verle la cicatriz.

–¿Y la plastilina del cuarto de baño? ¿Se supone que ayuda a cagar?

Cheryl se ríe.

–La olió en casa de unos amigos a los que estaban visitando los nietos y le

encantó el olor. Le pareció que el amarillo y el marrón podían ser «divertidos» en el baño. Deberías ver lo que tiene en el dormitorio. Es una adicta.

–¿Y la nevera? –pregunta él.

–Demasiada presión. Dice que nosotros somos más de comida precocinada que de cocinar, así que le dejamos la nevera grande a Esmeralda y nosotros nos quedamos con las dos pequeñas que están debajo de la encimera.

–¿Toda tu familia vive de lo que cabe en una nevera de minibar?

–Dos neveras de minibar, más la que yo tengo en el dormitorio, que nadie lo sabe. Está dentro de mi armario.

–Vaya –se burla él–. Me voy dos meses y todo cambia.

–Ni siquiera has comentado lo de las bandas de plástico –dice ella, señalando la puerta.

–Eso es lo mejor de todo –dice él–. Es como una vulva gigante o la entrada a la sección de productos lácteos del supermercado.

–Fue idea mía –dice ella–. Quería que fuéramos más ecológicos. ¿Qué tal tu casa?

–Como siempre. Deberías venir alguna vez –dice él.

–No puedo –dice ella.

–A mi madre le caes bien –dice él.

–Le enseñaste una fotografía en la que salgo desnuda.

–No se la enseñé, la encontró ella.

–Da igual –responde, molesta–. No puedo ir a tu casa.

Cheryl se desliza de su tumbona y gatea para jugar con los G. I. Joe de su hermano.

–Los solíamos llamar G. I. Jokes –dice Walter.

–Les he puesto nombres, Tommy y los gemelos Paul y Pedro. –Alza dos muñecos exactamente iguales.

–¿Te acuerdas de cuando a Abigail le dieron su receta para comprar marihuana terapéutica y nos fuimos todos a lo alto del Doheny a ver la puesta de sol y a comernos aquellos chupachups de marihuana? –pregunta él.

–Fue el día perfecto –dice Cheryl con rotundidad–. ¿Y te acuerdas tú de cuando me pasé el día en la cama leyendo y comiendo pistachos rojos y manché todos los libros? Las páginas estaban llenas de mis huellas dactilares.

Ella esconde los G. I. Joes bajo los arbustos de la piscina.

–Misión de reconocimiento –dice a nadie en particular.

–Y las sábanas, Esmeralda te gritó y te hizo cambiar a los pistachos normales.

–Me gustan más los pistachos rojos –dice ella–. No es un tinte en realidad, creo que es polvo de remolacha. No estoy segura.

–¿Te acuerdas de cuando éramos jóvenes y nos imaginábamos tantas cosas? –pregunta él.

–¿Cuando nos daba igual lo que pensarán los demás? –dice ella.

–Nos hacíamos nuestros propios tatuajes.

–Con rotuladores y pegamento Elmer’s –dice ella.

–Y hablábamos en otros idiomas –dice él, y durante un momento mágico vuelven a hablar con acentos distintos, el suyo una especie de yidis ruso–. Un día iremos al lugar donde nací. Hace tanto frío que llevamos abrigo todo el año, a nadie le preocupa la gordura porque nadie puede ver el cuerpo de nadie. Te va a encantar.

Ella le contesta en un falso francés.

–¿Te guefigues al francés? Paseguemos juntos por la gambra al atardecer sibeguiano...

–¿Te acuerdas de cuando éramos niños –dice él, volviendo a hablar normalmente– y tu madre nos llevaba a Beverly Hills a comer pizza?

–No le gustaba que comiera pizza en casa. Era un reto demasiado grande para ella, el aroma era demasiado intenso, no podía resistir la tentación.

–Tú pedías pizza de pepperoni y salchichas y cuando te la daban sacabas todos los trocitos.

–Porque lo único que me gustaba era el jugo del pepperoni –dice ella, trepando de nuevo a la tumbona.

–La grasa –dice él–. Lo que te gustaba era aquella grasa rosa brillante.

–¿No te parece raro que a mí me concibieran durante una de las guerras de Irak y a mi hermana la noche en que explotó la lanzadera espacial?

–¿Crees que tus padres solo tienen sexo en momentos de emergencia nacional? –pregunta él.

–Creo que solo tienen sexo cuando se quedan sin nada que decir. ¿Quieres venir a mi habitación? –pregunta ella, lo que en clave significa: ¿Quieres follar?

–No –dice él–. Paso un poco últimamente.

–¿Qué significa eso?

–No paso para siempre, pero no me apetece mucho. Intento vivir las cosas

de una manera un poco distinta.

–¿Eres gay? –pregunta ella.

Él no contesta.

–Me lo puedes contar –dice ella–. Si hay alguien en este mundo a quien se lo puedes contar, esa soy yo.

–Acabo de volver –dice él–. Necesito tiempo para readaptarme.

–Es adoptado –le dijo hace mucho a Abigail, en un intento de explicarle a su hermana lo de Walter.

–¿Qué se supone que significa eso? –preguntó Abigail.

–Pues eso, que es adoptado –dijo ella–. Que sus padres lo entregaron en adopción. Quiero decir, ¿te parece que tiene pinta de Walter? A mí me parece que tiene más pinta de Marc o de Adam.

–¿Por eso está siempre en nuestra casa? ¿Porque no tiene el nombre que le corresponde?

–Está en nuestra casa porque se siente más cómodo aquí. Porque yo soy su amiga más antigua en el mundo y porque le parecemos fascinantes como especímenes. Quiere ser científico.

–¿No tiene padres?

–Tiene padres, pero son muy formales y no paran de preguntarle: «¿Necesitas algo? ¿Quieres hablar?» Tiene que tener algún contacto con la realidad.

–¿Por eso viene aquí?

–Básicamente.

–¿No es porque os doy toda la hierba que queréis? –quiso saber Abigail.

–No es porque tú nos sobornes –dice ella–. Es que tenemos piscina.

–¿Ellos no tienen piscina?

–No.

–¿Son pobres?

–No creo. Pero no son piscinistas.

–No lo pillo –dijo Abigail.

Una enorme nube blanca pasa frente al sol y hay un descenso súbito de la

temperatura. Pasa una brisa fresca formando minitornados de polvo en el borde de las baldosas. Cheryl se mira la piel.

–Se me ha puesto la piel de gallina.

–Es el reflejo pilomotor –dice Walter–. Le pasa lo mismo al puercoespín cuando se le levantan las púas.

No dice nada sobre el hecho de que la gruesa capa de maquillaje no le deja sentir la brisa en la cara. No siente nada aparte de la sensación de estar cubierto de pintura y de estar derritiéndose cuando el sol está alto.

–El tiempo está cambiando –dice ella.

–Nada es perfecto para siempre –dice él.

–Me estás poniendo nerviosa –dice ella–. ¿Seguro que no quieres venir a mi habitación?

–Seguro.

–Vale, no pasa nada –dice ella–. ¿Y si vamos al antro?

El «antro» es como llaman al estudio, la extraña habitación que está entre el cuarto de estar y el amplio vestíbulo que lleva a las habitaciones. El antro abarca todo el ancho de la casa y está dividido por un pasillo central, es la carretera por la que todo el mundo debe pasar. A cada lado del pasillo hay un estudio, una habitación sin puertas ni función muy definida. Y a pesar de que la habitación no es ni una cosa ni la otra, es de hecho el espacio más utilizado de toda la casa. En un lado del antro hay una televisión gigante montada sobre la pared y siempre encendida con el volumen bajo y en el otro unas estanterías de obra y una mesa. Es la única parte «humana» de la casa, en las estanterías hay fotografías familiares, todas previas a la muerte de Bill, ninguna posterior. Walter no está seguro de si realmente no se han hecho ninguna foto familiar después de eso o si es que es demasiado doloroso exhibirlas. La familia menos uno.

–¿La de la foto eres tú o es tu madre? –pregunta.

–Es mi madre cuando era más joven. Ha retocado hace poco todas las fotos de su infancia para que estén perfectas, nada de dientes irregulares, nada de cortes en la mejilla, nada de acné –dice, y se detiene bruscamente. «Acné» es una palabra prohibida–. ¿Quieres jugar a un juego? –pregunta.

–¿Cuál?

–Uno de esos juegos a los que solíamos jugar, como Operando, Cluedo, Life, Monopoly, Twister... –Mientras él piensa, ella hojea las fotografías de

una revista e inhala el aroma de las páginas—. Me encanta mirar fotografías de comida.

Su padre pasa por la habitación con una camisa de golf rosa y unos pantalones verde brillante. Lleva un espejo en la mano y se mira mientras camina.

—Mírame —dice, sin hablar a nadie en concreto—. Estoy hecho un asco, se me están cayendo los ojos. ¿Por qué no me lo ha dicho nadie? ¿Por qué no me lo decís? Si ni tu propia familia te dice la verdad, ¿quién te la va a decir entonces?

Su madre va tras él.

—Usa celo, es lo que hace todo el mundo. Hay un poco en mi botiquín.

Cuando su madre cruza el antro, el canal de televisión cambia, la música de fondo se transforma, baja la luz, Carole King empieza a cantar. Sigue de ese modo hasta que está a unos cinco metros del antro, en el vestíbulo rumbo a su habitación y a continuación una voz mecánica parecida al croar de una rana dice «atrás, atrás» y la televisión vuelve al canal del tiempo, sube la luz y regresa un indistinguible pero tranquilo hilo musical de «sonidos de la tierra».

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Walter.

—Lleva un sensor. Es como un amuleto mágico alrededor del cuello. Todos llevamos uno, el ordenador de entretenimiento está programado para ajustar la música, la luz y la temperatura a las preferencias predeterminadas por nuestros sensores.

—¿Y si todos coincidís a la vez en una habitación?

—Hay una jerarquía de preferencias, de mayor a menor —dice ella—. Yo nunca llevo el mío. Abigail una vez se enfadó tanto que reprogramó el suyo y lo dejó escondido en la estantería. Convirtió el antro en un espectáculo de luz y heavy metal. Para pararlo uno de mis padres tuvo que quedarse en la habitación hasta que llegó el chico del ordenador. Mi padre durmió tres días en el sofá.

—¿Crees que tu familia fue siempre así o hay algo que ha cambiado?

—No entiendo a qué te refieres —dice ella, confusa.

Él no insiste más.

La madre de ella es descendiente de una larga genealogía de diosas supermodelos: Emma Goldman, Eleanor Roosevelt, Janice Dickinson, todas ellas poderosas, algunas de ellas estiradas. Su padre es primo segundo de



Twiggy. Abigail también es modelo; tiene la habilidad única de parecer completamente ausente y estar a la vez lo bastante concentrada para seguir instrucciones. Es un don. Es maleable, flexible, quiere que la vean, pero no tal y como es. Se disfraza constantemente, se maquilla, encarna distintas personas, trata de encontrar siempre la adecuada.

–Deberías ser actriz –le suele decir la gente.

–Deberías ser tú misma –le dice Cheryl.

–Ni idea de cómo se hace eso –confiesa Abigail.

La madre regresa, de nuevo la música, la luz, el cambio de canal.

–Walter, ¿quieres cenar con nosotros? Pensábamos salir a celebrarlo.

–¿Qué celebramos?

–Abigail ha cumplido la condicional.

–Genial –dice Walter.

La madre sale de la habitación y la pequeña voz anuncia: «atrás, atrás» y todo regresa a como estaba.

–¿De qué ha cumplido la provisional?

–De vomitar en público –dice Cheryl–. Al final resultó que se trataba de comida en mal estado, el sushi estaba malo, mis padres estaban convencidos de que era bulimia. Dejaron que la policía presentara los cargos y Abby tuvo que asistir a un programa de visitas a cárceles para gente con trastornos límite.

–¿Tu madre está enfadada aún por lo de nuestro accidente?

Ella niega con la cabeza.

–En su día fue terrible. No pudo ocurrir en peor momento.

–Corrimos y pedimos socorro –dice Walter a la defensiva–. Fuimos a Costco a comprar cien rollos de papel higiénico. ¿A quién se le ocurre comprar cien rollos de papel higiénico?

–A ella le gusta estar preparada.

–Ya casi habíamos llegado a casa, subíamos el cañón, tenía el acelerador pisado a fondo y un perro se cruzó en la carretera. Giré bruscamente, no pude esquivar al animal.

–Yo también lo creo –dice ella.

Dieron vueltas y más vueltas y luego PUM, un golpe fortísimo, polvo, oscuridad. Silencio.

–¿Sigues ahí?

–Sí –dijo ella.

–Un perro se ha cruzado en la carretera –dijo él.

–Ya lo he visto.

–¿Te puedes mover?

–Sí y no. ¿Y tú?

–No puedo salir.

–¿Vamos a morir chamuscados? –preguntó ella.

–Espero que no.

–¿Tienes el teléfono?

Sirenas, cojines neumáticos, collares cervicales, cinta. Les sacaron del coche quirúrgicamente.

–Es un milagro –dijeron sus padres–. Los dos llevaban puesto el cinturón. Son buenos chicos.

–Mi hija tiene la cara destrozada –fue lo primero que dijo su madre cuando la vio en la sala de urgencias, aún tapada hasta las cejas.

–Gracias, mamá.

–No he dicho que estés destrozada, pero tienes la cara hecha un desastre. Voy a llamar al doctor Pecker, mi cirujano plástico. Si hay alguien por quien abandonaría el campo de golf, esa soy yo.

–Déjalo –suplicó ella–. Tendré el aspecto que corresponde a mi vida.

–Le recomendamos cirugía plástica –dijo el médico de urgencias–. Es mejor arreglar estas cosas cuando aún son recientes.

A pesar de las protestas, le arreglaron la cara; para un ojo inexperto el daño es imperceptible.

–¿Vienes a cenar? –le pregunta Cheryl a Walter–. Abigail solo come cosas que tienen diez calorías o menos, va a ser genial.

–Lo será –dice su madre, metiendo baza desde la habitación de al lado–. Vamos a probar un sitio nuevo. Se llama Micro-Macro. Sirven platos minúsculos y macrobióticos.

–Claro –responde él. No sabe decir no.

Por la tarde el aire se estanca. Deja de circular por completo y se llena de

polvo. Ellos van y vienen una y otra vez de la piscina al antro. No están cómodos en ninguna parte.

–¿Hace calor ahí fuera? –pregunta su madre desde el sofá.

–Abrasa –dice Cheryl.

–La vista se reduce por la contaminación –dice la madre.

–¿Funcionan los filtros del aire? –dice su padre desde la otra habitación–. Sin los filtros de aire no puedo respirar.

A las cuatro de la tarde la madre extrae de la miniveera un brebaje que hace su entrenador y le da a cada uno un vaso lleno. Es extraño, pero todos se sienten mejor. Se duchan y visten para salir. Cheryl se pone un vestido encima del bañador.

–Así voy yo –dice–. Te puedo prestar una camisa.

Abre el armario frente a Walter, que lleva unos vaqueros sobre el bañador y una camiseta.

–Compra lo que quieras –dice.

Él elige una camisa a cuadros azul claro.

–Bien –dice ella–. Muy veraniego.

En Los Ángeles los hombres visten mucho con tonos pastel. De hecho casi es lo único que llevan, o blanco y negro. Los colores pastel van bien con el marco, ni lo niegan ni lo resaltan.

–¿Tengo los ojos abiertos o cerrados? –pregunta Sylvia cuando se reúnen en el cuarto de estar.

–No estoy segura –dice Cheryl–. ¿Ves algo?

–Más o menos –dice la madre.

–¿Puedes conducir así? –pregunta Abigail.

–Mejor que conduzca otro –dice la madre–. ¿Estoy seductora?

–Estás hinchada y pareces sonámbula –dice Abigail.

Sylvia se da media vuelta y dice a todo el mundo:

–Ya sabéis que a Abigail la llamé así por Abigail Van Buren. Querida Abby, te llamé así pensando que eso convertiría a mi hija en una amiga, una persona con la que compartir mis preocupaciones. Al parecer no se entendió del todo mi petición porque en vez de eso me ha tocado una hija que no para de meterse en líos.

–¿Vamos en un coche o en dos? –pregunta el padre.

–En dos –dice Abigail–. Así no tenemos que subirnos unos encima de otros.

–¿Tienes un coche nuevo? –pregunta la madre a Walter.

–Uno nuevo viejo –dice Walter.

–¿De qué tipo?

–De segunda mano –dice Walter–. Barato.

–Bien por ti –dice la madre. Es lo que dice siempre cuando no sabe qué decir.

Los hijos y los adultos se dividen en dos grupos. Abigail lleva a los hijos en su pequeño Mercedes y el padre le sigue en su Mercedes grande.

–¿Eso es una camisa de chica? –pregunta Abigail mientras conduce hacia el restaurante.

–¿Cuál es el problema? –pregunta Cheryl.

–Que los botones van al revés –dice Abigail.

–¿A qué te refieres con que van al revés? Se abrochan y se desabrochan. ¿Para qué sirven los botones si no? –pregunta Cheryl.

–En las camisas de mujer los botones están a la izquierda y en las de hombre a la derecha.

–No tenía ni idea –dice Walter.

Abigail se encoge de hombros.

–Mola. La camisa te queda bien. No sabía si lo sabías. Y también me gusta tu maquillaje. También te queda bien.

–No es maquillaje –dice Cheryl–. Es protector solar.

–Da igual, le queda bien. Tienes unos ojos bonitos, también te podrías poner un poco de lápiz de ojos.

Walter no dice nada.

Paran en el restaurante y el aparcacoches se lleva los coches, el maître les acompaña a la mesa.

–¿Tienen una carta con las calorías? –pregunta Abigail.

–No tenemos, pero si me dice su límite de calorías puedo hablar con el chef y pedirle que me haga alguna sugerencia –dice el camarero.

–Diez calorías –dice Abigail.

El camarero ni siquiera pestañea.

–¿En total o por plato?

–Por plato –dice la madre.

–Entendido –dice el camarero–. Veamos qué sugiere el chef. ¿Alguna alergia?

–Ninguna.

Cuando llega la comida, la madre manda el plato de vuelta y le pide al camarero que le quite la mitad.

–Es demasiado. Quiero lo justo, pero no tanto –dice.

El plato de Abigail es hermoso: una colección de espumas, burbujas, jugos, reducciones, batidos, mousses y una torre pequeña de hielo seco que humea en el centro.

–Bravo –le dice al camarero.

Sylvia prueba su crema de espinacas sin crema, se toca suavemente los bordes de la boca con la servilleta y levanta el brazo al instante para llamar al camarero.

–Ejem –dice–. Me parece que estas servilletas tienen algo de poliéster. Soy tremendamente alérgica al poliéster. ¿Se me están hinchando los labios?

–No le preguntes eso. Es camarero, no médico –dice Abigail sin levantar siquiera la vista de su teléfono y su comida.

–¿Tienen servilletas de papel? –dice la madre.

El camarero regresa con un buen montón de servilletas de papel.

–Gracias –dice ella en español.

–De nada –responde el camarero.

Durante la cena están todos entretenidos con sus móviles. A la única persona a la que hablan es al camarero. A ratos y sin previo aviso hablan de manera aleatoria y fuera de contexto.

–A Dinitia le ha rozado un tráiler cuando conducía por la 110 –dice la madre.

–Roger se está yendo a pique –dice el padre, sacudiendo la cabeza.

–¿Otra vez?

–Eso es lo que dice. «Peli a las once. Los federales me van a sacar esposado de la oficina.»

–Pobre Alice –dice la madre.

El padre parece profundamente sobrecogido.

–¿Puedes girarte cuando hables? No puedo mirarte directamente..., tu

rostro dice demasiado –le dice la madre al padre, y de nuevo todos se vuelven hacia sus móviles.

–No estás atado a Roger, ¿verdad? –pregunta la madre–. Quiero decir, económicamente hablando.

–No, solo somos amigos.

–Mindy sale en la portada de *Vogue*, es de puta madre –dice Abigail.

–Nada de palabrotas –dice la madre.

–Es muy fuerte. Es norteamericana. Casi ninguna chica norteamericana ha salido en la portada.

–¿Hacia dónde crees que vamos? –le pregunta Cheryl a Walter–. No sé si es el mundo entero o si es solo este lugar.

–¿En qué sentido? –pregunta Walter.

–Quiero decir, ¿este lugar es algo que solo puede existir aquí o existe también en otros sitios, tipo estado mental o instante en el tiempo?

–Tal vez tengas que dejar el país –dice Walter.

–¿Me ves equipada? –pregunta Cheryl.

Cuando acaban de comer, los platos no tienen un aspecto muy distinto del que tenían cuando se los pusieron delante.

–¿Ha sido todo de su gusto?

–Delicioso –dice la madre.

–¿Quieren llevarse las sobras?

–Sí, por favor.

Retiran los platos y el camarero regresa con una enorme bolsa para llevar, en realidad una bolsa de compra repleta de comida.

–¿Alguien quiere postre o café?

–No me cabe nada más –dice la madre.

El padre pide la cuenta.

Mientras esperan a que el aparcacoches les traiga los coches Abigail dice:

–¿Sabéis que hay un parque en Los Ángeles, un lugar muy conocido que no está lejos de aquí, al que va la gente a dejar sus bolsas con las sobras? Porque lo cierto es que la mayoría de las personas que no se terminan la comida en realidad no quieren llevarse las sobras a casa. Hubo alguien que escribió un artículo sobre eso: «Comer bien sin tener hogar». Todas las

noches cientos de personas dejan allí sus bolsas con las sobras. Lo único que tienes que hacer es parar allí y alguien va hasta tu coche y recoge la bolsa.

–¿Alguien tipo quién? –dice el padre, contando calderilla para darle una propina al aparcacoches.

–Un sintecho se acerca hasta la ventanilla de tu coche y se hace cargo de tu bolsa con las sobras.

–Y de tu Cartier –dice la madre.

–Creo que se usa la otra mano –dice la hija.

–¿Y el anillo de boda?

–También se las puedes dar al perro –dice el padre.

–Oh, yo nunca le daría a Rug las sobras, ella solo come comida cruda: pollo crudo, faisán, ternera y grano orgánico en unas hamburguesas que hay en el congelador. Se lo daré a Esmeralda. Le encantan las cosas usadas.

Cuando llegan a casa aún no es de noche. Los adultos entran y Cheryl y Walter regresan a la piscina. Rug les acompaña y se tumba en las baldosas que hay al borde de la piscina, metiendo las patas delanteras en el agua. Cheryl se quita el vestido. Él se quita la camisa y los pantalones. Los dos son los que eran, los que han sido siempre. El cielo es carbón, granulado de negro, a ella le recuerda a otro día, a otra época.

Dos jilgueros vuelan y se posan en sus rodillas.

–Horatio, Ray, os presento a Walter –dice ella, haciendo la presentación.

–¿Cómo sabes que son machos? –pregunta Walter.

–Por las marcas –dice ella. Les dice a los pájaros que se hagan los muertos y los dos se apoyan en la espalda, con las patas para arriba.

–Qué raro –dice Walter.

–He estado entrenándolos –dice Cheryl, dándole a Horatio y a Ray unas semillas de pipas y los pájaros se quedan cerca esperando más–. También les gustan los bagels con semillas de amapola y los sándwiches de berro –dice.

–De modo que son tus nuevos mejores amigos –sugiere Walter.

–¿Estás celoso? –pregunta ella.

Walter se pone de pie, molesto.

–De acuerdo, dime –dice ella–. ¿Dónde está la señal de salida?

–Esto no es como la autopista –dice él–, no hay señales, ni desviaciones. Tú decides dónde dar el salto.

Y después de decir eso se zambulle en el agua. Cuando sale a la superficie ella se ha marchado. Él sale al instante, asustado, dejando huellas mojadas

como pasos de danza en las baldosas, girando hacia todas partes, buscándola y llamándola frenéticamente:

–¡Cheryl! ¡Cheryl!

–¿Qué? –dice ella al fin, abriéndose paso de vuelta entre los arbustos con la perra Rug tras ella.

–He saltado y de pronto habías desaparecido. Pensaba que me habías dejado.

–Tal vez algún día me vaya a alguna parte, pero no te dejaré. Rug se ha puesto a perseguir algo y yo me he puesto a perseguir a Rug –dice ella.

–Estás sangrando –dice él, señalando un raspón en el brazo.

–Aún tengo hambre –dice ella, lamiendo la sangre—. ¿Quieres un poco? –Y le ofrece el brazo.

Walter toma a Cheryl de la mano y salta arrastrándola a la piscina.

–No importa lo que diga la gente, esto es lo que hay –dice él.

–Esto es lo que somos –dice ella.

–Es la vida –dice él.



## TODO GENIAL MENOS POR LA LLUVIA

Se apresura a entrar y se sacude el diluvio del abrigo y el paraguas, presta a sacárselos de encima. El maître le coge el paraguas, lo baja con una rápida sacudida y lo introduce en un paragüero donde le esperan otros paraguas más relajados.

–Su abrigo –dice él.

–Por favor –dice ella, sacándoselo con un giro experto.

–¿Cómo estamos esta tarde? –pregunta él.

–Tal y como esperábamos –dice ella–. Eche un vistazo ahí fuera.

–Me alegra verla de nuevo.

–Se ha convertido en una costumbre –dice ella–. Mejor tener cuidado, hay algunas costumbres que luego hay que abandonar. Lo siento –dice mientras se acerca a la mesa en la que le espera Genevieve–. Estoy empapada. –Se sienta y usa la servilleta para secarse la cara.

–Parece que empeora –dice Genevieve, levantando la mirada del móvil.

–Por supuesto. ¿Qué esperabas que hiciera?

–Una tiene esperanza –dice Genevieve, y durante un momento es toda pulgares mientras termina de escribir un texto, le da a ENVIAR y luego guarda el móvil en el bolso.

–En estos tiempos la única manera de ser optimista es ponerse del lado de lo peor y luego sorprenderse gratamente de que no haya ocurrido –dice ella.

–Supongo que sí.

–No vamos a tener una de esas comidas de «pobrecita de mí», ¿verdad? Estaba deseando pasarlo bien. Llevo toda la semana con una dieta de zumos, estoy desesperada por comer algo.

–¿Te apetece pollo *en vessie*? –se anima Genevieve.

–Perfecto. Lo hice en casa una vez, o lo intenté al menos, no tenía ni idea de dónde conseguir la vejiga de cerdo.

–¿En la carnicería tal vez? –sugiere Genevieve.

–¿Y cómo se mete luego el pollo en la vejiga?

–Juntas los labios y soplas.

–*Touché*. –Sarah echa un vistazo al menú–. ¿Sabes? Creo que tomaré la

ensalada, parmesano y rúcula. Vamos, cuéntamelo todo –dice–, y rápido.

–El notición: tras un millón de noches sola, por fin estoy con alguien.

–Lo sé –dice ella–. Lo sabemos todos, pero nadie te ha visto con él.

–Somos muy celosos de nuestra intimidad.

–¿Te estás divirtiendo?

–Creo que sí.

–¿Qué ha pasado con tu idea de hacerte lesbiana?

–La he aplazado.

–¿Agua? –pregunta el camarero.

–Sí.

–¿Con o sin gas? –precisa el camarero.

–Sin –responden las dos.

–¿No queréis salir? ¿Hacer el teatrillo? ¿Ver y ser vistos? Al menos es una persona. Eso da puntos.

–¿Puntos?

–Puntos para la siguiente vez.

–¿Puntos por qué? ¿Por ser el expolvo de alguien?

–Estás semiocultando tu amor.

–Oh, yo no lo llamaría amor.

–¿No?

–La verdad es que no. Es mucho mayor, mucho.

–Ya lo sé. Te comportas como si nadie supiera quién es. Hay una exposición enorme de su obra en el museo.

–Sí –dice ella–. Me ha llevado a verla.

–Y si no es amor, ¿cómo lo llamas entonces?

–Una experiencia –dice Genevieve.

–Ya –responde Sarah–. ¿Y qué tal la experiencia?

–Tiene unas manos extraordinariamente fuertes, manos de obrero, ásperas, callosas, pero por dentro es como un aguacate: maduro, suave, intacto.

–¿Cómo es que está intacto?

Genevieve se encoge de hombros.

–¿Te parece que le estás conociendo? ¿No es esa siempre la gran queja: todas le tienen pero ninguna le conoce?

–No estoy segura de a qué te refieres con eso de «conocer». Tal vez si no pretendes conocer a alguien, no se convierte tanto en la cuestión.

–No hay duda de que ya ha tenido cierto impacto –dice ella con malicia.

–Dice que las otras mujeres siempre han querido más de lo que hay.

–Es posible –dice ella–. Puede que tenga razón. Todas queremos más de lo que hay.

–¿Pan? –pregunta el camarero.

–No –dice Sarah.

–Sí –dice Genevieve.

–¿Sí o no?

–Una sí y la otra no –dice Genevieve.

Sarah se inclina hacia delante como si forzar la intimidad, aunque solo sea espacialmente, fuera a provocar una confesión.

–¿Te aprecia?

–Creo que sí.

–¿Se le cae la piel de los huesos como a un pavo viejo? –Se echa hacia atrás riéndose de su propio chiste sin gracia–. ¿Crees que te quiere?

–¿Quieres que te sea sincera?

–Estamos entre amigas. Claro que sí.

–Intento no pensar en el amor.

–Y para comer... –pregunta el camarero.

–Tomaremos el pájaro, el pollo *en vessie*, espinacas de acompañamiento, un poco de puré de patata y ¿qué más? –le pregunta Sarah a Genevieve.

–¿Una copa de vino? –sugiere el camarero.

–Sí, tinto, algo con cuerpo, pero que sea agradable.

–El cabernet sauvignon.

–He estado pensando mucho en ti –dice Sarah–. En ti y en él. He intentado imaginármelo.

–¿Sabes algo? –dice Genevieve–. ¿Hay algo que ya sepas? Tú siempre sabes algo, así que si hay algo que ya sepas, ¿por qué no me lo dices?

–No sé nada –dice Sarah, y es cierto.

Se sirven el agua. Entre las dos hay algo frágil, tenso. Siempre ha sido así desde que se conocen, desde niñas, de modo que esa tensión, esa fragilidad, es algo ya familiar, aunque con el paso del tiempo se habría podido esperar cierta elasticidad, una elasticidad que nunca se ha producido.

–Actúas como si supieses algo. Actúas como si supieses todos los detalles íntimos, los secretos de las vidas de todo el mundo.

–No me siento como si estuviera actuando. Y si somos sinceras...

–Lo somos.

–Solo sé una cosa pequeña. –Hace una pausa–. Estoy un poco celosa.

–Un pequeño entrante –dice el camarero, poniendo dos pequeños platos en la mesa–. Salami casero con aceite de oliva y un toque de espuma de mostaza de jengibre.

–Y tú, ¿qué tal? ¿Van un poco mejor las cosas?

–Nunca me he recuperado del todo, por desgracia –dice Sarah.

–Ya ha pasado un tiempo –dice Genevieve.

–Me cuesta adaptarme –responde Sarah.

–Mejor no adaptarse. Adaptarse implica pensar que las cosas van a quedarse así, que van a ser siempre igual.

Sarah asiente.

–Tienes toda la razón. No hay que adaptarse, hay que seguir adelante, sin más.

–Mantenerse firme –dice Genevieve.

–«No os rindáis, cristianos», «A la carga» y todo eso. –Toma un sorbo de vino.

–¿Cuánto tiempo dura el resentimiento? –pregunta Genevieve.

–¿Cuánto tiempo dura un calentón? –responde Sarah–. El tiempo es lo de menos, lo que me pasó a mí no debería pasarle a nadie. Es una de esas cosas que te cambian la vida. Lo peor de todo es que no lo vi venir, no tuve tiempo para prepararme, para hacerme a la idea, para pensar: «Ahí viene», y ver mi vida entera pasando frente a mí. Era casi de noche y estaba sola en casa.

–Dándote un respiro –dice Genevieve.

–Estaba descansando, dándome un respiro, tomando un té. Intentaba leer un libro que tenía ganas de leer desde hacía meses. Sonó el teléfono. Era él.

–Hugo –dice Genevieve.

Sarah asiente.

–«¿Dónde estás?», le pregunto. «¿Cómo es que no estás en casa?» «Estoy en casa de una amiga», dice él.

–¿De quién? –dice Genevieve.

–«No la conoces», me dice él, y luego añade: «Escucha, tengo algo que decirte.»

–¿Algo que decirte? –pregunta Genevieve.

–«No me gustas», dice él, y luego hace una pausa. «En realidad es peor que eso. Me das asco. Nuestro matrimonio es una farsa, una porquería de relación, fea y desagradable.» «¿Estás colocado?», pregunto yo.

–No –dice Genevieve.

–«¿Borracho?» –pregunta Sarah.

–Puede que un poco –dice Genevieve.

–«Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que no te quiero. Es peor en realidad, odio toda nuestra vida..., todos esos amigos tuyos, tan listillos, tan satisfechos de sí mismos, tan jodidamente mimados.» Yo respiro hondo.

–Hugo, no puedes estar hablando en serio –dice Genevieve.

–«Por supuesto que estoy hablando en serio, y espera que no he acabado aún», dice él. «Tienes las tetas demasiado duras. Como piedras.» «Pero tú fuiste quien las pagó», le digo yo. «Fue un regalo de aniversario. Tú eras el que quería que las tuviera más grandes, el que quería que estuvieran más firmes después de que nacieran los niños. Me dijiste que echabas de menos mis tetas, que las de ahora me colgaban como bolsas vacías, planas y caídas.» «De acuerdo, pues me equivoqué. Tus tetas de antes eran mejores. ¿Por qué se tiene que poner tetas una mujer solo porque lo diga su marido?»

–No esperarás que te responda a eso –dice Genevieve.

–Se oye algo de fondo –dice Sarah–. «¿Dónde estás?»

–Ya te lo he dicho, en casa de una amiga –dice Genevieve.

–«¿Y te estás acostando con esa amiga?» –dice Sarah.

–Sí –responde Genevieve.

–«¿Desde cuándo?», pregunto yo.

–¿Dónde la has conocido? –pregunta Genevieve.

–«En el parque.» «¿Está ahí en este momento?» No responde. Yo alzo la voz. «¿No te habrá dicho ella que llames a tu mujer y que la dejes? ¿No te habrá dicho que si no hay esto no hay lo otro? ¿Ha sido idea suya?» Él no contesta. «¿No estará escuchando esta conversación?» Nada. Me levanto de la silla. Voy hasta la ventana. La abro. Pienso en saltar. Me siento sobrepasada, asqueada. Echo un vistazo fuera. Las calles están mojadas, es de noche y ha dejado de llover, la ciudad está mojada, reluciente, tiene un aire romántico, y ahí está Hugo al teléfono diciéndome lo asquerosas que son mis tetas y que se me está cayendo el culo. Le recordé que él nunca había tenido culo.

–Los hombres no lo necesitan –dice Genevieve.

–Eso no es cierto, es una idea equivocada. A las mujeres también les gusta agarrarse a algo, dar un pequeño apretón. «¿Dónde estás, Hugo? ¿Estás en la

ciudad? ¿Estás ahí fuera en alguna parte? ¿Estás en la cabina de la esquina? Estoy viendo que hay alguien. ¿Eres tú, Hugo?»

–Ya te lo he dicho –dice Genevieve–. Estoy en casa de una amiga. No estoy en ningún lugar en el que me puedas ver desde ahí.

A Sarah se le empiezan a humedecer los ojos al otro lado de la mesa.

–Yo me pongo a llorar y me oigo decir: «Pues bien, yo también tengo algo que decirte. Ya te he aguantado demasiado tiempo, no me importan tus comentarios sobre mis tetas ni si tienes intención de volver, desaparece. Te tengo calado. ¿Te acuerdas del episodio con la cocaína? ¿Te acuerdas de cuando vendiste el reloj de tu padre, cuando nos llevaste a la ruina, cuando te gastaste hasta el dinero que nos dejó tu madre para la educación de los niños? Te podría haber dejado ya un millón de veces, pero ¿acaso lo hice, Hugo? ¿Acaso te dejé, o me humillé como tú estás haciendo ahora, y te dije: “No te preocupes, Gordi, todo se arreglará, no volverá a ocurrir. Este tipo de cosas pasan una vez en la vida y esto ya ha ocurrido una vez”? Te sostuve, Hugo, te hice cambiar de opinión, y ¿tú me respondes con esto? ¿Esta es tu forma de darme las gracias?»

–Te estoy llamando para decirte que hemos terminado –dice Genevieve.

–«Hugo, esto que estás haciendo es muy bajo, es perverso, es asqueroso. Después de veintiséis años de matrimonio y cuatro hijos, me llamas desde la casa de una amiguita para decirme que te están haciendo una mamada y que nuestro matrimonio se ha acabado. ¿Cómo es ella, Hugo? ¿Tan bien se le da? ¿Lo hace de alguna forma que yo tendría que aprender, te hace algo especial, tiene algún truquito para el final?»

–«Me tengo que ir», dice él –dice Genevieve.

–Sí –dice ella.

Hay una pequeña distracción cuando traen a toda prisa el plato principal de la cocina, un pollo *en vessie* con una vejiga hinchada como un globo, un delgado globo de carne. Todas las miradas se vuelven hacia su mesa cuando el camarero pincha la vejiga con un cuchillo de trinchar y muestra el pollo, que parece desnudo, como si estuviera crudo.

–En la vejiga no se dora –dice el camarero–. Por eso está tan suave.

Le quita la piel al pollo con destreza y trincha la carne mientras los clientes de la mesa de al lado preguntan:

–¿Qué es lo que han pedido?

–Yo me quedé sin palabras –dice Sarah.

–Él llamó dos semanas después –dice Genevieve–. Y no precisamente contrito.

–No, fue más bien en plan malentendido. «No fue nada», dijo. «Una tontería, me tomaron el pelo.» «Tu amiguita te ha dejado tirado», le dije yo. «Sí, pero no sin antes sacarme diez mil dólares.» «¿Por qué? ¿Por todo? La última vez que hablamos parecía que eras tú el que le estaba sacando algo.»

–¿Ya se lo has dicho a los niños? –dice Genevieve.

–«No.»

–¿Por qué no?

–«Porque no sabía qué decirles.»

–Tienes que creerme –dice Genevieve.

–«Te creo. Te he creído durante veintiséis años y te creí hace dos semanas. Es justo ahora cuando no me fío. ¿Qué hay de lo de nuestra porquería de relación, fea y desagradable? ¿Qué hay de mis tetas duras?»

–Estaba borracho. A lo mejor te puedes rehacer las tetas, ablandarlas un poco, para que sean como antes –dice Genevieve.

–«A lo mejor mis tetas ya son así y así es como van a quedarse.»

–A lo mejor –dice Genevieve.

–«Vuelve a casa», le digo yo –dice Sarah.

–¿Y qué les dijiste a los niños? –pregunta Genevieve.

–Teníamos que decirles algo –dice Sarah.

–¿Qué pensaban? ¿Dónde creían que ha estado?

–Hicimos que se sentaran y les dijimos que no teníamos intención de asustarles, que sentíamos mucho el retraso, que no teníamos intención de no decirles nada pero que queríamos esperar a tener noticias, a que hubiera algo que decir.

–¿Y qué les dijiste?

–Les dije que habían secuestrado a papá, pero que ya estaba de vuelta, sano y salvo.

–¿Y quién le había secuestrado?

–Quiénes.

–«Claro, terroristas», dijo el mayor y nosotros nos limitamos a asentir. «Qué horrible», dijo nuestra hija. «Sí», dijimos nosotros. «Pero hay buenas noticias.»

–¿Cuáles? –pregunta Genevieve.

–«Que cuando te suceden estas cosas una vez ya no te vuelven a pasar. Los

terroristas no te pueden secuestrar dos veces.»

–¿Y los niños te creyeron? ¿Se creyeron que le habían secuestrado unos terroristas?

–Sí –dice Sarah, terminándose su vino–, y por extraño que parezca él también se lo cree. Yo creo que habría sido mejor si le hubieran matado. Si los terroristas hubiesen acabado con él, si cuando me asomé a la ventana y vi a alguien en la cabina telefónica hubiese resultado que era él, y en ese momento un camión enorme, una camioneta repartidora de periódicos, se hubiese saltado el semáforo, hubiese derrapado en la curva y lo hubiese aplastado, en mitad de la frase. Eso habría estado genial. Habría sido más sencillo, habría hecho que tuviera más lógica esta sensación de haber sufrido una especie de accidente, o si no le hubiese dado más lógica, al menos lo habría hecho más natural. Habría sido más natural que él hubiese acabado muerto, no que nosotros sigamos como si nada hubiese cambiado.

–¿Y de postre? –pregunta el camarero–. ¿Algo dulce? ¿Qué tal el pudín?

–Un té –dice Sarah.

–¿Qué tipo de té: negro, verde, poleo? –pregunta el camarero.

–¿Adónde hemos llegado para que una no pueda pedir sencillamente un té sin que le hagan veinte preguntas?

–Tomaremos la mousse de chocolate a gogó.

–¿Qué quiere decir lo de «a gogó»? –pregunta Sarah.

El camarero trae un cuenco enorme de mousse y lo deja sobre la mesa. Lleva también dos cuencos más pequeños y dos cucharillas.

–A gogó –dice.

–¿Puedes comer todo lo que quieras? –pregunta Genevieve.

–O nada –dice Sarah.

–Maravilloso –dice Genevieve, sirviéndose con generosidad–. Está buenísimo; casi se puede masticar.

Comen todo lo que quieren y luego quieren más, pero ya no tienen las cucharas limpias.

–Usa el cuchillo de la mantequilla –la apura Genevieve–. Tu cuchillo de la mantequilla está limpio.

Se rompe la tensión. Se ríen de portarse mal, de su glotonería frente al cuenco de mousse de chocolate.

–Después de una semana de zumos de verduras, de una vida de



privaciones, este pudin es como una droga. Me estoy colocando solo de comer –dice Sarah–. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué planes tienes para este verano?

–Nos vamos a Córcega. Tiene una casa allí.

–¿Has estado alguna vez?

–No. Para él también es la primera vez. Siempre va solo. ¿Y tú? –pregunta Genevieve.

–Aquí –dice Sarah–. Me quedo aquí. –Hace un gesto para señalar que no para de llover–. Mira ahí fuera. No puedo ni salir.

Agarra el cuenco y se lo acerca. La gente no puede evitar mirarla.

## MUESTRA NACIONAL DE PÁJAROS

Hasta ahora nuestro mundo familiar lo gobernaban promesas de boy scout, la ley de Dios en formato sermón dominical, las arengas del entrenador, el código de conducta militar y las expectativas que expuso el sargento instructor cuando citó a John Lyly's Euphues, 1578: «Las leyes del juego limpio no se aplican ni en el amor ni en la guerra.» Y añadió también el sargento: «Por si no os ha quedado claro, panda de imbéciles, esto no es una relación amorosa. Estamos en guerra.» Hay una verdad irreductible sobre lo crueles que pueden llegar a ser los hombres. Algunos la aprenden pronto, pero hay también otros que, como yo, sufren un despertar brutal. Pero supongo que esto no es lo que buscáis. ¿Os preguntáis qué hago en este chat de amantes de los periquitos?

Se dice cotorras. «Periquito» solo se emplea para los loros de cuerpo pequeño y cola larga. Mientras que una cotorra es siempre un periquito, un periquito no es siempre una cotorra, que es el diminutivo de «perico».

Seguro que se te dan bien los crucigramas.

☺ Gracias

Estoy aquí por distracción, por el simple placer de algo tan pequeño y tan puro como un periquito. Y tal vez no sea más que un humilde intento de mantenerme cuerdo en una situación que supera todo lo conocido hasta tal punto que tengo miedo de perderme para siempre. ¿Y vosotros?

*Simple curiosidad.*

Di algo más.

*Soy hija de padres divorciados, vivo en un mundo sin vida en el que hasta una hormiga que trepa por la repisa de la cocina es motivo de intervención. Vivo en un hábitat cerrado. Los únicos sonidos que oigo son el golpe del periódico cuando lo dejan en la puerta por la mañana, la ducha, la cafetera y el timbre a la hora de cenar cuando DelRoy, el portero, me llama para decirme que el muchacho de Sushi Express ya ha llegado con la cena. Esto no es un hogar. Mi hogar era un piso de seis habitaciones de los años cuarenta que le vendimos a un ruso para que lo conectara con su otro piso de seis habitaciones que quedaba en la puerta de al lado. Este es de nueva construcción, recién estrenado y adquirido con dólares prenupciales debido a la implosión del matrimonio de mis padres. Es un cubículo estéril, un cuarto de la limpieza emocional en el que mi madre tiene la esperanza de encontrar de nuevo el equilibrio. P. D.: Antes del fin del mundo, recuerdo que deseaba un hermano o una hermana, o en su defecto un perro, un gato, un periquito.*

¿Estáis hablando en serio vosotros dos? Este es el chat de periquitos, no el Oyster Bar de Grand Central.

Ni el Pasillo 19 del Walmart. He visto a gente caminando por esos pasillos arriba y abajo mientras comían. Abrían paquetes de esto y de lo otro, cogían sándwiches, se los comían y se iban sin pagar.

¿Os importa que nos centremos en el tema? ¿Alguno de vosotros alimenta a sus pájaros con uvas?

Solo sin pepitas y orgánicas, los pesticidas se quedan en la piel; también podéis pelarlas.

*La señora PH-A tiene cotorras. Vive en la planta de arriba en un dúplex y tiene una jaula dorada de metro y medio de alto.*

Bañada en oro.

De latón.

La palabra que estás buscando es «bañada en oro». Una jaula bañada en oro.

Siempre quieres tener razón. Odiaría ser tu esposa.

Tiene gracia, cuando leo lo que escribís, me recuerda al piar de los pájaros.

Somos como un coro griego.

Es la música de siempre. No importa si pides o no consejo, la gente lo da igual.

*La señora PH-A hizo una fiesta de vacaciones e invitó a todo el edificio. Había ponche de huevo con alcohol para los adultos y para los niños galletas de colores. La señora 8C-D lamió discretamente el caviar de los blinis y le pasó las tortitas a su hija, porque le encantan los carbohidratos. Yo le dije a la señora PH-A lo bonitos que eran sus pájaros y ella me sonrió y me dijo: «Eres la única persona que se ha fijado en ellos. El resto de la gente solo habla de la jaula.» ¿Estás en el ejército de verdad?*

Sí.

*¿Y estás en combate?*

Estoy en combate.

¿Habías hecho esto antes, meterte en un chat y ponerte a hablar con alguien, con un extraño?

No, pero siempre que hay un ordenador disponible me siento delante y curioso.

Se dice navegar, no curioso.

Ese tío es un soldado. Déjale que diga lo que le dé la gana.

A veces me paso la noche en vela mirando otras partes del mundo o sencillamente leyendo noticias de casa.

*¿Dónde es casa?*

Estados Unidos.

¿En serio?

No me jodas.

Nada de palabrotas, por favor...

*¿Y cómo acabaste en el ejército?*

¿La verdad?

No, míentele, es lo que estamos esperando todos.

Hice lo que hace mucha gente. Me alejé de todo lo que me resultaba familiar. Lo único que sabía del ejército era lo que había visto en la tele o en los anuncios de la Super Bowl.

Bebe Coca-Cola y alístate en el ejército. Eso sí que es hablar, ¿verdad?

Soy el EOD local, el especialista en desactivación de explosivos, una especie de chapucillas de las bombas. Tengo buenas manos. Puedo enhebrar una aguja en la oscuridad. Para cualquier cosa que tenga un detonador, soy tu hombre.

Todos servimos para algo, como decía mi abuela.

Perogrulladas, como las que vienen en las galletitas de la suerte.

Observo cualquier tipo de alteración en el paisaje, lugares en los que de pronto falta un poco de tierra, donde de pronto hay algo donde no debería haber nada, donde algo está fuera de lugar.

*Como un vaso mojado en la cocina, envoltorios, migas...*

Exactamente.

*Mi abuela no se habla con mi padre, así que supongo que no iremos para Acción de Gracias.*

El último día del pavo estuve despejando rutas durante ocho horas. Me tuve que apearse e investigar dos veces, que es básicamente lo último que uno querría hacer. Pero tuve mi recompensa, ración doble de pavo y todo un pastel de calabaza con mi nombre.

Ya, una notita solo para los principiantes, aquí normalmente no hablamos sobre Acción de Gracias ni de lo bueno que estaba «el pájaro». Muchos de nosotros somos...

Veganos.

Pescetarianos.

Vegetarianos.

Intolerantes a la lactosa.

¿Puedo hacer una pregunta surrealista? Me gustaría confirmar que ninguno de vosotros tenéis pájaros. ¿Es así?

Así es. La primera vez que llegué aquí vi abejarucos, verdugones de cola larga, correlimos culiblancos y papamoscas de cuello rojo.

*Yo tengo una gran afición por los pájaros. La señora PH-A me preguntó si quería ir a cuidarles los pájaros un fin de semana cuando se fue a Connecticut. Mi madre me dijo que solo podía ir si me acompañaba el portero. Así que durante su descanso, DelRoy y yo fuimos y le cuidamos los pájaros. Les dimos mijo y mango deshidratado y hablamos de un montón de*

*cosas. Parece que DelRoy tiene palomas mensajeras. Manda palomas de una azotea a otra en el Bronx.*

¿Alguien más que no tenga pájaros?

Te estás comportando como una pasiva-agresiva.

¿Se puede ser pasiva-agresiva cuando algo es totalmente obvio?

¿Acaso tener un pájaro es un requerimiento totalmente imprescindible para entrar en este chat?

Aparentemente no, pero el problema es que están monopolizando la conversación, cambian el tema y esas cosas y ni siquiera sabemos quiénes son. Sencillamente han acabado aquí.

Espera, ya sé que no hablamos de comer carne de pájaro, pero ¿podemos hablar de lo asqueroso que es que a los pájaros les encanten los huevos duros?

Revueltos, siempre y cuando no sea en sartén de teflón.

Yo le di al mío el huevo cocido de Pascua...

¿Sigues ahí?

Sí.

¿Dónde estás?

*Estoy aquí en mi habitación de la calle Ochenta y cinco Este. Mi madre me dejó elegir la decoración y yo elegí el tema del bosque. Mi cama está hecha con la madera de un viejo tronco. Mi madre y yo somos la señora y la señorita del 7B, el portero se refiere a todo el mundo por su número de apartamento. Cuando voy a casa dicen: «La señorita 6C está en su clase de piano, pero luego le gustaría bajar al parque.» O: «El cachorro del 8G necesita salir a pasear.» ¿Y tú? ¿Dónde estás tú?*

En lo más profundo. El paisaje es como de otro planeta: tierra, rocas y polvo, nada más. En algunos sitios las carreteras son tan estrechas que las llaman senderos de cabras. La gente dice que antes había árboles y uvas y granadas. En este momento si veo algo parecido a una granada, tiendo más a pensar que es una bomba que el desayuno.

¿Vais en camello?

Creo que confundes Lawrence de Arabia con Larry de Afganistán.

En realidad no. Tenemos camiones con radar, largos brazos mecánicos para remover la tierra y robots con cámaras que podemos enviar a ciertos lugares. Antes decían: «En caso de tormenta de arena, si vas en camello, haz que el camello se siente y refúgiate en el lado de sotavento. Los camellos están acostumbrados a las tormentas de arena.» A eso le seguía: «Si no vas en camello, cúbrete la nariz y la boca con un pañuelo y trata de no ahogarte.» Realmente no ayuda mucho. Cuando hay una tormenta de arena no se puede respirar. Es como si te estuvieran llenando los pulmones de arena, como si te desgarraran la piel.

*Jajajá, así es como describe mi madre lo que le hace el doctor Fischer, su dermatólogo.*

¿Qué pasa si mi pajarito está como hinchado?

Está asustado, tiene frío o está enfermo.

¿Vives en una tienda?

La mayor parte del tiempo vivimos en medio de mugre militar en algo parecido a los contenedores de los barcos. Se llama campamento nivel compañía. Comida y catre. El chiste que solemos hacer es que estemos donde estemos, siempre lo llamamos Casa.

¿Y qué tal hoy en la guerra?



¿Hoy? Hemos ido en un convoy durante siete horas. Siempre que vas en un coche rezas para localizar las bombas y detonarlas antes de pasar por encima. Es decir, detonarlas in situ. Hacemos explotar todos los dispositivos que sería demasiado peligroso trasladar. Me he llevado un buen susto un par de veces. Y luego, cuando vas a donde está el dispositivo para desmontarlo, te pones a rezar para que no haya francotiradores. Lo de hoy lo han llamado misión de entrenamiento porque en el convoy había soldados recién llegados.

*Yo igual. Aquí todo el mundo está de entrenamiento. En el cole nos hacen dar vueltas alrededor del embalse de Central Park. Y juego al tenis dos veces por semana. Antes iba a clase de spinning, pero lo tuve que dejar porque me estaba obsesionando.*

¿Son seguras las semillas de granada para el periquito?

Sí.

Al mío le encanta explotarlas, le pasa como a mí con el plástico de burbujas.

Siempre pienso que estoy bien hasta que volvemos a salir. Entonces vomito. Echo la pota todos los días, perdón si es demasiada información.

*No. Está bien. Tengo una amiga que devolvía todos los días, pero eso es diferente, claro, porque ella se lo provocaba. No sé qué le molestó más a mi madre, que mi padre se acostara con otra o descubrirlo durante la comida. Estaba comiendo una ensalada Cobb, que está llena de todo tipo de cosas que ni siquiera le gustan: queso azul, beicon, huevo duro; esperando que él le contara aquella cosa «tan importante». Cuando iba por la mitad él le dijo: «Te voy a dejar», y ella se levantó, salió a la calle y vomitó en la esquina de la Sesenta y uno con Madison. Se disculpó con la gente que pasaba por allí balbuciendo «quimioterapia» solo porque le resultaba más fácil que decir «adulterio».*

A mí me parece que sois muy raros vosotros dos.

¿Está bien el periódico como revestimiento para la jaula?

Si no tienes problema con que se les manchen las patitas de tinta, sí.

Llamaré a la imprenta y les diré que usen tinta que no sea tóxica.

Los ordenadores tienen como un millón de años y solo hay un par. Tengo que hacer cola para poder usarlos, como antes en las cabinas para hablar por teléfono. En este momento hay diez tíos mirándome, solo se nos permite estar quince minutos, pero se están portando bien... Mejor me voy ya. Algunos de estos tíos tienen familia.

*Ey, espera, antes de irte... ¿Cómo te llamas?*

Matthew Rose, es decir, ArMyRose.

*¿Ese es tu verdadero nombre?*

¿Debería usar uno falso?

*Yo usaba NYCGirl2001; me sonaba mejor que Grace.*

Grace está muy bien.

*Gracias. Oye, una última pregunta: ¿qué es lo que te gusta de los pájaros?*

Su belleza y su inteligencia.

*Cuídate, ArMyRose.*

Tú también, niña pájaro.

Ha salido del chat. Parecía un buen tipo. Me da pena.

Por si no lo sabíais, ese tío está cómodamente sentado en algún lugar de

Florida.

No lo creo. Es un trabajo duro ser soldado.

Tal vez sea más una vocación.

O un último recurso.

*Hola, sigo aquí.*

¿No es un poco tarde para que sigas despierta?

*No me parece bien que estemos hablando de él a sus espaldas.*

Es un chat. Estamos chateando.

¿Qué hay de ti, pichoncita? Cuéntanos algo...

*No sé qué decir. Mi vida es una mierda. Quiero decir, ¿de verdad os parece que estaría en un chat sobre periquitos si todo me fuera bien?*

Muy mal. Diez minutos al banquillo por insultar a tus anfitriones.

*Mea culpa. #vergüenza. Habladme de vuestros pájaros...*

Al mío le gusta que lo pasee sobre mi cabeza. Se sienta ahí y yo me muevo por la casa como si nada. A veces hasta me olvido de que está ahí y mi mujer me lo recuerda: pajarito a bordo.



Toc, toc, ¿hay alguien en casa?

*Aquí estoy, estudiando para un examen.*

No hace falta llamar, la puerta está siempre abierta.

Mientras esperaba para charlar con vosotros he estado pensando que me resulta mucho más fácil escribir lo que pienso que decirlo en voz alta. Me cuestan las voces. En el último susto que me he llevado, ya no ha dejado de sonar. Es como si me hubiese quedado sordo y al mismo tiempo tuviera superpoderes. Soy capaz de oír el sonido más pequeño, como el de alguien encendiendo una cerilla a kilómetros de distancia. Me mata el estrépito de las voces normales, siento como si una banda de música me estuviera tocando en el oído. El otro día me preguntaste por qué me alisté en el ejército.

Sí.

Mi padre no era un buen tipo.

*El mío tampoco es que se esté ganando una medalla. Le parece buena idea invitarme a desayunar con su nueva novia. La respuesta es: no, gracias.*

Mi padre prendió fuego a nuestra casa. Lo hizo cuando me marché.

*Oh, Dios mío. ¿En serio?*

Sí.

*¿Y dónde está ahora?*

En la cárcel. Yo salía justo en ese instante, y la casa estaba en llamas. Fui a la oficina de reclutamiento y dije: «¿Dónde hay que firmar?» El tipo me echó un vistazo y me preguntó: «¿Te persigue alguien?» «¿Como quién?» «Como la policía.» «No.» «¿Voy a arrepentirme de esto?», me preguntó el oficial. Yo le respondí: «Podría preguntarle lo mismo.»

*Vaya. ¿Y tu madre está bien?*

Pudo escapar sin que le pasara nada. Todo lo que poseíamos como

familia lo devoraron las llamas. Ahora vive con mi tía. No hay vuelta atrás.

*Nadie piensa nunca en cómo afectan estas cosas a los niños. En lo único que piensan mis padres es en sí mismos y en su reputación.*

Cuando me alisté en el ejército les pedí que me dieran el trabajo más duro de todos. Estaba dispuesto a hacer lo que nadie quería.

*No debería estar contándote mi vida. Comparado con lo que has tenido que pasar, mi historia es un aburrimiento.*

Todo el mundo tiene algo.

*Mi madre se pasa el día trabajando. Dice que sobre los hombres ya tiene la lección aprendida. ¿Suena raro si digo que me gustaría que las cosas fuesen de otro modo? Me hubiese gustado no saber que un padre se podía desenamorar de su familia. Hay una parte de mí que se niega a creerlo. ¿Me convierte eso en una romántica?*

Niña pájaro, todos los amantes de los pájaros tienen un corazón romántico. Cuando los otros rememoran por la noche las acciones en las que hemos intervenido, yo tomo notas sobre unos gorriones que vi entre los olmos.

Perdón por interrumpir esta conversación tan poética, pero mi periquito odia el pellet.

Hay pájaros que nunca comen pellet.

*Mi madre nunca deja comida en casa, dice que prefiere evitar la tentación. Hay latas de atún, pero no mayonesa. Hay cubitos de hielo de café y barritas de apio, se las come cuando trata de resolver algún problema realmente complicado. «No es fácil», dice, «trabajar para una corporación en una fase como esta.» Hace gimnasia a las 6 de la mañana. Y si quieres hablar con ella pero en ese momento le va mal, levanta la mano, hace la señal de Stop y*

*dice: «Estoy trastornada.» Otras veces te pone cara de hacer pucheros y te pregunta con voz de bebé: «¿Estás bien?»*

Mi pajarito esconde comida en la esquina de la jaula cuando piensa que nadie lo ve.

Mi grandullón tiene que comer primero, antes que el otro. He intentado usar las dos puertas, poner dos platitos a la vez, pero se vuelve loco. No es capaz de decidirse por ninguno, se poner a dar saltitos y a piar.

Los míos se han vuelto locos en general. Me picotean todo el tiempo. ¿Cómo se hace para que un periquito deje de picotearte?

La pregunta que yo me haría es: ¿por qué están enfadados conmigo?

*A veces voy al 8C-D después del colegio porque la asistenta es irlandesa y hace sándwiches con pepinillos y crema de queso, berros y mantequilla, ensalada de atún, ensalada de huevo y pan de centeno. Los deja en la encimera envueltos en papel film. A los niños que viven ahí no les puede interesar menos. La criada me dijo que el truco para la ensalada de huevo es la mostaza de Dijon.*

Nunca he comido berros.

*A lo mejor es algo del Upper East Side.*

Lo que más me molesta es cuando entramos en una ciudad. Imaginaos dos calles que parecen un escenario de Buffalo Bill que ha ardidido hace veinte años. La gente vive entre escombros, a veces corren hacia ti y te gritan cosas en una lengua que no entiendes. No sabes lo que dicen y no hay modo de tener ni la menor idea porque todo, desde la entonación hasta los gestos, son completamente distintos de los de aquí.

*Eso da miedo. Por aquí el único problema es Alexander, que vive en el 8C-D y que empezó a obligarme a hacer «ejercicios» para ganarme el sándwich.*

*Al principio me pareció divertido tener que pagar por la comida, pero ahora me parece raro.*

Somos algo más que forasteros. Somos como insectos extraterrestres que viajan en el interior de unas máquinas enloquecidas. Es como si el ejército se hubiese quedado sin lugares que reventar y reconstruir y por eso nos enviaran a una civilización antigua. Yo ni siquiera había nacido cuando empezó todo esto.

*Alexander me hizo higienizarme las manos con Purell y luego le seguí al armario de su padre e hicimos un baile entre los trajes. Luego me dijo que le pusiera las manos en las caderas y que apretara.*

Es como si hubiera un problema de comunicación.

Los asuntos de latencia tienen que ver con saltos de comunicación entre los transmisores y los satélites. Ay, trabajo en sistemas informáticos.

Latente: presente pero no visible. Típica palabra de crucigrama.

Al principio te vuelves loco: todas esas voces, hablando deprisa, histéricas, en una lengua de la que conoces tres palabras. ¿Qué dicen? ¿Hay alguien herido? ¿Se alegran de verte o te gritan porque su vida es horrible, porque alguien ha matado a su hijo o porque se les ha estropeado el coche? ¿Te preguntan de dónde vienes o qué estás haciendo ahí? ¿Quieren matarte? Los niños pequeños me dejan K.O. A veces vamos justo después de que haya pasado algo y ves cosas que no parecen reales, partes de cuerpos, niños cubiertos de sangre y suciedad. Bajamos y les damos a los niños balones y muñecas. Sacamos una pelota y se la tiramos. Siento lo de mamá y papá, pero mira, ahí tienes un juguete.

*Mi madre me obligó a donar todos mis viejos juguetes cuando nos trasladamos. Me dio una caja y me dijo: «Esto es para los tesoros.» Estoy segura de que parte de mis cosas está por ahí. ¿A las niñas les gustan las Barbies?*

¿Los pájaros son daltónicos?

¿Cómo es posible saber lo que ven los demás?

*Y luego Alexander me dijo que me pusiera de cara a la nevera y que levantara los brazos. Yo lo hice y él se acercó y se apoyó detrás de mí, con las manos sobre mis manos, mirando la nevera. Yo me quedé sin aliento.*

Eso es lo que me pasa a mí constantemente, me quedo sin aliento. Cuando estoy en la escena operativa estoy más despierto, más vivo que nunca, pero apenas respiro. Tengo que recordarme a mí mismo que debo respirar. Mi trabajo es convertir lo inseguro en seguro, evitar que las cosas exploten. En el momento en que te dejas de preocupar de salir con vida, estás muerto, las cosas se tuercen. Tus superiores pierden de vista el objetivo y tú te empiezas a preguntar quién es el verdadero enemigo. Descubres cosas como que hay un «contratista» en la zona que paga a gente para conseguir información de ambos bandos. El contratista tiene más dinero en el bolsillo del que podrías ganar tú en un año entero y paga a unos por aquí y a otros por allá con la esperanza de que pronto le caiga algo de información.

*Alexander me apretó un buen rato, y nuestro aliento cubrió de vaho el acero inoxidable de la nevera Sub-Zero. Yo miré hacia abajo, llevaba unos calcetines blancos de deporte impecablemente limpios. Vi el dobladillo de su camisa azul del colegio, los bajos de sus pantalones escolares color caqui.*

Esta es una guerra sin final. Entramos y salimos. Cumplimos la misión. Pero está empezando a cambiar. Hay veces en que ya ni sabemos por lo que luchamos. Uno de los comandantes comentó el otro día: «Esto no es una guerra, es una enfermedad crónica.»

Mi pájaro se acaba de estampar contra la pared, ¿cómo es posible que no la haya visto?

Porque no hay línea del horizonte. Pon un pósit, eso es lo que hago yo.



Los pólitos de color naranja o rosado funcionan como señales de advertencia.

*Voy a un colegio solo de chicas. No sé nada sobre chicos. No tengo ni idea de lo que es normal.*

Todos los días, todas las noches, me recuerdo que soy una persona real, no una simple pieza de la maquinaria militar. Puede que suene un poco raro abrir mi corazón frente a vosotros, pero sois mi contrapeso.

Si tienes curiosidad puedes saber cuántos estamos en el chat si miras en la esquina superior izquierda de tu pantalla, donde dice «Número de pájaros en el chat». Ahora somos siete.

Me parece fantástico. Tengo setenta y seis años y lo espero todos los días. Nunca hablo de mí mismo, pero estoy en una de esas sillas motorizadas, soy oxígeno-dependiente y esto es una de las cosas más interesantes que me han pasado en años.

Llevo en este chat desde que empezó... Es maravilloso escuchar todas las cosas que dice la gente. Por cierto, no tenía ni idea de qué era ese número que aparecía en la esquina superior izquierda hasta que nos lo has dicho.

¿Por qué eres oxígeno-dependiente? ¿Eres muy gordo?

Voy a ignorar esa pregunta.

Como haría cualquier persona educada.

Y la respuesta es no. Idiota de mí, era fumador. Fumé durante sesenta años, nada menos.

Estoy sentado en este maldito cubo, en esta pantalla mágica de la mente, a más de diez mil kilómetros de distancia, trato de abrir mi corazón, aunque tal vez eran mejor las cartas, escribir a mano.

Me acuerdo de dibujar círculos en una pantalla mágica moviendo la rosca derecha lentamente arriba y abajo y la izquierda de lado a lado.

Para borrar había que agitarlo con fuerza. Sonaba como arena esparcida por el viento.

Me tengo que ir, el tipo que viene detrás se está poniendo nervioso. Suerte en el examen, Grace.

*Cuídate, ArMyRose.*



Creo que Charlie el pajarito está enfermo. Le pedí a mi madre que le echara un vistazo y a ella le pareció que estaba bien. Luego vino un amigo y dijo: «El pájaro está bien, el que está loco soy yo.»

*Perdón, acabo de llegar.*

Llegas pronto a casa.

*Necesito hablar con ArMyRose. ¿Alguien tiene su mail o su número de teléfono?*

¿Va todo bien?

¿Es normal que un periquito vomite?

Los periquitos regurgitan con frecuencia como muestra de afecto. Vomitan para sus dueños o sus juguetes favoritos, como un espejo o una campana.

*Va todo mal. La señora PH-A se ha tirado por la ventana.*

No paro de pensar que algo le pasa al pajarito Charlie.

¿Se encuentra bien?

PH es la abreviatura de «penthouse», ático, así que lo más probable es que no.

¿Qué síntomas tiene?

Tiene la cara afilada y está un poco hinchado. He estado observándolo toda la mañana y lo único que puedo decir es que tiene el mismo aspecto que yo cuando estoy resfriado.

¿No había dicho que era una anciana?

Tal vez fue un accidente y se cayó.

*El portero dice que estaba deprimida y que hacía todo tipo de declaraciones filosóficas. Y el señor 8E le ha dicho a todo el mundo en el portal que su vida era muy distinta del cuento de hadas que se imaginaban los demás. Su familia era rica, pero ella nunca consiguió lo único que necesitaba.*

¿Y qué era eso?

*Amor, según el señor 8E. Su último marido fue un hombre brillante, ayudó a calcular la edad del universo, pero luego la dejó sin previo aviso. Por eso ella se mudó aquí. A un edificio nuevo, sin historia. Está ahí fuera. No la veo entera, pero veo uno de los zapatos, un zapato negro sencillo con un tacón bajo.*

A mí me parece que no deberías estar mirando por la ventana.

*Tenía cierto encanto, chispa, casi una especie de efervescencia. Dejó un sobre en la portería para todos con un «Las navidades llegan pronto este año» escrito por fuera y un papel con instrucciones. DelRoy me enseñó la parte que me tocaba: «Los pájaros son para la niña nueva. Ella sabe quién es. Lo primero que hará será preguntarte por ellos. Mi familia preguntará por la jaula. La jaula es, de hecho, de oro, y fue un regalo de cumpleaños de mi padre cuando cumplí los veintiuno. Mi primer marido solía comentar lo irónico que era que justo a la edad en que me emancipé mi padre me*

*regalara una prisión portátil. Dile a la niña que debería buscar otro tipo de jaula y que los pájaros necesitan espacio para volar libres. Dile que les gusta subirse a las estanterías y picotear los libros, les gustan sobre todo las primeras ediciones.»*

Ahora Charlie está sentado en su percha con los ojos cerrados como si estuviera exhausto mientras el otro me mira como si me preguntara: «¿En serio no vas a hacer nada?»

Es terrible, lo siento por ti.

Realmente terrible, pero ahora tienes unos periquitos. Eres una mamá.

*Bueno, todavía no están aquí. Acaba de pasar todo. En este momento la policía está en el apartamento y en la calle hay unas furgonetas de la tele. Es muy extraño. Me pregunto qué habría pensado ella si hubiese visto toda esta reacción. La señora PH-A siempre fue muy pesarosa. La señorita 9I dice que porque su madre era inglesa.*

Ahora el otro lo está picoteando, como si dijera: «Charlie, quédate conmigo, no te duermas, Charlie.» Voy a llamar al veterinario.

*¿Dónde está ArMyRose?*

Seguro que está por ahí trabajando.

No sé si trabajando es la palabra más apropiada. No es precisamente un chapucillas, es un detonador de explosivos.

De acuerdo, seguro que está en una «misión». Perdón por no utilizar la jerga militar. Niña, ¿no hay alguien a quien puedas llamar? ¿Alguna amiga tal vez?

No estarás mirando todavía por la ventana, ¿verdad?

*¿Cómo lo sabes? Tal vez podría ir a la tienda de animales de Lexington*

*Avenue y comprar algunas cosas. ¿Sugerencias?*

Semillas, mijo, regalitos.

Siempre con la comida... ¿Qué tal una jaula, un recipiente para el agua y para la comida, un baño, algunos juguetes?

Por lo que dijiste de tu madre creo que a lo mejor necesitas una de esas «faldas para jaulas» que evitan que caigan las semillas y tal vez una miniaspiradora.



Ey, niña pájaro, sé que es muy tarde por ahí, siento mucho lo de la señora PH-A. hemos tenido un apagón de veinticuatro horas.

*No pasa nada, tú estás en combate y yo estoy en octavo de primaria.*

¿Tienes los periquitos?

*Aún no, la policía ha sellado el apartamento. Tal vez los dejen salir mañana.*

Ayer por la noche pasó algo muy raro. No estoy seguro de si estaba dormido o despierto, pero oí un sonido de mi infancia. Era el sonido de las ruedas de mi bicicleta con una carta metida entre los radios. Solíamos poner una carta entre los radios para imaginarnos que íbamos en moto. Era un sonido genial, la parada y luego el clac-clac-clac. Entonces me desperté y me di cuenta de que lo que oía era el fuego de un mortero. Me odio a mí mismo por evadirme en la memoria, por perderme en el tiempo, el cielo azul brillante del crepúsculo, los grillos de verano, tan sonoros, mi bicicleta cuando regresaba a casa, volando. Estaban disparándonos, maldita sea, y yo soñando con grillos, luciérnagas y el olor de los cohetes. Recuerdo que el profesor de ciencias me decía que del hierro sale el naranja, del magnesio el blanco y del ferrotitanio el dorado.

*Suena a que estaba muy bien hasta que te despertaron.*

¿Te has dado cuenta de que cuando las cosas se ponen raras, uno vuelve atrás en el tiempo hasta un momento concreto? Son como los treinta segundos que el tipo de la feria está dando vueltas al palito dentro de la máquina antes de ponerte en las manos el algodón de azúcar.

*Pienso en olores. Perritos calientes. Almejas fritas.*

Cuando les quiero dar un premio a mis pájaros dejo que picoteen una galletita.

Yo a los míos les doy pasta, porque soy italiano.

¿Cuál prefieres, el algodón de azúcar rosa o el azul?

*El rosa. El azul me parece antinatural.*

Oreos fritas.

Sándwiches de helado. La capa externa de una galleta de chocolate pegada a los dedos.

Pastel con azúcar glasé.

Es increíble lo mucho que es capaz de decir un pájaro cuando uno está dispuesto a escucharlo. Charlie estaba enfermo, lo agarré y el médico le puso unas inyecciones subcutáneas y unos antibióticos. Ahora está como nuevo. Me he dejado cuatrocientos pavos, pero está vivo.



Por aquí ha sido terrible. Estábamos haciendo unas investigaciones a pie en un pueblo, yo iba con mi compañero de trinchera cuando de pronto escuchamos un ruido, más que un ruido una especie de golpe; lo sientes llegar, pero no puedes hacer nada hasta que te golpea en la espalda la explosión, es como si te dieran con un saco de boxeo. Miré a mi compañero y ni siquiera entendí lo que estaba viendo. Escupía su

propia cara, sus dientes, su barbilla, su mandíbula. Había un agujero enorme que le llegaba hasta la nariz, le había desaparecido un ojo, con el otro miraba aterrado, como si pensara ¿así es como va a acabar todo? Yo sentía el sabor de su sangre en mi boca, tenía un gusto amargo y metálico. No podía hablar, no había nada con que pudiera hacerlo. Me acerqué a él y vi un cable delgado en mitad del polvo, la cadena de un artefacto explosivo improvisado. Él lo vio también y antes de que me diera tiempo a pensar en cómo ayudarle, agarró su arma y se disparó directamente en lo que le quedaba de cabeza. Me salpicó toda aquella materia cerebral, aquellos pensamientos no dichos, todas las ideas que había tenido, su vida aún por vivir, me salpicó lo último que quedaba de su conciencia. El arma cayó al suelo como un juguete de latón. El cuerpo, aún mullido y palpitante, con todas sus venas fluyendo con la química de la supervivencia, tardó todavía un momento en rendirse pero al final se desplomó en el suelo hacia donde yo estaba. Mi amigo, aquella herida abierta, aquel pozo destapado, vertía deshechos humanos rojos y marrones sobre el suelo. Oí a lo lejos el ruido sordo de un helicóptero. Los otros chicos de explosivos desactivaron la amenaza y los médicos entraron corriendo y se lo llevaron. Yo me quedé allí en medio del polvo, aferrado al gorro de punto que solía llevar y preguntándome qué pretendían salvar en él, qué era lo que pretendían reanimar.

*Acabo de vomitar. ArMyRose, lo siento muchísimo.*

Me dejas sin palabras.

No sé qué decir, mi más sincero pésame.

No sé por qué, pero cuando estábamos volviendo no podía parar de pensar en el viaje que hice en séptimo de primaria al Smithsonian de Washington, D.C. Vimos la bandera que ondeó en Fort McHenry en 1812. La verdadera de «las bandas anchas y las luminosas estrellas», solo que ahora me acordaba de las partes que faltaban, las que se habían ido a la mierda. Se supone que no debería contaros nada de todo esto. Podría meterme en un buen lío si me pillaran, pero no lo

soporto. No quiero ser asqueroso, pero he conservado un par de dientes suyos. He pensado que su familia tal vez los necesite para la prueba de ADN.

*¿Todos los colegios van a Washington, D.C.? Yo también vi la misma bandera.*

Soldado, no puedo ni imaginar por lo que has pasado.

Debes de estar traumatizado.

Ahora mismo lo que necesito es que me limpien la cabeza. No me importaría que me hicieran girar en un remolino, que me paralizaran con una fuerza centrífuga hasta que me salieran las entrañas. Si me pudiesen hacer girar lo bastante rápido, tal vez me acabarían limpiando la memoria.

Cuando era niño a eso lo llamaban Gravitron.

Ahora se llama el Rotor.

Yo era un fanático del Himalaya, era rápido y conciso.

Yo prefería el pulpo.

¿Soy el único al que le gustaban las tazas locas?

*¿No os parece raro que no me gusten las atracciones? No me gusta ni subir en ascensor.*

No hay forma de vivir algo así y que no te afecte.

Tenía un tío, un veterano de la Segunda Guerra Mundial, que sufrió el síndrome de Guadalcanal. Era como un gato salvaje, saltaba por cualquier cosa, no podía soportar los ruidos demasiado fuertes y cuando le daban cualquier noticia se ponía a llorar, no importaba si era buena o mala.



A eso se le llamar estar conmocionado.

Lo que estaba es jodido, perdón por la elegancia.

*El amor no empieza ni termina en la forma en que creemos que lo hace. El amor es una batalla, el amor es una guerra, el amor es crecimiento.*

Niña pájaro, eso está muy bien. Tal vez algún día te conviertas en escritora.

*Ojalá. Lo de antes lo escribió James Baldwin en «El precio de la entrada». Lo estamos leyendo en clase. ¿Has estado alguna vez en una muestra de pájaros?*

No.

*Quizá podríamos ir alguna vez.*

Eso estaría genial.

*¿Cómo crees que es?*

Ruidosa, llena de graznidos.

Yo llevé a mis mejores muchachos a una muestra.

Conoces a gente maravillosa.

*La Muestra Nacional de Pájaros es en enero en Nueva York. ¿Queréis venir? Os llevaré al Empire State Building. He vivido aquí toda mi vida, pero nunca he subido hasta arriba. Y también podríamos dar un paseo en un carruaje por Central Park, es una horterada, pero divertido. Hay un sitio que se llama Serendipity donde hacen un chocolate caliente helado que está buenísimo.*

Suena muy bien, niña pájaro, muy deseable. Me gustaría tener algo más que decir, pero ya nada tiene sentido. Me cuesta imaginar una forma de salir de aquí.

¿Los periquitos brillan en la oscuridad?

¿Habéis estado hablando otra vez de alimentación?

Las plumas de cría absorben la luz ultravioleta del sol, por eso si tu pajarito ha estado algunas horas al sol puede que tenga un pequeño brillo, como una especie de anillo en el cuello.

¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Esta es mi tercera vez.

*ArMyRose, me voy a cambiar el nombre de NYCGirls2001 a NiñaPájaro01 en tu honor.*

Gracias, pequeña Grace.

Creo que mi pájaro está sangrando. Hay una gota de sangre en la servilleta de papel.

¿Solo una gota?

Sí.

¿No tendrá una pluma rota?

Tiene cara triste.

¿Alguna herida visible?

Tengo miedo. Me está dando terror.

Me miran fijamente por detrás y hay una cola muy larga de gente que quiere llamar a casa. Me marchó por hoy.

*Que descanses, ArMyRose.*

Tú también, niña pájaro.

Creo que es el ala.

¿El ala o la pluma?

Parece que se ha torcido una pluma.

Tienes que arrancársela.

No creo que pueda.

El pajarito se puede desangrar si no le pones un tapón.

Mira, puedes hacer lo siguiente: coge una toallita y pídele a alguien que sostenga al pájaro.

Vivo solo.

En ese caso agarra al pájaro con una mano y con la otra extraes la pluma con un hemostato.

¿Con qué?

Puedes usar unas pincitas o unos alicates de punta fina.

Agárrala lo más cerca que puedas de la piel y luego sacas la pluma, firmemente y de un solo golpe. Antes de hacerlo, ten preparada un poco de harina de maíz.

Me estoy poniendo histérico. ¿Necesito harina de maíz?

Para detener la hemorragia.

¿Eso es lo que viene en una caja amarilla con una mazorca pintada?

Sí.

Qué raro, nunca había hecho la conexión antes. Soy idiota.

¿Qué está haciendo el pájaro en este instante?

Me está mirando. Ay no...

¿Qué pasa?

Se me ha caído un poco de té en el teclado.

Mételo en arroz seco. Inmediatamente.

¿Qué ha pasado con la pluma sangrante? Me mata la curiosidad.

Tengo miedo.

Si el pájaro está sangrando y no lo puedes llevar al veterinario, no te queda otra opción.

De acuerdo, está bien.

¿Alguien más con ganas de deportes de riesgo?

¡Lo hice, oh Dios mío!

¿Está bien el pájaro?

Sí, sorprendido, pero bien.

Menuda noche, ni siquiera he tenido ganas de ver la tele.



*Buenas noticias, he conocido a la hija de la señora PH-A. Llamó al timbre esta tarde y me invitó a subir a la casa y llevarme los pájaros. Cuando llegué me dijo que quería asegurarse de que había entendido que la jaula no estaba incluida. «Es un recuerdo de familia.» Me dio los pájaros y sus cosas y*

*algunos libros que al parecer les gusta picotear. «Resulta irónico», dijo. «Mi madre solía darles trozos de las páginas amarillas. Siempre quiso usarlo como revestimiento para la jaula, disfrutaba con la idea de que los pájaros se cagaran en todo el mundo, pero el libro se le habría acabado muy pronto, y le pareció mejor que se pasaran el año picoteándolo. Veré si han renovado la suscripción», dijo la hija y luego me acompañó hasta la puerta. Cuando ya estaba a punto de irme le pregunté: «¿Cómo se llaman?» Ella me miró confusa. «Nunca se me había pasado por la cabeza que pudieran tener nombres», dijo. «Siempre los llamamos Amarillo y Azul.»*

¿Soy la única que está tremendamente preocupada?

Estará en una misión, una operación especial o algo.

Si le hubiesen matado nos habríamos enterado.

¿Y si no nos dijo su nombre real?

¿De dónde era?

¿Dijo que era de Florida?

Lo de Florida lo dijiste tú.

Informan a diario de todas las muertes en combate, se puede mirar online.

No informan hasta que han pasado 24 horas desde que se lo han notificado al pariente más cercano.

La última vez que hablamos con él no estaba bien.

Grace, ¿eres tú?

*Sí, acabo de llegar del colegio.*

¿Qué tal fue el examen de lengua?

*Bueno, me pusieron un 8,5.*

Eso está muy bien.

*En mi colegio no, a eso lo llaman justito... ¿Alguien sabe algo?*

No, solo estábamos charlando.

Pregunta: tengo un periquito nuevo. ¿Tengo que ponerlo en una jaula distinta, separado del otro?

Piénsalo así: ¿cómo te sentirías tú si alguien se mudara a tu casa sin que le invitaras y sin avisarte?

De acuerdo, le dejaré en su jaula de momento.

*Espero que no os enfadéis.*

¿Por qué?

*Tengo que haceros una confesión. Fui de nuevo a su apartamento. No soportaba estar sola en casa más tiempo, y me moría de ganas de tomar una ensalada de huevo.*

¿Nos enseñas alguna foto de tu gorda cotorra? ¿O no tienes gran angular?

Mi periquito también está rollizo, es un verdadero tragón.

*Fue rarísimo. Le pregunté a Alexander dónde estaba su hermana y me dijo que en su habitación. Fui y la puerta estaba cerrada. «Estoy bien», me dijo, «déjame tranquila.» Tendría que haber interpretado eso como una señal.*

El mundo está lleno de señales que pasan desapercibidas.

*Fui a la cocina con Alexander. «Ponte en posición», me dijo. Y yo me puse contra la nevera. Luego dijo: «Abre las piernas», me colocó como si me*

*fuera a cachear. Se apoyó contra mí muy fuerte y me aplastó contra la nevera. Me pareció un poco más raro de lo habitual, un poco más duro, más brusco, pensé que a lo mejor Alexander había tomado drogas o algo. Más o menos sabía lo que estaba pasando, pero al mismo tiempo no lo pillaba. Le sentía apoyarse contra mí y luego pasó algo en la parte de atrás de mi vestido. Se paró bruscamente y me dijo que me fuera a casa. Mientras subía en el ascensor, me miré por encima del hombro. La parte posterior del ascensor tiene un espejo y vi la marca, como una flema, en mi vestido.*

Tengo setenta y seis años y nunca había oído nada tan desagradable.

Realmente tienes que contárselo a alguien.

Es indecente.

No es indecente, es acoso. Te han acosado, así es como se llama.

Prométenos que no volverás a esa casa.

¡Díselo a tu madre!

*¿Estáis enfadados conmigo?*

Por supuesto que no.

*Ojalá estuviera aquí ArMyRose.*

Todos pensamos igual.

¿Los periquitos nadan bajo el agua?

Los míos se sumergen en su bañera.

A Charlie le gusta que lo rocíe con el spray de las plantas.

Yo conozco a uno al que le encanta sentarse en la jabonera cuando me baño.



*De acuerdo, seguí vuestro consejo y se lo dije a mi madre. Lo primero que me dijo es: «¿Dónde está el vestido?» Hecho una pelota en el fondo del cesto. Me dijo que podríamos usar la prueba del ADN para sacarle un precio a sus padres. Al principio pensé que había dicho «premio» y le pregunté: «¿Tipo qué?» «Terapia», dijo. Piensa que estoy afligida porque describo los sándwiches con demasiado detalle. Le preocupa que haya perdido mis facultades. ¿Os imagináis la humillación, mi madre enfrentándose a sus padres con el vestido en la mano? «Así se acaba la ingenuidad», me dijo. Pensé que iba a decir la virginidad. ¿Quién decía lo de echarle la culpa a la víctima? Y si cuestiono su autoridad, no me recuerda que es mi madre, sino que ella fue la primera en su clase de la facultad de derecho y editora de la revista de leyes.*

Una reacción extraña para una mujer culta.

Tal vez se siente culpable por no haber sabido protegerte.

La ira es su forma de gestionar la culpa, le resulta demasiado dolorosa.

*Me dijo que ya no me iba a dejar quedarme sola en casa y que iba a sacar dinero de mi fondo para la universidad para buscarme una canguro. Cuando terminó de hablar le dije que iba a coger a Amarillo y a Azul y me iba a ir a vivir con mi padre.*

Apuesto a que no fue muy bien.

*Digamos que el cubo blanco perfecto de este apartamento ha dejado de ser perfecto, supongo que eso es un avance. Tiró la taza contra la pared, dejó una marca considerable.*

No quería decir nada para no arruinarlo, pero durante los últimos días he tenido la impresión de que iba a ocurrir algo especial, y, ya está, esta mañana he tenido un pequeño periquito, ha salido del cascarón, parece un marciano desnudo. Es el primero que tiene mi chica y está completamente entregada y dispuesta a ser una mamá.



Un motivo de celebración.

Caritas sonrientes por todas partes.

*Están a punto de cortarme la comunicación. Me va a desconectar hasta que sea razonable. Me conectaré desde el colegio. Buenas noches.*



Ey, perdón por haber estado desaparecido en combate, estoy en Alemania.

Un coro entusiasta de aleluyas.

Plegarias atendidas.

*ArMyRose, ¡estás vivo! Estaba asustada. Tengo muchas cosas que contarte.*

Le estoy dictando esto a alguien, así que perdón por los errores. Estoy cerca del parque natural de Pfälzerwald, en medio del bosque y de ruinas medievales. Aquí la gente hace montañismo y se paran para beber un vaso del Gewürztraminer local. Los primeros asentamientos humano en Landstuhl datan del 500 a. C.

No pareces tú mismo.

Tal vez se ha perdido algo en la transición.

¿Se refiere a la traducción?

Sí.

¿En qué ciudad estás?

En Landstuhl, a 300 kilómetros de Dachau.

Eso no suena bien.

No creo que sea él, creo que le han hackeado.

Tú siempre tan negativa.

*ArMyRose, ha ocurrido una cosa. Alexander me atacó y luego se lo dije a mi madre y ahora tengo una canguro de nuevo, que tampoco está tan mal. Tiene como dos años más que yo y habla francés mucho mejor, siempre trae cosas de comer para las dos.*

A la jovencita la han acosado.

No me parece bien contar las historias de los demás.

A veces casi necesitamos un intérprete cuando habla. New York es otro mundo.

Niña pájaro, si hubiese estado allí le habría apagado las luces de un puñetazo.

*Lo sé.*

¿Estás bien, soldado?

*Mi madre...*

Cariño, dale un segundo a ArMyRose para que nos cuente lo que ha sucedido. Sabemos que le has echado de menos, pero dale un segundo.

*De acuerdo.*

Mi compañero de trinchera se llamaba Melvin. Lo mantuvieron con vida el tiempo suficiente como para que donara sus órganos. Hay alguien aquí en Alemania que ahora lleva su corazón. Llevo puesto el gorro de Melvin, un gorro que le tejió su madre y que llevaba siempre bajo el casco. Está duro del sudor y la sangre y huele fatal. No me lo quito para no desmoronarme. Necesito sentir su presión en mi cabeza. Es la única manera de sentirle.

*ArMyRose, por aquí las cosas han sido muy raras. Se ha corrido la voz. Creo que el portero lo sabe, me miran de un modo extraño. Me siento avergonzada. Mi madre y yo estamos distanciadas. No nos hablamos, así que no le puedo preguntar nada.*

Niña pájaro, crecer es la tarea de toda una vida. Cuando tus padres te llamaron Grace, no era sin motivo. Deja que eso te guíe.

*Me llamaron así por el perro.*

¿Hay algo que podamos hacer por ti?

Lo bueno de los dueños de periquitos es que en nuestro interior todos somos como una madre, cuidamos a los más inocentes.

Hay un viejo que viene todos los días y me pregunta si necesito alguna cosa: periódicos, libros, tarjetas telefónicas. Todos los días le digo que no necesito nada. Pero él me da igual una tableta de chocolate. Tengo 16 tabletas de chocolate en el cajón de la mesilla. Tiene unos ojos de un bonito color azul empañado. Creo que lo del chocolate es su versión privada del servicio a la comunidad.

¿Estás herido, soldado?

Estábamos en una misión rutinaria de limpieza. Salí a investigar y la tierra estalló bajo mis pies, como un volcán. Creo que no volví a tocar el suelo. Salí volando por los aires y luego el aire se convirtió en un avión y luego todo es borroso, como si hubiese estado mucho tiempo bajo el agua, como una niebla.

*Esto es igual, está más turbio que una sopa de guisantes.*

Me despierto y hay un hombre a mi lado. El hombre tiene en las manos una pequeña casa de madera. «Öffnen die Tür», dice. Fuera de la casa unos brazos se extienden hacia el lugar en que estuvo el marido, hay una figura femenina con un vestido rojo y una camisa blanca. «Öffnen

die Tür», dice el hombre, y a continuación levanta el tejado de la casa y empieza a sonar una música. La figura femenina gira en círculos, baila sola. Cuando termina la canción el hombre baja el tejado, abre su otra mano y me enseña al marido: la figura perdida a la que estaba unida. La figura lleva unos pantalones cortos marrones de cuero. «¿Padre?», pregunto. El hombre se encoge de hombros. Me vuelvo a dormir. ¿Es mi padre? ¿Es mi casa la que tiene en las manos? Estoy en casa y corro por el bosque que hay tras ella, salto la valla, subo a un árbol, trepo tan alto que puedo verlo todo, pero no es mi campo el que veo..., está completamente bombardeado, es una ciudad fantasma. Me despierto y el hombre de la caja de música ha desaparecido. ¿Ha estado realmente allí o lo he soñado todo?

*Mi madre habló con los padres de Alexander sobre lo del vestido. Veinticuatro horas después, le han mandado a una terapia en la naturaleza en Oregón. Ese era el premio. Tiene gracia, porque le da mucho miedo la oscuridad.*

Miro hacia abajo y pienso ¿acaso soy más bajo que antes? Ni siquiera pienso que haya dejado de crecer. Me quedo dormido pensando: ¿plantarán las piernas después de cortarlas? ¿Hay bosques de miembros en algún lugar de Alemania?

Algo no funciona de nuevo.

Hace tiempo, cuando tuve aquel sueño en el que iba en bici al atardecer, hubo algo que no dije. Regresaba a mi casa desde la casa de mi amigo muy rápido, adentrándome en la noche. Escuchaba cómo me llamaba mi madre, oía su voz superponiéndose al canto de los grillos. Cuando llegué a casa me la encontré llorando. Me dijo que mi abuelo la había llamado.

Qué raro, siempre que está a punto de llover, mis chicas hacen el equipaje. Ponen todas sus cosas favoritas en la esquina más alejada de la jaula y esperan.

Ya tenemos encima la temporada de los huracanes: un recordatorio de que los pájaros, igual que las personas, necesitan una maleta lista, fotos recientes en caso de que os separéis, cable, pinzas, cinta de embalar, jaula de viaje, manta, comida y agua, correa para pájaros.

Me gustaría ver un pájaro con una correa.

Los pájaros son los primeros en darse cuenta de que algo no va bien. Cuando llegué aquí, veía todo tipo de pájaros, urracas, palomas torcaces. Desde el primer momento me di cuenta de que era mala señal que no hubiera pájaros en los sitios a los que llegábamos.

Estoy segura de que sabes que ahora hacen maravillas con las prótesis.

Quizá en vez de un periquito podrías adoptar uno de esos perros heridos en la guerra.

El mundo animal produce un gran consuelo.

Mientras dormía alguien me dejó un cuestionario. «Cuando te has visto en situaciones difíciles en el pasado, ¿cómo las has gestionado? Describe las actividades que has realizado antes de que ocurriera. ¿Cuál de esas actividades te gustaría reanudar?» Lo que me gustaría saber es cómo puede uno saltar y correr cuando se oye el timbre de la furgoneta de los helados.

*ArMyRose, ¿significa eso que no vendrás a la muestra de pájaros?*

Niña pájaro, mi regreso se va a retrasar un poco.

## TU MADRE ERA UN PEZ

*À l'œuvre on reconnaît l'artisan.* Al artista se le conoce por sus obras.

Ella cose una historia, teje un relato, línea a línea. Este es sobre su bisabuela que se tejió un disfraz de sirena y nadó hasta Norteamérica. El viaje fue largo, arduo, y cuando llegó al estado de Maine su vestido se había fundido con su carne. Le pidió a un modista que abriera la costura central para poder separar las piernas y caminar y fue por la vida con las piernas cubiertas de gruesas escamas verdes, un brocado fosilizado por el mar con la forma del pantalón de cuero de los cowboys. A los hombres sus escamas les parecían increíblemente atractivas y pensaban que daba buena suerte pasarle la mano por los muslos. Todos querían lo mismo: meterse dentro del espacio de esas escamas, aquel bolso de cocodrilo perfectamente protegido, pero a ella el sudor de sus manos le escocía en la piel y aquello le parecía asqueroso.

Se mudó a Massachusetts y aceptó a tiempo parcial un trabajo para mujeres cosiendo borlas de mocasines en una fábrica de zapatos.

*Pollón-pollón, pollón-pollón,* así sonaba la máquina de coser.

Conoció a Ray en un circo local, un muchacho de manos polvorientas, como una especie de talco mantecoso, que trabajaba en las tazas giratorias en un espectáculo en tránsito. Su madre era una mujer barbuda y su padre el hombre más alto del mundo. A su querido tío Meurice, un tritón que había muerto hacía mucho, lo habían embalsamado y lo exponían en una vitrina que viajaba allá adonde iba la familia, a veinticinco centavos el vistazo.

Ray le preguntó por su hogar y ella le habló de aquella vida oculta, le dijo que había lugares a los que no podía ir, le aseguró que allí era invisible y que la gente veía solo lo que quería ver, no miraban mucho más allá. Le dijo a

Ray que cuando se marchó de aquel lugar sabía que ya no regresaría nunca. Su familia lloró tanto cuando ella tejía el disfraz que sus lágrimas formaron un río que la llevó hasta el mar; había perdido su hogar para siempre. Mientras le relataba a Ray la historia de su pasado, se le humedecieron los ojos y cayeron unos gruesos lagrimones sobre la vitrina del tío Meurice. Ray secó la vitrina y nunca más volvió a preguntarle por el asunto.

Cuando nació su hija con un dedo índice extraordinariamente largo y afilado como una aguja con un pequeño ojo para enhebrarlo, aquello les pareció una ventaja. La llamaron Penelope. Podía coserse a sí misma a todo tipo de tejidos, de madera e incluso taladrar el metal. Penelope era especialmente talentosa para las matemáticas y le dieron una beca para una prestigiosa escuela de ingeniería. Se graduó con honores y trabajó construyendo barcos, aviones y rascacielos. Su hijo Morris, a quien pusieron el nombre por el famoso tío tritón de Ray, nació con alas de una carne transparente e ignífuga que le abarcaban desde los brazos hasta las costillas. Tenían que hacerle las camisas a medida. Más exitoso que Ícaro, Morris concluyó con éxito su primer vuelo en solitario al espacio y regresó con un bronceado increíble. Se casó muy joven con una ornitóloga y construyeron su nido en la planta más alta de un rascacielos.

–Tu familia tiene unos orígenes muy poco habituales –le dijo una adivina que vivía junto a su casa.

–Nos han criado para sobrevivir –contestó Ray, hiriendo sin querer a la mujer con el cortacésped en un tobillo–. Así es la evolución, mantenemos lo que necesitamos y perdemos el resto.

Morris tenía un miedo irracional a los niños de todo tipo, por eso vivía con su esposa y dos viejos perros labradores, una cacatúa sorda que no paraba de gritar, y varios loros grises y guacamayos geriátricos, todos adoptados a una edad muy avanzada. Tenían sus puertas abiertas a todo tipo de animales ancianos. «No jubiles a tu animal de compañía. Dale una nueva vida en Tu

Hogar para Animales Mayores», ese era el eslogan que pusieron en las cajas de cerillas.

Penelope, a pesar de su éxito e inteligencia, estaba sola. Dando un paseo por el puerto conoció a un marino que venía de muy lejos, se casaron esa noche y se embarcaron de inmediato. Mientras le ayudaba a hacer la maleta, su madre le dio su legado familiar: el trozo que conservaba de la costura de su vestido. Penelope, consciente de su valor, la adhirió a su piel, una peluca púbica escamosa fijada con cola de contacto.

Con semejante historia familiar a los padres de Penelope no les sorprendió recibir, mediante una paloma mensajera, la noticia de que habían nacido dos gemelos idénticos en una isla de Cayo Hueso con branquias y órganos de ambos sexos, dos hermafroditas idénticos llamados Tasina y Tasi.

«¡Nietos!», anunció la recién estrenada abuela a las señoritas de su círculo de costura, dejando al margen los detalles más monstruosos. El círculo de costura cacareó de alegría. Hacía mucho tiempo, cuando se unió a aquel círculo, les había contado a todas las que habían sido lo bastante insensibles y curiosas para preguntarle por sus escamas, que se había quemado en un accidente. A la gente le resultaba mucho más sencillo entender aquello y no quería buscarse problemas.

*Una puntada a tiempo vale por diez, a los míos a tiempo salva el pez.*

Aquellas mujeres se autoproclamaron Hilo y Dedal, y decidieron entregarse a coser para salvar a la gente: «La caridad nunca falla: ¿Qué hay que coser?» Tejían gorros para pacientes de cáncer, calcetines para huérfanos, mantas afganas para los afganos, mantas para las piernas para ancianas y ancianos que se morían de frío, la abuela donó un dedal para terminar las



gorras de los vigilantes de verano –«Que no se enfríe el Keppe»– de una organización para la asistencia a militares judíos.

Pero el compañero marino de Penelope no tardó en acabar mal. Como había perdido la costumbre de vivir en tierra, se alejó de la orilla y se olvidó de mirar a ambos lados al cruzar las vías del tren. Aunque el maquinista dio un frenazo no consiguió ahorrarle el golpe y su cuerpo aplastado regresó al mar en un saco de patatas cubierto por las saladas lágrimas de Penelope.

Viuda joven, madre soltera, pero también mujer con necesidades propias, Penelope empezó una relación con un delfín. En un mensaje que le envió a su madre lo describió como un gran conversador, alguien increíblemente tierno y dotado en muchos sentidos. «Es capaz de rizar su miembro como un dedo al hacer señas... No te diré más para que no pienses que soy vulgar. Nadar con él me recuerda a cuando bailaba el vals sobre los pies de papá. De momento me gusta la vida como pez.»

Los hijos del marino, Tasina y Tasi, maduraron muy deprisa y enseguida pudieron replicarse, los dos eran capaces de completar el proceso de manera autónoma. Para su consternación, Tasi, su hijo/hija, se negó a hacerlo, sentía la necesidad de reservarse para sí mismo/a y proteger, en esencia, sus derechos de autor, pero Tasina, su hija/hijo, empezó a tener docenas de vástagos. Algunos se quedaban en tierra, otros se iban al mar, unos vendían conchas marinas, otros tenían pulgas, hubo cuatro que fueron a Harvard, dos a Yale, una docena a Trinity y uno a la cárcel. Otro se pasó los días surfeando olas gigantes en Hawái y el mayor de todos es un juez federal y toma juramento a personas que prometen no inventarse historias. A Tasina, después de muchos años criando niños, le resultó difícil encontrar un empleo y se puso a trabajar como secretaria. Es usted muy guapa/guapo, pero ¿sabe escribir a máquina? Penelope, después de enviudar por segunda vez, pensó que ya había tenido suficiente y regresó a la ciudad. Es una septuagenaria, pero aparenta cuarenta, el agua salada ha hecho que se conserve bien, y ha regresado a Nueva York. Como ya ha aprendido un par de cosas gracias a sus hijos, le dice a todo el mundo que quiere que le llamen Tom. Lleva un pene de plástico que compró en el Lower East Side en una tienda llamada Babes in

Toyland y atiende un bar bajo el agua en un lugar llamado Henrietta Hudson, donde cuenta su historia a quien quiera escucharla. Una de las chicas del bar le contó la historia de una mujer de negocios heterosexual que llevaba un pene de plástico solo porque sentía que le daba cierta ventaja. «Nadie sabe lo que llevas debajo de los pantalones a no ser que te atropelle un tren», dice, y Penelope Tom asiente, porque sabe de lo que habla.

Una noche la larguirucha Sarah Spider, una terapeuta sexual, se sienta junto a Penelope Tom cuando ya es casi la hora de cerrar y empieza a tejer una hermosa red. Penelope Tom admira las manualidades y empieza el baile del emparejamiento. «Hace tanto que no sé ni por dónde empezar», confiesa Penelope Tom mientras las experimentadas manos de Sarah le recorren los muslos. Recuerda la sensación de la que le habló su madre sirena, y como heredó su hipersensibilidad no olvida que aún tiene esa vieja escama adosada al pubis con cola de contacto y siente su paquete cada vez más húmedo y blando. Sarah teje una malvada red y se lleva a Penelope Tom a su apartamento después de que cierre el bar. Sarah la/le ata y justo cuando está a punto de esposarla/ le a la cama, Penelope Tom se da cuenta de que hay algo más. Perdida entre sus piernas, como una calentona de látex, Sarah es una caníbal y una carnívora, y ella su aperitivo de medianoche. Mientras Sarah usa sus pinzas para levantarle la peluca púbica, Penelope Tom vuelve en sí y con su alargado dedo índice –la uña de aguja ha crecido con el tiempo y ahora es como un diente de marfil– perfora el caparazón de Sarah. La araña apuñalada chorrea sangre de insecto por todas partes.

Penelope Tom coge un taxi hasta la casa de su nieta Tess en Harlem y deja atrás su pene y sus pelotas, con la esperanza de esconderse un rato. Tess, diseñadora de moda, tiene un novio que, por nostalgia de su pasada vida ontogenética en el vientre materno, asimila el agua y se bebe su propia orina matutina. Eso le hace remontarse al agua de su vida originaria, a lo amniótico, lo oceánico, una costumbre que ha provocado que le abandonen muchas mujeres. Tess se limita a asentir y le lleva un vaso grande para que mee en él. «¡De un trago!», le dice. Le agrada el sonido que hace su pene al llenar el vaso, como un sifón de soda. «*Aqua vitae!*»

Mientras se recupera en casa de Tess, Penelope Tom se pone al día con sus lecturas y descubre que en su viaje el robot espacial *Opportunity* ha descubierto presencia de agua en la superficie de Marte. Siente curiosidad por saber si en un tiempo desconocido del pasado hubo o no vida en el planeta rojo. Se le mete en la cabeza hacer algo antes de morir: utilizar sus dotes para la ingeniería para construir un cohete nuclear térmico bimodal.

Debido a su edad, a que es una mujer (antes que hombre), debido a toda la historia y a lo que ha pasado, se convierte de nuevo en invisible. Nadie se da cuenta de que la ancianita/ancianito de Harlem se está tejiendo una nave espacial. *Nautilus Neptune*. Le confía los detalles de su proyecto a Tess, que le facilita algunos tejidos resistentes al calor y ayuda a su abuela a serrar su dedo índice aguja y a adherirlo luego a la nave espacial como una antena desarrollada de evolución darwiniana. Cuando Penelope se prepara para partir, fija lo que se ha convertido en el sello familiar, el resto histórico de la peluca púbica escamosa, a la punta del *Nautilus Neptune*. El día señalado, Tess sube a la azotea del edificio y enciende el gran detonador. Con unos anteojos de soldador contempla el despegue de su abuela, una explosión brillante, una erupción, que lleva el pasado hacia el futuro con un estruendo que resuena en el mundo entero.

## LA ÚLTIMA VEZ QUE LO PASÓ BIEN

–¿Vas a ir? –pregunta ella mientras le mete una cucharada de cereales en la boca a la bebé.

–Dentro de un rato –dice él, mirando por la ventana de la cocina. El cielo es de un color al que suele denominar ratón gris de invierno.

–¿Cuánto tiempo estarás?

Él se encoge de hombros y mete un pequeño paraguas en su mochila.

–No se va a morir hoy, ¿verdad?

–No creo –dice él mientras va a la otra habitación y regresa con un viejo álbum de fotos.

–¿Otra vez? –pregunta ella.

–A ella le gusta –dice él.

–Es a ti al que le gusta –dice ella.

Él asiente.

–Es verdad que me gusta.

Ella le mira como si estuviera a punto de decirle algo. Él no le presta atención y en vez de eso observa que la habitación está salpicada de coloridos objetos de plástico: la silla alta, una taza, un balón, varios juguetes rosas.

–¿Por qué no lo dices sin más? –pregunta ella.

–No estoy seguro –dice él, poniéndose el abrigo.

–Eres tan cauto que al final te vas a quedar sin nada.

–Estoy ensimismado –dice él.

–Pero tienes un corazón, sé que tienes un corazón –dice ella–. Cometiste el error de enseñármelo.

–Un error fatal –dice él.

–Es como si te hubieras marchado ya –dice ella.

–Debería, llego tarde –dice él, quitándole un trozo de tostada del plato–. Adiós, bebé –dice, inclinándose para darle un beso a la bebé en la cabeza. Respira hondo al besarla y el suave pelo aterciopelado le roza los labios. El perfume de la niña es limpio y dulce.

–Dile adiós a papá –dice la madre, agarrando la mano de la bebé y diciendo adiós con ella. Sin querer la madre golpea una enorme taza de café

que hay frente a ella y salpica café por todas partes en una pequeña tormenta—. Chao, bacalao.

—Me piro, vampiro —dice él, tratando de bromear en la despedida.

Toma el largo camino hasta el geriátrico para hacer una visita a su abuela. Mientras conduce se obsesiona con los bordillos. A medida que la población envejece, ¿no deberían bajar la altura de los bordillos? ¿No sería mejor diez centímetros en vez de quince? ¿Habría acaso más coches que podrían salirse de la carretera y atropellar peatones? ¿Empeoraría eso las cosas en vez de mejorarlas? Es arquitecto de formación, pero ahora trabaja como planificador urbanístico, su trabajo es que las cosas tengan sentido, ordenar esta extensión creciente que en su día fue una pequeña ciudad. Él es quien decide dónde se cruzan las calles, dónde deberían estar los pasos elevados, si debería construirse una carretera nueva y en qué dirección debería ir. Se supone que tendría que pensar en el futuro y olvidar el pasado, pero le parece difícil.

Nació cerca de aquí, en un lugar casi siempre húmedo y frío. Uno de sus primeros recuerdos es el de tener los pies y las manos eternamente helados. Creció obsesionado con los calcetines, con calcetines de algodón mojados, con el olor del algodón mojado, de animales húmedos y abrigos de piel. Desde niño ha soñado con cowboys y California. Se lo imagina como un lugar en el que uno se despierta y siempre brilla el sol. Piensa que debe ser el lugar más norteamericano de toda Norteamérica, el lugar en el que se fabrican los sueños. En su imaginación es un lugar en el que el Viejo Oeste se une con Marilyn Monroe, donde todas las calles están decoradas de una manera distinta, confunde Disneyland con Hollywood sin darse cuenta siquiera.

Va hasta el geriátrico comprobando el estado de varias obras en curso a lo largo del camino. Mientras conduce piensa en las fotos del álbum, recuerda algunas en las que sale de niño, construyendo el mundo del futuro con bloques de madera y una expresión de rabia e incredulidad cuando se caían los edificios. Recuerda que le gustaba llevar su chaleco de cowboy con flecos

y un cinturón con pistolas día y noche –sobre la ropa y sobre el pijama, fuera a donde fuera–; el ante le hacía sentirse seguro. Recuerda una foto de sí mismo en su primer día de colegio, posando a la salida del edificio con el disfraz completo de cowboy. Y recuerda también que en su primer día la profesora le dijo que le alegraba tener a un cowboy en clase pero que tenía que dejar las pistolas y el sombrero en su casillero. Un poco más tarde ese mismo día se acercó a él y le susurró que por motivos que nada tenían que ver con ella no podía volver a llevar sus pistolas a clase.

–Los tiempos han cambiado –le explicó–. Hoy en día ya no es tan fácil ser cowboy. Es mejor ir de incógnito, tal vez alguien se lo tome a mal.

Recuerda que no supo del todo bien qué quería decir la profesora pero que en general le caía bien. Recuerda la fotografía y se pregunta si no será eso lo único que recuerda en realidad. ¿Se ha inventado el resto o realmente dijo aquello la profesora?

–Buenos días –dice al entrar en la habitación de su abuela.

Ella sonríe, pero solo se mueve la mitad de su cara, el lado izquierdo se mantiene sin expresión alguna. Él la besa en el lado bueno. No tiene mal aliento, como si se estuviese pudriendo por dentro, sino dulce, a lavanda, a hierba, lo que le recuerda un viaje que hicieron hace mucho. Ella acaricia con los dedos la cicatriz morada que le recorre el cráneo, tiene cáncer cerebral. En la pared que está junto a su cama hay un póster cubierto de cosas que le recuerdan su nombre, el año que es, quién es el presidente... CUANDO QUIERES PASARLO BIEN TE GUSTA CANTAR, dice el póster.

Su abuela no es tan mayor, pero siempre ha tenido el pelo blanco. Desde niño él piensa en ella como en alguien viejo, aunque solo tiene setenta y cinco años. De niño pasaba largos fines de semana con sus abuelos. Dormía entre ellos en su cama, y su denso olor y sus ruidos le parecían la cosa más confortable del mundo. Sus abuelos le llevaban de viaje, les gustaba acampar en el bosque. Le compraron una cámara Polaroid –la llevaba siempre que iba de vacaciones–; ahora todas esas fotografías se están disipando, como si se desvanecieran. Cuando tenía catorce años murió su abuelo y se produjo un enorme vacío en la cama, un hueco inabarcable. Dejó de pasar allí los fines de semana. Era demasiado raro. Aun así, sus abuelos siguieron representando la estabilidad de su vida, por eso odia la idea de perderla, ella es la única que nunca ha cambiado en nada.

–Pareces cansado –dice su abuela.

Él se encoge de hombros.

–Tengo muchas cosas en la cabeza.

Ella asiente.

–¿En qué estación estamos?

–Es casi Navidad –dice él.

–¿Cómo está la bebé?

–Rolliza y feliz.

–¿Y la mamá?

–No tan feliz. Me acusa de ensimismamiento. Está bien –dice él.

–¿Qué tal esa cabeza? –pregunta la abuela.

–Mejor –dice él–. Es como en las películas. Al final siempre sale el sol. Cuando llueve, diluvia. La vida es larga y dramática. Los hombres son heroicos y las mujeres hermosas. Todo está claro, nada es confuso.

–Todos tenemos nuestros sueños –dice ella.

–Me resulta muy difícil estar en el presente –dice él–. Me agota. Me enfada demasiado. Cuando me dice que me quiere me asusta. Me vuelvo distante, dejo de hablar.

–Tienes que poner un poco de tu parte –dice la abuela.

–No tengo nada que poner –dice él, y se quedan callados–. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo estás?

–No duermo muy bien –dice ella–. La noche y el día se confunden.

–Esto no es un hogar –dice él.

–Hay gente que vive aquí mucho tiempo –responde la abuela.

–¿Quieres que te saque a dar una vuelta? Puedo pedir una silla de ruedas y darte un paseo por el jardín.

–¿Qué tiempo hace fuera? –pregunta ella.

–Frío y húmedo –dice él.

–Mejor no lo hacemos y les decimos que lo hemos hecho –dice la abuela–. ¿Cómo está la bebé? –pregunta de nuevo.

–Rolliza y feliz.

–¿Y tu madre?

–Con su marido y su familia –dice él.

–Siempre quise mucho a tu madre –dice ella–. Me gustaba más ella que mi hijo. ¿Cuántos años tiene su hijo?

–Tiene un niño y una niña. Diez y trece –dice él, hablando de sus

hermanastros.

–¿Tanto tiempo ha pasado?

–Parece que sí –dice él–. ¿Quieres mirar las fotos? –pregunta, mostrándole el álbum. Cuando sus padres se divorciaron ninguno de los dos quiso los álbumes. No querían ningún registro del tiempo que habían pasado juntos, de su vida como familia. Él se convirtió en un extraño en su propia vida, un recordatorio molesto. Su padre era hijo único y él es el único nieto de su abuela.

A ella le gusta mirar las fotografías.

–Fuera lo que fuera, él se lo llevaba todo –dice su abuela, pasando las páginas–. Es extraño –dice–. Tu padre no viene a visitarme si sabe que vienes tú.

–No le gusta encontrarse con las cosas de golpe –dice él–. Odia lo inesperado.

Aparece una enfermera para llevarse a la abuela a la ducha. Él dice que esperará un rato y baja al vestíbulo a tomar un café.

–Esta es mi hija con su madre –le dice a una enfermera mientras le enseña una fotografía que no está en el álbum y se la mete de nuevo en el bolsillo.

–¿Su mujer? –pregunta ella.

–No, la madre de la bebé –dice él, y luego se ríe–. Hace poco me ha pedido que me marche, dice que no hago más que ocupar sitio.

La enfermera sonríe.

–Seguro que no lo decía en serio.

–Yo creo que sí –dice él.

La enfermera se sirve un café y regresa al trabajo. Él se sienta a esperar. Mira de nuevo las fotos de su infancia, la última vez que lo pasó bien.

–Me voy a ir de viaje –le dice a su abuela cuando regresa del baño–. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

–¿Es esto un adiós? –pregunta ella.

–¿Preferirías que me quedara a esperar?

–No –dice ella.

–¿Adónde vas?

–A buscar algo –dice él.

–¿Y dónde vas a buscarlo?



–A Estados Unidos –dice él–. Quiero pisar el desierto.

Hay un silencio.

–¿Qué pasa? –dice él–. Pareces triste.

–Me gustaría que lo pudieras encontrar aquí –dice ella.

Él asiente.

–Siempre he estado en otra parte.

–Tengo algo para ti –dice la abuela, y le pide que coja su bolso del armario y saque un sobre cerrado que lleva su nombre–. Ha estado ahí todo este tiempo –dice ella–. Es de mi parte y de la de tu abuelo.

–¿Qué es? –pregunta él.

–Es tu billete para ir –dice ella.

Abre el sobre y es un billete que él mismo hizo hace muchos años, un supuesto billete para hacer un viaje espacial alrededor del mundo. Y dinero, un montón de dinero de verdad. No puede evitar sonreír.

–Me pareció que te podía hacer falta –dice ella, riendo.

–Es demasiado –dice él, refiriéndose al dinero.

–Cógelo –dice ella–. A mí no me sirve para nada.

–Cogeré el billete y el resto lo dejaré para la bebé.

–Haz lo que quieras.

–Te quiero –dice, inclinándose para besarla, y a continuación tiene que darse la vuelta, es demasiado.

–Siempre me has querido –dice ella–. Ya me contarás qué pasa.

En el vuelo a Los Ángeles empieza la película, luego se detiene y vuelve a empezar desde el principio. Cada vez que empieza de nuevo llega un poco más lejos, pero a la cuarta vez la gente pide a las azafatas que no la vuelvan a poner. «Ya es suficiente», dicen. «No podemos estar viendo lo mismo una y otra vez.» Él por supuesto podría. Para él cada vez es distinta. Cada vez que ponen la película él ve algo completamente distinto. Mira el billete que hizo hace años. El vuelo es un trayecto enorme, las turbulencias parecen el sube y baja de una montaña rusa, todo es una aventura.

Al llegar se pone unas gafas de sol Ray-Ban. Nunca las lleva en casa, pero aquí el resplandor es muy fuerte, y las sombras intensas, orquestadas como cortes de luz y sombra, dividen el mundo en patrones, redes desplegadas sobre el cemento, sobre los parkings y el acero brillante de los coches. Va a la

oficina de alquiler de coches y se dirige al centro. Le fascina lo que ve, las grietas de la carretera, los bordillos que se inclinan en los bordes para los minusválidos, los cruces en los que se iluminan señales contradictorias para los peatones. Conduce durante horas y horas, arriba y abajo, en círculos, solo para ver, para pensar. Conduce por conducir, por el simple placer de hacerlo. Conduce a pesar de que es decadente y un derroche. Conduce porque es algo que uno normalmente no hace, conducir sin más, sin ningún lugar adonde ir, conducir por la mera satisfacción de ver cómo el mundo se despliega. Los amplios bulevares –Santa Monica, Wilshire– son tentadores en su vaivén. Conduce hasta los pozos de alquitrán, hasta la zona comercial llamada The Grove y luego hacia Hollywood –sex shops, almacenes para turistas– y desde ahí a Mulholland Drive y lo que le parece que es el punto más alto de Los Ángeles, desde el que se puede ver todo, la industria de Los Ángeles. Al regresar se detiene para comprar un perrito caliente y el tipo del mostrador se ríe cuando él pide una salchicha. Como se queda con hambre pide una hamburguesa en un lugar en el que hay que tener una especie de palabra en clave. Un amigo le dijo una vez que con una cheeseburger no era suficiente, que tenía que pedir el «animal style», lo que es básicamente lo mismo pero con cebolla y pepinillos. Es como si hubiese esperado a llegar para poder comer. Conduce, come, consume todo y por primera vez en mucho tiempo se siente optimista. Se registra en el hotel, vuelve a sacar el coche y conduce hasta un bar en el centro. Aún va con las gafas de sol, el cielo todavía es azul, el día luminoso, la calle está completamente vacía. Es un extraño allí, pero estar lejos de casa le hace sentirse menos extraño.

–¿Acabas de llegar del frío? –le pregunta un viejo en el bar cuando se fija en su ropa de invierno. Lleva unos pantalones de pana color rojizo, una camisa verde oscuro, parece un árbol perdido en el bosque. El viejo está inmóvil frente a un whisky. Su rostro parece golpeado por el tiempo, es delgado y tiene las manos retorcidas–. Sé lo que estás pensando –dice el viejo al darse cuenta de que le está mirando.

Él se encoge de hombros.

–Me preguntaba si tendrías un cigarrillo.

Él niega con la cabeza.

–No fumo.

–Antes llevaba siempre encima, los conseguía gratis, un montón de cartones. «Dalos por ahí», me decían. «Dáselos al primero que te encuentres y cuéntales tu historia.»

Él escucha con un poco más de atención.

–La historia todavía la sé –dice el viejo, y hace una pausa–. ¿Me invitas a una copa?

–Claro –dice él.

–Crecí en Texas –dice–. Mi padre se dedicaba a los caballos y yo también. Al colegio fui solo hasta sexto grado y a partir de ahí ya no me pudieron decir nada. –El viejo juega con la pajita de su bebida, anudándola con sus dedos retorcidos–. Aprendí un par de trucos, montaba en rodeos alguna vez, los cazaba a lazo, era un payaso de rodeo. ¿Sabes lo que es eso?

–El payaso del barril que deja que el toro se acerque –dice él.

–Ese era yo –responde–; hasta que me dieron fuerte y pensé que tenía que haber una manera mejor de ganarse la vida. Me vine al Oeste y me metí en la industria, más que nada construía escenografías, no tenía mucha cultura pero hacía un poco de esto y un poco de lo otro. De vez en cuando acababan necesitando un cowboy, alguien al que se le dieran bien los animales, alguien que pudiera hacer un par de trucos.

El viejo le mira como preguntándole: ¿me sigues?

Él asiente.

–Eso es lo que soy –dice, revolviendo un poco su bebida–. Soy el último cowboy.

–¿Y eso es todo? ¿Esa es la historia?

–No –dice el viejo–, pero tienes que meter otra moneda en la maquineta.

Él le hace una seña al camarero para que sirva otra ronda.

–En 1955 me topé con un tipo llamado Leo Burnett, ¿te suena el nombre?

–No –dice él.

–Leo Burnett llegó con esa gran idea de una campaña publicitaria de vender cigarrillos. Pensó en un cowboy, alguien duro, masculino, y así es como nació el hombre de Marlboro.

–¿Me estás diciendo que tú eras el hombre de Marlboro?

–No exactamente –responde–. Yo fui el sustituto del hombre de Marlboro. Yo fui el que llegó primero y el que se fue más tarde, el que estuvo como

cuatro horas bajo los focos, yo era el que montaba. Me pagaron un puñado de dólares y una tonelada de cigarrillos gratis, eso es lo que intento decirte. – Cambia de postura en la silla–. Estoy muy dolorido, tengo las caderas hechas mierda. Me he caído tantas veces del caballo que es un milagro que siga caminando, pero a pesar de todo aquí sigo en pie. ¿Qué hay de ti, gran hombre, de qué planeta vienes?

–Acabo de llegar a la ciudad –dice él–. Estoy de paso.

–¿Necesitas un lugar donde dormir? Hay un sitio muy coqueto, un refugio en el centro. Está bastante lleno, pero te puedo recomendar.

–No –dice él–; estoy bien. Mañana me voy hacia el sur.

–Se acercan las navidades, ¿lo sabías?

Él asiente.

–¿Tienes algún plan?

–En realidad no, improviso sobre la marcha.

–Bueno, no soy quién para decirte nada, pero si quieres ir a la iglesia aquí hay algunos buenos servicios de Navidad, y también un puñado de lugares donde te pueden dar un plato de comida caliente. Algunos de nosotros no tenemos gran cosa, pero compartimos lo que tenemos.

–Lo pensaré, gracias –dice, levantándose para marcharse. Se mete la mano en el bolsillo, encuentra un billete de veinte e intenta dárselo al viejo.

–No puedo aceptarlo –dice el viejo–. Ya has sido bastante amable al pagarme la copa. No necesito nada más. –Luego se detiene a pensar–. No es verdad –dice, cogiendo el dinero–. No tengo nada. Con veinte dólares puedo vivir otro día.

–Feliz Navidad –dice, sintiendo aún los dedos del viejo en su mano al salir del bar. El viejo le sigue. Llegan a la acera, aún hay luz y hace calor, ese lugar no se parece a ningún sitio.

Pasa un coche y se detiene en el semáforo, con una música estridente a todo volumen. El viejo se inclina hacia la ventanilla del conductor y le grita:

–¡Ponlo más alto!

Él se burla un poco de sí mismo por seguir amando esa idea de los cowboys, se pregunta qué es eso que le sigue pareciendo tan mágico de que los hombres tengan que ser duros y contener sus emociones, decir lo mínimo posible. Piensa en los cowboys como ermitaños, rebeldes, amantes heridos, gente que va contra las normas, fieros, valientes, como John Wayne, Roy Rogers o Clint Eastwood.

–Dios te ama –dice el viejo, dándole una palmada en la espalda antes de meterse de nuevo en el bar.

Él se va a su hotel, pide una pizza y mira su álbum de fotos, pasa las páginas y piensa en la última vez que se lo pasó bien: aquel viaje familiar a Disneyland en Navidad antes de que se estropeará todo. Su plan es conducir hasta Disney por la mañana, en busca de lo que dejó atrás.

Está exhausto e intenta dormir, pero pierde la noción del tiempo y a las cuatro de la madrugada ya está vestido y listo para salir. Se obliga a tumbarse, recordando aquello que decía su madre: «Descansa, si no puedes dormir, al menos descansa.»

Sale del hotel a las cinco y media de la madrugada y llega a Disney antes de que abran las puertas. Conduce en pensativos círculos alrededor de Anaheim durante noventa minutos antes de aparcar en la enorme estructura y recorre el camino hasta el tren que lleva al reino mágico. En la estación siente que empieza a recular. Empieza a opacarse lo que le había parecido tan evidente, tan claro, el regreso al lugar en el que todo había estado bien. Se siente pequeño, necesitado de una dirección, perdido en medio de un mar de familias. Deja que el primer tren salga de la estación y luego el segundo. Al final el maquinista, al ver que sigue en el andén, le pregunta:

–¿Espera usted a alguien? ¿Le puedo ayudar?

–No sé por dónde empezar –dice él.

El maquinista le acompaña al primer vagón del tren.

–Tal vez le suene un poco cursi pero... –el maquinista empieza a cantar–: «Empecemos en el comienzo, es un lugar fantástico para empezar.»

–Gracias –responde él, pensando que la tonada le resulta familiar.

Pasa por la oficina de las entradas y entra en el reino mágico. Cuando se ve rodeado de esa masa de gente frenética, ansiosa por llegar a un mundo o al otro, se detiene un instante, siente la excitación y la inquietud, y se da cuenta de que hay bastantes probabilidades de que su primera reacción no sea de alivio. Todo ha cambiado.

La noche anterior se hizo un mapa, una especie de plan basado en las fotos del álbum. Su intención es visitar todas las atracciones a las que fue con sus

padres. Tiene la esperanza de evocar sus recuerdos de ese día y de su infancia en general.

Respira profundamente, significa mucho para él. Mira los rostros de los niños y de los padres que se encuentran a su alrededor asimilando la totalidad de la escena por primera vez, todo es jovial y desmesurado. Sus padres vinieron a Estados Unidos porque él quiso, porque lo suplicó. Al pasear por el parque trata de imaginarse más bajito, más pequeño, con menos experiencia, con un entendimiento a medio formar. Trata de imaginarse como alguien inocente. De pronto piensa que las diferentes tierras del interior del parque son como los escenarios de una película, que cada una de esas escenas y sus invitados son actores en realidad. Es todo un cuento de hadas, todo es fingido, y él querría ir a un lugar más profundo, ser el niño que fue una vez, el niño que pensaba que todo aquello era real. Pero la fuerza bruta de la realidad, la intrusión de la verdad, es inevitable y con ella irrumpe la tristeza. La gente que tiene Fastpasses conspira para colarse en las largas filas que preceden a las atracciones. No recuerda aquellas filas tan largas, no se recuerda a sí mismo con ese afán competitivo en todo.

En las tazas locas, se sienta en una de las tazas giratorias. Intenta hacerla girar rápido. En esa atracción se montó con sus padres, recuerda que se sentó en el medio con una sonrisa de exaltación. Mientras gira la rueda del centro una y otra vez, cada vez más y más rápido, la taza empieza a girar y sus recuerdos se despliegan, ve a su madre y a su padre con los ojos de la mente, jóvenes, atléticos, juguetones, pasándose la cámara el uno al otro, posando con él por turnos y pidiéndole de vez en cuando a alguien que les haga una foto a los tres. Al rememorarlos siempre se pregunta si se le pasó por alto alguna pista, si debería haberlo visto venir o si todo se desarrolló de forma oculta.

Su padre nunca le dijo que iba a marcharse. Un día, mientras estaba en el colegio, se fue y se llevó sus cosas. Se llevó también el tren que le había regalado a su hijo por su cumpleaños, el chico nunca supo muy bien por qué.

No se dio cuenta de lo que se había llevado su padre hasta que le dijo a su madre que no encontraba el tren.

–¿Por qué? –quiso saber.  
–Pregúntaselo a tu padre –dijo ella.  
–¿Y dónde está?  
–No tengo ni idea.  
–¿Cuándo va a volver a casa? –preguntó el chico.  
–No va a volver.  
–Pero ha estado aquí –dijo el chico.  
–Mientras nosotros estábamos fuera –respondió ella con amargura.  
–¿Cuándo va a volver a casa papá? –preguntó una y otra vez, convencido de que tenía que haber un malentendido.  
Su madre se acabó enfadando.  
–¿Se ha llevado algo tuyo? –preguntó él.  
–Se lo ha llevado todo –dijo ella. El chico siguió a su madre hasta la habitación de sus padres y ella abrió el lado de su padre, estaba completamente vacío. Solo quedaba el jersey que su madre le había regalado en Navidad.  
–¿Su cepillo de dientes también?  
–Eso no –respondió ella–, pero sospecho que tiene otro.  
–¿Por qué? –preguntó el chico.  
–Porque ya no había nada entre nosotros –dijo ella, encogiéndose de hombros, resignada.  
–¿Y yo?  
–No es una razón para seguir juntos.  
Ella se tomó un momento para recoger los zapatos que había dejado su padre y los metió en una bolsa. Dejó la bolsa fuera, junto a la basura y el jersey de Navidad. El hombre que vivía abajo, el encargado de sacar la basura a la calle, se llevó la bolsa. En más de una ocasión el chico vio al hombre con el jersey de Navidad y se le desbocó el corazón pensando que su padre había vuelto.

Dumbo, el elefante volador, está repleto de gente. Espera pacientemente y cuando la familia que va delante de él le pregunta si le importaría compartir su elefante con la abuela, él dice que lo hará encantado y sonrío. Los zapatos de suela ancha y el pelo blanco le recuerdan a su abuela. Se suben al elefante, se ponen el cinturón de seguridad y despegan. Al principio conduce él, sube y

baja el elefante con un joystick, fingiendo que trata de pillar a los nietos de la mujer que van en el elefante de delante. Luego le pregunta si le gustaría conducir y ella responde entusiasmada que sí. Cuando termina le dedica una amplia sonrisa.

–Gracias –dice–. Eres un chico muy simpático.

A él le gustaría que fuera cierto. En los botes del canal del país de los libros, recuerda que su padre le sacaba a pasear los domingos. No entraba en la casa, se encontraba con él en otro lugar. Muchas veces iban sencillamente al parque y antes de llevarle a casa le compraba un helado. Cuando llovía iban a museos, aunque a veces seguían yendo al parque y se resguardaban bajo un árbol.

–¿Dónde vives? –le preguntó a su padre.

–En casa de una amiga –dijo su padre.

Había una gran formalidad, una gran distancia entre los dos. ¿Quiénes son sus amigos?, se preguntaba, pero no se animaba a preguntárselo a él.

Descubrió que su padre vivía en casa de una profesora de matemáticas de su colegio, se lo dijo uno de sus amigos. Al principio pensó que se trataba de una broma y pretendió que no era cierto, pero cuando vio a la profesora de matemáticas en el pasillo se dio cuenta de que ella desviaba sus pasos para evitarle. Le había visto y había fingido que no.

–¿Y ella tiene hijos? –le preguntó a su padre después de algún tiempo.

–No –respondió él–. Nunca ha querido tener hijos.

–¿Y por qué trabaja con niños si no le gustan? –le preguntó poco después.

–No hay duda de que le habría ido mejor en una universidad, pero hay pocos trabajos y ella es un poco mayor.

Recordaba estar con sus padres en Disneyland, riendo. Recordaba a su padre haciendo el idiota, recordaba que el mundo parecía mágico, irreal.

–Es increíble, aquí no hay nada sucio –dijo su padre.

Recuerda a sus padres en casa tras el viaje a California, a su padre cada vez más serio, con menos sentido del humor, y a su madre cada vez más juguetona, como si se burlara de él, mientras su padre se enfadaba. «¡Crece!», recuerda que gritó su padre. Mira las fotografías. Lo que recuerda es cierto,



no hay suciedad, todo está impoluto, perfecto, cada cosa está en su lugar. Hubo un desfile en Main Street. Recordaba unos maravillosos coches antiguos, bocinazos y una carroza que llevaba a Blancanieves y los Siete Enanitos, y un surtido de hadas y otros personajes. Su padre le alzó en hombros, un cambio de perspectiva. Y luego hay también una foto de su madre y su padre, sujetándole cada uno de una mano y columpiándole en el aire, recuerda la sensación de volar como en un avión. Lo ve ahora y se da cuenta de hasta qué punto lo ha idealizado: la estación de tren, el ayuntamiento, la ópera. La pequeña ciudad norteamericana se convierte en la gran ciudad, una visión utópica de un mundo que pudo haber sido pero nunca fue, el incipiente paisaje del poder. Está allí y el problema continúa. Se pregunta: ¿es eso conciencia o amargura? ¿Es su ser adulto llorando por la niñez perdida? ¿Es acaso su ira hacia sí mismo por permanecer atrapado en este lugar, por tratar de darle sentido, por corregirlo?

No sabe qué es lo que ocurrió, quién dejó a quién. Nadie se lo dijo.

En el plazo de un año su madre se casó con un hombre más joven que ella y que a él no le gustaba nada. El sentimiento era mutuo. De un día para otro se convirtió en un intruso en su propia vida. No le gustaba tener que competir con un extraño por la atención de su madre, de modo que cada vez empezó a pasar menos tiempo en su casa. Su padrastro nunca fue a ninguna de sus actividades escolares, nunca hizo nada por él ni con él, en el mejor de los casos se toleraban mutuamente. Pasó el tiempo y su madre tuvo otro hijo.

–Es un buen padre –solía decir su madre.

–De sus propios hijos.

Recuerda a su madre dándole el pecho al bebé.

–No lo hagas delante de él –dijo su padrastro, señalándole.

Él salió fuera y se pasó la noche entre los árboles. Más tarde consiguió un trabajo en un cine, barriendo palomitas. El dueño confiaba tanto en él que se fue durante el verano y lo dejó al cargo. Vivía y hacía todo en el cine, veía las películas una y otra vez.

Se sube a las atracciones muchas veces. Intenta concentrarse. La desorientación provocada por tanto subir y bajar, tanto dar vueltas, le permite volver a procesar sus experiencias. Da vueltas mareado, atontado, con el estómago revuelto, piensa en todo. Por momentos le parece estar alucinando, puede que a causa de la deshidratación.

–¿Huye de algo o lo busca? –le pregunta una joven.

–¿Perdón?

–Soy Candance. Miembro de reparto aquí en Disneyland. Solo me quería asegurar de que iba todo bien.

–Eso creo –dice él–. Como esperaba, al menos.

–¿Está usted con algún grupo?

–No –responde–, estoy solo.

–Los hombres no suelen venir solos al parque –dice ella.

–Vine con mis padres. –Hace una pausa–. Hace mucho, cuando era niño. Esta vez he venido a buscar algo.

–¿El qué?

–No estoy seguro, algo que siento que dejé atrás. –Mira hacia arriba, hacia el árbol que se alza sobre su cabeza–. Tal vez lo que estoy buscando es una palmera.

–¿Sabía que las palmeras no son originarias de California? Vinieron de Latinoamérica hace cientos de años –dice ella.

–No lo sabía –dice él.

–Peor aún, están muriendo por culpa de los hongos.

–Cuando volví de Disneyland a mi país les conté a mis amigos que había conocido a Mickey Mouse y a Abraham Lincoln. Se rieron. Ahora he vuelto para visitar ese sueño, Tomorrowland y el futuro..., para saber si aún está vivo.

–¿Y lo está? –pregunta ella.

–Resulta difícil saberlo –dice él–. Ya nada es de aquí. Todo viene de China. Es como si China se hubiera apoderado de los Estados Unidos. Si cojo cualquier bola de cristal con nieve de Disneyland y le doy la vuelta seguro que pone «Made in China».

–Tienes gracia –dice ella riendo.

–Como payaso estoy en la media –dice él.

–Ya he terminado el trabajo por hoy –dice ella–. Tú eras mi última tarea.

–¿Yo era una tarea?

Ella no contesta.

–¿Quieres comer algo?

–No he comido en todo el día –dice él–. ¿Se puede comer aquí en Disney?

–No –responde ella–. Aquí no se nos permite comer con invitados, pero podemos salir. Vivo cerca.

–Claro –dice él.

Mientras caminan hacia la salida ella le dice que hay una placa que pusieron en 1955 en la entrada que dice: «En este punto abandonas el día de hoy y entras en el mundo del ayer, del mañana y de la fantasía».

–Me encanta –dice ella–. Todos los días que vengo lo repito como un mantra.

Luego le explica que los «miembros de reparto» –la expresión que se utiliza en Disney para los empleados– salen por otro lugar y tienen su propio aparcamiento. Le dice que se reunirá con él en el aparcamiento principal. Ella da una vuelta y se lo encuentra de vuelta en el aparcamiento general, recorriendo las hileras de coches arriba y abajo, incapaz de encontrar el suyo.

–No tengo ni idea de dónde lo dejé.

–¿De qué color era?

No lo recuerda bien.

–Creo que gris, un gris verdoso y plateado.

–Pasa constantemente –dice ella–. Se lo diré a los de seguridad. Lo peor que puede ocurrir es que no lo encuentren hasta esta noche, cuando cierre el parque.

–Nunca había perdido algo tan grande –dice él, metiéndose en el coche de ella, que es pequeño, blanco y oxidado de arriba abajo.

–Peor aún es cuando la gente pierde a los niños, pasa muchas veces todos los días. Tenemos todo un sistema para reunir a los niños perdidos con sus familias –dice al salir del parking.

Durante el camino hablan del tiempo.

–¿Esto es normal? –pregunta él.

–¿Normal a qué te refieres?

–¿Hace siempre este calor?

–El calor viene y va, ya hace tiempo que no es normal –dice ella–. ¿Hace calor donde tú vives?

–La verdad es que no –dice él–. Llueve mucho.

–Aquí normalmente está un poco mejor que hoy, es un poco más perfecto. Por eso le gusta a todo el mundo. ¿Has venido a Estados Unidos muchas veces? –pregunta ella.

–Unas cuantas –dice él–. ¿Y tú has ido a Europa?

Ella niega con la cabeza.

–Tengo muchíiiiisimas ganas de ir a Londres, pero todavía no me he subido a un avión.

Ella conduce hasta un pequeño complejo de apartamentos bajos que queda a diez minutos de Disney. El complejo, llamado Las Cumbres, tiene un enorme cartel en la entrada que dice ELECTRICIDAD Y AIRE ACONDICIONADO INCLUIDOS. Los edificios tienen el aspecto de lo que solía llamarse casas prefabricadas y que se construían para albergar a los trabajadores de las fábricas. Lo cierto es que son tan deslucidos que parece que los han construido también en una fábrica y los han plantado ahí en una sola noche. Los edificios están numerados, es la única forma de diferenciarlos. Su apartamento está en la planta intermedia de un edificio de tres plantas.

Antes de abrir la puerta le avisa:

–Tenemos gatos. Se supone que no deberíamos, pero los tenemos. Y compañeros de piso también. Yo tengo tres, pero ahora están trabajando. Somos todos miembros de reparto, lo que está bien, porque nos da algo de lo que hablar.

Él asiente.

Ella le invita a pasar al oscuro apartamento. Abre la persiana de metal y se levanta una pequeña nube de polvo que la luz hace brillar un instante como un reluciente polvo de hadas.

–¿Quieres beber algo? –pregunta ella.

–Vale –dice él.

–Tenemos cerveza y Tang.

–Cerveza está bien.

Ella coge dos y lo apunta en la hoja de papel que cuelga de la nevera con dos pesados imanes.

–¿Estás casado? –pregunta mientras le pasa la cerveza y un paquete de galletitas saladas.

–En realidad no –responde, imitándola y comiendo un par de galletitas antes de dar el primer trago de cerveza.

–¿Y eso qué significa?

Él traga y consigue bajar las galletitas rancias con cerveza.

–Una crisis de confianza –dice–. Vivo con alguien, tenemos una bebé, pero no estoy tan involucrado como a ella le gustaría.

–¿Sabe ella que estás aquí?

–Sabe que me he ido, pero no le he dado muchos más detalles.

–¿Qué le has dicho?

–No mucho. En realidad, casi lo único que hago es hablar conmigo mismo –dice, riéndose de su propio chiste.

–¿Dónde os conocisteis? –pregunta ella.

–En una fiesta. Ella es fotógrafa, hace bodas más que nada, fotos de familia..., nadie quiere fotos de un funeral. Cuando nació la bebé ella quería un poco más y yo un poco menos. La cosa empeoró.

–¿Tienes hambre? –pregunta ella.

–Sí –responde él.

–No sé si debería cobrártela o hacértela gratis.

Él se queda tan sorprendido que se atraganta y la cerveza le sale por la nariz.

–A eso lo llamamos bufar –dice ella–. Cuando te ríes al beber.

–¿Te hace gracia? –pregunta él.

–Sí, porque no sabías a qué me refería, ¿verdad?

Él se sonroja.

Ella abre la nevera y le muestra lo llena que está de comida congelada.

–Uno de mis amigos trabaja en un hotel y vende todo lo que encuentra en las habitaciones en el mercado negro. Yo le pago cincuenta y cinco centavos por cada plato de comida que esté como nuevo, congelado. Tengo un montón de macarrones con queso y pizza congelada, mira esta de aquí. –Saca una que dice que cena Hungry-Man–. Ésta de aquí es una exquisitez, una entre un

millón. Creo que llegué a pagar un dólar por ella. Las cosas sin gluten son de mi compañero, son muy caras.

Él se levanta para sacarse la cartera.

–No –dice ella–, invito yo.

Mete la comida en el microondas y ajusta el tiempo.

Ella le mira, quiere algo. Se acerca un poco, levanta la cerveza y brindan con los botellines. Sabía que podía ocurrir algo cuando aceptó la invitación a su casa. Ella le besa.

–No suelo hacer esto –dice ella–. No suelo pescar tipos en el trabajo y traérmelos a casa.

El microondas pita. Ella abre la puerta, quita el envoltorio y lo pone otro minuto más, luego le besa de nuevo.

–¿Entonces por qué lo haces? –pregunta él, consciente de que debería preguntarse lo mismo.

–Nunca me he acostado con alguien de otro país. Me preguntaba si sería distinto –dice ella.

–Yo nunca lo he hecho con una norteamericana –dice él, dejando la cerveza a un lado. Se besan de nuevo–. ¿Qué te parece? –pregunta.

–Que tu sabor no es de aquí –dice ella, llevándole por el pasillo hacia su habitación y haciendo una pequeña parada en la habitación de su compañero para buscar condones.

El colchón de ella está directamente sobre el suelo, rodeado de animales de peluche.

–Parece un bosque encantado –dice nerviosamente, y luego pregunta–: ¿Cuántos años tienes?

–No te inquietes, soy lo bastante mayor, es sencillamente que todavía me encantan los juguetes. Muchos de estos los he ganado yo. Tengo buena puntería en los juegos de azar.

Ella toma la iniciativa. Hay algo relativamente mecánico en sus prolegómenos.

–No lo he hecho muchas veces –dice ella con cierta timidez, pero claramente orgullosa de lo que debe pensar que es su técnica. A él le parece sexy su redondez juvenil. Tiene una piel suave y al mismo tiempo llena hasta los bordes, como un globo hinchado. Su piel está tensa, casi elástica.

–Mis compañeros de piso son mucho más salvajes que yo –dice ella–.  
¿Alguna vez lo has hecho por detrás?

–Sí –dice él.

–¿Quieres probar? –pregunta como si se tratara de algún tipo de experimento. Y cuando él está detrás, esforzándose, ella cambia de humor.

–Podría ocurrir algo horrible –dice.

–¿Como qué?

–Como que entrara alguien y las cosas se descontrolaran.

–¿Y quién iba a entrar?

–Alguien –dice ella.

–¿Y qué podría ocurrir?

–Que nos obligaran a hacer cosas que no queremos.

Él se detiene.

–¿Quieres que pare?

Ella no contesta.

–¿Estoy haciendo algo que no quieras hacer?

Parece asustada, inquieta por lo que está haciendo.

–No, era por decir, nada más –dice ella, y resopla como si estuviera a punto de echarse a llorar–. Es solo que me cuesta mucho dejarme llevar. Empecemos de nuevo.

–De acuerdo –dice él–. No está ocurriendo nada malo. Pensaba que lo estabas pasando bien.

–Y es verdad.

Empiezan de nuevo. Esta vez él se tumba de espaldas y ella se sienta a horcajadas. Ella llama a eso «sexo adulto» y dice que lo vio una vez en una peli porno.

–Es como montar a caballo –dice ella–. Arriba y abajo. Solo he tenido dos novios y los dos eran más o menos como yo.

Cuando terminan ella se pone de nuevo el sujetador y va medio desnuda a la cocina con el condón usado, lo envuelve en un par de servilletas de papel y lo entierra en la basura.

–Tenía que destruir las pruebas –dice, volviendo por el pasillo.

Regresa a la habitación, se pone a cuatro patas y empieza a husmear en su armario. Es una imagen más bien extraña tal y como está, desnuda de cintura para abajo.

–¿Qué pie calzas? –pregunta.

–Un cuarenta y tres –dice él.

–No, me refiero a números normales, tipo ocho, nueve, diez...

–Ah –dice él–, creo que es un nueve y medio.

–Perfecto –dice ella, rebuscando, y saca al fin un par de zapatos–. Estos eran de mi abuelo –dice, ofreciéndole un par de elegantes mocasines con borlas–. Son de cocodrilo auténtico. Pruébatelos.

Él se los pone, tratando de que no se vean los agujeros de sus calcetines marrones.

–¿Qué te parece?

–Me gusta el contraste: tus calcetines, los zapatos –dice ella–. Él quería que sus zapatos los llevara un buen hombre. He estado esperando hasta encontrar a la persona apropiada. La mayoría de los americanos tienen los pies más grandes.

–¿Creciste aquí? –pregunta él, paseando por la habitación con los zapatos puestos para probarlos, no quiere llevárselos si no le quedan bien.

–No –dice ella–, mi familia es de Utah. Soy un poco distinta de ellos, así que me fui. –Hace una pausa–. En realidad huí, tenía que hacerlo. El mejor amigo de mi hermano hizo lo mismo, nos fuimos juntos a Los Ángeles y luego nos metimos en una historia de la Iglesia de la Cienciología que no salió muy bien y tuve que huir otra vez. Me vine aquí. Este es el primer sitio en el que me encuentro bien de verdad. Soy de ese tipo de personas que necesitan sentirse parte de algo, Disney es una especie de experiencia religiosa para mí, solo que mejor. Realmente me encantan los valores y los personajes. Es un lugar feliz. –Hace otra pausa–. ¿Tienes hambre?

–Estoy muerto de hambre –dice él.

Ella recalienta para él el filete de Hungry-Man y para ella un plato de comida dietética. Se sientan a comer en la cama, rodeados de un reino animal de peluches multicolores.

–¿No te inquieta que algunos de estos animales no sean de su color natural?

–¿Como cuál? –pregunta ella.

–Como el oso violeta –dice él–. O el perro naranja fosforescente.

–No –dice ella, negando con la cabeza–. Me gusta. No me da miedo el color. ¿Qué tal la comida?

–Está bien –responde.

–¿No es lo más divertido del mundo, follar y comer luego?



Él asiente.

–Creo que a esto se refiere la gente cuando hablan del bajón. Es como si me pudiera comer una vaca entera –dice ella, robándole de su plato un tenedor repleto de patatas–. ¿Qué planes tienes para esta tarde? ¿Vas a dar otro paseo por el reino mágico?

–En realidad pensaba ir al desierto, al parque nacional de Joshua Tree, pero ahora sin coche no estoy tan seguro.

–Te puedo llevar yo, si no te importa pagar la gasolina.

–Eso estaría muy bien –dice él–. Gracias.

La autopista de hormigón le relaja: es sosa, poco emotiva y se extiende durante muchos kilómetros.

–Lo bueno del hormigón –le dice a ella– es que no genera baches, por eso es una superficie más suave, y como no tiene surcos en los que se acumule el agua, es también más seguro cuando llueve.

–Qué interesante –dice ella.

Él es incapaz de saber si ella lo ha dicho de verdad o si se está burlando, de modo que no dice más.

–En serio –dice ella–, ¿cómo es que sabes tanto de carreteras?

–Es mi trabajo –continúa él–. La vida media de una carretera de hormigón antes de necesitar reparaciones es de unos veintisiete años, mientras que la de asfalto es solo de quince.

Sigue contándole más o menos todo lo que sabe de carreteras. Compartir la información es relajante, le ayuda a sentirse más cerca de ella.

–¿Ves cuando hay mucha luz? –pregunta.

–Todos llevamos gafas de sol –dice ella–. Las polarizadas van mejor.

Ella le ofrece un par de gafas que lleva guardadas en la visera.

–Ah –dice él–, fantástico. Ahora el mundo es perfecto.

–Son de la tienda de Disney –dice ella–. En Disney están especializados en hacer que las cosas se vean bien.

–Sí, pero ¿cómo sabes luego qué es real? –pregunta él.

–Le das un mordisco –dice ella, riendo.

–Es cierto –dice él–. Tenéis puestos de perritos calientes con forma de perritos calientes, y el otro día me comí un donut en un sitio que tenía forma de donut. Tenéis pizzas por noventa y nueve centavos, Happy Meals, bebidas

gigantes y carreteras que no acaban nunca. ¿Por qué entonces no hay nadie en la calle?

–Es complicado –dice ella–. No creo que nadie sepa del todo bien por qué no hay nadie en la calle. Mi sensación es que a todos les pone un poco nerviosos que les vean paseando sin más, es como si se sintieran fuera de su elemento. Nos sentimos más seguros dentro de nuestros coches, son como nuestros caparazones.

–Entiendo –dice él–. ¿Y qué es lo que te gusta de Estados Unidos?

–Me gusta formar parte de la industria del entretenimiento –dice ella–. ¿Y quién sabe? Tal vez algún día vuelva a estudiar o tal vez siga haciendo lo que hago y me convierta en una directora de atención al cliente o algo parecido. Me parece que hay un montón de oportunidades para alguien como yo. Como puedes ver, se me dan muy bien las personas.

Él asiente.

–Se te dan muy bien.

–¿Y tú qué? –pregunta ella.

–Tal vez empiece a pintar de nuevo –dice él, recordando que de niño le divertía mucho pintar paisajes, pintar los lugares que visitaba con su familia–. Tal vez me dedique a pintar mi visión del mundo, los detalles de las cosas que tengo en el corazón, las fracturas.

–¿Qué es lo que de verdad te ha traído hasta este lugar tan lejos de tu casa?

–He pasado una mala racha –responde él–. Me siento como si no supiera cuáles son mis sentimientos, como si los hubiera dejado atrás. Por eso estoy haciendo este viaje, busco lo que he perdido.

–¿Y lo has encontrado? –pregunta ella con optimismo.

Él se encoge de hombros.

–Dicen que las navidades siempre es una época difícil para la gente.

Él asiente.

–Tal vez todo dependa de cuáles sean tus expectativas. ¿Qué planes tienes tú?

–Suelo salir con mis amigos. Vamos en taxi para poder emborracharnos de verdad. Vamos a algún karaoke y luego hacemos una especie de Santa Claus invisible en el que cada uno tiene su regalo. Es mucho más divertido que cuando era niña. ¿Y tú?

–Suelo cenar con mi abuela.

Deja volar la mente y revive los recuerdos: se ve soplando las velas de cumpleaños, aprendiendo a esquiar entre las piernas de su padre, haciendo un muñeco de nieve. Ve las imágenes en su mente y es incapaz de decir cuál es una fotografía y cuál un recuerdo real, todas están congeladas, secuencia a secuencia, en imágenes sencillas, instantes. Recuerda que cuando tenía unos quince años el marido de su madre se fue durante dos semanas y durante esas dos semanas todo estuvo bien. Cuidó de su madre y de los dos niños pequeños. Se rieron, ella volvió a ser la madre que recordaba, pero luego regresó el marido y la cercanía se desvaneció.

Paran a comprar café y donuts.

–Me encanta esa sensación azucarada cuando conduzco –dice ella–. Beber café y conducir a toda velocidad es un subidón. No sé cómo es en el lugar del que vienes, pero aquí hay mucha gente que prácticamente vive en el coche.

El paisaje empieza a cambiar. Hay menos franquicias, más espacios vacíos y también menos tráfico. El tráfico se va aligerando poco a poco hasta que llegan al parque de Joshua Tree, que es una extraña combinación entre algo más y menos desarrollado de lo que él pensaba que iba a ser. Se incorporan a una carretera más pequeña y pasan junto a un puñado de hoteles de aspecto desastroso, todos ellos con la palabra «desierto» en algún lugar. Hay también bares decadentes con furgonetas baqueteadas en la puerta. En general hay una sensación de que es otro lugar: una especie de última estación, un sitio al que va la gente cuando ha fracasado o cuando necesita una salida. Está descuidado, disperso, y tiene un aspecto severo. Paga la entrada para acceder al parque y siguen conduciendo. Se siente exultante y deprimido a la vez y pregunta si quizá no deberían apagar la radio y bajar las ventanillas.

La brisa es fría, tonificante. Hay algo en ese lugar que hace que se sienta capaz de vaciarse en el desierto. Quiere salir, echarse a correr, pero no tiene ni idea de en qué dirección podría hacerlo.

–¿Te gustaría aparcar y dar un paseo? –propone.

–No soy muy de pasear –dice ella–. Es más... –Alza uno de sus pies para mostrarle que lleva sandalias con plataforma.

–Yo necesito salir –dice él, abriendo la puerta–. Si no quieres esperar, lo entiendo. Ya encontraré alguna forma de volver a casa.

–Oh, no me importa esperar –dice ella–. Puedo conducir hasta desaparecer

y esperar un rato.

Él niega con la cabeza.

–Sinceramente, creo que deberías dejarme aquí. Necesito estar un rato a solas.

–No irás a hacer nada raro, ¿no?

–¿Como qué?

Ella no contesta.

–No me parece bien –dice al final–. No pienso dejarte aquí. No puedo.

Se produce un empate.

–Está bien –dice él–. Dame un par de minutos.

Sale del coche, se aleja, abre sus brazos al mundo, los gira en círculos como si tratara de coger velocidad y empieza a hacer giros y remolinos sobre el mismo lugar, levantando polvo y arena, creando una pequeña nube a su alrededor. Y mientras está dando vueltas una única nube negra se desliza por el desierto y empieza a nevar. Del cielo caen gordos copos de nieve como trozos de servilleta de papel.

Se detiene, abre los brazos todo lo que puede, inclina la cabeza hacia atrás, saca la lengua y trata de atraparlos.

A ella le recuerda algo verle así. Sale del coche y le dice:

–¿Sabes que el verdadero nombre del árbol de Josué es yucca? El nombre de árbol de Josué viene de los colonos mormones que cruzaron el desierto, la forma de los árboles les recordó el episodio de la Biblia en el que Josué alza los brazos al cielo y se pone a rezar.

Ella se pone en la misma postura que él, deja que la nieve se pose en sus brazos abiertos, en su rostro.

–Lo sé porque en mi familia son mormones, por eso me tuve que escapar.

Regresan a Los Ángeles en silencio. Ella le invita a su apartamento para «otra ronda», pero él declina la invitación.

–Debería ponerme en marcha –dice–. Conocí a un tipo en Los Ángeles, el último cowboy, y me dijo que quería llevarme a una misa de Navidad. Creo que espera que vaya esta noche.

Ella le deja en el aparcamiento de Disneyland, el tipo de seguridad ha

localizado su coche. Él se baja del coche con una bolsa de plástico con su botín de Disneyland junto a otras cosas que ella le da como recuerdo.

Se sienta en su coche. Desde lo alto de la estructura del parking tiene una buena vista de los fuegos artificiales de la noche, «Cree en la magia», el castillo de la Bella Durmiente se convierte en un país de las maravillas invernal, el aire se sobrecarga de asombro y magia y al final suenan villancicos y caen copos de nieve. Mientras escucha la música recuerda un viaje a los Alpes cuando era niño, su padre le compró unos pantalones de cuero típicos y le dijo que eran iguales a unos que él tuvo de niño. Se da cuenta de que esa fue la única vez que su padre le habló de su propia infancia. Piensa en la placa de la que la chica le habló esta tarde, su mantra: «En este punto abandonas el día de hoy y entras en el mundo del ayer, del mañana y de la fantasía».

Saca su teléfono y llama a casa. Ella contesta, aunque es tarde ya.

–¿Cómo estáis? –pregunta.

–Estamos bien –dice ella–. Hoy llevé a la bebé a ver a tu abuela... y sonrió.

–Eso está muy bien –dice él. Hay un silencio–. Yo estoy aquí, mirando unos fuegos artificiales frente al reino mágico.

–Eso está muy bien –dice ella.

Hay un nuevo silencio.

–Ya es casi Navidad –dice él.

–Sí –responde ella.

–Volveré pronto a casa –dice él–. Creo que ya tengo lo que necesitaba. –Se da una palmadita en el bolsillo de su abrigo en el que está el billete coloreado que le dio su abuela–. Tengo el billete aquí mismo. Dice que es válido para una vuelta al mundo.

## SÉ MÍA

–Hay algo que no me quieres decir –dice ella.

Él no contesta.

–No soy tonta –dice ella–. No es que no me entere de lo que pasa aquí.

Él se sienta en la cama.

–Estás dejando que yo lo haga todo –dice ella–. Quieres que sea yo quien lo diga.

Él se mira el pecho desnudo y hace juegos con su tripa. Mueve arriba y abajo los músculos como una ola que llega a la orilla.

–Nunca me has querido –dice ella–. Eso es lo que no me quieres decir.

Él niega con la cabeza.

–Es más –dice ella–. Esto no es ninguna novedad. Lo supe desde el principio. No podía ser tan fácil. Si hubiese sido fácil habrías sido como otro cualquiera, capaz de empalmarte pero incapaz de hablar.

A él le caen las lágrimas por el rostro hasta el pecho.

–¿En serio? –dice ella, realmente sorprendida.

–¿En serio? –dice él, levantándose y poniéndose los pantalones.

–Así que eso es todo –dice ella.

Él se pone la camiseta.

–Está bien –dice ella–. Tampoco espero que te pongas ahora de rodillas y me digas que me quieres.

Él se pone los zapatos y la mira.

–No sé lo que es el amor –dice él–. ¿Acaso lo hace más fácil? ¿Lo hace más fácil que no tenga ni puta idea de lo que es el amor?

–De acuerdo –dice ella–, pero no te lo voy a dar así sin más. Quiero algo a cambio.

–¿El qué? –pregunta él.

–Un desayuno.

–¿Y qué pasa con el bebé? –pregunta ella frente al café y la tostada.

–¿Qué bebé?

–El bebé que no hemos tenido.  
–No existe –dice él.  
–Sí que existe –dice ella.  
–En la realidad no –dice él.  
–El bebé existe, solo que no ha llegado todavía.  
–¿Estás embarazada?  
–No es eso lo que quería decir...  
–Entonces no existe –dice él.  
–Existe –dice ella–. Es solo que no hemos hecho la mezcla. No hemos juntado las partes, pero las tenemos todas.  
–Fue un experimento –dice él–. Y el experimento fracasó.  
–No fracasó –dice ella.  
–En realidad no lo intentamos –dice él–. ¿Cómo vamos a tener un bebé si ni siquiera podemos tener una conversación?  
–No es lo mismo –dice ella.  
–Es más difícil –dice él.  
–En realidad no, la gente lo hace todo el tiempo. Si tenemos un bebé, luego tendremos algo de lo que hablar. «¿Ha hecho caca el bebé? ¿Ha sonreído? ¿Ha tenido un buen día en la guardería?»  
–Eso no dura eternamente –dice él.  
–Nada dura eternamente –dice ella.  
–El bebé acabaría creciendo –dice él–. Se iría de casa.  
–Estaríamos en el mismo punto en que estamos ahora, pero tendríamos muchas más cosas en común, toda una vida de recuerdos compartidos. «¿Te acuerdas de cuando vomitó el bebé? ¿Te acuerdas de cuando el perro se comió el zapato? ¿Te acuerdas de cuando el gato cagó en tu armario?»  
–No creo que sea suficiente –dice él.  
–¿Y los nietos? –sugiere ella.  
Él se inclina para besarla.  
–Llego tarde –dice.  
–¿Qué quieres para cenar? –dice ella cuando él sale por la puerta.  
–Lo de siempre.  
–Me estoy haciendo vieja –dice ella por la noche cuando se tumba a su lado. Ella lee un libro, él finge dormir.  
–Hay que vivir el presente –dice él.  
–Más rápido –dice ella–. Hay que vivir como si aumentara la velocidad,

como si cada hora fuera doble, más rápido.

–Empiezas a parecerte a tu madre.

–¿Qué pasa con mi madre?

–Siempre pensaba que se estaba muriendo –dice él.

–Y mira lo que le pasó al final.

–Tenía ochenta y tres años.

–La muerte es la muerte, no importa la edad a la que llegue. Estuvo muy viva hasta que murió. Tócame los dedos, los tengo helados –dice ella.

–Siempre tienes los dedos fríos. Te queda mucha vida por delante.

–¿Cómo lo sabes? –dice ella.

–Me limito a ser sensato, la gente no se muere a tu edad y con tu salud – dice él.

–¿Y qué salud tengo yo? –dice ella.

–Buena salud.

–Me podría atropellar un camión.

–¿Por qué no te pones en mitad de la calle a ver qué pasa? A lo mejor tienes suerte.

–Lo único que quieres es librarte de mí –dice ella.

–Lo único que quiero es dormir.

–Genial. Me pondré en mitad de la calle, pero dudo mucho que nadie me atropelle. Lo más probable es que derrapen y aplasten a algún caniche que pasee por ahí y entonces me sentiré culpable, sentiré que soy una idiota por haberme puesto en medio de la calle. Tiene que haber otra forma.

–Vive sin más –dice él.

Hay un silencio.

–Tus ideas son horribles y encima eres asquerosamente optimista –dice ella–. Piensas que todo el mundo tendría que ser perfecto, como tú.

–Me alegra que pienses que soy perfecto –dice él.

–Yo no pienso que seas perfecto, eres tú el que lo piensa.

Él se vuelve hacia su lado.

–No hagas eso –dice ella–. No seas tan jodidamente condescendiente. – Suspira hondo–. ¿Por qué eres tan molesto?

–¿Yo? –pregunta él.

–Sí, respondes a todas las preguntas con otra pregunta.

–¿En serio?

–Lo has vuelto a hacer –dice ella.



–¿De verdad? No me doy cuenta...

–¿Cómo puede no darse cuenta alguien que está estudiando para ser loquero?

–Compartimento las cosas –dice él–. Trato de separar trabajo y hogar.

–Trabajas en casa –dice ella–. Déjame que te pregunte algo: ¿por qué te casaste con una artista?

–No pensé que fuera una responsabilidad tan grande –dice él.

–¿A qué te refieres con lo de responsabilidad? –dice ella.

–A lo de ser no solo marido, sino también material –dice él.

–¿Te arrepientes? –pregunta ella.

–Bastante –dice él–. Tendría que haberte dado más material con el que pudieras trabajar. Debería haberme comportado de una forma más extravagante.

–¿Cuándo?

–En las cenas, en público, en la cama. Tendría que haberte dado algo sobre lo que pudieras escribir de verdad –dice él.

–¿Ya es demasiado tarde? –pregunta ella.

Pasa la noche.

–Vaya –dice ella al amanecer cuando se da la vuelta y le ve.

–¿Vaya qué?

–No me había dado cuenta de que estabas aquí.

–¿Esperabas a otra persona?

Ella no dice nada.

–Vivo aquí –dice él–. Este es mi lado de la cama.

–No lo ha sido siempre –dice ella.

–¿Qué quieres decir?

–Que antes solíamos cambiar.

–Eso fue hace muchos años y en el apartamento viejo. Uno tenía que quedarse con el lado caliente y otro con el frío, uno tenía que ponerse en el que estaba junto a la ventana y el otro en el que estaba junto a la calefacción. Lo echábamos a suertes.

–¿Por eso hemos acabado así?

–¿Así cómo?

–Contigo durmiendo de espaldas. Antes dormíamos mirándonos a la cara. Te dormías mirándome. O te ponías detrás y me abrazabas.

–Íbamos en tren. Era para impedir que te cayeras –dice él.

–Llámalo como quieras –dice ella, encendiendo la televisión para ver las noticias de la mañana.

–¿Dejas de quejarte alguna vez? –pregunta él.

–No –dice ella, horrorizada–. Eso sería como perder la esperanza.

–O como aceptar que las cosas son como son.

–Tendríamos que comprarnos una mascota –dice ella.

–¿Una mascota?

–Sí, un perro o un gato.

–No sé qué dice el contrato de alquiler sobre lo de tener animales.

Ella se encoge de hombros.

–Necesito ocuparme de algún ser vivo.

–¿Qué tal una planta?

–Algo que pueda mirarme a los ojos.

–¿Y un pez?

–Algo caliente a lo que pueda acunar, algo que me quiera.

–Necesitas más de lo que soy capaz de darte –dice él, sentándose–. Y, por cierto, yo también tengo necesidades. Necesidades que no están satisfechas.

–Vaya –dice ella–. ¿Como cuáles?

–Como la de no tener que atender a alguien que en todo momento quiere algo de mí, como la de no verme asfixiado por una cháchara absurda.

–¿Quieres que cambie de canal? –pregunta ella, señalando la tele.

–No –dice él–. Solo quítale el sonido.

–Sinceramente, era inevitable –dice ella, mirando a la televisión sin sonido.

–¿Lo era realmente? –pregunta él.

–Lo supe desde el principio –dice ella.

–Eso es lo que siempre dice la gente –dice él.

–No es posible que no vieras las señales.

–No todas –dice él.

–No me lo creo –dice ella, acercándose a él, en la cama.

–¿No hay forma de escapar? –pregunta él.

–No la hay –dice ella, acercándose.

–Lamentablemente, por hoy se nos ha acabado el tiempo –dice él.

–Tengo algo que decirte –dice ella–; no pienso volver.

–Lo hablaremos la semana que viene –dice él.

–He conocido a alguien –dice ella.

–Quien ríe el último... –dice él.

–Que te follen –dice ella.

–Ya es la hora –dice él.

Y antes de que ninguno de los dos pueda decir nada más, los labios de él y los de ella se unen, y se comen juntos sus propias palabras.

## UN PREMIO PARA CADA JUGADOR

–Tom, no pretendo ser crítica, pero ¿por qué aparcas siempre tan lejos? Luego tenemos que cruzar el aparcamiento entero con los niños.

–Jane, el coche tiene el tamaño de un barco y me gusta hacerlo con un poco de espacio.

–Papá, ¿qué hace ahí esa bandera americana gigante? ¿Qué significa que hayan puesto la bandera?

–Esa es una buena pregunta –dice Tom, el padre, mientras abre la puerta corredera de su enorme monovolumen y saltan todos fuera.

–Me gusta pensar que significa que están contentos –dije Jane, la madre–. La manita todo el mundo, que es un aparcamiento.

–¿Y cómo pusieron tan alto la bandera? –pregunta Tilda, la niña pequeña.

–Eso sí que lo sé –dice el padre–. Hay un agujero en el techo de la tienda y todas las mañanas alguien sube hasta allí e iza la bandera por el mástil.

–No recuerdo que la bandera estuviera allí la última vez que vinimos –dice el joven Jimmy, de nueve años.

–La semana pasada llovió, cuando llueve no izan las banderas –dice el padre.

–Tom, ¿es cierto lo del agujero? –pregunta Jane–. ¿No es una bandera automáticamente retráctil que se enrolla por la noche y se desenrolla por la mañana con un temporizador?

–Totalmente cierto. ¿Te acuerdas de hace tiempo cuando un tipo tomó como rehén el supermercado entero y empezó a regalar toda la mercancía?

–¿El antiguo empleado insatisfecho?

–Sí, y consiguió que todos los que estaban en la tienda se unieran, empezó a regalarlo todo. La gente iba llevándose todo tipo de cosas y la policía no sabía cómo detener aquello. «Sea lo que sea, cójalo. Se lo ha ganado, ya lo ha pagado en realidad», ese era su lema.

–Uno de esos Robin Hood americanos –añade Jane.

–Exacto, y los policías no querían dispararle, pretendían gasear el lugar pero la gente se amotinó fuera. Dijeron que estaba lleno de víctimas inocentes y que no podían gasear a alguien que ni parecía peligroso ni estaba armado.

–Y al final se rindió. Subió al tejado, quitó la bandera e izó una camiseta blanca XXXL, y vino el helicóptero de la policía y se lo llevó de allí.

–La policía no dispara a la gente en la vida real, ¿no? Pensé que habías dicho que eso solo pasaba en la tele –dice Tilda.

–En principio tienen que hacer todo lo posible para no disparar a la gente – dice Jane.

–¿Viste cómo sucedió? –pregunta Jimmy.

–Lo vi en la tele de casa –dice Jane.

Tom y Jane cogen cada uno un carrito grande cuya parte delantera tiene la forma de un coche de juguete con claxon y luces delanteras y lo empujan a través de las puertas automáticas.

–¿Queréis conducir, niños? –pregunta Jane.

–Soy demasiado grande –dice Jimmy–. La cabeza me da en el techo.

Tilda se sube feliz al carrito de su madre.

Tom mira el reloj.

–Son las nueve en punto –dice; le borbotea el estómago. Es el café, los gofres, el beicon y el tazón de cereales de Tilda mezclados en una especie de batiburrillo de cafeína y carbohidratos lo que le tiene la mente medio aturdida–. En cuanto revelemos nuestra declaración de objetivos pondré el cronómetro en marcha. Tenemos treinta minutos para cumplir nuestra misión.

La luz de la tienda es intensa, unas bombillas fluorescentes que brillan en lo alto. Todos los productos parecen vibrar como si fueran a saltar de las baldas.

–En el orden del juego de hoy la primera persona que consiga todos los objetos de la lista recibirá un premio y el primer equipo (chicos contra chicas) que consiga completar su lista también recibirá un premio. Como ya sabéis, no solo valoramos el número total y la identificación de los artículos como la calidad de la adquisición: ¿está en oferta, viene en el folleto, trae cupones de descuento o forma parte de un paquete con otros artículos? –Tom lee las reglas de un trozo de papel que ha sacado del bolsillo. Ha estado trabajando hasta muy tarde la noche anterior pensando en posibles escenarios para el juego y en sistemas de puntuación.

–¿Cuál es el premio? –pregunta Tilda–. ¿Es rosa?

–Si ganas tú, será rosa –dice Tom.

–¿Tiene pilas y control remoto? –pregunta Jimmy.

–Sí, hijo, si ganas tú, tendrá pilas y control remoto.

–¿Me querrá? –pregunta Tilda.

Nadie contesta.

–Muy bien, niños. Jimmy, tú llevas el busca, si alguien se pierde o necesita instrucciones, ponte en contacto con tu madre o conmigo. Preparados, listos, ya. Que ganen los mejores compradores.

–Tildy, miremos nuestra lista –dice Jane–. Tenemos los comestibles, el detergente y el agua oxigenada, y papá nos ha dado también unas recetas de medicamentos que hay que reponer. Dejemos hecho eso primero. –Mientras dirigen el carrito hacia la zona de las medicinas, Jane ve que el detergente Tide está en oferta–: ¡Píllalo! –le dice a Tildy.

–Pesa mucho.

–Levántalo, bonita. Bien hecho. Genial, ahora vayamos al pasillo y busquemos el Palmolive, coge el que tenga una pegatina amarilla debajo. Coge dos a ochenta y ocho centavos el bote, así conseguiremos más puntos. Espera, tengo que dejar el papel higiénico. Este de veinticuatro rollos gigantes está a mejor precio que los veinticuatro de hoja doble, el gigante es doble y encima tiene medio rollo extra de extensión, y solo cuesta dos dólares más. Eso hacen doce rollos normales por dos dólares, insuperable. Vamos, rápido, coge esos sobres blancos, la caja de cincuenta por un dólar, no cojas la caja de cien por dos cincuenta, eso sería perder cincuenta centavos. –Ponen el carrito en la cola del mostrador de la farmacia–. Yo hago la cola. ¿Puedes ir a buscar la leche? Necesitamos una de cinco litros del dos por ciento y una de medio litro de nata.

–Mamá, tengo siete años.

–¿Quieres decir que te estoy pidiendo demasiado?

–Quiero decir que me des la lista, ¿qué es lo que dice? Leche, nata, cereales.

–Coge los copos de salvado que le gustan a tu padre.

–Los reconozco por la caja –dice Tilda.

–Esta cola va lentísima. Vamos a tener que pedir minutos extra, diremos que es culpa de la tienda –dice Jane, refiriéndose al sofisticado sistema de puntuación que ha elaborado Tom.

–A papá le encanta esta tienda, no nos va a dar minutos extra. Ve al principio de la cola y pregunta a alguien si le puedes pagar para que te cuele.

–¿Qué?

–Quiero ganar. Ofrécele a la persona que está delante cinco dólares para que te cambie el puesto. –Saca un billete de cinco dólares del bolsillo.

–No puedo hacer eso.

–Claro que puedes, mamá. Quiero ganar. Son mis cinco dólares y me los gasto como quiero. Y el premio valdrá más de cinco dólares, diez por lo menos.

–Entonces hazlo tú.

Tildy va hasta el principio de la cola.

–Perdone, estoy en un concurso. Mi madre y yo tenemos que hacer la compra familiar en treinta minutos. ¿Le podríamos ofrecer cinco dólares por cambiarle el puesto? Oh, gracias, muchísimas gracias.

Jane avanza con el carrito, son las siguientes.

–¿Lo ves? Te lo dije –susurra Tildy–. Solo tenías que pedirlo.

–Papá, ¿por qué prefieres Mammoth Mart a los otros supermercados? –pregunta Jimmy.

Tom se encoge de hombros.

–Puedes comprarlo todo de una vez. Lo que realmente me enganchó a la tienda fue cuando compré el ataúd de tu tío Luther. Eso me impresionó. ¿Quién iba a saber que vendían ataúdes?

–¿En qué pasillo?

–Lo hice online. La muerte no es algo que uno se pueda tomar a la ligera o regatear, pero tampoco quería que me estafaran. Y aunque tu madre tiene razón en lo de que no se lo debería haber mandado a casa cuando aún estaba vivo, no me di cuenta de que lo podía enviar al tanatorio hasta que hice clic en «tramitar pedido». Lo bueno es que ya no se daba mucha cuenta de nada.

–¿No vivió otro mes entero con el ataúd en el garaje?

–Pero no sabía que estaba ahí. Lo que sí hacía era mirar constantemente por la ventana su propio coche, que tuvimos que aparcar en la calle para hacer hueco, y preguntar: «¿De quién es ese coche? ¿Quién ha venido a verme?» Creo que hasta le consoló.

–Papá, no tienen neumáticos –dice Jimmy, mirando en la zona en la que deberían estar los neumáticos.

–¿Se han agotado o es que no hay?

–No sabría decirte.

–Preguntaremos en atención al cliente al final, está al otro lado de la tienda. En fin, espero que nunca tengas que comprar porque se ha muerto alguien, pero lo interesante es que comprar el ataúd con antelación me costó novecientos sesenta y nueve dólares. Si lo hubiese necesitado de la noche a la mañana, lo que supongo que le pasa a mucha gente, el precio habría ascendido a cuatro mil quinientos cincuenta dólares exactamente por el mismo producto. Sacan mucho beneficio del sufrimiento.

Jane y Tilda doblan la esquina.

–Papá no lo apuntó en la lista, pero también tenemos que comprar algo para llevar a casa de la tía Francie el día de Acción de Gracias.

–¿Y por qué vamos allí?

–Porque ella no puede salir.

–¿Y por qué no?

–Cariño, es una historia terrible. Su marido le pegaba y ella se deprimió tanto que se puso a comer y engordó de tal forma que ahora no puede salir por la puerta de su caravana, así que vamos a llevarle la comida de Acción de Gracias. Lo que me recuerda que todo debería ser bajo en grasas.

–¿Eso es lo que papá llama «bajo en sabor»?

–Llevaremos salsa picante para él. Tenemos que ayudarla a adelgazar para que pueda salir de su casa y conocer a alguien, alguien que no sea tan violento. Papá cree que deberíamos convencerla para que llevara su caravana un poco más cerca de donde vivimos, estará mejor si tiene a la familia cerca.

–Sí, mamá; ¿qué es lo siguiente en la lista?

–Bolsas herméticas, para aperitivos, sándwich, kilo y cinco kilos.

–¡Mamá, mira a ese señor!

–Tildy, no señales.

–¿Es un adulto o un niño?

–Alguien que se ha quedado a medio camino.

–Parece que ha salido de Blancanieves y los Siete Enanitos. ¿Le puedo tocar?

–Mejor no toques a los desconocidos. –Suena el teléfono móvil de Jane y ella le echa un vistazo—. Es papá, quiere hacer su informe de mitad de juego.

–¿Vas a contestar?



–No, llama solo para regodearse. Esperemos a ver si nos deja algún mensaje. Siempre podemos llamarle luego.

Ella espera un minuto y luego mira su buzón de voz: «Hola, cariño, somos nosotros. Me tomaré como algo positivo que no hayas contestado, tal vez has descubierto algo y ya estás en las fregonas, donde hay poca señal, lo que significaría que vas por buen camino. Jimmy Cricket y yo vamos por delante de las previsiones... Los neumáticos de invierno aún no están a la venta, la oferta de pilas acabó ayer y tenemos vales canjeables para dos artículos, aceite para el coche y para tus medias. Te veo pronto.»

Jane le devuelve la llamada.

–No hay ninguna fregona en mi lista.

–Sí la hay, cariño. Está al final, en la caja del código secreto que puntúa doble.

–Odio este juego, Tom, lo odio.

–Coge la fregona y te veo en la sección de electrónica.

–Vale. ¿Tildy? ¿Dónde se ha metido Tildy? –Para no ponerse más nerviosa Jane cuelga a Tom.

–Tildy, ¿dónde estás? ¿Me oyes? –Aprieta el botón de la alarma de su llavero, lo que hace rugir el oso de peluche de los zapatos de Tilda. Lo oye en la distancia, una baliza rugiente que a veces suena más cerca y otras más lejos. Jane recorre los pasillos arriba y abajo a toda prisa.

–¡Tildy! ¡Tildy! –la llama–. Sal, sal. ¡Un, dos, tres al escondite inglés!

–Mamá, ¿dónde estás? ¿Dónde te has ido? ¿Mamá?

–Tildy, vas a hacer que lleguemos tarde. –Hablan en voz alta, a un pasillo de distancia la una de la otra.

–Pero, mamá, he encontrado lo que siempre había estado buscando. –Tilda aparece al final de una balda sosteniendo en brazos una muñeca envuelta en una sábana blanca.

–Vamos, Tildy, tienes muchísimas muñecas.

–No es una muñeca, mamá, es un bebé de verdad.

Tilda tiene razón. Jane le quita inmediatamente el bebé a la niña. Tilda empieza a lloriquear.

–¿Por qué me lo robas, mamá?

–Es un bebé de verdad. No quiero que se te caiga.

–Lo he llevado perfectamente bien por toda la tienda. ¿Nos lo podemos llevar, mamá? ¿Nos lo podemos llevar a casa?

–¿Dónde lo has encontrado?

–Encima de las toallas. Iba a buscar la fregona y lo he visto. ¿Me lo puedo quedar, por favor, por favor, por favor? Puede ser mi regalo de cumpleaños y de Navidad.

–Tilda, no tenemos tiempo. Tenemos que darnos prisa. Busquemos a papá y a Jimmy. ¿Has cogido la fregona?

Ella niega con la cabeza.

–Ya la cogeremos cuando salgamos. ¡Date prisa! –Tilda empuja el carrito con rapidez mientras Jane sostiene el bebé y corren a toda prisa por la tienda.

–Llegas tarde –dice Tom cuando se acercan.

–Hemos tenido un percance.

–¿Habéis tenido que ir al baño?

–Hemos encontrado un bebé –dice Tilda.

–¿Dónde?

–En la sección de toallas. ¿Me lo puedo quedar? ¿Puedo, puedo? Sería por mi cumpleaños, y Navidad y todo lo demás.

Tom coge el bebé de las manos de Jane y le da la vuelta con delicadeza, revisándolo.

–No tiene código de barras, no creo que esté a la venta. Por lo general los bebés son de alguien.

–De sus padres, por ejemplo –dice Jimmy.

–Sí, pero este no tiene padres. Es huérfano. Me estaba esperando a mí.

–¿Nos puedes enseñar dónde? –pregunta Tom—. ¿Estaba en un carro o en un cochecito?

–Estaba en una balda –dice Tilda, y lleva a la familia al lugar exacto.

En la sección de toallas hay un hueco donde había estado el bebé.

–Alguien lo ha debido dejar ahí un segundo –dice Tom.

–Se podría haber resbalado y caído. Podía haber pasado desapercibido y haber muerto de hambre. Podría... –dice Jane.

–Pero no ha sucedido –dice Tom.

–No es mucho consuelo.

–La madre del bebé debe de estar buscándolo –dice Jimmy.

–O no –dice Tom, desenvolviendo el bebé—. Mira el cordón umbilical, tiene un corte muy tosco, como si alguien lo hubiera hecho por su cuenta.

–Lo tiene para afuera, eso seguro –dice Jane.

–Quizá han dejado al bebé aquí a propósito –sugiere Tom.

–Quizá es de alguien que trabaja aquí –dice Jane.

–Preguntemos –dice Tilda–. Y si nadie lo quiere, nos los quedamos.

–¿Qué vamos a hacer: preguntarle a la gente si echa algo en falta? ¿Si han perdido a su amorcito?

–Lo podrían anunciar por megafonía: «Quien haya dejado un bebé en la sección de toallas acuda, por favor, al pasillo nueve» –dice Jimmy.

–¿Qué hacemos: les decimos que lo anuncien? ¿Y si hay algún pervertido en la tienda? ¿Y si hay un pervertido que reclama el bebé? ¿Cómo os sentiríais entonces? –dice Tom.

–Te puedes meter en un buen lío por robar un bebé.

–No lo estamos robando. Alguien lo dejó aquí porque sabía que a esta tienda viene buena gente, gente amable que puede proveer a un bebé de un hogar y de todo lo necesario –dice Tom.

–Los bebés necesitan ropa y pañales y toallitas y leche de fórmula y una cuna y una sillita para el coche y un carrito y un calentador biberones y un cubo para tirar los pañales –dice Jane.

–Y juguetes –dice Jimmy.

–Yupi –dice Tilda.

–¿Estás preparada para otro bebé? –le pregunta Tom a Jane en voz baja.

–¿Y cuándo se está preparada? –dice ella. Lo que no saben los niños es que Tom y Jane lo han estado intentando. Llevan años intentándolo, casi lo consiguieron el año pasado, pero luego no pudo ser. Jane piensa que el problema es de ella, que se está haciendo mayor. Tom piensa que así es la vida.

Jane dice que ya no vale eso de «así es la vida», que la ciencia lo ha cambiado todo.

–¿Vamos a comprar realmente todas las cosas del bebé? –pregunta Jimmy–. En mi lista no está. ¿Cómo afecta eso al juego? ¿Es un niño o una niña?

Jane desenvuelve al bebé y echa un vistazo bajo el pañal.

–Niño –dice.

–Eso está bien –dice Jimmy–. Al menos es un miembro más para nuestro equipo.

–Antes de nada tenemos que pensar –dice Tom, postergando el momento.

Se vuelve hacia los niños—. Buscad una cámara instantánea y hacedle unas fotos al bebé, que se vea al bebé sobre las toallas, al bebé con el número del pasillo al fondo, y las dejaremos por la tienda con nuestro número de teléfono por detrás. De ese modo, si la madre vuelve, sabrá cómo encontrarnos.

Tilda y Jimmy van a por la cámara. Tom y Jane se quedan con el bebé.

—¿Qué te parece realmente? —pregunta Tom.

—Me parece demasiado fácil. Me preocupa que nos estemos buscando un problema. ¿Qué pasa con todo el tema legal? ¿Qué hay del certificado de nacimiento? ¿Y de la atención sanitaria?

Tom examina al bebé, apoya la cabeza en el pecho del bebé y escucha.

—Parece perfectamente sano. Tal vez la mujer no se dio cuenta de que estaba embarazada, ya sabes cómo son las chicas.

—No, no sé cómo son las chicas —dice Jane a la defensiva.

—Yo digo que lo cambiemos —dice Tom—. Si nos ponemos prácticos, todo lo que compremos al bebé tiene un periodo de devolución de noventa días, así que, aparte del precio de los pañales, los biberones y la leche de fórmula, a nosotros no nos va a costar nada.

—¿Y qué te parece el precio de un infarto?

—Los niños están por la labor —dice Tom.

—Claro que lo están. Son como tú, consumidores hasta la médula. Les encanta la idea de llevarse a un bebé de una tienda, más cosas para comprar. ¿Qué podría ser mejor? ¿Y qué van a decir cuando la gente les pregunte de dónde ha salido el bebé? No les podemos pedir a los niños que mientan.

—Tienes razón, no podemos confiar en que Tilda no vaya a decir la verdad..., es doña sinceridad. Cuando alguien le pregunte de dónde ha salido el bebé dirá sin más que del pasillo nueve.

Tilda y Jimmy regresan con una cámara desechable.

—¿Se puede usar antes de haberla pagado? —pregunta Jimmy.

—Sí —dice Tom—. Guardaremos el envoltorio y la pagaremos luego.

—Hazle una foto al bebé —dice Jane—. Que no salgan personas en la foto, nada que se pueda reconocer.

Vuelven a poner al bebé sobre las toallas y Jimmy hace las fotos. El flash hace llorar al bebé. Tom y Jane miran alrededor, preocupados por si alguien sospecha algo.

—Muy bien, Jimmy y yo nos llevaremos al bebé y pondremos las fotos. Tilda y tú buscaréis las cosas del bebé, recordad que no hace falta que lo

compremos todo hoy, solo lo básico. Nos encontraremos en la sección de electrónica.

–¿Cuánto tiempo tenemos?

–Esta tarde tengo fútbol.

–Pero Tom, también tengo que comprar lo de la comida de Acción de Gracias de Francie. En la lista no has puesto nada de Acción de Gracias. Voy a tener que ir a una verdadera tienda de alimentación, una con productos agrícolas.

–Luego –dice Tom–; primero terminemos con lo que tenemos que hacer aquí.

Tom finge recordar otra cosa que hay que comprar y manda a los niños a buscarla, Jane sabe que tiene algo en mente.

–¿Qué haces? –pregunta.

–Quería un segundo a solas contigo, quiero que sepas que si al final nos quedamos con este bebé, las cosas van a cambiar. Voy a seguir queriéndote, queriéndote muchísimo. Y bueno, ya sabes...

–No, no sé.

–Me siguen gustando los juegos a los que jugamos.

–¿Te refieres a algo en particular?

Él apunta con la cabeza a una anciana que pasa en un carrito motorizado.

Jane se ríe.

Nunca se lo ha dicho a nadie, pero, a veces, las noches de viernes ella y Tom van a una tienda, si no a esta en particular, a otra parecida. Jane cojea llevando un bastón que compró en un rastrillo de segunda mano y Tom entra por otra parte, caminando con un alza en un zapato, un brazo colgante y la gorra de béisbol tapándole la cara. Los dos piden un carrito motorizado para minusválidos y luego se ponen a echar carreras por los pasillos, recordando cuando eran jóvenes e iban a montar en kart o a los coches de choque. Luego hacen una apuesta, ponen un precio y eligen un tema: por ejemplo, diez dólares es lo que cuesta que uno se pruebe algo que el otro le quiere ver puesto. Una vez lo hicieron en PetSmart; fue un poco morboso, pero mereció la pena.

–¿Me he puesto colorada? –pregunta Jane–. Me da la sensación de que me he puesto colorada.

–Solo quiero que sepas lo mucho que te quiero. –Tom saca unas medias de

leopardo del fondo de su carrito—. Noventa y nueve centavos –dice, haciéndolas bailar.

–Delante de los niños, no.

Tilda y Jimmy regresan con unos caramelos de Halloween a mitad de precio.

–¿Esto es lo que querías? –preguntan.

–Sí, gracias. Es una receta de Acción de Gracias para la que hace falta caramelos viejos. –Coge los caramelos y guiña un ojo a Jane—. Y encima están de oferta por cuarenta y seis centavos. Buen trabajo.

–¿Podemos llevarnos esto? –Tilda levanta un teléfono móvil de juguete relleno de brillo de labios—. Pone «Liquidación».

–No está en la lista –dice Jimmy con seguridad.

–Claro que puedes –le dice Tom a Tilda.

Asombrado, Jimmy coge algo para él.

–Si ella puede, entonces yo también.

–¿Puedes elegir algo que no sea una pistola? –pregunta Jane.

Jimmy mira la pistola.

–Dispara nubes de caramelo, una comida sin grasas y ecológica.

–Una pistola es una pistola. Haz caso a tu madre y coge cualquier otra cosa. Hoy todo el mundo se lleva algo. Todos los jugadores tienen premio – dice Tom.

Tom, Jimmy y el bebé se ponen a recorrer la tienda dejando fotos del bebé en lugares aleatorios, incluyendo pantallas de televisión en la sección de electrónica. Se despistan, embobados por el brillo de las televisiones, algunas de ellas más grandes que el cuarto de estar de la casa donde se crió Tom. Las pantallas estallan en colores de alta definición, transmisiones digitales, etcétera, todas están sintonizadas en los mismos tres canales sin ningún orden en particular: una película de acción y aventuras en el espacio, fútbol americano y un programa de cocina.

Tilda y Jane van directamente a la sección infantil y cogen toallitas, pañales, biberones, leche de fórmula, una sillita para el coche, una cuna plegable y unos cuantos vestiditos y juguetes.

Tom se siente atraído por las televisiones, embobado. Acuna al bebé de manera automática pero sus ojos permanecen fijos en las pantallas.

–Me acuerdo de cuando eran en blanco y negro –le dice a Jimmy—. Me acuerdo de que el mando a distancia tenía unos grandes botones blancos

como dientes y que cuando lo apretabas hacía clic. Me acuerdo de que se ponía una antena encima y que sonaba la estática. Me acuerdo de Walter Cronkite, seguramente el último hombre en quien confié. Me acuerdo de escuchar el béisbol en la radio mientras leía un cómic y comía pistachos rojos. Me acuerdo de ir en el coche de mis padres cuando solo existían los cinturones que se ataban a la cintura y nadie los usaba. Me acuerdo de que me mandaban a jugar a la calle por la mañana y me llamaban por la noche para cenar. Me acuerdo de intentar perderme. Me acuerdo del Oso Yogui y del Guardabosques Smith. Me acuerdo de cuando el presidente hablaba como si se dirigiera a la gente. Me acuerdo de Nixon diciendo: «Actué según las leyes políticas que encontré al llegar.» Y me acuerdo de Martin Luther King: «Nuestras vidas empiezan a terminar el día que guardamos silencio sobre las cosas que importan.» Y de Robert Kennedy, aunque no estoy seguro de que lo recuerde cuando aún estaba vivo. «Se aproxima una revolución, una revolución que llegará lo queramos o no. Podemos modificar su carácter, pero no podemos oponernos a su inevitabilidad.» Lo importante era, lo recuerdo, Estados Unidos. Me acuerdo de cuando los políticos tenían una visión, un sueño para la gente de este país y no basaban sus campañas en devolver impuestos si les elegían, tratando en realidad de comprar los votos de la gente. ¿Éramos realmente tan ingenuos como para pensar que aquella devolución de trescientos dólares de George Bush bastaría para cubrirlo todo? Piensa en lo que costó ese voto, piensa en tu plan de jubilación, en tu seguro médico, tu hipoteca, en la diferencia entre tu sueldo y el coste de la vida. ¿Cuánto has perdido y cuánto has ganado?

–¿Con quién habla ese hombre? –pregunta alguien.

–Me está hablando a mí –dice otro.

–Este es mi país –dice Tom.

–Eh, tío, yo estoy contigo –añade otra persona.

–Preséntate a las elecciones. Tienes mi voto –dice una mujer que pasa por allí.

–Y el mío.

La gente empieza a acercarse y a darle a Tom la mano que le queda libre. Un hombre coge el micrófono de la máquina de karaoke y sopla para asegurarse de que está encendido.

–Probando, probando, un, dos, tres. ¿Se me oye?

La multitud asiente. Y con la música de «White Christmas» de fondo

anuncia a todo el mudo:

–Señoras y caballeros, vendedores de todas las secciones, tengo el placer de presentarles al próximo presidente de los Estados Unidos. –Luego susurra a Tom–: ¿Cómo te llamas?

–Tom. Tom Sanford.

–Vendedores. Venid a la sección de electrónica y conoced a Tom Sanford, el candidato del pueblo para la presidencia.

–No puedo presentarme a las elecciones –dice Tom.

–Claro que puedes. Todo el mundo puede. Todavía es un país libre y tienes que conseguir que siga siéndolo. Y además, amigo mío, tienes un don para la gente. Yo seré tu director de campaña. S-A-N-F-O-R-D, ¿se deletrea así?

Tom asiente.

–Tu campaña le devolverá el gobierno al pueblo. Enseguida vuelvo –dice el hombre, y sale volando.

–Qué bebé más adorable –dice alguien–. Tiene tu barbilla.

Tom mira al bebé que lleva en brazos. ¿De verdad tiene su barbilla?

El autonombado jefe de campaña le ha dejado a Tom en las manos el micrófono del karaoke. La gente le mira, espera algo. Como no sabe qué hacer, Tom sigue hablando al micrófono. Cambia la canción de fondo.

–Compramos en tiendas como esta, tiendas más grandes que campos de fútbol, cada una de ellas es como una pequeña ciudad cerrada, nos dejamos la vida y los dólares en estos lugares porque nos dan tranquilidad y satisfacción. Conozco una historia que me gustaría compartir con vosotros hoy aquí. Es sobre una familia que, cuando se quedó sin hogar, vivió en una de estas tiendas durante un año. Eran buena gente, gente trabajadora que perdió su hogar cuando dejaron de pagar su hipoteca de interés variable. Quisieron mantener a sus hijos en el colegio, quisieron mantener a la familia unida, de modo que se hicieron amigos de los guardias nocturnos de una tienda. Para comer se alimentaban de todo lo que ya estaba abierto o dañado de alguna manera, empleaban el jabón que estaba medio derramado. Para el resto del mundo eran una familia como otra cualquiera: sus hijos iban al colegio, jugaban al fútbol y hacían sus deberes en la biblioteca pública, se quedaban allí toda la tarde hasta que cerraba la biblioteca. Lo único diferente es que a las nueve de la noche aquella familia de cuatro miembros iba a la tienda, se



lavaba los dientes y la cara en los servicios y recitaba sus oraciones de rodillas frente a los muestrarios de colchones. No era solo que los colchones fueran buenos, la familia también se sentía segura gracias a que los guardias nocturnos estaban vigilando. Se sentían seguros y cuidados porque su comunidad les apoyaba. La buena noticia es que al poco tiempo fueron capaces de recuperar sus vidas, ahorraron dinero y se trasladaron a un lugar que se pudieron permitir. No voy a deciros cómo se apellida esa familia ni en qué tienda sucedió esa historia, pero os aseguro que es real y que no son los únicos.

La multitud crece. Hay tres y hasta cuatro filas de personas formando un semicírculo frente a Tom. Cuando termina de hablar se quedan allí. Quieren más.

–Esto es lo que quiero saber –dice Tom–. Quiero saber lo que pensáis, quiero saber lo que os preocupa, quiero que me habléis de vuestra familia, vuestro trabajo, vuestra salud y vuestro hogar. ¿Qué es lo que necesitáis del gobierno? Quiero que vuelva a nuestras manos, nosotros somos lo primero. No queremos mandar a nuestros hijos a luchar a guerras en lugares en los que nunca hemos estado, no queremos ir a países en los que no nos quieren y a los que no nos han invitado. Eso no significa que no ayudaremos, estamos siempre disponibles para la ayuda humanitaria y enviar nuestros productos a otros países, pero pensemos antes en lo que podemos hacer aquí, en casa, en cómo podemos ayudarnos a nosotros mismos y a nuestros vecinos. Quiero tener reuniones informales, quiero saber cuáles son los problemas y quiero que me ayudéis a encontrar las soluciones. Nuestros ancestros fueron pioneros e inventores, nosotros también tenemos que serlo, en nuestro mundo, en nuestro tiempo. Es un mundo tan excitante como el de hace cientos de años, nuestras fronteras se expanden científica y tecnológicamente, formamos parte de una sociedad global, interconectada. Este país se construyó con heridas, con trabajo duro. No lo estropeemos ahora, ni lo envenenemos. Tomemos lo que hemos aprendido y pongámoslo a nuestro servicio. Y si acabáis de llegar a este país, es que lo habéis elegido por una razón, porque significaba una promesa para algo más, una vida mejor. Asegurémonos de que os podemos seguir ofreciendo eso a todos y cada uno de vosotros.

–¿Crees en Dios? –pregunta alguien.

–Sí, creo en Dios, y también creo en los cupones de descuento de los

viernes –dice Tom, y todo el mundo ríe.

Jane y Tilda regresan con el carrito repleto hasta los bordes con cosas de bebé y la familia de cinco se reúne mientras la gente levanta los móviles para hacer fotos, grabar vídeos y colgarlos en directo.

Alguien le muestra a Tom la pantalla de un ordenador portátil: es Tom con los televisores de fondo.

–Te he hecho una web. He subido tu discurso a YouTube. Ha quedado genial.

–Gracias –dice Tom, dándole la mano al joven.

Jane mira su reloj.

–El fútbol es a y media –dice–. Jimmy, te vas a tener que cambiar en el coche.

–Estaré disponible para todos vosotros en vivo en la Red las veinticuatro horas del día –dice Tom–. Quiero ser visible, quiero que me conozcáis.

Mientras la familia avanza hacia la caja, la multitud se mueve con ellos.

Tom alza la mano y saluda. Los guardas de seguridad de la tienda rodean a la familia, forman una cadena humana y les escoltan hasta la caja registradora. El bebé llora.

–Parece que han hecho algunos serios destrozos –dice la cajera.

–¿A qué se refiere? –pregunta Tom.

–A que lleva dos carritos llenos. Si quiere abrir una cuenta de crédito instantáneo puede conseguir el cincuenta por ciento de descuento.

–Ya lo hemos hecho dos veces –dice Jane.

–¿Cuántos años hay que tener? –pregunta Jimmy.

–¿Tienes una cuenta bancaria? –pregunta la cajera.

Jimmy asiente.

–Bueno, intentémoslo –dice, y le da un formulario para que lo rellene.

–Guau, ¡mi propia tarjeta de crédito!

–Solo por hoy –dice Jane.

–Compre acciones –le dice la cajera a Tom–. Eso es lo que hay que hacer. Si le gusta ir de compras, compre acciones de la tienda.

–Compraré una participación para el bebé, para ahorrar para su educación –dice Tom.

–Compre cien –dice la cajera.

Cuando se disponen a salir, una mujer se acerca a Jane y le pregunta:

–¿Le está dando el pecho?

–¿Perdón?

–No tengo intención de ser entrometida, soy facilitadora de La Leche League. Nos reunimos las mañanas de los miércoles en el salón comunitario de la biblioteca. Es un bebé precioso. Dele su amor maternal.

Jane no contesta.

–Hemos comprado Otro Amor –dice Tilda, mostrando un biberón de fórmula con base de soja.

Mientras salen de la tienda empujando los dos carritos, la familia avanza rodeada de personas que les desean lo mejor. Hay unas pancartas recién impresas, cortesía del centro de oficina doméstica de la tienda: TOM SANFORD: EL HOMBRE JUSTO EN EL MOMENTO JUSTO. Un helicóptero de las noticias sobrevuela sus cabezas.

Todos los coches del aparcamiento tienen una pegatina blanca, roja y azul en el parachoques en la que se proclama a Tom Sanford como el candidato elegido por el pueblo y para el pueblo. Las cheerleaders del instituto local hacen su espectáculo en el carril habilitado para los bomberos.

–¡Sanford, Sanford ganará! ¡Si él no lo hace, nadie lo hará! ¡A Sanford, a Sanford, nadie le gana! ¡Nada de amigos, nada de colegas, ni siquiera tiene un arma!

El director de campaña lleva la batuta.

–¿Qué tal lo hago? No está mal para treinta minutos de trabajo, ¿eh? Me hicieron un expediente regulador de empleo en una compañía por sobreproducir, lo hicieron amenazando a mis compañeros y con un golpe bajo de la «comunidad corporativa».

La furgoneta de Satellite News frena cuando Tom y Jane están cargando el coche. Tom lee las instrucciones para poner la sillita nueva y trata de ajustarla correctamente. Los reporteros se acercan.

–Aquí nos encontramos en este preciso instante con el candidato del pueblo, recién nombrado en la tienda por sus compañeros compradores. Echémosle un vistazo mientras se desarrolla su vida real.

–¿Cómo se siente? –le pregunta el reportero.

Tom maniobra la nueva sillita del coche.

–Seguro –dice, colocando al bebé en la sillita–. Encantado de conocerte. Me encantaría charlar contigo, pero en diez minutos tenemos partido de fútbol.

Cierra la puerta corredera.

El jefe de campaña está cerca y se echa hacia atrás. El coche de seguridad del centro comercial les escolta hasta la salida, con las luces parpadeando.

–Hoy lo hemos hecho muy bien –dice Jane, echándole un vistazo a la cuenta–. Entramos con dos niños y salimos con tres. Nos gastamos cuatrocientos cincuenta y tres dólares, pero nos hemos ahorrado el cincuenta por ciento y cabe esperar sesenta y siete dólares en reembolsos por correo de cuatro a seis semanas a partir de ahora.

–Y yo tengo una tarjeta de crédito –dice Jimmy.

–Y yo tengo un bebé –dice Tilda.

–Y yo no era más que un currante –dice Tom–, y ahora soy candidato a presidente. –Hace una pausa–. ¿Comprasteis todo lo que había en vuestra lista?

–Yo tengo todo lo imaginable –dice Jane–, menos el pavo.

## PUNTO OMEGA\*

Es el típico día con el que habrían soñado los granjeros, cuando aún eran granjeros. El cielo es azul brillante, las plantas son de un verde recién estrenado, la brisa es tan fresca y limpia como si la noche anterior la hubieran lavado, secado y planchado a conciencia. Es el típico día que no se olvida jamás.

–No había habido un día tan bonito desde que naciste –le dice Mary Grace Mahon a su nieta.

–No me conociste el día en que nací –dice Ruby.

–Claro que sí –dice Mary Grace, poniéndose un pasador en un pelo tan blanco, sedoso y trenzado como un pretzel.

–No es posible –dice la niña, retorciendo su propio pelo negro y sedoso hasta dejarlo con forma de pretzel, como el de su abuela.

–En el fondo de mi corazón supe que llegarías pronto –dice Mary Grace.

–Nací en China, abuela. Ni siquiera la gente de China sabe el día en que nací, y el día en que nací mamá ni siquiera sabía si quería adoptar una niña.

–Yo lo sabía –dice Mary Grace–. Lo supe en todo momento. Incluso antes de que naciera tu madre, supe que acabarías viniendo con nosotros.

–¿Por qué lavas las frutas de cera? –pregunta Ruby, cambiando de tema.

–Porque primero se llenan de polvo, luego se ponen pegajosas y al final acaban pareciendo peludas.

–¿Y por qué tienes fruta de cera? –pregunta Ruby.

–Porque las apariencias son importantes –dice Mary Grace–. Me gusta que el cuenco esté lleno.

–Yo era mayor cuando mi madre me abandonó en el orfanato –dice Ruby.

–¿Cómo de mayor? –pregunta Mary Grace.

–Entre nueve y diez años –dice la niña.

–Pero si ahora tienes siete –dice Mary Grace.

Ruby se encoge de hombros como si eso fuera irrelevante.

–Vine de China en una caja. Me pasé llorando todo el camino. No fue

precisamente bonito –dice.

–Viniste de China en el regazo de tu madre –dice Mary Grace–. Yo estaba ahí. La acompañé en el viaje. Éramos tú, tu madre y yo, tres generaciones de mujeres Mahon volando hacia los Estados Unidos, fue como si la vida cerrara un círculo.

Lo que no cuenta es que en China la gente la miraba como nadie la había mirado nunca. «Qué interesante», decían y ella contestaba: «Mucho», y lo dejaba ahí. «Aquí tiene a su hija», dijeron, y le dieron la niña a su hija Eliza.

–¿Por qué me dejó mamá en aquella caja? –pregunta Ruby.

–La caja era todo lo que tenía. Pretendía mantenerte a salvo. –Mary Grace va a la cocina y saca una caja pequeña de madera para el transporte de naranjas–. Si pones un poco de papel de periódico o una manta aquí podrías llevar un bebé perfectamente a salvo.

Ruby coge la caja que le ofrece Mary Grace, la forra con servilletas de la mesa del comedor y pone la fruta de cera en la caja. Luego deja la caja en el centro de la mesa del comedor.

–¿Están cómodas así? –pregunta.

–¿Hablas con la fruta? –pregunta Mary Grace.

Ruby no contesta.

–Te quiero preguntar algo. ¿Qué significa eso de que hoy es el día profesional en tu colegio?

–Es un día de instrucción para los profesores –dice Ruby.

–¿Es que no están ya instruidos?

Ruby mira al techo.

–Hacen cosas especiales como preparar el menú de la cafetería para el resto del año, y también hacen ejercicios de vinculación.

–¿Qué hacen, se pegan unos a otros? –pregunta Mary Grace.

Ruby mira los dibujos del mantel de la mesa del comedor.

–¿Por qué no hay fotos de tu padre?

–Murió antes de que yo naciera –dice Mary Grace.

–Eso no es cierto –dice Ruby.

–¿A qué te refieres?

–A que una vez me enseñaste una carta que escribió –dice Ruby.

–De antes de que yo naciera –dice Mary Grace.

–Decía: «Gracias por la fotografía de nuestra hija Mary Grace» –dice Ruby.

–Tienes buena memoria –dice Mary Grace, llevando a Ruby hacia la ventana de la parte trasera–. Mira los pájaros –dice, señalando el comedero–, cada día están más y más grandes, ¿no te parece?

La niña los mira atentamente.

–Puedo ver cómo crecen –dice.

–Míralos –dice Mary Grace. Los pájaros que estaban picoteando su comida se dan cuenta de que los están observando y se detienen, giran sobre sí mismos, ladean la cabeza y abren las alas, para exhibirse. Luego se vuelven hacia el cristal y miran fijamente a Mary Grace y a Ruby con sus pequeños ojos brillantes.

–Me pregunto qué es lo que verán cuando nos miran –dice Mary Grace.

–Monstruos –dice Ruby.

Un hombre que no es joven pero tampoco exactamente viejo y que lleva un sombrero negro con gemas en el ala –lo que le da un aspecto entre cowboy y predicador– entra en la tienda de la gasolinera de Paul, con los zapatos oliendo a gasolina.

–No sabría decir si odio o me encanta el olor de la gasolina –dice el tipo.

–Al final se acostumbra uno –dice Paul.

–Ya empieza a hacer calor –dice el tipo.

–Siempre es igual.

–Luego hará frío otra vez –dice el tipo.

–Así es –dice Paul.

–Y luego calor de verdad.

–Pasa todos los años –dice Paul.

–Es confuso.

El tipo le echa un vistazo.

–Aquí las cosas parecen distintas. Por un lado, hay lo necesario para que las cosas sigan igual, por otro lado es inevitable que cambien.

–He cambiado algunas cosas de sitio –dice Paul.

–¿Por qué ya no vende patatas fritas?

–El problema no era venderlas o no. El problema era yo, que no podía parar de comerlas, era incapaz de controlarme: Pringles, Cheetos, Doritos, primero era una bolsa, luego dos... Cuando por fin me deshice de ellas me

comía cuatro o cinco bolsas al día, siempre estaba sediento. Ahora vendo fruta deshidratada.

—¿Y la compra alguien?

—No, pero al menos no me la como yo. Me suena su cara —dice Paul, levantando la manguera de gasolina.

El hombre inclina la cabeza alegremente hacia un lado.

—La gente dice que tengo un parecido asombroso, tanto físico como filosófico, con Voltaire, lo que no me sorprende en absoluto, porque fue un primo lejano.

Paul niega con la cabeza.

—No me suena.

El hombre le ofrece la mano.

—Me llamo Peter —dice.

—Yo soy Paul —dice Paul, dándole una mano grande y delicada al mismo tiempo.

Peter mira algo sobre el mostrador.

—¿Pertenece eso a la Unidad?

—No exactamente.

—¿Me da una pista?

—Si lo supiera con seguridad se lo diría —dice Paul—. Lo encontré en el sótano de mi madre. Tiene todo tipo de cosas ahí abajo. Es como una especie de artefacto de una excavación arqueológica. Creo que es el equipo de radioaficionado de mi padre.

—¿Lo encontró en su sótano?

—Sí, ni se imagina lo que se puede llegar a encontrar ahí —dice Paul.

—Por supuesto —dice Peter, sonriendo como si supiera muchísimo de sótanos.

—Estoy por armarlo entero y encenderlo. Ahí fuera hay mucha gente en el aire con ganas de hablar. Estoy pensando en poner una pequeña emisora de radio donde antes tenía las patatas fritas. —Paul le echa un vistazo un poco más atento al tipo—. ¿Su padre trabajaba en la fábrica?

—No —dice el tipo.

—Como ha mencionado lo de la Unidad, he pensado que tal vez sí.

—No —repite Peter—; nunca vio la Unidad. Es una de esas cosas que uno oye continuamente de niño, pero que nunca sabe si son ciertas o no.

—Mi padre trabajó en la fábrica durante veinticinco años y luego abrió esta



gasolinera. Trabajaba en el artefacto. Así es como lo llamaban cuando nadie quería llamarlo por su verdadero nombre: la bomba. Estaba orgulloso, solía comentar que estaban haciendo algo muy especial, algo que iba a cambiar el mundo, una especie de regalo de Navidad gigante. Yo siempre me imaginé algo grande y redondo envuelto en papel de plata coloreado, como esos en los que envolvían el chocolate –dice Paul.

–Como los de los huevos de Pascua –dice el tipo–. Mi padre murió el domingo de Pascua de 1955. Nunca le conocí porque se suponía que los sacerdotes no debían tener hijos.

–Hicieron el detonador –dice Paul–. Todo era entusiasmo hasta que la lanzaron, luego nadie dijo una palabra. Silencio –dice Paul.

–Silencio total –dice Peter. Los dos respiran hondo.

–Capacidad infinita –dice Paul–, ese era el lema de la fábrica. Pensaban que sabían lo que significaba. Mi padre ya nunca fue el mismo después de aquello, al menos eso es lo que decía mi madre. Yo era demasiado joven para recordar nada. No creo que supieran lo que estaban haciendo. No eran científicos, eran técnicos.

Los dos hombres se quedan en silencio. Peter mira hacia el aparato de televisión que está sobre el mostrador. Dan un partido de béisbol.

–¿Quién gana?

–Los otros –dice Paul–. ¿Quería solo gasolina o alguna cosa más?

–Me voy a llevar también un par de bolsas de frutas deshidratadas y una bolsa de palomitas. ¿Cómo es que sigue vendiendo palomitas?

–Odio el ruido que hacen al masticarlas, es como poliestireno. –Paul le da una bolsa al tipo–. A esto invito yo.

Cuando está a punto de salir, el tipo se mete la mano en el bolsillo y le tira a Paul una moneda.

–Le dará buena suerte.

–Una moneda de medio dólar –dice Paul, dándole vueltas en la mano–. Hacía mucho que no veía una de estas. Antes nos las traía el hada de los dientes.

El forastero sonrío y le brilla un borde dorado en los dientes.

–El hada de los dientes –dice–. Eso sí que es un oficio.

–Tengo que darle el cambio –le dice Paul al tipo–, o al menos más palomitas.

Agarra unas cuantas bolsas del mostrador.

–No me debe nada –dice Peter. Al salir las gemas del ala reflejan la luz y de su sombrero brota un arcoíris.

Cuando ya van por la séptima entrada, Paul ve a alguien en los surtidores con un abrigo negro de tres cuartos intentando llenar una botella de dos litros. Sale a toda prisa.

–No se puede llenar una botella de Coca-Cola con gasolina. Nos va a mandar a todos al otro barrio. Mírese, en cualquier momento va a provocar un accidente.

–Camino buen rato venir a su gasolinera saludar y ¿así me recibe? –El hombre es chino y habla con un acento muy marcado–: Estoy sin gasolina en rizo serrano. Mi coche parado mitad carretera... Camino desde allí.

–¿Rizo serrano? –pregunta Paul.

–No risa –dice el chino–. Tengo acento. Usted también acento y yo no río. Mi vida terrible, labio leporino, mala operación. Voy donde voy, gente como usted. Su padre tendría vergüenza. Su padre buen hombre abierto todo el mundo, usted como gente hoy..., como toda gente.

–¿Conoció a mi padre?

–Claro que le conocí. Por eso vengo hoy. Su padre arregla coche a mi padre hace cuarenta años, y ahora fecha nefasta mi coche rompe ahí abajo mismo lugar que mi padre. ¿Cuántas posibilidades eso ocurra?

–Muy pocas.

–Eso digo yo –dice el hombre.

En el suelo, junto al hombre, hay un enorme maletín negro, como un muestrario o el portafolios de un abogado.

–Ha dejado el maletín sobre un charco de gasolina –le dice Paul.

–No importa –dice el hombre–. Maletín parece plástico pero es piel toro muy fuerte.

–¿Cómo se llama? –pregunta Paul.

–Walter –dice el hombre–. Todos me llaman Walter.

–Walter, le ayudaré con su coche. Tengo una sobrina china –dice Paul, pensando que hace una buena acción.

–Usted y el mundo entero –dice Walter, cargando su maletín y entrando en la tienda de la gasolinera.

Suena el teléfono de la tienda. Paul lo coge.

–Soy tu hermana –dice Eliza, su hermana. Eliza tiene una tienda de flores en el centro con un cartel en el escaparate que dice «Solo con cita previa». No le gustan las sorpresas.

–¿Puedo llamarte en un rato? –pregunta Paul.

–¿Por qué?

–Tengo a un tipo aquí.

–¿A quién?

–A un tipo.

–¿Qué clase de tipo?

–La clase de tipo que tiene un problema con el coche.

–¿Y por qué no me dices eso directamente?

–Es lo que he hecho.

Tapa el auricular con la mano y susurra en voz alta:

–Es mi hermana, habla mucho.

–No prisa –dice el hombre–. He llegado donde iba.

–Tenemos que hablar de tu madre –dice su hermana.

–¿Por qué dices «mi madre»? ¿es que no es tu madre también?

–Cuando ocurre algo malo es tu madre, ya lo sabes.

–¿Qué ha pasado?

–Está perdiendo la cabeza.

–Tiene noventa y tres años. Es algo inevitable.

–No me refiero a que esté senil, sino a que sabe demasiado.

Él apaga la televisión del mostrador.

–¿A qué te refieres?

–Esta mañana, cuando he dejado a Ruby, ha dicho unas cosas que por un lado no tenían ningún sentido, pero por otro parecían perfectamente lógicas, o más que lógicas..., era como si supiera algo. Hablaba del tiempo y de cómo el tiempo permite saber en qué época del año está una pero que en la actualidad cualquier día podría ser cualquier día del año... y luego se ha puesto a hablar de los murciélagos y del síndrome de las narices blancas y de la extinción de las colmenas de abejas y de cómo todo está más interrelacionado de lo que creemos y que ya no podemos hacernos los tontos mucho más tiempo, y luego ha dicho ¿verdad que sí?, y me ha mirado como si todo fuese culpa mía.

Paul juega con la moneda de medio dólar que Peter le ha dado antes.

–No sé muy bien qué decirte, todo lo que me cuentas suena a normal y este

tipo que está aquí necesita que le eche una mano. ¿Podemos hablar más tarde?

–Ven a casa.

–No puedo dejar la gasolinera.

–Iré yo entonces.

Walter compra unas bolas de chicle en una vieja máquina de peniques que hay en la esquina.

–No sé si debería comerse eso –dice Paul–; está más duro que una piedra.

–Me gusta –dice Walter–. Bola chicle con suerte escrita: «Tenga un buen día.» Recuerdo esta máquina, hace mucho misma máquina vendía puñado pequeño cacahuets.

–Así es. En la época de mi padre esa máquina vendía cacahuets salados. Me encantaban los cacahuets. Deje que busque mis llaves. Cargaremos una lata de gasolina y le llevaré hasta su coche. ¿Dónde me ha dicho que se le ha estropeado?

–Rizo serrano –dice Walter despacio, y esta vez Paul escucha con atención.

–¿Giro cerrado?

Paul lleva al chino en su coche y durante el trayecto le cuenta la historia de cómo la familia Mahon se dedica a la reparación de vehículos desde que Ransom Olds y Henry Ford empezaron a fabricarlos.

–De hecho, mi abuelo y sus hermanos solían vender cubos de agua justo ahí arriba, en el giro cerrado, a los coches a los que se les sobrecalentaba el motor. Subían cubos por el sendero de los mohicanos, a cinco centavos el cubo. Al bajar cogían arándanos, arándanos calientes por el sol, repletos de sabor. ¿En qué me dijo que trabajaba?

–Soy repartidor bajo perfil, trabajo de avanzadilla. Voy y vengo.

En el Holiday Inn del centro, hay dos hombres chinos con el mismo abrigo negro de tres cuartos que Walter, registrándose en el hotel. Les dan una habitación con dos camas dobles. En cuanto se abre la puerta se quitan los abrigos y hacen unos ejercicios de gimnasia, saltan de una cama a otra, dan volteretas. Son exgimnastas y fisioculturistas, levantan las camas por encima de las cabezas para ejercitarse.

De regreso en casa, Mary Grace prepara el almuerzo para Ruby.

–¿Quieres que te cuente una historia?

–¿Qué tipo de historia? –pregunta Ruby.

–Una historia de verdad –dice Mary Grace.

–¿De no ficción?

–Sí.

–¿Significa eso que es real?

–Es una historia que no le he contado a nadie.

–¿De qué va?

–De nosotras.

–¿No se la has contado a nadie? ¿Ni siquiera a mi madre?

–Ni siquiera a tu madre.

–¿Es un secreto?

–Lo era, hasta ahora.

–Mi madre no cree en los secretos.

–Ni yo tampoco. Tal vez haya una diferencia entre un secreto y algo que sencillamente no se ha contado aún.

–Te escucho –dice Ruby.

Mary Grace respira hondo.

–Mi padre era chino. –Ruby la mira con sospecha, como si bromeara–. Nació en China en 1860.

–¿Y sus padres eran chinos?

–Sí.

–¿Lo sabe mamá? –pregunta Ruby, un poco nerviosa de pronto.

–No, no lo sabe.

–¿Cómo es posible?

–Porque nunca se lo he dicho.

–Cuéntame más –dice Ruby.

–La familia de mi padre eran unos granjeros pobres de China. Mi padre vino en barco a California para vivir con su tío cuando cumplió diez años. Cuando la fábrica de zapatos de aquí se puso en huelga, vinieron setenta y cinco chinos de San Francisco a la ciudad para trabajar en la fábrica.

–¿Tu padre era uno de ellos?

–Sí, se hizo amigo de una familia local y enseguida empezó a trabajar para ellos. Cuando esa familia se trasladó al sur, a Florida, él también se fue con

ellos. Tu bisabuela, que era amiga de una de las hijas de la familia, también se fue a Florida. Ella y mi padre estaban muy unidos.

–¿Se casaron?

–No, nunca se casaron.

–¿Y a ella qué le gustaba de él?

–Era muy inteligente, siempre estaba inventando cosas y era muy amable con los animales. Tenía un caballo con el que hablaba como si fuera una persona. A mi madre también le gustaba eso.

–El abuelo también inventaba cosas –dice Ruby.

–Sí, así es.

–Te habría caído muy bien –dice Mary Grace–. Pasó algún tiempo y mi madre se dio cuenta de que iba a tener un bebé. Se compró un billete de tren y una alianza de oro y volvió a casa embarazada.

–¿Y por qué se compró una alianza?

–En aquella época no era apropiado que una mujer tuviese un bebé por su cuenta. Cuando la gente le preguntaba: «¿Dónde está tu marido?», ella decía: «Murió en la guerra.»

–¿Qué guerra?

–La Primera Guerra Mundial.

–¿Por qué no se casó con tu padre y vivieron felices para siempre?

–Porque la gente no era tan indulgente entonces –dice Mary Grace, dándose cuenta de que hay ciertas cosas que no son fáciles de explicar–. Y como estaba muy embarazada y cansada de esperar a que llegara el bebé, salió a dar un paseo y no paró de caminar y caminar. Caminó hasta lo alto de la montaña, y alrededor de la montaña y bajó de la montaña, y cuando estaba bajando llegó el bebé.

–¿Eras tú? –pregunta Ruby.

–Sí.

–Y cuando me vio la gente, dijeron que mi cara era un poco rara. «Es la cara de sufrimiento», respondía mi madre, «su padre murió antes de que naciera.»

Ruby mira a su abuela.

–Yo creo que tienes una cara bonita. Vieja, pero bonita.

–Gracias –dice Mary Grace.

–¿Llegaste a conocer a tu padre?

–No, murió hace mucho tiempo, pero me dejó algo.

–¿El qué?

Mary Grace abre la mano.

–¿Una naranja?

–Mi padre era conocido como «el mago de los cítricos». Inventó la naranja que comemos hoy.

–¿Y cómo lo hizo?

–Mediante polinización cruzada. Combinó la fuerza de diferentes plantas, algo que aprendió de sus padres y de la observación de las abejas, y consiguió crear una naranja que no se helaba en las noches de frío.

Deja caer la naranja en las manos de Ruby.

–No está mal la historia, ¿eh?

Ruby asiente.

–¿Comemos en la mesa del comedor o afuera bajo el manzano?

–Me dan miedo las abejas –dice Ruby.

Mary Grace abre la puerta trasera.

–Y a las abejas les das miedo tú –dice, dándole a Ruby un plato y un vaso de leche.

Salen de nuevo. Mary Grace está preocupada por el clima, por el hecho de que todo está desordenado.

–Las hortensias y las peonías han florecido muy pronto este año –dice–. Hay algo que se está apoderando del patio, está venciendo al manzano. Mira –dice–, se puede ver ya, es algo oscuro que viene de las profundidades, algo que se expande. Todo es vulnerable –dice, negando con la cabeza–. Cuando éramos niñas esta valla no estaba aquí y solíamos ir de puntillas hasta la puerta de al lado y robarle manzanas al señor McGregor. El truco era coger todas las que pudieras antes de que se diera cuenta.

–¿Vivías en esta casa cuando tenías mi edad?

–Sí, me mudé al casarme y regresé cuando mi madre empezó a decaer.

–¿Cuántas manzanas cogías?

–Todas las que podía llevar.

–¿Te metiste en líos?

–No, creo que siempre que nos las comiéramos no le importaba que nos las lleváramos, pero al señor McGregor le divertía asustarnos.

–¿Cómo hace las manzanas el manzano?

–Para que salgan las frutas se necesitan dos tipos distintos de manzanos

uno junto al otro. Las abejas llevan el polen de un árbol al otro, un árbol solo es estéril.

–Entonces –dice Ruby–, si tu padre era chino, ¿significa eso que mi madre y el tío Paul también lo son?

Mary Grace asiente.

–¿Y lo saben?

–No.

–Deberíamos decírselo.

–Deberíamos –dice Mary Grace.

–Esta noche –dice Ruby–. ¿Cuántos años tienes?

–¿Por qué lo preguntas?

–Me ha entrado curiosidad por saber cuántos sándwiches de mantequilla de cacahuete te has comido en tu vida.

–Tiene gracia –dice Mary Grace–. Solo como mantequilla de cacahuete cuando estoy contigo.

–¿Qué hora es en China?

–¿Ahora mismo?

Ruby asiente.

–En China ya es mañana.

Por la tarde el viento se agita, se vuelve cálido, insistente, turbulento, levanta todo lo que encuentra por delante, hace girar las cosas alrededor de las casas, los árboles, la ciudad, las lleva hasta la montaña en una especie de danza rítmica, resuelta, zigzagueante, como si tratara de agitar algo, de encontrar un consuelo.

Eliza irrumpe en la tienda de la gasolinera con un jarrón con flores.

–¿Son para mí? –pregunta Paul.

–Para Parker, pero no las quería dejar en el coche, está caliente.

–¿Parker, el tipo del cementerio? ¿El que tiene un tatuaje de Jesús en la espalda?

–El mismo. Antes de morir el señor Houghton le dio a Parker dinero suficiente para que comprara flores para poner en la tumba de la señora Houghton a perpetuidad.

–¿Y qué pasa con tu madre, que te tiene loca? –pregunta Paul.

–No lo sé exactamente. Se trae algo entre manos con esa mirada petulante,



esa mirada de «sabelotodo», esos labios fruncidos como si hubiese vivido tanto tiempo que el propio Dios la hubiese contratado como asistente personal.

Paul no contesta.

–Y además está muy organizada, como si estuviera...

–¿Preparando un viaje? –pregunta Paul.

–Algo así –dice Eliza.

–¿Qué va a hacer? ¿Huir? Yo lo único que veo es tu propia ansiedad. Cada vez que mamá o papá intentaron salir de la ciudad, aunque fuera para ir a Pittsfield, estuviste a punto de desmoronarte. Durante cuarenta y cinco años no ha habido nadie de esta familia que haya sido capaz de alejarse unos pocos kilómetros del campamento base.

–Todos tenemos nuestros límites –dice ella.

–No sé cómo conseguiste llegar hasta China y volver –dice él.

–Valium –dice ella–. Valium y mamá. ¿Qué es eso de ahí? –dice, señalando la vieja caja de metal que hay junto al mostrador.

–Es la pregunta del día. Sea lo que sea, todavía funciona.

Paul lo enciende, se ilumina la luz roja y a continuación brilla como una cereza sumergida en ginger ale–. Es algo que hizo papá. Lo encontré en el sótano.

–No es de la Unidad, ¿no?

Él niega con la cabeza.

–No creo –dice él–. Nunca supiste lo que era la Unidad, ¿verdad?

–En realidad no –dice ella–. Cada vez que papá hablaba de eso, mamá le hacía callar. Siempre pensé que tenía que ver con sus partes.

–Él lo llamaba la Unidad y a veces el pacificador –dice Paul.

–Sea lo que sea, lo más probable es que siga en el sótano –dice Eliza recogiendo el pelo negro con algunas canas en una coleta.

–Esto de aquí es algún tipo de receptor, una especie de aparato de radioaficionado. Me gustaría montarlo, encenderlo y ver si encuentro a alguien «conectado» al viejo estilo.

Lo apaga y lo vuelve a encender. La luz roja brilla con un poco más de intensidad.

–¿Te parece prudente encender cosas cuando no sabes ni para qué sirven?

–¿A qué te refieres? ¿Crees que si enciendo esto se va la luz en China?

–Nunca se sabe.

–A lo mejor alguien me llama de pronto, una voz del pasado.

–Tal vez estés emitiendo una señal –dice Eliza.

–Y tal vez alguien me envíe a mí una señal como respuesta. –Paul enciende y apaga la máquina una y otra vez–. ¿Te acuerdas de cómo papá y yo siempre estábamos construyendo cosas con nuestros soldados?

–Cómo olvidar ese olor a plástico derretido y quemado y todos esos humos tóxicos que subían por las escaleras... Creo que ahí empezaron mis dolores de cabeza. ¿Dónde están las patatas fritas? –pregunta ella, mirando a su alrededor.

–Me las comí –dice Paul.

–¿Todas?

–Casi.

–Esperaba que tuvieras patatas –dice ella–; me apetecían.

–¿Quieres fruta deshidratada? –dice él, ofreciéndole un poco.

–No, gracias.

Paul le lanza su moneda de medio dólar. Eliza la coge y le echa un vistazo.

–¿Te ha hecho una visita el hada de los dientes?

–Tal vez –dice Paul.

Ella se tapa los ojos con las manos.

–Hay demasiada luz, brilla todo demasiado, es como si el día hubiese sobrepasado la luz y hubiese estallado en tecnicolor.

–¿Ves arcoíris? –pregunta Paul, pensando en el hombre del sombrero que entró antes en la tienda.

–Me está dando una de mis jaquecas. ¿Puedo usar tu teléfono?

Eliza va hasta el viejo teléfono de monedas y marca el número de Mary Grace.

–¿Dónde estás? –grita Mary Grace–. ¡Apenas te oigo!

–Te llamo desde el teléfono de la gasolinera. No han cambiado el teléfono en treinta años, lo que me sorprende es que funcione todavía. Te llamo para saber si te puedes quedar con Ruby esta tarde. Me está dando una jaqueca.

–No te preocupes por nosotras –grita Mary Grace–. Ve a casa y tumbate. Conduce con cuidado, creo que se acerca una tormenta. –Mary Grace cuelga y se vuelve hacia Ruby–. Tu madre tiene jaquecas desde niña. Creo que son cosas que sabe pero que le gustaría no saber, es la forma que tienen de salir de su cabeza. Tu madre es muy lista.

–Igual que yo –dice Ruby.

–Igual que tú.

De camino a casa, Eliza para en el cementerio. A lo lejos dos hombres cavan una tumba. Cerca de allí, Parker, sin camisa, está a cuatro patas con una podadora pequeña cortando el césped que hay alrededor de una lápida, como si estuviera haciendo un corte de pelo o un afeitado. El lustroso sudor de su espalda cubre un enorme tatuaje bizantino de Jesús, y refleja la luz de la tarde de tal forma que Eliza tiene la sensación de que la cara de Jesús la mira fijamente, reprochándole algo.

–¿Quién ha muerto? –pregunta, señalando hacia los enterradores.

–No lo sé aún –dice Parker.

–Aquí están tus flores –dice ella, dándole el jarrón.

–Gracias –responde Parker, dándose la vuelta y buscando la cartera para pagarle. Tiene el pecho y los brazos cubiertos de tatuajes, historias que esperan que alguien las cuente.

–Qué tiempo más raro –dice ella, por charlar de algo.

–Sí –dice él–, hay algo en el aire, son como unos pequeños copos invisibles, esquirlas de luz que caen sobre las cosas.

Cuando se reanuda la brisa un murmullo muy ligero y musical cubre las colinas, casi como un cántico. Empieza de una manera muy suave, luego aumenta de volumen cada vez más y se detiene como si necesitara tomar aire para empezar de nuevo, un murmullo como el de una brisa, como un cántico budista.

La viuda del otro lado de la calle llama a la puerta de Mary Grace.

–Estamos dispuestas –dice la viuda.

–Es demasiado tarde para que nieve, pero demasiado pronto para las plagas –dice Mary Grace, poniendo a hervir la tetera. Ruby, que juega en el suelo de la cocina, no se pierde ni una palabra.

–Cuando las plagas nos asedian –dice la viuda–, la salvación está próxima.

Mary Grace no dice nada. ¿Qué se puede responder a eso? La viuda continúa:

–¿En qué época del año estamos, en la cosecha?

–Primavera –dice Mary Grace.

–¿En serio? –La viuda mira el calendario que Mary Grace tiene colgado en la pared–. ¿Me he perdido la Navidad? –Niega con la cabeza–. Cuando se

vive lo suficiente se acaba viendo de todo: la gran nevada, la lluvia sin fin, el gran incendio, el temblor antes del amanecer, la desaparición de los árboles, el ruido blanco. Siempre hubo gente que sabía y gente que no quería saber – dice, y chasquea la lengua.

Las dos mujeres han vivido mucho tiempo y hablan en una especie de código. Mary Grace saca una lata de té.

–Y gente que prefería las cosas como eran antes –añade la viuda.

–Y siempre hubo también gente que no quiso saber, que ignoró las advertencias –dice Mary Grace.

–¿Fue así como acabó todo? –pregunta la viuda–. ¿No había algo más? ¿Acaso no sabían que un día acabaría ocurriendo de nuevo?

–Tú y yo hemos vivido mucho. Hemos pasado por todo –dice Mary Grace–. Las cosas vienen y van.

–¿De qué habláis? –pregunta Ruby.

–Hablamos de la vida en esta buena tierra de Dios –dice la viuda.

–¿Te quedas a tomar el té? –pregunta Mary Grace.

–Me voy allí abajo –dice la viuda y se vuelve para salir.

–Llévate una linterna –le recuerda Mary Grace.

–Si queréis acompañarme... –dice esperanzada, a nadie le gusta estar solo en la oscuridad.

–Nos quedamos –dice Mary Grace.

–Si pasa algo interesante ven a buscarme –dice la viuda saliendo.

–¿Adónde va? –pregunta Ruby.

–Hace años algunas personas construyeron unos refugios en previsión de mal tiempo o en caso de guerra y los llenaron de comida y agua. A tu abuelo y a mí nunca nos gustó ese tipo de cosas. Éramos más optimistas que los demás. ¿Sabes lo que me gustaba hacer a mí cuando había una tormenta?

–¿El qué?

–Me gustaba subir en bicicleta al monte Greylock.

–Eso suena peligroso –dice Ruby, cauta por naturaleza.

–Supongo que sí, pero era muy excitante. Veía todo tipo de cosas. Si subías lo suficiente a veces te sentías como si fueses Zeus en lo alto del Olimpo, sobre la tormenta, podías ver cómo se movía desde un lado de la montaña al otro, casi podías meterte dentro de ella. ¿Te gustaría que lo hiciéramos juntas alguna vez?

Ruby niega con la cabeza.

–Soy más de quedarme en casa –dice, y sigue jugando.

–Mira los pájaros –dice Mary Grace, observando cómo hacen fuera unos súbitos movimientos y preparativos como si estuvieran en una especie de plan de contingencia, algo parecido a un entrenamiento para comprobar la eficiencia de un plan de emergencia. Se está levantando el viento, pero el cielo permanece limpio, al margen de unas cuantas nubes altas y blancas.

–Cuéntame más –dice Ruby para distraerse–. ¿Esa es la alianza que llevó tu madre? –pregunta, señalando el anillo que lleva Mary Grace.

–Sí, así es.

–¿La alianza de oro?

Mary Grace asiente.

Tienen la tormenta encima. Unas gordas gotas de lluvia golpean los cristales, se oye un trueno y tiemblan las ventanas. El viento gira en círculos cada vez más cerrados, en un punto parece completamente centrado en el manzano, gira a su alrededor y deja el tronco y las ramas cubiertas de una vieja tierra negra: ónix pulverizado, obsidiana, cuarzo. En cuanto la tormenta se sitúa sobre ellas, acaba.

Paul llega poco después.

–Menuda tormenta –dice–. Están las calles cubiertas de ramas, han cortado la línea.

–No ha estado mal –dice Mary Grace, distraída. Observa a los pájaros en busca de pistas. Parecen estar volando en círculos alrededor de la casa.

–Solo quería asegurarme de que estabais bien las dos. Nos han cortado la electricidad, así que he cerrado por esta noche. ¿Cómo es que tenéis luz? –pregunta Paul.

–No lo sé –dice Mary Grace, regresando a la cocina donde está ocupada con la cena.

–Hoy me he encontrado con el tipo más raro del mundo. Un chino que ha venido a la ciudad, dice que vino hace años y que conoció a papá.

–Vaya –dice Mary Grace, guiñándole un ojo a Ruby y se acuerda entonces de la viuda del otro lado de la calle–. ¿Podéis ir a llamar a la puerta del refugio? Decidle que ya ha pasado la tormenta y que si quiere puede venir a cenar con nosotras.

Ruby y Paul cruzan obedientemente la calle y llaman a la puerta del

refugio.

La viuda no quiere salir.

–Dicen que está al caer –afirma–. Estas cosas no pasan solo una vez.

–¿Quieres que te traigamos un plato con la cena? –pregunta Paul.

–Ah –responde–, gracias, sí, eso estaría muy bien.

En el Holiday Inn del centro los dos chinos piden la cena.

–Nos apetece algo especial. Tenemos antojo de McDonald’s. ¿Hay alguno cerca? ¿Tienen Happy Meal? ¿Viene con premio dentro como las galletitas de la fortuna? ¿Lo ha probado alguna vez?

Ruby llama a su madre desde el teléfono de la cocina de Mary Grace.

–Hola, mamá –dice.

–Hola, Ruby.

–La abuela pregunta si quieres venir a cenar.

–Eso suena muy bien, pero todavía me duele la cabeza. ¿Todo bien?

–Sí –dice Ruby–. La abuela me ha contado algo muy interesante.

–¿Qué te ha contado?

–Que somos chinos.

–Tú eres china –dice su madre.

–Y tú también –dice Ruby.

–Por favor, Ruby, no empieces.

–¿Que no empiece qué? Te estoy contando lo que me ha dicho la abuela.

–¿Le puedes decir que se ponga al teléfono?

Ruby mira a Mary Grace, que está allí, escuchando. Mary Grace niega con la cabeza.

–Ahora no se puede poner –dice Ruby–; está muy ocupada.

Diez minutos más tarde aparece la madre de Ruby con el casco de hielo craneal en la cabeza, parece un defensor de fútbol americano enfadado.

–No sé en qué andáis vosotras dos, pero no me gusta nada –le dice a su madre–. Estás confundiendo a Ruby.

–Ruby no está confundida –dice su madre.

–Entonces soy yo la que lo está.

–Quizá, pero no es culpa tuya –dice su madre, yendo a la cocina para coger

los platos para la cena—. ¿Podéis poner la mesa Ruby y tú?

—No tengo hambre —dice Eliza—. Tengo náuseas. ¿Qué hace esa caja de naranjas encima de la mesa?

—Es la caja en la que vine yo —dice Ruby.

—No, no lo es —responde Eliza.

Hay una vieja muñeca, una especie de niño Jesús bebé, en la caja de naranjas que está sobre la mesa del comedor.

—Bueno, pues entonces es igual —dice Ruby—. Estábamos jugando al viaje de China.

—¿Cómo es que no puedo ni tener una jaqueca y tumbarme durante dos horas sin que el mundo entero se descontrole? —pregunta Eliza.

—Tal vez pretendes que las cosas estén más controladas de lo que pueden estar —dice Paul.

—Tengo algo que contaros —dice Mary Grace cuando todo el mundo está en su sitio.

—¿Piensas que llega el final? —pregunta Eliza, preocupada.

—Es algo inevitable —dice Paul.

—Ruby, vete a la otra habitación a ver un poco la tele —dice su madre.

Ruby no se mueve.

—Tengo cierta información —dice Mary Grace.

—¿Qué tipo de información? ¿Tipo alto secreto? ¿Tipo que va a venir alguien del gobierno a llamar a la puerta? —pregunta Paul.

—Soy hija ilegítima —dice—. Mi padre era chino.

—Tu padre murió en la guerra —dice Eliza, corrigiéndola.

—Os mentí —dice Mary Grace.

—¿Por qué no nos lo contaste antes? —pregunta Paul.

—Os lo estoy contando ahora.

—Si nos lo hubieses contado antes, te habríamos podido conocer mejor —dice Eliza.

—Ya me conocíais bastante bien.

—¿Lo sabía papá? —pregunta Paul.

—No lo recuerdo —dice Mary Grace con sinceridad—. Sabía algo, pero ya no estoy segura de qué. Tenía intención de contarle algo más, pero después de lo del artefacto todo le daba miedo, me pareció que lo mejor era no decirle demasiado.

—¿Recuerdo bien si digo que a veces sonaba el timbre y aparecía algún

extraño en la puerta con un paquete o una caja? –pregunta Paul.

–Sí.

–¿Y que llegaban sin previo aviso?

–Así es.

–¿Y que tú cogías las cosas que nos traían?

–Sí, empezó a finales de la década de los cuarenta, cuando esta era aún la casa de mi madre. Luego, cuando falleció, seguimos aceptando lo que nos llegaba, así eran las cosas.

–¿Llegaban sin más?

–Sí.

–¿Llegaban esos hombres y nadie les preguntaba por qué?

–La cuestión no era tanto los hombres como lo que traían. Paquetes grandes, paquetes pequeños, maletas.

–¿Alguna vez abriste esos paquetes? –pregunta Paul.

–No –dice ella con rotundidad–. Mi madre solía decir: «Algún día alguien los reclamará», y yo daba por descontado que sabía de lo que hablaba. Nosotros podíamos conservar las cajas, pero no abrirlas.

–Todavía tenemos las cajas –dice Paul.

–Así es –dice Mary Grace.

–¿Y qué hay de la Unidad? ¿Cómo encaja todo eso con la Unidad?

–Estás mezclando la Unidad con las novedades sobre China –dice Eliza.

–¿Es así? En la fábrica trabajaban en el detonador. Construyeron el detonador de la primera bomba atómica, el artefacto.

–La Unidad y el artefacto son dos cosas totalmente distintas –aclara Mary Grace–. La Unidad vino después del artefacto, fue una iniciativa civil, sin interferencias del ejército. El ejército probablemente ni sepa que se construyeron esas cosas, para ellos es puro folclore, como lo de los extraterrestres. –Hace una pequeña pausa–. Cuando venían los hombres con los paquetes, hablaban con tu padre. A veces tu padre los acompañaba al sótano y les mostraba en lo que estaba trabajando. Hablaban de vínculos entre los países, de las cosas que tenían en común, no es que todo el mundo quisiera borrarlos del mapa.

–La bomba la tiraron en Japón, no en China –dice Eliza–. China no estaba implicada.

–China y Japón son países vecinos –dice Paul, como si eso aclarara las cosas.



–Yo creo que la Unidad sigue en el sótano –dice Mary Grace–. La construyeron hombres y mujeres de todo el mundo. Se supone que funcionaba como un imán. Reunía las cosas.

–¿Cuándo murió tu madre? –pregunta Ruby.

–En agosto de 1974 –dice Mary Grace, volviéndose hacia la niña–. Tuvo un infarto el mismo día que renunció Nixon. Perdió la fe.

–¿Recuerdo bien si digo que también traían cajas de fruta todos los meses? –pregunta Paul.

–Así es –dice Mary Grace–; nos las traía nuestro cartero habitual, una caja al mes.

–¿Quién las mandaba? –pregunta Eliza.

–Alguien desde Florida. La última caja nos llegó en diciembre de 1974 –dice Mary Grace, cansada de pronto.

Paul se sirve un poco más de cordero en el plato.

–Quiero asegurarme de que lo he entendido bien. ¿Estás diciendo que eres medio china?

–Sí, y tú también –dice Mary Grace. De pronto se siente medio agitada, voluble, incapaz de comer. Es mucho más difícil de explicar de lo que había previsto.

–¿Nos vamos a poner ahora a tirar petardos y a comer lichis? –pregunta Paul.

–Significa solo lo que tú quieres que signifique –dice Mary Grace.

–Creo que deberíamos abrir las cajas –dice Paul.

Suena el timbre.

–Tengo miedo –dice Ruby.

–No hay nada que temer –dice Mary Grace, agradecida por la interrupción. Abre la puerta principal y aparece un chino con una gran cesta de fruta.

–Para devolver la tensión –dice.

Paul aparece por detrás de su madre.

–La atención –dice, traduciendo a Walter–. Pase, pase. Es Walter, el hombre que tenía un problema con el coche.

Walter hace una pequeña reverencia y Mary Grace coge la cesta de fruta.

–En China soy Yao Walter, pero aquí soy Walter Granger, todo junto, como el nombre sopa Campbell's. Mi padre excavador en la cueva del hueso con Walter Granger de Middletown Springs, Vermont. No hijos propios, por

eso me llaman como él. En mi pueblo nadie llama Walter. Espero no muy tarde –dice Walter.

–En absoluto –dice Mary Grace–. Estábamos cenando.

Eliza coge otro plato y Ruby da una palmadita en la silla que está a su lado.

–Siéntese aquí –dice, y él lo hace.

Paul le pasa el cordero.

–Soy vegetariano –dice, pasándoselo a Eliza.

–Yo también –dice Ruby, sin tener ni idea de lo que significa ser vegetariano, pero sabiendo que ella y Walter tienen algo en común–. Tenemos gelatina casera de menta –dice Ruby, pasándosela.

Walter se sirve un poco de gelatina en el plato.

–¿Tienen mantequilla de cacahuete?

Ruby sale corriendo nerviosamente hacia la cocina y regresa con el pan y la mantequilla de cacahuete.

Durante la cena Walter cuenta algunas de sus aventuras como comerciante encargado de llevar y traer cosas de China, viajando por todo el mundo.

Después de la cena, Walter pide que le enseñen la casa. Les cuenta lo mucho que le gusta estar ahí y que quiere «verlo todo».

Mientras Paul le enseña todo, Ruby y Eliza le llevan un plato de cena a la viuda, que sigue sin querer salir del refugio.

–Ya veremos qué nos depara el mañana –dice mientras cierra la escotilla del refugio y la bloquea por dentro.

–¡Buenas noches! –se despiden Ruby y Eliza desde el patio–. ¡Que duermas bien!

En el sótano Paul le enseña a Walter todas las cosas que construyó su padre.

–Mi padre siempre tenía el soldador en la mano. Construíamos todo tipo de radios, reparábamos tostadoras, lámparas, siempre andaba metido en algo. Pero estos de aquí decía que tenían mucho potencial. Esperaba que alguien los perfeccionara.

–¿Todo eso dice? –pregunta Walter–. ¿Deja instrucciones?

Paul niega con la cabeza.

–Si quieres que sea totalmente sincero contigo, Walter, mi padre hablaba de muchas cosas, pero nunca estuve del todo seguro de a qué se refería exactamente. Se tomó lo de la bomba muy a pecho. Dejó su trabajo en la fábrica y empezó a decir cosas como que el gobierno ya no era de la gente y

para la gente, sino que era sencillamente un tipo con la mano en un detonador y ese tipo de cosas.

Walter afirma como si todo le resultara muy familiar.

–Tenemos parecido en casa –dice Walter–. Mi padre construye máquina para nosotros. Llama máquina deseos.

–¿Te refieres a una máquina de refrescos?

–Máquina deseos –repite Walter despacio, articulando todas las letras.

–Mi padre lo llamaba la Unidad –dice Paul–. ¿Sabes para qué sirve?

–Es imán –dice Walter–. Cuando todos encendidos, nos une.

Paul y Walter encienden las unidades, cada una de ellas tiene una luz roja, parecida a la luz de una cerilla, a una baliza brillante. No sucede nada.

–Tal vez ya no funciona –dice Walter–. Tal vez igual genio lámpara, ¿deseos desaparecidos?

–No lo sé –dice Paul–. Tal vez tarda un poco, a lo mejor hacen falta muchas unidades juntas para que pase algo. Las llevaré arriba y probaremos mañana otra vez.

–Ah –dice Walter, y se golpea la frente con la mano para darle un poco de efecto–. Siempre olvido hoy aquí es China ayer.

Mary Grace invita a Walter a que se quede a pasar la noche y dada la extravagancia del día Paul decide que él también se quedará. Ruby, que no se quiere perder una posible fiesta de pijamas, insiste hasta convencer a Eliza para que se queden ellas también.

–Hacía mucho que no tenía la casa llena –dice Mary Grace con alegría.

Cuando todo el mundo se ha ido a acostar, Mary Grace va a la cocina. Walter se la encuentra allí, preparando el té.

–No consigo dormir –dice ella.

–Yo también –dice Walter–. Muy excitante. –Saca algo del interior de su abrigo–. Quiero esperar hasta privacidad. Tengo carta para ti. En realidad para tu madre, pero en este punto tiempo tu madre no más y tú conviertes tu madre. Perdón llegar tarde, pierde por el camino.

Le da una carta escrita en chino.

–Léamela –dice Mary Grace, sirviendo dos tazas de té.

–Es complicada –dice Walter–. Mi lectura china no buena. ¿La gente en inglés problemas aprendizaje? En China problema lectura gran problema, muchas letras. No importa. Tu padre escribe en América es como fantasma olvidado, ya no chino. Va a casa China, pero llega y ya tampoco chino en

China. Su madre quiere él se quede, encuentra esposa, pero escapa la noche antes de boda. Escapa, camina, nada vuelta a América. Llega como viajante, vende chucherías puerta a puerta. No puede volver casa. Conoce tu madre en Florida. Quiere mucho. Ojalá puede casar. En carta habla su dulzura, por eso yo vengo hoy, devolver dulzura y dar carta.

Walter pide permiso para levantarse y abre la puerta principal de la casa. Un viento cálido y sonoro irrumpe en la casa, arrebatándole la carta a Mary Grace de las manos. La agarra en el aire, la dobla y se la mete en el bolsillo del delantal. Walter regresa con una caja envuelta en un papel muy viejo, atada con una cuerda tan gastada que está casi deshecha.

–Esta es caja que quería mandar tu madre.

–Estoy preparada para algo nuevo –dice Mary Grace, abriendo la caja. En su interior hay un vestido de boda, de casi cien años de antigüedad, largo, de seda roja y en perfectas condiciones–. Es hora de tener una piel joven –dice Mary Grace, llevándose el vestido al corazón.

–Hora cama –dice Walter, alzando la taza de té–. Mañana más.

A la mañana siguiente Peter, el cowboy de la moneda de medio dólar del día anterior, para a las nueve con una caja gigante de donuts.

–Los refuerzos.

Walter está en el patio delantero haciendo taichí.

–No pretendo interrumpir, pero tengo que darle la mano –le dice Peter a Walter–. Ha estado usted durante mucho tiempo en mi conciencia. No estoy aquí solo por accidente. Soy el hermoso hijo, el hijo bastardo de Pierre Teilhard de Chardin, descendiente de Voltaire. Mi madre conoció a Roger Giroux y al señor Stanley Hyman de Bennington, Vermont, y a su mujer. Conocía a toda la gente importante. Es más, tengo parte de las cenizas de Shirley Jackson en el maletero del coche, un regalo de Chuck Palahniuk, a quien se las dio una hija de Jackson y Hyman. Crecí en Park Avenue y en Poughkeepsie y llevo esperando este momento toda mi vida. Me siento como si te conociera desde siempre. ¡Esto es! –grita, besando a Walter directamente en los labios–. ¡Esto es el Punto Omega! ¡Todo lo que surge acaba convergiendo!

Ruby mira por la ventana de la fachada y anuncia:

–Acabo de ver a dos hombres besándose.

–Pondré una cafetera –dice Mary Grace.

Paul abre la puerta principal y apura a Peter y a Walter para que entren en la casa.

–Hay que tener cuidado –dice–. No queremos confundir a la gente.

–¿Queréis un donut? –pregunta Peter.

–¿De qué sabor? –pregunta Paul.

–Traigo un surtido –dice Peter abriendo la caja.

Paul coge uno de chocolate glaseado.

Walter elige el de mermelada y parece sorprendido cuando le da un mordisco.

–Divertido –dice–. Los chicos fuera seguro gustan esto.

Abre la puerta principal y llama a Yin y a Yang, los gimnastas que aparecieron al amanecer y que calientan ahora en el jardín delantero, haciendo piruetas y volteretas hacia atrás.

–Comida divertida, coged –dice Walter, tirándoles unos donuts a Yin y a Yang, que los atrapan con la boca–. Yin y Yang son gemelos siameses separados después del nacimiento –dice Walter con orgullo–. Ahora están bien, se leen la mente.

–¿Los conocías de antes? –pregunta Mary Grace. Los había visto antes cuando abrió la puerta en bata para recoger el periódico matutino.

–Madre, ¿podemos? –preguntaron.

–Sí, podéis –respondió.

Y empezaron a ejecutar una danza ritual en el jardín tarareando una versión china de «Singin’ in the Rain».

–Por supuesto que los conozco –dice Walter–. Son parte del trabajo, son matones.

–Bueno, invítalos a que pasen –dice Mary Grace.

Walter abre la puerta de nuevo. Yin y Yang entran haciendo piruetas, y los tres, Walter incluido, se quitan sus abrigos negros y les dan la vuelta revelando unos fondos blancos, parecidos a batas de laboratorio. Sacan de los bolsillos viejos trozos de papel con aspecto de piezas de un puzle o de mapa y los ponen sobre la mesa de la cocina. Walter saca un poco de cinta adhesiva y los pega todos juntos. El mapa resulta ser una lista de cajas con los contenidos anotados en una especie de código chino que a Walter le lleva un rato descifrar. Se frustra una y otra vez, rompe sus notas, las tira al suelo y las pisotea. Ruby se sienta a su lado y le dice con calma:

–¿Puedo trabajar contigo?

Y entre los dos resuelven el problema.

–Walter, compañero –dice Paul–, no pretendo interrumpirte mientras trabajas, pero ¿qué es todo este mejunje de unidades, máquinas de deseo y cajas?

Walter alza la palma de su mano, pidiéndole a Paul que espere. En cuanto descifran el código, las piezas del puzzle encajan y Walter les da los resultados a Yin y a Yang, los forzudos chinos corren por toda la casa reuniendo todas las cajas, las maletas y los baúles que llegaron a lo largo de todos esos años y se preparan para abrirlos.

Mientras tanto Ruby lleva una caja de Cheerios al otro lado de la calle, al refugio secreto de la viuda.

–Un, dos, tres, al escondite inglés –dice, llamando a la puerta–. Sin mover las manos ni los pies.

–De acuerdo, voy a contar todo –dice Walter, haciendo un gesto para que Paul, Eliza y Mary Grace ocupen su lugar en la mesa de la cocina–. Ahora bebe lección de historia.

–Creo que quieres decir *breve lección* –dice Paul.

Walter continúa:

–En las décadas de 1920 y 1930 un grupo antropólogos descubren huesos de *Sinanthropus pekinensis*, *Homo erectus pekinensis* en colina del dragón – dice Walter, luchando para pronunciar correctamente las palabras–. Entre científicos está el señor Walter Granger de Vermont y el señor Pierre Teilhard de Chardin, geopaleontólogo y sacerdote jesuita francés. ¿Me seguís?

–Te escucho –dice Paul–. No estoy tan seguro de seguirte.

–Los huesos del hombre primitivo se descubrieron en China hace mucho tiempo –dice Mary Grace, traduciendo para los niños.

Ruby regresa y se sienta en el regazo de su madre.

–¿Los descubriste tú, abuela? –pregunta.

–No –dice Mary Grace–, no fui a China hasta que naciste tú.

Walter la corrige:

–Buena pregunta. Familia abuelo tuyo implicada y en China muy importante.

Todo el mundo asiente.

–En 1937 Japón invadió China –continúa Walter.

–Te dije que había una conexión –le dice Paul a Eliza.

–A la gente le preocupa qué va a pasar con los huesos, así empaquetan huesos y van a mandar América cuando Japón ataca Pearl Harbour. En derrota los huesos desaparecen. Unos dicen hundidos en barco, unos dicen robados en tren, nadie sabe qué pasa, nadie los ve. Pero poco a poco, como operación secreta, los huesos llegan a América, a North Adams, Massachusetts, el lugar más seguro del mundo.

–¿Por qué a nuestra casa? –quiere saber Paul.

–No vuestra casa, es que vosotros ser chinos, descendientes mago de los cítricos Lue Gim Gong –dice Walter, como si fuera obvio–. Vosotros chinos, pero nadie sabe, y entonces nadie sospecha. Las cajas vienen poco a poco por discreción, pero ahora tiempo para revelar. Son huesos Hombre Pekín. Nosotros, pueblo China, gracias por conservar nuestra historia.

–¿Y qué pasa con él? –pregunta Paul, señalando a Peter, que ha terminado de escribir su discurso y ahora parece nerviosamente ocupado entre su teléfono móvil y el hijo de Mary Grace.

–Es nuestro relaciones públicas, hijo bastardo de Pierre Teilhard de Chardin, sacerdote antropólogo. «Punto Omega» término su padre para describir la máxima complejidad y conciencia hacia la que nos dirigimos.

Y tras esas palabras Peter cuelga sonoramente el teléfono y anuncia:

–Tengo a la NBC, la CNN y la CBS, las afiliadas locales, y otras más que caerán enseguida.

–Eso es –dice Walter–. Es nuestro momento.

Yin y Yang cubren la mesa del comedor con una hermosa tela roja que extraen mágicamente de las perneras de sus pantalones y Walter empieza a disponer la exhibición, manteniendo la cesta de fruta que trajo el día antes del centro. Los huesos no son de un solo esqueleto sino fragmentos y trozos, fragmentos de hombres y mujeres que vivieron entre hace trescientos mil y quinientos mil años. Son fragmentos de la tapa del cráneo, frontales, dientes, huesos de mandíbula y herramientas de piedra. Junto a cada pieza hay una nota escrita en chino hace mucho tiempo que contiene la información sobre cuándo y dónde la encontraron.

Peter echa un vistazo por la ventana.

–Las noticias vuelan –dice mientras una furgoneta con una parabólica se detiene en la puerta. La viuda sale de su refugio contra tormentas y cruza la calle preguntándose a qué viene tanto escándalo, piensa que es todo por ella.

–¿Es que ya no se puede tener vida privada? –le pregunta a Ruby.

Peter está en la puerta como una mezcla entre guardia de seguridad, charlatán de feria y profesor en el museo doméstico de la prehistoria.

–Adelante, pasen todos, pasen y vean. Verán la historia en su proceso, lo perdido y recién encontrado, los secretos revelados, el relato de la evolución humana en su totalidad.

A mediodía, cuando los silbatos de las fábricas y las sirenas de los departamentos de bomberos voluntarios y todos los relojes gigantes del mundo hacen sonar sus campanas para señalar la mitad de la jornada, todas las unidades, las máquinas de deseos, los pacificadores, todos los chismes se encienden. Unos arcoíris gigantes empiezan a cruzar el cielo en un gran espectáculo de luz, sonido y magnetismo. En esa casa y en la de allá, en todos los pueblos y ciudades, todos los electrodomésticos, coches, ordenadores, iPhones y BlackBerrys sienten la llamada. Se descuelgan de las paredes y se desplazan ligeramente hacia delante, reuniéndose, acercándose, listos para más.

Mary Grace está en el piso de arriba, cambiándose. Se enfunda el vestido de novia de su madre y deja de ser una matriarca de Nueva Inglaterra, una abuelita a lo Norman Rockwell, y se convierte en una sagaz belleza china. Coge el pintalabios rojo que estaba entre las cosas de su madre y se remarca la zona del arco de Cupido. Haciendo girar un largo lazo rojo, Ruby baila delante de su abuela mientras baja las escaleras y también cuando sale por la puerta trasera, como una moderna dama de honor. Mary Grace baja las escaleras lentamente y camina hasta el manzano. Se quita la alianza de oro y se la da a Ruby, que se la cuelga al cuello con una cadena de dientes de león. Mary Grace se sitúa bajo el árbol con los brazos abiertos, extendidos, y espera a que le dé la luz. Se eleva.

Paul y Eliza sienten que algo pasa y preguntan:

–¿Dónde está?

Salen por la puerta de atrás en el momento en que Mary Grace comienza a ascender.

–¿Cómo ha llegado hasta ahí? –dice la viuda desde el otro lado de la calle al ver a su amiga flotando sobre el suelo.

–Te aseguro que no ha trepado –dice Eliza–. Ni siquiera se ha subido a una escalera.

–Tiene que ver con el clima –dice la viuda–. Es la fuerza de la naturaleza,



se la está llevando el viento.

–La ha levantado –dice alguien.

–Qué extraño –dice otra persona.

–En realidad no –dice la viuda–. Se veía venir desde hacía mucho.

–¿Te encuentras bien, mamá? –grita Eliza.

–Estoy bien –dice Mary Grace. Al fin y al cabo es una mujer de mucha fe.

Para ella la sensación es como si la estuvieran estirando, como si la extendieran. Si trata de regresar le resulta incómodo, y se pregunta a qué viene esa resistencia, por qué trata de regresar al suelo.

–¡Mamá, no! –grita Eliza.

–No te preocupes –dice Ruby, consolando a su madre–. No estás sola, me tienes a mí.

Cuando Mary Grace se eleva comienza a nevar. Copos gruesos y pesados como virutas, como restos de algo que ha explotado a mucha distancia y comienza a caer sobre el suelo. Los copos se deshacen en cuanto tocan cualquier cosa, cubriendo todo de una especie de cera, dejando todo fijo en el tiempo y el espacio.

Sin decir una palabra Mary Grace se eleva todavía más, rindiéndose, ascendiendo hasta que se pierde de vista para siempre.

## ELLA SE ESCAPÓ

Cuando su hermana Abigail la llamó a la universidad y le dijo que tenía que volver a casa, Cheryl preguntó:

–¿Me lo dices en serio?

–Sí –respondió Abigail.

–¿Puedo hablar con mamá?

–No.

–¿Es por mamá?

–No lo sé –dijo Abigail.

–¿Qué quiere decir que no lo sabes? Suena a que no me lo quieres decir.

–En realidad no –dijo Abigail–. Ya sabes cómo es mamá, siempre tiene que ser el centro de todo. –Abigail hizo una pausa–. Trae ropa buena.

–Me estás asustando –dijo Cheryl–. ¿Debería asustarme? En Los Ángeles nadie lleva ropa buena a no ser que...

–No lo sé –dijo de nuevo Abigail–. Ven sin más.

No era la primera vez que Abigail hacía algo así. El verano que Cheryl cumplió trece años, Abigail la hizo volver desde un campamento. Sus padres se habían ido a Europa y Abigail se había quedado. Tenía diecisiete años y se suponía que estaba en la escuela de verano.

Fue seis meses después de que Billy, su hermano menor, muriera en Arizona durante una visita a sus abuelos. Billy les dijo a sus abuelos que le había picado una serpiente venenosa.

–Ponte un paño frío encima –le dijeron, y al rato estaba muerto.

–Necesito que vengas –le dijo Abigail.

–¿Se ha estrellado el avión? –preguntó Cheryl.

–¿Qué avión?

–El avión en el que iban mamá y papá.

–No.

–Es lo primero que he pensado, les has dicho a los del campamento que era una emergencia. El director del campamento me ha sacado del lago.

–Perdón –contestó–, pensé que les había dicho que me llamaras cuando pudieras.

–Les has dicho que esperabas.

Cheryl estaba de pie en el porche de la oficina del campamento con un bañador mojado. El teléfono tenía un largo cordón amarillo que habían sacado por la ventana. Jugaba a dibujar sus iniciales sobre el suelo del porche con las gotas que caían de su bañador.

–¿Dónde estás? –preguntó Cheryl.

–No lo sé –dijo Abigail–. Estoy perdida.

–¿Qué ves a tu alrededor?

–Sombra de ojos –dijo.

–¿Estás en tu habitación? –preguntó Cheryl.

–Ven a casa –dijo Abigail.

–Estoy en la obra de teatro del campamento y en el concurso de talentos – dijo Cheryl–. Esta semana es la aventura nocturna del pícnic en la litera y además me toca ser la ayudante del panadero. También estoy en el cuerpo de corneta y doy el toque de diana.

–No me hagas suplicarte –dijo Abigail.

Cuando eran niñas Abigail era un hada. Llevaba alas blancas allá adonde fuera. No le gustaba responder a ninguna pregunta, no le gustaba que la acorralaran.

Su madre solía decir en broma que bebió demasiado café cuando estaba embarazada de Abigail.

–No fue el café. Fueron las pastillas, las pastillas para la dieta –decía el padre.

–Me las recetó el médico –decía su madre.

–¿Qué tipo de médico le da a una mujer embarazada unas pastillas para perder peso? –preguntaba el padre.

–Uno de Beverly Hills.

Cheryl hizo la maleta y se despidió de sus compañeras de cabaña.

Cuando llegó a casa vio un cartel enorme, escrito con pintalabios rojo sobre una sábana blanca que colgaba entre dos postes de teléfono:  
BIENVENIDA A CASA, HERMANITA.

Abigail estaba muy delgada.

–¿Has dejado de comer? –No debería haber sido la primera pregunta que le hizo Cheryl, pero así fue.

–He estado picoteando de aquí y de allá. No quedaba gran cosa.

Salieron y echaron un vistazo al «huerto» donde antes estaba el columpio. Sus padres lo habían plantado para animar a Abigail a adoptar un papel activo en su propia alimentación. La mayoría de las plantas estaban secas.

–Tienes que regarlas –dijo Cheryl.

Abigail se encogió de hombros.

–Tengo problemas para relacionarme con cosas tan dependientes.

Se sentaron en la habitación de Billy y hablaron de lo raro que era que nadie dijera nada. Abigail era la guardiana de los sentimientos, se aferraba a todo. Su madre solía decir que conservaba sus sentimientos como si fuesen joyas.

Cuando eran niñas Abigail tenía miedo de salir volando. Tenía tanto miedo a desaparecer que necesitaba estar literalmente atada a otra persona. Al principio usaban la cuerda del tendedero, luego una soga de alpinismo y mosquetones hasta que al final descubrieron los pequeños pesos que se usan para que los globos de helio no salgan volando. Abigail los llevaba en el bolsillo, eran de gran ayuda.

Durante un tiempo estuvo mejor. Se casó –con Burton Wills, su cirujano plástico–, pero mantuvo una habitación en casa, no como oficina, sino tal y como la había tenido durante la infancia. A Burton no pareció importarle.

En esta ocasión volver de la universidad en Minneapolis le resulta más difícil a Cheryl. Cuando va del aeropuerto hacia su casa pasa en coche junto a un campo de pozos de petróleo en mitad de la nada. Ordeñan una tierra que ya parece diezmada, casi incapaz de alimentar unos pocos matorrales y alguna artemisa perdida. Todo parece completamente distinto, ajeno.

–¿Cómo es que elegiste Minneapolis? –le preguntaron a Cheryl sus amigas de secundaria–. No habíamos oído hablar de ese lugar en la vida.

–Quería ir al lugar más normal posible. Es el lugar en el que creció Charles M. Schulz.

En cuanto llega a la casa, Cheryl entra directamente. Pasa por el cuarto de estar y sale afuera: la piscina parece un pozo negro de los deseos, no hay juguetes flotando, solo un sensor. La vista no tiene límites, allá abajo puede contemplarse todo Los Ángeles. Se quita los zapatos y mete los pies en el agua, está caliente. El calor es como una medicina, un sedante. No hay

límites, se acaban los contornos, no tiene cuerpo: el agua, el aire y ella son una sola cosa.

Antes solía quedarse allí de noche, merodeando en la oscuridad. Al final su padre salía para sacarla de la piscina. «Es un milagro que no te arrugues», solía decir. En la piscina se sentía a salvo, allí se podía esconder, era invisible. Saca los pies del agua y regresa a la casa. Sus huellas se evaporan tras ella, desvaneciéndose al caminar.

«¿Dónde andas?», le manda un mensaje a su hermana.

«En un atasco», le contesta Abigail.

El contable que vive en la casa de al lado sale a su porche. Tiene el pelo más largo, y ahora se ha puesto tetas. Le saluda. Ella le saluda de vuelta.

«¿Dónde está Esmeralda?»

«Conduciendo el coche.»

Veinte minutos más tarde oye cómo se detiene el coche. Se apaga el motor y ella tiene miedo de pronto, siente que le sonroja la sensación de que este es el principio..., el final de la familiaridad. Oye cómo la puerta de la entrada se abre y se cierra. Permanece allí, como si no pudiera moverse. Está inmóvil en una tumbona junto a la piscina.

Abigail sale al patio, está tan delgada que parece plana. Sus piernas y brazos están tan blancos como el papel. Las únicas cosas que son como siempre son sus pies, enfundados en unas sandalias con las uñas pintadas de rojo que reflejan las luces de seguridad.

–¿Entramos? –pregunta Abigail.

–Aquí se está bien –dice Cheryl, paralizada aún.

–Tenemos que hablar.

Esmeralda les lleva vasos de agua con limón y un plato de zanahorias y barritas de apio.

–¿Tan terrible es? –pregunta Cheryl, mirando a Esmeralda en busca de confirmación.

Esmeralda pone un gesto, no quiere ser ella quien lo diga, pero sí.

Esmeralda lleva aquí desde antes de que naciera Billy. Fue la niñera, la cuidadora y luego la criada. Ahora se encarga de todo porque al parecer ellos ya no son capaces de hacerlo, o tal vez es que lleva tanto tiempo allí que ellos se han olvidado de cómo se hacía.

Abigail bebe. Cheryl come. Entre la hiperconciencia de la comida y la

amenaza de la inanición, come de más, no coge un palito o dos, sino el plato entero.

–¿Se trata de papá? –pregunta ella.

–De mamá y de papá –dice Abigail.

–¿Se van a divorciar?

–No.

–No entiendo.

–Primero fue papá y luego mamá.

–¿Me puedes decir lo que ha pasado?

–Lo de papá fue en el trabajo. Tuvo un accidente.

–¿Tipo incidente?

–Tipo episodio.

–¿En plan programa de detectives?

–En plan problema –dice ella.

–¿Cuándo ocurrió?

–El miércoles pasado.

–¿Y por qué no me ha llamado nadie?

–Queríamos ver cómo evolucionaba. Teníamos la esperanza de que se encarrilara. No habrías podido hacer nada.

Esmeralda le da un abrazo.

–Lo siento.

–Podría haber rezado –dice Cheryl muy suavemente, para sí. Reza todos los días, pero no se lo dice a nadie–. ¿Dónde está mamá?

–También está en Cedars.

–¿Le has dicho que venía?

–Se lo he dicho –dice Abigail; tiene la voz rara.

–¿Qué?

–Mamá estaba en el salón de belleza. Tenía pepinos sobre los ojos, estaba comiendo almendras, ya sabes cómo hace ella...

–Quince almendras al día.

–Y ya sabes que tiene más relleno y más Botox y más de todo.

Cheryl asiente.

–Sí, y ni siquiera le gusta el aspecto que le da. Lo hace solo porque es lo que hace todo el mundo por aquí.

Abigail, que también tiene relleno y Botox, asiente a modo de respuesta. No sonrío ni frunce el ceño porque no puede.

–De algún modo se coló un cacahuete. Ella se hinchó, pero nadie se dio cuenta porque ya tenía los labios hinchados. No se hincharon por fuera, se hincharon por dentro.

–¿Y?

–No es que esté en Cedars, es que está ingresada en Cedars.

–¿En la misma habitación?

Ella niega con la cabeza.

–Están sedados y con respiradores.

–¿Se van a despertar?

–Nadie lo sabe. Ella sufrió una falta severa de oxígeno.

–Es como una pesadilla.

–Por eso te he llamado.

–Es como esa pesadilla en la que intento decirle a todo el mundo que algo va mal, pero nadie puede oírme. Es como un apocalipsis zombi –dice Cheryl.

Abigail la rodea con sus brazos. Está tan flaca y fibrosa que es como si la abrazaran con regalices.

–He llamado a Walter –dice Abigail.

–¿A mi Walter?

Walter es su mejor amigo de la infancia, más que de la infancia, de la niñez.

–Pensé que podría ayudar. Dice que vendrá luego. ¿Vamos al hospital? –pregunta Abigail.

–¿Les llevamos una planta? –pregunta Cheryl–. A mamá le gustan las violetas africanas.

Cheryl entra en la casa, coge la violeta africana del alféizar de la cocina, y la abraza para llevarla más cómodamente.

Su padre está en la unidad de cuidados intensivos neurológicos. Tiene algo parecido a un termómetro de horno incrustado en el cráneo.

–¿Es como un temporizador de temperatura? –pregunta Cheryl.

–Nos indica la presión craneal –dice la enfermera.

–¿Lo tiene que llevar todo el tiempo?

–Tendrá que preguntárselo al doctor –dice la enfermera, y sale de la habitación.

–Tiene un aspecto horrible –dice Cheryl–. Nunca se pondría una camisa de ese color.

–¿Te refieres a la bata del hospital?

–¿Le ponemos su ropa normal? –pregunta Cheryl–. ¿Hay que pedir permiso para hacerlo?

–¿Te refieres a si podemos empeorar la situación todavía más? –pregunta Abigail. Tira un poco del borde de la bata de su padre, tratando de quitársela–. Pesa demasiado.

–Podríamos intentar levantarlo –dice Cheryl–. ¿O qué tal si le ponemos una camisa por encima sin más?

La ropa que llevaba puesta cuando le trajeron está en una gran bolsa de plástico en el armario. Abigail le pone la camisa encima y sube las sábanas, arrojándole. Cheryl saca sus zapatos de debajo de la cama y se los cuelga de los pies.

–¿Mejor? –pregunta Abigail.

–Tiene un aspecto horrible.

–Quizá es por la medicación –dice Abigail.

–Quizá es porque esto es todo cuanto queda de él, quizá es todo lo que hay. Esto no va nada bien –dice Cheryl, negando una y otra vez con la cabeza como si la repetición de un movimiento fuese a resolver las cosas–. No va nada bien. ¿Podemos ver a mamá? Necesito ver a mamá.

Cogen el ascensor hasta la novena planta.

–Soy yo –dice Cheryl, apretándole la mano a su madre–. Mamá, ¿estás ahí?

–Es difícil de saber –dice la enfermera auxiliar.

–Burton dice que mamá tiene buen aspecto, que parece relajada.

–Está inconsciente.

Esmeralda le frota los pies a su madre.

–Le encantaba que le frotara los pies.

Cheryl besa a su madre en la frente. Tiene la piel estirada, lisa, sin arrugas.

–Te quiero, mamá, feliz día del empleado administrativo.

–¿En serio es el día del empleado administrativo? –pregunta Abigail.

–Eso dice mi calendario.

–A mamá le encantan los días especiales.

Cheryl pone la violeta africana sobre el estante, bajo la luz.

–Supongo que te ofenderá, pero yo tengo que comer algo –le dice Cheryl a Abigail mientras esperan que el aparcacoches les traiga el coche.

–¿Qué tal un batido de frutas? Apenas huelen.

Conducen hasta un bar de zumos. Abigail pide uno de berza, perejil y



pepino. Esmeralda pide el de frutas del bosque y Cheryl uno que se llama el Fregadero. Mientras esperan comen unas galletas vegetarianas.

–¿Tienen sopa? –pregunta.

–Cheryl, ahí afuera hace como cuarenta grados. No tienen sopa –salta Abigail.

En cuanto regresan a la casa, Cheryl se siente como si estuviera bañándose en soledad, en colonia de vacío, en olor a nada. A media tarde pide una pizza, espera al repartidor en la calle, se la come entera al otro lado de la valla y tira la caja en el cubo de reciclaje del vecino que está en la acera.

Poco después ve a Abigail en su habitación, sentada en el suelo con una regla en una mano y las tijeras en la otra, cortando el pelo de su gruesa alfombra verde como si fueran briznas de hierba, de hebra en hebra.

–Debería tener solo cuatro centímetros y tiene cinco –dice, negando con la cabeza. Cheryl se sienta en el suelo junto a su hermana–. No estaría bien que se murieran. Ese ha sido siempre el problema... Lo sola que me siento. Me casé con Burton porque no se inmiscuye en mi soledad, pero al mismo tiempo impide que esté sola.

–Lo sé –dice Cheryl.

–Intento hacer de hermana mayor, intento hacerme cargo, pero no me sale natural.

–Lo estás haciendo muy bien. ¿Qué plan tienes para después?

–¿Para después, cuándo? –pregunta Abigail.

–Para esta noche, para mañana, para todos los días que siguen –dice.

–Burton va a tener el detalle de quedarse conmigo –dice Abigail, cortando un mechón un poco más rápido.

Cheryl se da cuenta de que si se queda Abigail, aunque solo sea una noche, generará todo un nuevo problema: Abigail regresará a casa y Cheryl se quedará allí atrapada con ella..., para siempre.

–De acuerdo –dice Cheryl–. No me importa estar sola. No me va a pasar nada malo. Ya ha pasado todo lo malo que podía pasar.

–¿Viene Walter? ¿Te ha escrito algún mensaje? –pregunta Abigail.

–Sí.

–¿Y?

–Me ha preguntado: «¿Cómo es de mala la situación?» «Mala», le he

dicho. «¿Muy mala?», me ha preguntado. Y yo: «Terrible.»

Esmeralda se prepara para salir.

–Tengo que hacer la cena para mi familia. Lo siento. Mañana traeré las sobras, voy a hacer empanadas.

Cheryl le dice a Abigail que la acompañe, le da un abrazo, y luego se arrepiente. Abigail es como un pósito humano; no hay nada en ella, no tiene ningún tipo de dimensión.

Cuando salen, Cheryl se encierra en el baño. Siente la necesidad de estar en una habitación a salvo. Necesita que la consuelen, que la sostengan, y a falta de seres humanos, el espacio que hay entre la bañera y la toalla puede cumplir esa función.

Se sienta en el suelo sin llorar, casi sin respirar. Se sienta en el suelo animándose a dejarse consolar por los azulejos, a que el yeso que los une sea también el cemento que la mantenga a ella de una pieza. Hunde la uña en la vena elástica que sella el borde de la bañera, respira hondo y en vez de una profunda exhalación le sale un gemido mugiente. Se pone a sollozar de forma histérica hasta que el teléfono hace un sonoro ping. El ping funciona como un interruptor de apagado; la inundación se interrumpe tan súbitamente como empezó. Deja de llorar de golpe y saca el teléfono de su bolsillo. Es un mensaje de Burton:

«Abigail ha llegado a casa. ¿Sabes si ha comido algo hoy?»

«Se ha tomado un batido», escribe, limpiándose los mocos.

«¿Dónde estás?», escribe Walter un poco después.

«Escondida», escribe Cheryl.

«¿Dónde?»

Y como no le apetece escribir «entre la bañera y la toalla», se levanta, se pone un bañador y un pareo, quita el cerrojo de la puerta corredera de cristal, sale a la piscina y se sienta.

«En el patio de atrás», escribe.

Walter entra por la puerta de la piscina.

–¿Te acuerdas de la clave? –pregunta ella.

–Uno-dos-tres-cuatro. Hay cosas que nunca cambian.

–Hasta que lo hacen –dice ella. Hay una pausa–. Tienes buen aspecto. Estás fuerte.

–He vuelto a comer carne.

–Me alegro mucho de verte.

Crecieron juntos, son sus propios testigos y confidentes.

Entran en la casa.

–¿Quieres que te distraiga? –pregunta Walter, husmeando en el armario de los juegos. Saca el juego Operando. Ella usa las pinzas eléctricas para extraer el hueso de la suerte, su favorito.

–¿Ayuda en algo? –pregunta Walter.

–De lo que no hay duda es que iguala lo raro que me siento –dice ella.

Cuando termina el juego va a la habitación de sus padres, y pasea de un sitio a otro tocando las cosas de su madre, las cremas hidratantes, las cremas solares con receta del dermatólogo, los espráis para el bronceado.

Walter sale del baño con la bata de su padre y los brazos cargados de botes de pastillas.

–¿Sabías que tu padre tomaba todo esto?

–No creo que se las tomara todas juntas –dice ella.

Juegan a los disfraces, a las categorías, a saltar en la cama, a inventarse un acto social y luego buscar en el armario de sus padres la ropa apropiada para asistir.

–¡Almuerzo en el club! –exclama Walter.

–¡Entrega de premios! –dice Cheryl.

–¡Sylvia! –dice Walter mientras se pone el esmoquin del padre.

–¡Ben! –dice ella con el vestido de baile de su madre–. ¿En qué nos equivocamos?

–Tenemos todo lo que deseamos –dice él.

–Esto es como un psicodrama morboso –dice ella.

–¿En qué época estamos: antes o después? –pregunta él.

–Empecemos por antes –dice ella.

Juegan hasta que se quedan sin disfraces, hasta que ya no se les ocurre qué decir excepto cosas que serían demasiado dolorosas y luego se acuestan en la cama de sus padres, vestidos de golf. Walter le da la mano a Cheryl. Se quedan dormidos.

Cheryl se despierta a las tres de la madrugada y sale a contemplar la luna. Aunque durante el día hace cuarenta grados, en la ciudad refresca por la noche. Es como una nevera para vinos, está entre diez y doce grados. La oscuridad es de un negro blanquecino y la ciudad parece más pequeña a lo lejos, más cohesionada que durante el día. En medio de la noche ve una lámpara de lava que brilla en la casa del vecino. Vuelve a por una manta y

encuentra en su habitación un libro que le encantaba de niña, lo saca con una linterna y una manta y se sienta a leer en la piscina, como si estuviera en otra época.

Recuerda leer historias sobre chicos que jugaban de noche al aire libre y cazaban luciérnagas con botes de mayonesa. Le parecían consoladoras hasta que se dio cuenta de que ni en su casa había botes de mayonesa ni en Los Ángeles había luciérnagas.

En lo alto de la colina empieza a crecer un delgado penacho blanco, al principio es como un vapor que crea una nube propia y a continuación empieza a florecer, llenando el cielo como un globo atado con una cuerda larga y delgada, una especie de hongo nuclear. ¿Son señales de humo o efectos especiales?

En el hospital hay visitas.

El primero es Carlton, el ex mejor amigo del padre.

–¿Sabías que fui yo el que animó a tu padre a empezar? –dice.

–Lo sé –responde Cheryl; Carlton siempre dice lo mismo.

–Yo fui el que le animó a estudiar derecho. Él quería ser actor, y yo le dije: «Olvídalo, eres guapo, pero no tienes talento.» Fui yo el que lo hizo. Yo fui quien le llevó clientes antes de que tuviera ninguno. Que sepa, fui yo quien os mandó al colegio, quien pagó los liftings de tu madre. ¿Ves esa bolsa en la que está el pis de tu padre? Lo más probable es que la haya pagado yo también. ¿Y qué ha hecho él por mí? Nada.

–Carlton –dice Cheryl–. ¿Hay algo que podamos hacer para que te sientas mejor, que te demuestre lo mucho que mi padre apreciaba tu amistad?

–¿Ves ese anillo que lleva, ese que es un poco ostentoso con la esmeralda? Aunque no me vaya mucho lo de las joyas en los hombres, siempre me encantó ese anillo.

–Es tuyo –dice Cheryl.

–¿Lo cojo ahora?

–Claro –dice Cheryl. No tiene ni idea de por qué le está dando a ese capullo el anillo de su padre, pero no se va a echar atrás a estas alturas. Carlton coge la mano de su padre.

–Cuidado con la vía –dice Cheryl.

–Está hinchado –dice Carlton, sosteniendo la mano de su padre.

–Sí, retiene líquidos.

Carlton trata de sacarle el anillo, de hacerlo salir del dedo. El anillo no cede. Lo intenta de nuevo, y estira tanto de la mano que salta una especie de alarma y hay que detener el juego de tirar de la soga hasta que llega la enfermera y vuelve a encender las máquinas. La enfermera le da a Carlton un tubo de lubricante. Engrasa el dedo con un movimiento grotesco de bombeo que hace que Cheryl mire hacia otra parte.

–Lo tengo –anuncia Carlton, y se va con su reluciente premio.

–Ojalá tuviera mejores noticias que darte –dice Abigail cuando la estrella de cine que es cliente de su padre llega con su ayudante.

–No te creo ni por asomo –dice la estrella de cine en el vestíbulo–. Hay gente que sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de no decírmelo a la cara. Si lo que quiere es deshacerse de mí, que me lo diga directamente. –Habla muy alto y con una voz reconocible, la gente se queda mirándole–. Puede que no sea más que un niño grande, pero lo puedo soportar.

–Entra –le dice Cheryl, haciéndole pasar a la habitación de su padre, alejándole de la vista de todos.

–Me cago en la puta –dice la estrella de cine cuando ve a su padre. Saca su pluma, la que le gusta usar para los autógrafos, y pincha a su padre en la planta del pie. La punta de la pluma se queda clavada en la carne cuando él retira la mano y aparte de eso no ocurre nada, salvo que cae al suelo un poco de tinta. No se produce ninguna mueca, ningún movimiento reflejo de la pierna.

Cheryl pulsa un botón que hay en la pared.

–Enfermera, ¿nos puede traer una toallita para limpiar una cosa?

–Supongo que tengo que pasar página –dice la estrella de cine, arrancándole la pluma del pie como si se tratara de una espina y, acto seguido, sale por la puerta.

En casa llama una y otra vez el doctor Felt, el loquero de su madre. Llama y cuelga y a continuación vuelve a llamar como un acosador. Deja toda una serie de mensajes en los que va aumentando la intensidad. «¿Estás de vacaciones?» «No puedo dejar de tomármelo como algo personal. ¿Olvidaste decirme algo?» «¿Es que no tienes ningún respeto por nuestra terapia?» Y al final: «Si no me llamas, voy a tener que liberar tu hora. ¿Sabes cuánta gente quiere los lunes, miércoles y viernes a las diez de la mañana? Es horario de máxima audiencia, nena.» Hay una larga pausa y a continuación: «¿Y sabes

qué? Eres muy egoísta. Solo alguien tan egoísta como tú sería capaz de comportarse de esta forma. Eres una zorra, una auténtica zorra.»

–¿Quieres que le llame yo? –pregunta Walter cuando Cheryl le hace escuchar los mensajes.

Ella piensa en la única vez que fue a ver al doctor Felt, de quien siempre sospechó que tenía una aventura con su madre. «¿Quieres tener novio?», le preguntó, y cuando ella contestó que sí, le dijo: «Entonces pierde cinco kilos.»

–Quiero ser yo quien se lo diga –le dice a Walter mientras marca su número–. Hola, doctor Felt, soy Cheryl. –Hay una pausa, no tiene ni idea de quién es–. La hija de Sylvia.

–Ah –dice el doctor Felt, claramente sorprendido.

Ella le informa de lo que les ha ocurrido tanto a su madre como a su padre, y cuando termina lo único que responde el doctor Felt es:

–Me temo que necesitaré algún tipo de confirmación oficial.

Ella no puede salir de su asombro.

–¿Como qué?

–Un informe del hospital bastaría. Lo que me estás contando es muy inverosímil. Si quieres que me lo crea necesitaré algún tipo de papel.

A ella le da la risa, sin querer.

–Adiós, Cheryl –dice el doctor Felt, haciendo una pequeña pausa antes de su nombre, como si articularlo le dejara un sabor amargo en la boca.

El hospital organiza un encuentro con la familia. Un médico con el nombre bordado en una larga bata blanca empieza diciendo:

–El problema de la medicina moderna es que somos capaces de mantener con vida a personas que en cualquier otro país habrían muerto pocas horas después del episodio que han sufrido. A veces tenemos suerte, pero lo más frecuente es que acabemos en este punto. –Hace una pausa–. En el terreno de las decisiones difíciles.

–He estado haciendo un programa de estimulación neurológica –dice Abigail–. Dos veces al día durante quince minutos le cuento chistes a mi padre, le leo la carta de la Casa Blanca y a mi madre le paso por debajo de la nariz sus granos de café favoritos...

–Sus padres no están dormidos –dice el doctor.

–¿Cuál sería la mejor resolución posible? –pregunta Cheryl, yendo al grano.

–Eso depende de lo que deseen –dice el doctor–. Hay familias que desean que el paciente viva mucho tiempo, aunque esté como un vegetal. Otras prefieren que se vaya cuanto antes y de la manera más pacífica posible.

–Si fuera el caso de sus padres, ¿qué preferiría usted? –pregunta Cheryl.

–Me gustaría no tener que tomar una decisión –dice el médico.

Abigail está enfadada.

–Creo que mienten –dice–. Es lo que hacen siempre para que no te vayas de aquí. Quieren que les supliques que mantengan con vida a tus seres queridos. Al final todo es negocio.

–No me dio esa sensación –dice Cheryl, y se le quiebra la voz.

–Deberías sacarlos de aquí –dice Walter.

–¿Y adónde nos los llevamos? ¿De vacaciones? –pregunta Cheryl. No oculta lo mucho que le enfada que Walter se vaya mañana a Croacia a un viaje familiar.

–A casa –dice Walter.

Nunca se le habría ocurrido algo así.

–Tienes que sacarlos de aquí antes de que ocurra algo peor –dice.

–¿Qué podría ser peor?

–Bacterias carnívoras, estafilococos, gangrena, que los empiecen a cortar en trozos.

–Walter tiene razón –dice Abigail–. Tienen que estar en casa.

La noche antes de irse, Walter saca la cartera.

–No necesito tu dinero –dice Cheryl.

Él le da una fotografía de su hermano, Billy.

–Es su foto de clase de segundo de primaria –dice Walter–. Me la dio y la llevo como un talismán, me recuerda que tengo que confiar en mí mismo y no dejar que la gente niegue mi experiencia.

–Te quiero, hijo de puta –dice ella, llevándose la foto al corazón y dándole un abrazo.

–Nos vemos pronto –dice Walter.

Sacar a Sylvia y a Ben del hospital requiere una enorme cantidad de negociación: abogados, firmas.

–No podrán volverlos a ingresar –dice uno de los administradores del hospital–. Si se los llevan a casa asumen una responsabilidad completa. Si algo va mal no nos los pueden traer de vuelta.

–Lo entendemos –dice Cheryl.

Mueven los muebles hasta los bordes del cuarto de estar. Enrollan las alfombras. Hacen dos grandes rectángulos con cinta de embalar en el suelo para indicar dónde irían las camas del hospital. Despliegan una esterilla de seguridad acolchada color naranja fluorescente. «Es antimicrobiana», les dice el hombre de la compañía que suministra al hospital.

Llegan las camas y la noche antes de que sus padres regresen a casa, Cheryl y Abigail duermen allí, como si fuera una especie de spa. Por la mañana un equipo trae la maquinaria pesada: los ventiladores, las bombas intravenosas, los paquetes de sábanas, los pañales, toda una gran cantidad de cosas.

–Mamá estaría encantada –dice Abigail–. Siempre le gustaron las superproducciones.

La madre y el padre regresan a casa en un convoy de ambulancias de cuidados intensivos. La enfermera llega con ellos, desembala las cosas y las pone a punto.

Es como recibir a un bebé nuevo o a un animal doméstico; hay mucha excitación, las chicas quieren asegurarse de que lo entienden todo bien. Cheryl lleva el sillón reclinable de su padre al cuarto de estar y lo pone entre las camas de hospital para que la enfermera pueda estar cómoda.

El olor de la comida que trae una de las enfermeras para almorzar desagrada a Abigail, que al principio se pone pálida y luego empieza a echar espuma por las comisuras de los labios. Le dan arcadas.

–¿Puedes decirle algo, por favor? –le suplica a Cheryl.

Cheryl va a la cocina.

–Disculpe...

La enfermera alza la mirada en mitad de su almuerzo como si dijera: si interrumpes mi hora de comer no creo que me lo tome bien.

–¿Le importaría comer fuera?

–¿Por qué? ¿Hay alguna razón médica por la que deba hacerlo? En nuestro contrato dice que está permitido que traigamos nuestra propia comida y que se nos proveerá del equipo para mantenerla fría o calentarla. ¿Hay alguna razón médica? ¿Tiene usted algún tipo de alergia?



–Mi hermana es muy sensible al olor de la comida.

–Eso no es una razón médica –dice la enfermera, tomando otra cucharada de lo que sea que haya en el cuenco.

–Para ella es muy difícil estar cerca de la comida –dice Cheryl.

–¿Y qué quiere decir con eso?

–La enfermedad mental es una razón médica –dice Cheryl.

–De acuerdo, dígame que me traiga una nota de su médico para que pueda mostrársela a mi supervisor.

Un poco más tarde, exhausta, Abigail se resiste a regresar a casa.

–Te lo garantizo –dice Cheryl–, no ocurrirá nada mientras estés fuera.

–No los dejarás solos, ¿verdad?

–Estaré aquí todo el tiempo.

A primera hora de la mañana siguiente aparece Burton. Encuentra a Cheryl junto a la piscina.

–¿Y Abigail?

–Está en casa. –Hay una larga pausa–. No se ha levantado esta mañana.

–¿Y se va a quedar allí hasta muy tarde? –pregunta Cheryl.

–Su cuerpo se ha rendido. Se le ha parado el corazón.

–¿Qué significa eso?

–Significa que se ha ido. Abigail ha muerto.

A Cheryl le sobrecoge una sensación extrañísima, como si se elevara o levitara, una especie de liberación que le resulta completamente desconocida. No lo entiende. ¿Por qué tiene esa reacción? ¿Acaso le aterroriza tanto lo que pueda haberle ocurrido a Abigail que la ausencia de miedo, la ausencia de peso, provoca que flote en el aire? ¿Es eso acaso? ¿Es este el miedo a flotar que tenía Abigail o era otra cosa?

Mira a su alrededor, no hay nada fuera de lugar. Abigail ha muerto pero el café se sigue haciendo por la mañana de manera automática, llegan los periódicos, aparece la enfermera del turno de mañana y cambia y da de comer a sus padres. Se ha escapado, piensa.

–¿Qué piensas que la ha matado? –pregunta Cheryl.

–La malnutrición y un corazón débil –dice Burton–. Estas últimas semanas han sido particularmente difíciles.

–Le aterrorizaba quedarse sola –dice Cheryl.

Hay un largo silencio.

–¿Qué habría preferido? –pregunta Burton.

–No creo que le hubiese gustado estar en un ataúd –dice Cheryl–. Habría pensado que le engordaba. Le habría gustado ser lo más pequeña posible, caber en un frasco de pastillas. –Se vuelve hacia Burton–. ¿Habrá funeral? ¿Y cómo hacemos la fiesta posterior? No creo que la podamos hacer aquí en casa, con ellos delante.

El funeral es pequeño. Entierran a Abigail junto a su hermano en una serie de espacios que compraron sus padres cuando murió Billy.

–Compraron más de los que necesitaban, tenían la esperanza de que la familia se expandiera –les dice a Cheryl y a Burton el director de la funeraria.

Y ahí están con su ropa oscura y sus gafas de sol recortados contra un cielo lavado, la ciudad como telón de fondo: Burton, Cheryl, Esmeralda. Es la primera vez que deja a sus padres solos en casa con la enfermera.

De vuelta a casa hacen una parada en el único restaurante que le gustaba a Abigail –Tu Es Moi– y celebran su vida con espumas. Hacen todo un recorrido de espumas, quince en total, todas ellas de menos de diez calorías, todo lo imaginable desde cena de Acción de Gracias hasta pastrami caramelizado.

Cuando regresan a casa, Cheryl abre la caja fuerte de su padre, saca seis meses de sueldo y se los da a Esmeralda.

–Necesitas unas vacaciones –dice–. Dime adónde quieres ir y te transferiré las millas desde la cuenta de mi padre.

–Es demasiado tener que despedirse de golpe de todo el mundo –dice Esmeralda, y se pone a llorar.

–Lo sé –dice Cheryl, consolándola–, pero esto no es un adiós, es solo una oportunidad para reunirnos y hacer que las cosas tengan sentido. Lo cierto es que necesito estar un poco sola.

Esmeralda asiente, llorosa.

–Ya sois todos mayores.

Al funeral le sigue un Shiva en Facebook. Cheryl pone un mensaje en el que anuncia la muerte de Abigail y a continuación el rabino que les casó añade un comentario, y Cheryl y Burton lo siguen todas las noches durante siete días poniendo un recuerdo al atardecer. Los viejos amigos añaden más recuerdos de su cosecha y después de siete días, Cheryl y Burton escriben una nota de agradecimiento a todo el mundo y suben algunas fotos más.

Ahora que ya solo quedan Cheryl y sus padres, Cheryl pasa más tiempo charlando con las enfermeras, se entera de algunas cosas sobre sus padres, detalles sobre su piel, sobre sus olores, sus costumbres. Tal vez no sean capaces de comunicarse, pero hay ciertas cosas que el cuerpo disfruta. El enfermero de la noche le cuenta que a su padre le gusta que le eche una nube de porro en la cara.

–Le baja la presión sanguínea, hace mejor la digestión.

Cheryl asiente. El enfermero le echa un poco a ella y ella respira hondo. Lo hace de nuevo.

–También los tengo comestibles, por si quieres –dice.

El jueves a las tres de la tarde, cuando la enfermera de la mañana tiene que irse a su turno en urgencias y la enfermera del turno de tres a medianoche aún sigue atrapada en un atasco viniendo desde Orange County, Cheryl no se inquieta.

–No te preocupes –le dice–. Vete si quieres, puedo quedarme sola con mis padres durante una hora.

La enfermera de la mañana se marcha, agradecida. Cheryl se sienta un poco nerviosa entre sus padres y después de cinco minutos sale fuera. Está junto a la piscina cuando se va la luz. Le lleva unos segundos entender lo que ha sucedido. Hay una particular ausencia de sonido. El silencio colma el aire. La bomba de la piscina se detiene, deja de sonar el compresor del aire acondicionado. Cheryl entra corriendo. El reloj del microondas se ha apagado, la pantalla de la televisión está oscura. Hay alarmas chillonas, pequeños chillidos como de globos de helio que provienen del cuarto de estar. Su primer impulso es llamar a Abigail, pero luego recuerda que ya no hay ninguna Abigail a la que llamar. Apaga las alarmas, se vuelve hacia sus padres y les dice:

–No estoy segura de si os habéis dado cuenta, pero se ha ido la luz. Estamos en plena ola de calor, lo más probable es que sea un apagón. Hay baterías de apoyo. En este momento estáis al noventa y cinco por ciento. Está todo bien. Voy a salir fuera un minuto a ver si me entero de algo más.

Cheryl sale a la puerta principal, deseando confirmar que el apagón no es solo suyo. Un hombre con un traje de apicultor blanco camina en mitad de la calle balanceando algo que parece una caja de incienso adelante y atrás, como un cura en Navidad.

–¿Alguien ha visto a mi reina? –exclama–. Mi reina se ha escapado.

Ella se da cuenta de que es el vecino.

–¡Quédese dentro! –grita–. ¡Se ha escapado el enjambre!

Ella escucha un zumbido en el aire y cierra la puerta enseguida.

Envía un mensaje a Burton, pero le rebota. Intenta llamar con su móvil a la enfermera que está atascada en el tráfico, pero no lo consigue. Va de habitación en habitación buscando un teléfono fijo. En el armario de Abigail encuentra un teléfono compacto azul celeste. Parece más liviano de lo que lo recordaba. Le da la vuelta, tiene la base cubierta con cinta de embalar. La quita. Alguien ha sacado el interior del teléfono. Caen al suelo cuatro piezas sueltas. No puede comunicarse con Walter.

La casa se va calentando y empieza a oler a pis y a mierda. Cheryl abre las puertas de cristal. Fuera hay pájaros, se oye el ladrido de unos perros, unos niños que juegan en la piscina, una mujer que habla en la distancia.

Mientras tanto parpadean las luces verdes y rojas y las máquinas siguen respirando por su padre y su madre. Los intravenosos siguen goteando, sus intestinos se siguen vaciando en las bolsas que tienen en el borde de sus camas, y sus padres, Sylvia y Ben, siguen igual. Cheryl piensa que debería hacer algo, pero no hay nada que pueda hacer.

Una hora más tarde las baterías de apoyo empiezan a gastarse y Cheryl coge su libro favorito de la infancia, se sienta en el sillón reclinable que está entre sus padres y empieza a leer en voz alta. Cuando termina, coge la mano derecha de su padre y la mano izquierda de su madre y las acerca, sosteniéndolas sobre el pecho, sobre su corazón. Y reza y espera.

## AGRADECIMIENTOS

Las colecciones de relatos se escriben a lo largo de un plazo de tiempo, y como en este caso el plazo ha sido muy largo también es mucha la gente a la que quiero dar las gracias.

Los artistas y personas que inspiraron estos relatos son, en orden de aparición: Eric Fischl, Sarah Jones, Halimah Marcus, Electric Literature, Gretta Johnson, Ghada Amer, Larry Gagosian, Koen van den Broek, Dan Miller, Exhibit-E, Bill Owens, Petah Coyne, Mass Moca, Hannah Tinti, One Story.

Mi agradecimiento a Andrea Schulz, Paul Slovak y Emily Neuberger de Viking; Sigrid Rausing y Bella Lacey de Granta; Andrew Wylie, Sarah Chalfant, Charles Buchan y Jin Auh de la Wylie Agency.

Gracias también a las personas y lugares que me han facilitado la escritura: Jeanette Winterson, Sandi y Debbi Toksvig, Helena Kennedy, por asegurarse de que lo hacía. A André Balazs, Phil Pavel, Priscilla Washman, el castillo de Marmont y el Hotel Mercer y una vez más a Sigrid Rausing por ofrecerme una casa cuando literalmente no tenía ninguna.

Gracias a Elaina Richardson, Candace Wait y a la Corporación de Yaddo. Al Lewis Center for the Arts de la Universidad de Princeton y a mis sabios y pacientes consejeros Faith Gay, Mark H. Glick y Stephen Breimer.

Gracias a Marie Sanford, Juliet Homes, Jon Homes y a mi querida madre, Phyllis Homes, por estar siempre ahí.

Y gracias a mis buenos amigos, que siempre me han apoyado de corazón: Steven Harris y Lucien Rees-Roberts, Ann Tenenbaum, Rosanne Cash, Deborah Berke, Laurie Anderson, Anne Carson, Robert Currie, Jim Cass, Lynne Tillman, Leon Falk, Ali Tenenbaum, Phyllis Housen, Matthew Weiner, Hyatt Bass, Jane Fine, Phil Klay, R. L. Goldberg, Amy Hempel, Jill Ciment, Amy Gross y Claudia Slacik. Y cuando me doy cuenta de lo lejos que llegan los hilos de estos relatos también a: Amy Godine, a los rabinos Linda Motzkin y Jonathan Rubenstein del Temple Sinai de Saratoga Springs, Margot Tenenbaum, al rabino Andy Bachman, Amy Zimmerman y a la

rabina Angela Warnick Buchdahl de Nueva York, porque a veces es necesario consultar a una autoridad.

*Título de la edición original:*  
Days of Awe

Edición en formato digital: enero de 2019

© de la traducción, Andrés Barba, 2019

© A. M. Homes, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3999-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

\* Nota de la autora: Lue Gim Gong, el mago de los cítricos, fue uno de los veinticinco jóvenes chinos que fueron de San Francisco a North Adams, Massachusetts, para impedir una huelga en la fábrica de zapatos en 1870 y uno de los pocos que se quedaron allí. Lue Gim Gong aprendió inglés y viajó con una conocida familia local a Florida. «Todo lo que surge acaba convergiendo» es una frase de los escritos de un filósofo francés, antropólogo, el cura jesuita Pierre Teilhard de Chardin, quien también acuñó la expresión «Punto Omega» para describir el nivel máximo de complejidad y conciencia hacia el que parece evolucionar el universo. Pierre Teilhard de Chardin y Walter Granger, de Middletown Springs, Vermont, estaban entre los descubridores de los huesos del Hombre de Pekín, descubierto en una serie de expediciones llevadas a cabo entre 1921 y 1939 en el área denominada Colina del Hueso del Dragón, cerca de Pekín. Entre 1924 y 1936, De Chardin y Granger intercambiaron al menos diecisiete cartas en las que discutieron entre otras cosas sobre la dificultad de enviar especímenes desde China a los Estados Unidos. Los huesos del Hombre de Pekín estaban en camino desde China a los Estados Unidos cuando se produjo el bombardeo de Pearl Harbour. Desaparecieron entonces y nunca han sido encontrados.